

GUÍA COMENTADA

# Pío Baroja

## El Árbol de la Ciencia

TRILOGÍA "LA RAZA"

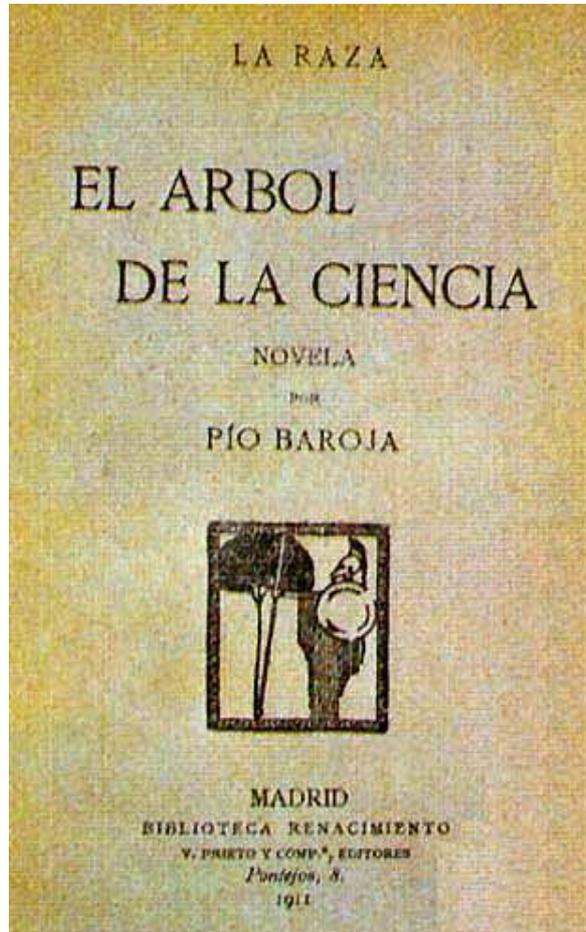


*El árbol de la ciencia (1909). Gustav Klimt*



# Pío Baroja

## EL ÁRBOL DE LA CIENCIA



*“El árbol de la ciencia” es, entre las novelas de carácter filosófico, la mejor que yo he escrito. Probablemente es el libro más acabado y completo de todos los míos, en el tiempo en que yo estaba en el máximo de energía intelectual*  
Pío Baroja

*En mi novela “El árbol de la ciencia” he pintado una contrafigura mía, dejando la parte psicológica y cambiando el medio ambiente del protagonista, la familia y alguna otra cosa*  
Pío Baroja

Primera parte. La vida de un estudiante en Madrid	6
1. Andrés Hurtado comienza la carrera	6
2. Los estudiantes	9
3. Andrés Hurtado y su familia	11
4. En el aislamiento	12
5. El rincón de Andrés	14
6. La sala de disección	17
7. Aracil y Montaner	22
8. Una fórmula de la vida	24
9. Un rezagado	28
10. Paso por San Juan de Dios	32
11. De alumno interno	35
Segunda parte. Las carnarias	40
1. Las Minglanillas	40
2. Una cachupinada	42
3. Las moscas	46
4. Lulú	50
5. Más de Lulú	52
6. Manolo el Chafandín	54
7. Historia de la Venancia	56
8. Otros tipos de la casa	58
9. La crueldad universal	61
Tercera parte. Tristezas y dolores	69
1. Día de Navidad	69
2. Vida infantil	73
3. La casa antigua	76
4. Aburrimiento	79
5. Desde lejos	80
Cuarta parte. Inquisiciones	83
1. Plan filosófico	83
2. Realidad de las cosas	88
3. El árbol de la ciencia y el árbol de la vida	90
4. Disociación	97
5. La compañía del hombre	99
[*] <i>Comentario del contenido de conversación de AHurtado e Iturrioz</i>	103
Quinta parte. La experiencia del pueblo	107
1. De viaje	107
2. Llegada al pueblo	109
3. Primeras dificultades	112
4. La hostilidad médica	115
5. Alcolea del Campo	119
6. Tipos de casino	124
7. Sexualidad y pornografía	128
8. El dilema	128
9. La mujer del tío Garrota	132
10. Despedida	136
Sexta parte. La experiencia de Madrid	139
1. Comentario de lo pasado	139
2. Los amigos	144
3. Fermín Ibarra	149
4. Encuentro con Lulú	149
5. Médico de Higiene	152
6. La tienda de confecciones	154
7. De los focos de la peste	156

8. La muerte de Villasús	158
9. Amor, teoría y práctica	161
Séptima parte. La experiencia del hijo	166
1. El derecho a la prole	166
2. La vida nueva	167
3. En paz	171
4. Tenía algo de precursor	174
<i>GLOSARIO</i>	179

### 1. Andrés Hurtado comienza la carrera

Serían las diez de la mañana de un día de octubre. En el patio de la Escuela de Arquitectura<sup>1</sup>, grupos de estudiantes esperaban a que se abriera la clase.

De la puerta de la calle de los Estudios que daba a este patio, iban entrando muchachos jóvenes que, al encontrarse reunidos, se saludaban, reían y hablaban.

Por una de estas anomalías clásicas de España, aquellos estudiantes que esperaban en el patio de la Escuela de Arquitectura no eran arquitectos del porvenir, sino futuros médicos y farmacéuticos.

La clase de química general del año preparatorio de medicina y farmacia se daba en esta época en una antigua capilla del Instituto de San Isidro convertida en clase, y ésta tenía su entrada por la Escuela de Arquitectura.

La cantidad de estudiantes y la impaciencia que demostraban por entrar en el aula se explicaba fácilmente por ser aquél primer día de curso y del comienzo de la carrera.

Ese paso del bachillerato al estudio de facultad siempre da al estudiante ciertas ilusiones, le hace creerse más hombre, que su vida ha de cambiar.

Andrés Hurtado, algo sorprendido de verse entre tanto compañero, miraba atentamente, arrimado a la pared, la puerta de un ángulo del patio por donde tenían que pasar.

Los chicos se agrupaban delante de aquella puerta como el público a la entrada de un teatro.

Andrés seguía apoyado en la pared, cuando sintió que le agarraban del brazo y le decían:

—¡Hola, chico!

Hurtado se volvió y se encontró con su compañero de Instituto Julio Aracil.

Habían sido condiscípulos en San Isidro<sup>2</sup>; pero Andrés hacía tiempo que no veía a Julio. Éste había estudiado el último año del bachillerato, según dijo, en provincias.

—¿Qué, tú también vienes aquí? —le preguntó Aracil.

—Ya ves.

—¿Qué estudias?

—Medicina.

— ¡Hombre! Yo también. Estudiaremos juntos.

---

<sup>1</sup> ff Este dato que ofrece Baroja es verdadero y sirve para que el lector sitúe cronológicamente la historia: estamos a finales de los años 80 del s. XIX, en pleno reinado de Alfonso XII. Casi todas las experiencias de Andrés como universitario están basadas en experiencias reales de Baroja, que estudió medicina en Madrid, en los mismos sitios y con los mismos profesores que aparecen en la novela. Por otra parte, el hecho (la *anomalía* —dice Baroja) de que los estudiantes de medicina entren a sus aulas desde el patio de la facultad de arquitectura, y que la primera clase del curso, de química, se dé en la antigua capilla de un instituto son ya síntomas del absurdo y la incongruencia del mundo en que va a penetrar el protagonista de la historia.

<sup>2</sup> compañeros —se sobreentiende— en el instituto San Isidro, de secundaria (entonces se llamaba de ‘enseñanzas medias’). Muchos de ellos fueron amigos y conocidos de Baroja a los que este cambia el nombre y transforma en personajes literarios, por ejemplo, Aracil y Montaner. ff Desde el primer momento de la historia se presenta con claridad la inadaptación de Andrés, el choque con todo lo que lo rodea: el lugar de estudio, los compañeros y, un poco más adelante, la carrera en sí misma (las asignaturas, los profesores, etc).

Aracil se encontraba en compañía de un muchacho de más edad que él, a juzgar por su aspecto, de barba rubia y ojos claros. Este muchacho y Aracil, los dos correctos, hablaban con desdén de los demás estudiantes, en su mayoría palurdos provincianos, que manifestaban la alegría y la sorpresa de verse juntos con gritos y carcajadas.

Abrieron la clase, y los estudiantes, apresurándose y apretándose como si fueran a ver un espectáculo entretenido, comenzaron a pasar.

—Habrà que ver cómo entran dentro de unos días —dijo Aracil burlonamente.

—Tendrán la misma prisa para salir que ahora tienen para entrar —repuso el otro.

Aracil, su amigo y Hurtado se sentaron juntos. La clase era la antigua capilla del Instituto de San Isidro de cuando éste pertenecía a los jesuitas<sup>3</sup>. Tenía el techo pintado con grandes figuras a estilo de Jordaens<sup>4</sup>; en los ángulos de la escocia, los cuatro evangelistas<sup>5</sup>, y en el centro una porción de<sup>6</sup> figuras y escenas bíblicas. Desde el suelo hasta cerca del techo se levantaba una gradería de madera muy empinada con una escalera central, lo que daba a la clase el aspecto del gallinero de un teatro.

Los estudiantes llenaron los bancos casi hasta arriba; no estaba aún el catedrático, y como había mucha gente alborotadora entre los alumnos, alguno comenzó a dar golpecitos en el suelo con el bastón; otros muchos le imitaron, se produjo una furiosa algarabía.

De pronto se abrió una puertecilla del fondo de la tribuna, y apareció un señor viejo, muy empaquetado, seguido de dos ayudantes jóvenes.

Aquella aparición teatral del profesor y de los ayudantes provocó grandes murmullos; alguno de los alumnos más atrevido comenzó a aplaudir, y viendo que el viejo catedrático no sólo no se incomodaba, sino que saludaba como reconocido, aplaudieron aún más.

—Esto es una ridiculez —dijo Hurtado.

—A él no le debe parecer eso —replicó Aracil riéndose—; pero si es tan majadero que le gusta que le aplaudan, le aplaudiremos.

El profesor era un pobre hombre presuntuoso, ridículo. Había estudiado en París y adquirido los gestos y las posturas amaneradas de un francés petulante.

El buen señor comenzó un discurso de salutación a sus alumnos, muy enfático y altisonante, con algunos toques sentimentales: les habló de su maestro Liebig, de su amigo Pasteur, de su camarada Berthelot<sup>7</sup>, de la Ciencia, del microscopio...

Su melena blanca, su bigote engomado, su perilla puntiaguda, que le temblaba al hablar, su voz hueca y solemne le daban el aspecto de un padre severo de drama, y alguno de los estudiantes que encontró este parecido, recitó en voz alta y cavernosa los versos de Don Diego Tenorio cuando entra en la Hostería del Laurel en el drama de Zorrilla<sup>8</sup>:

*Que un hombre de mi linaje  
descienda a tan ruin mansión.*

---

<sup>3</sup> ¶ En 1767 (s. XVIII) el rey Carlos III expulsó a la orden de los jesuitas de España y se apropió, para el Estado, de este Colegio religioso. Efectivamente, el edificio, que se halla en el centro histórico de Madrid, alojó estudios universitarios hasta bien entrado el s. XX. Desde 1945 es instituto de secundaria con el nombre de San Isidro.

<sup>4</sup> pintor flamenco barroco (Jacob Jordaens, s. XVII).

<sup>5</sup> apóstoles que escribieron los evangelios de Jesús: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

<sup>6</sup> una porción de: muchas

<sup>7</sup> Liebig (químico alemán), Pasteur y Berthelot (químicos franceses): científicos de la 2ª mitad del s. XIX. Famosos mundialmente por sus descubrimientos.

<sup>8</sup> ¶ Se refiere a la obra teatral romántica *Don Juan Tenorio*, estrenada en 1844, y desde entonces uno de los dramas más populares del teatro español. Efectivamente, D. Diego Tenorio es el padre de D. Juan Tenorio.

Los que estaban al lado del recitador irrespetuoso se echaron a reír, y los demás estudiantes miraron al grupo de los alborotadores.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —dijo el profesor poniéndose los lentes y acercándose al barandado de la tribuna—. ¿Es que alguno ha perdido la herradura por ahí? Yo suplico a los que están al lado de ese asno que rebuzna con tal perfección que se alejen de él, porque sus coces deben ser mortales de necesidad.

Rieron los estudiantes con gran entusiasmo, el profesor dio por terminada la clase retirándose, haciendo un saludo ceremonioso y los chicos aplaudieron a rabiar.

Salió Andrés Hurtado con Aracil, y los dos, en compañía del joven de la barba rubia, que se llamaba Montaner, se encaminaron a la Universidad Central, en donde daban la clase de Zoología y la de Botánica.

En esta última los estudiantes intentaron repetir el escándalo de la clase de Química; pero el profesor, un viejecillo seco y malhumorado, les salió al encuentro, y les dijo que de él no se reía nadie, ni nadie le aplaudía como si fuera un histrión.

De la Universidad, Montaner, Aracil y Hurtado marcharon hacia el centro.

Andrés experimentaba por Julio Aracil bastante antipatía, aunque en algunas cosas le reconocía cierta superioridad; pero sintió aún mayor aversión por Montaner.

Las primeras palabras entre Montaner y Hurtado fueron poco amables. Montaner hablaba con una seguridad de todo algo ofensiva; se creía, sin duda, un hombre de mundo. Hurtado le replicó varias veces bruscamente.

Los dos discípulos se encontraron en esta primera conversación completamente en desacuerdo. Hurtado era republicano<sup>9</sup>, Montaner, defensor de la familia real; Hurtado era enemigo de la burguesía; Montaner partidario de la clase rica y de la aristocracia.

—Dejad esas cosas —dijo varias veces Julio Aracil—; tan estúpido es ser monárquico como republicano; tan tonto defender a los pobres como a los ricos. La cuestión sería tener dinero, un cochecito como ése —y señalaba uno— y una mujer como aquélla.

La hostilidad entre Hurtado y Montaner todavía se manifestó delante del escaparate de una librería. Hurtado, era partidario de los escritores naturalistas, que a Montaner no le gustaban; Hurtado, era entusiasta de Espronceda; Montaner, de Zorrilla<sup>10</sup>; no se entendían en nada.

Llegaron a la Puerta del Sol y tomaron por la Carrera de San Jerónimo.

—Bueno, yo me voy a casa —dijo Hurtado.

—¿Dónde vives? —le preguntó Aracil.

—En la calle de Atocha.

—Pues los tres vivimos cerca.

Fueron juntos a la plaza de Antón Martín y allí se separaron con muy poca afabilidad.

---

<sup>9</sup> ¶ Eran las discusiones políticas típicas y tópicas a finales del XIX (hacía muy poco tiempo que en España había fracasado la I República): los republicanos liberales frente a los monárquicos conservadores; o los de espíritu antiburgués (o sea, anarquista o socialista) frente a los 'reaccionarios', defensores de la alta burguesía y la aristocracia.

<sup>10</sup> ¶ Ahora el enfrentamiento es literario: Hurtado prefiere la literatura rebelde y crítica con la sociedad (por ejemplo, Espronceda, autor romántico; y los autores naturalistas de finales del s. XIX, los cuales denunciaban abiertamente todos los vicios sociales e individuales). Montaner prefiere, sin embargo, una literatura más convencional, caracterizada por el romanticismo tradicionalista de Zorrilla y por el rechazo a los naturalistas.

## 2. Los estudiantes

En esta época era todavía Madrid una de las pocas ciudades que conservaba espíritu romántico<sup>11</sup>.

Todos los pueblos tienen, sin duda, una serie de fórmulas prácticas para la vida, consecuencia de la raza, de la historia, del ambiente físico y moral. Tales fórmulas, tal especial manera de ver, constituye un pragmatismo útil, simplificador, sintetizador.

El pragmatismo nacional cumple su misión mientras deja paso libre a la realidad; pero si se cierra este paso, entonces la normalidad de un pueblo se altera, la atmósfera se enrarece, las ideas y los hechos toman perspectivas falsas. En un ambiente de ficciones, residuo de un pragmatismo viejo y sin renovación, vivía el Madrid de hace años<sup>12</sup>.

Otras ciudades españolas se habían dado alguna cuenta de la necesidad de transformarse y de cambiar; Madrid seguía inmóvil, sin curiosidad, sin deseo de cambio.

El estudiante madrileño, sobre todo el venido de provincias, llegaba a la corte<sup>13</sup> con un espíritu donjuanesco, con la idea de divertirse, jugar, perseguir a las mujeres, pensando, como decía el profesor de Química con su solemnidad habitual, quemarse pronto en un ambiente demasiado oxigenado<sup>14</sup>.

Menos el sentido religioso, la mayoría no lo tenían, ni les preocupaba gran cosa la religión; los estudiantes de las postrimerías del siglo XIX venían a la corte con el espíritu de un estudiante del siglo XVII, con la ilusión de imitar, dentro de lo posible, a Don Juan Tenorio y de vivir<sup>15</sup>.

---

<sup>11</sup> ff El capítulo 1º ha servido para contar el primer día de universidad y para presentar brevemente a AHurtado. A continuación, los capítulos 2º, 3º, 4º y parte del 5º suponen un corte brusco del ritmo narrativo mediante un amplísimo resumen acerca del pasado y la familia de este personaje. La técnica narrativa empleada aquí, que consiste en arrancar el relato con una presentación panorámica situada en un momento y lugar concretos (el ambiente de un primer día de universidad), para pasar a continuación, mediante un salto atrás narrativo, a ofrecer una necesaria información previa, después de la cual se regresa al punto de la acción donde la había dejado el narrador antes del salto atrás, corresponde a un modelo establecido por la novela realista del s. XIX, ej. Galdós. fff Este 2º capítulo va a empezar con un extenso comentario valorativo de Baroja. Concretamente, en esta primera frase, Baroja opone, implícitamente, el *espíritu romántico* al espíritu positivo o moderno. Él (como hombre de formación científica) va a censurar a los madrileños, personas que se niegan a adaptarse al presente, a los tiempos modernos.

<sup>12</sup> ff Se llama "determinismo" a la doctrina que implícitamente defiende aquí Baroja. A finales del s. XIX, el positivismo científico y las corrientes literarias del realismo y el naturalismo creían firmemente en el determinismo. El determinismo explica que la vida humana (costumbres, salud, formas de pensar, gustos, tradiciones, pero también vicios, enfermedades, etc) está completamente condicionada por leyes naturales de carácter causal y mecánico, especialmente por la herencia genética y por el medio (entorno o hábitat). La herencia genética se relaciona con la salud o enfermedad (física y espiritual) del individuo y de la sociedad; y el medio se relaciona con la clase social o la raza a la que se pertenece, la historia y la geografía del país donde uno vive, la alimentación y el vestuario, la mentalidad y las ideas, etc. Existe lógicamente una estrechísima relación entre lo genético—hereditario y el entorno pues las leyes naturales que rigen lo uno y lo otro son las mismas. La teoría evolucionista de Darwin (que surge en pleno s. XIX) fue interpretada durante muchísimo tiempo como una explicación 'determinista' del origen las especies animales. Baroja (como AHurtado) era médico y un médico a finales del s. XIX era, en general, un científico con una visión determinista de la vida, de la salud y la enfermedad del individuo y la sociedad. El concepto de "raza" (que emplea Baroja varias veces en la novela y con el que da nombre a la trilogía en la que incluyó *El árbol de la ciencia*) es, en sí mismo, un término determinista, y viene a significar la forma de ser, las características espirituales, la personalidad o idiosincrasia de España y los españoles. (El determinismo a) suele negar en mayor o menor grado la libertad del individuo pues este no es otra cosa que la "consecuencia" (inevitable y necesaria) de la genética y las circunstancias que lo rodean; b) la enfermedad corporal (física y mental) influye decisivamente en las degeneración moral del individuo, en si es bueno o malo, si tiene sentido del deber o no, si es capaz de pensar en los demás o no, si tiene instintos destructivos o no, etc. Para el determinista, un tuberculoso o un loco son enfermos corporales e, inevitablemente, también son enfermos morales, es decir, sus conductas (costumbres y relaciones con los demás) estarán perturbadas, serán patológicas. Un loco y un tuberculoso son unos 'degenerados', unas personas sin sentido de la moral, o con una moral enfermiza, poco higiénica, poco fiable socialmente, incluso peligrosa. Todas estas ideas están muy presentes, implícita o explícitamente, en esta novela, no solo en la naturaleza de los personajes sino también en la mentalidad del narrador, en la forma de ver el mundo y la vida que nos ofrece Baroja.

<sup>13</sup> Madrid (donde siempre ha estado la corte real). Recordemos que a Madrid también se la llama la "villa y corte".

<sup>14</sup> El profesor de Química habla metafóricamente utilizando términos de esta ciencia. El oxígeno que produce la combustión sería los ambientes de juerga de Madrid, y las cosas que se queman (que se echan a perder) serían los estudiantes.

<sup>15</sup> ff El razonamiento determinista de Baroja quiere decir lo siguiente: las formas de vida prácticas y sencillas de una sociedad (alimentación, salud e higiene, relaciones de amistad, sexualidad, vida matrimonial y familiar, actitud ante el trabajo o el estudio, vestuario, diversiones, etc) vienen condicionadas desde muy antiguo por causas diversas. Estas formas de vida tradicionales son útiles siempre que la gente sea capaz de adaptarlas a la realidad, o sea, a la época en que funcionan. Tal adaptación no se ha producido en Madrid (sí en otras ciudades de España). Los madrileños (y los estudiantes madrileños en particular) reproducen

*llevando a sangre y a fuego  
amores y desafíos*<sup>16</sup>.

El estudiante culto, aunque quisiera ver las cosas dentro de la realidad e intentara adquirir una idea clara de su país y del papel que representaba en el mundo, no podía. La acción de la cultura europea en España era realmente restringida, y localizada a cuestiones técnicas, los periódicos daban una idea incompleta de todo; la tendencia general era hacer creer que lo grande de España podía ser pequeño fuera de ella y al contrario, por una especie de mala fe internacional.

Si en Francia o en Alemania no hablaban de las cosas de España, o hablaban de ellas en broma, era porque nos odiaban; teníamos aquí grandes hombres que producían la envidia de otros países: Castelar, Cánovas, Echegaray<sup>17</sup>... España entera, y Madrid sobre todo, vivía en un ambiente de optimismo absurdo: todo lo español era lo mejor.

Esa tendencia natural a la mentira, a la ilusión del país pobre que se aísla, contribuía al estancamiento, a la fosilización de las ideas<sup>18</sup>.

Aquel ambiente de inmovilidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras. Andrés Hurtado pudo comprobarlo al comenzar a estudiar Medicina. Los profesores del año preparatorio eran viejísimos; había algunos que llevaban cerca de cincuenta años explicando.

Sin duda no los jubilaban por sus influencias y por esa simpatía y respeto que ha habido siempre en España por lo inútil.

Sobre todo, aquella clase de Química de la antigua capilla del Instituto de San Isidro era escandalosa. El viejo profesor recordaba las conferencias del Instituto de Francia<sup>19</sup>, de célebres químicos, y creía, sin duda, que explicando la obtención del nitrógeno y del cloro estaba haciendo un descubrimiento, y le gustaba que le aplaudieran. Satisfacía su pueril vanidad dejando los experimentos aparatosos para la conclusión de la clase con el fin de retirarse entre aplausos como un prestidigitador.

Los estudiantes le aplaudían, riendo a carcajadas. A veces, en medio de la clase, a alguno de los alumnos se le ocurría marcharse, se levantaba y se iba. Al bajar por la escalera de la gradería los pasos del fugitivo producían gran estrépito, y los demás muchachos sentados llevaban el compás golpeando con los pies y con los bastones.

En la clase se hablaba, se fumaba, se leían novelas, nadie seguía la explicación; alguno llegó a presentarse con una corneta, y cuando el profesor se disponía a echar en un vaso de agua un trozo de potasio, dio dos toques de atención; otro metió un perro vagabundo, y fue un problema echarlo.

Había estudiantes descarados que llegaban a las mayores insolencias; gritaban, rebuznaban, interrumpían al profesor. Una de las gracias de estos estudiantes era la de dar un nombre falso cuando se lo preguntaban.

---

conductas e ideas extraordinariamente antiguas (del s. XVII o del romanticismo), esto es, viven anclados en el pasado, y, en consecuencia, se inventan un mundo irreal, lleno de ilusiones, fantasías e interpretaciones erróneas de cómo son las cosas, y se niegan a cambiar, a progresar, a abrirse a los nuevos tiempos.

<sup>16</sup> Nueva cita del drama *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. O sea, vivir exclusivamente para *amores* (aventuras amorosas) y para *desafíos* (peleas y duelos —por honor, por amores, por apuestas, etc), aunque esa vida lleve al fracaso o a la destrucción (cárcel, enfermedades, muerte...). *A sangre y fuego* es una frase hecha: destruir despreocupadamente a personas o cosas.

<sup>17</sup> Castelar y, sobre todo, Cánovas del Castillo fueron destacados políticos en la España de finales del XIX y principios del XX, es decir, del periodo de la Restauración monárquica (estamos en el reinado de Alfonso XII). Echegaray fue autor teatral y premio Nobel de literatura en 1904. En 1911, cuando Baroja escribe esta novela, los tres son personajes completamente desacreditados entre los escritores modernistas y noventayochistas.

<sup>18</sup> ¶ Baroja, sin decirlo, se hace eco aquí de uno de los argumentos más empleados en España por los sectores conservadores y reaccionarios del país (prensa, clero, políticos, diversos intelectuales, etc): los europeos no nos quieren porque nos tienen envidia, porque nos ven superiores, pero no son capaces de admitirlo. Esta manera de pensar (absurda según AHurtado) sería una consecuencia de la "leyenda negra" contra España, creada por las grandes potencias europeas (Holanda, Inglaterra, Francia) desde el s. XVI en que España era dueña del imperio americano, tan codiciado por otros países. Es decir, Europa nos ha envidiado siempre y siempre nos ha criticado injustamente. Los autores del 98, reformistas y regeneracionistas, rechazaban por completo estos argumentos.

<sup>19</sup> destacado centro de estudios parisino donde, hasta finales del s. XIX, se hallaba la Academia de las Ciencias, que incluía los estudios de física, química, biología, etc.

—Usted —decía el profesor señalándole con el dedo, mientras le temblaba la perilla por la cólera—, ¿cómo se llama usted?

— ¿Quién? ¿Yo?

—Sí, señor ¡usted, usted! ¿Cómo se llama usted? —añadía el profesor, mirando la lista.

—Salvador Sánchez.

—Alias Frascuelo<sup>20</sup> —decía alguno, entendido con él.

—Me llamo Salvador Sánchez; no sé a quién le importará que me llame así, y si hay alguno que le importe, que lo diga —replicaba el estudiante, mirando al sitio de donde había salido la voz y haciéndose el incomodado.

— ¡Vaya usted a paseo! —replicaba el otro.

— ¡Eh! ¡Eh! ¡Fuera! ¡Al corral! —gritaban varias voces.

—Bueno, bueno. Está bien. Váyase usted —decía el profesor, temiendo las consecuencias de estos altercados.

El muchacho se marchaba, y a los pocos días volvía a repetir la gracia, dando como suyo el nombre de algún político célebre o de algún torero.

Andrés Hurtado los primeros días de clase no salía de su asombro. Todo aquello era demasiado absurdo. Él hubiese querido encontrar una disciplina fuerte y al mismo tiempo afectuosa, y se encontraba con una clase grotesca en que los alumnos se burlaban del profesor. Su preparación para la ciencia no podía ser más desdichada.

### 3. Andrés Hurtado y su familia

En casi todos los momentos de su vida Andrés experimentaba la sensación de sentirse solo y abandonado.

La muerte de su madre le había dejado un gran vacío en el alma y una inclinación por la tristeza.

La familia de Andrés, muy numerosa, se hallaba formada por el padre y cinco hermanos. El padre, don Pedro Hurtado, era un señor alto, flaco, elegante, hombre guapo y calavera en su juventud.

De un egoísmo frenético, se consideraba el meta-centro del mundo. Tenía una desigualdad de carácter perturbadora, una mezcla de sentimientos aristocráticos y plebeyos insoportable. Su manera de ser se revelaba de una manera insólita e inesperada. Dirigía la casa despóticamente, con una mezcla de chinchorrería y de abandono, de despotismo y de arbitrariedad, que a Andrés le sacaba de quicio.

Varias veces, al oír a don Pedro quejarse del cuidado que le proporcionaba el manejo de la casa, sus hijos le dijeron que lo dejara en manos de Margarita. Margarita contaba ya veinte años y sabía atender a las necesidades familiares mejor que el padre; pero don Pedro no quería.

A éste le gustaba disponer del dinero, tenía como norma gastar de cuando en cuando veinte o treinta duros<sup>21</sup> en caprichos suyos, aunque supiera que en su casa se necesitaran para algo imprescindible.

---

<sup>20</sup> Frascuelo (seudónimo) fue un torero muy conocido en la época (finales del s XIX). El nombre auténtico del matador era Salvador Sánchez, de ahí la broma.

<sup>21</sup> Un duro eran 5 pesetas, luego 20 duros eran 100 pesetas y 30 duros, 150 pts. Era muchísimo dinero. Tengamos en cuenta que entre 1898 y 1900 un sueldo mediano (por ej, empleado de oficina o de una tienda) era de unas 30 pts/mes. Es decir, el padre de AHurtado era capaz de gastarse lo equivalente a un sueldo entero en ciertos caprichos.

Don Pedro ocupaba el cuarto mejor, usaba ropa interior fina, no podía utilizar pañuelos de algodón como todos los demás de la familia, sino de hilo y de seda. Era socio de dos casinos, cultivaba amistades con gente de posición y con algunos aristócratas, y administraba<sup>22</sup> la casa de la calle de Atocha, donde vivían.

Su mujer, Fermina Iturrioz, fue una víctima; pasó la existencia creyendo que sufrir era el destino natural de la mujer. Después de muerta, don Pedro Hurtado hacía el honor a la difunta de reconocer sus grandes virtudes.

—No os parecéis a vuestra madre —decía a sus hijos—; aquélla fue una santa.

A Andrés le molestaba que don Pedro hablara tanto de su madre, y a veces le contestó violentamente, diciéndole que dejara en paz a los muertos.

De los hijos, el mayor y el pequeño, Alejandro y Luis, eran los favoritos del padre.

Alejandro era un retrato degradado de don Pedro. Más inútil y egoísta aún, nunca quiso hacer nada, ni estudiar ni trabajar, y le habían colocado en una oficina del Estado, adonde iba solamente a cobrar el sueldo<sup>23</sup>.

Alejandro daba espectáculos bochornosos en casa; volvía a las altas horas de las tabernas, se emborrachaba y vomitaba y molestaba a todo el mundo.

Al comenzar la carrera Andrés, Margarita tenía unos veinte años. Era una muchacha decidida, un poco seca, dominadora y egoísta.

Pedro venía tras ella en edad y representaba la indiferencia filosófica<sup>24</sup> y la buena pasta. Estudiaba para abogado, y salía bien por recomendaciones<sup>25</sup>; pero no se cuidaba de la carrera para nada. Iba al teatro, se vestía con elegancia, tenía todos los meses una novia distinta. Dentro de sus medios gozaba de la vida alegremente.

El hermano pequeño, Luisito, de cuatro o cinco años, tenía poca salud.

La disposición espiritual de la familia era un tanto original. Don Pedro prefería a Alejandro y a Luis; consideraba a Margarita como si fuera una persona mayor; le era indiferente su hijo Pedro, y casi odiaba a Andrés, porque no se sometía a su voluntad. Hubiera habido que profundizar mucho para encontrar en él algún afecto paternal.

Alejandro sentía dentro de la casa las mismas simpatías que el padre; Margarita quería más que a nadie a Pedro y a Luisito, estimaba a Andrés y respetaba a su padre. Pedro era un poco indiferente; experimentaba algún cariño por Margarita y por Luisito y una gran admiración por Andrés. Respecto a este último, quería apasionadamente al hermano pequeño, tenía afecto por Pedro y por Margarita, aunque con ésta reñía constantemente, despreciaba a Alejandro y casi odiaba a su padre; no le podía soportar, le encontraba petulante, egoísta, necio, pagado de sí mismo.

Entre padre e hijo existía una incompatibilidad absoluta, completa, no podían estar conformes en nada. Bastaba que uno afirmara una cosa para que el otro tomara la posición contraria.

#### 4. En el aislamiento

La madre de Andrés, navarra fanática<sup>26</sup>, había llevado a los nueve o diez años a sus hijos a confesarse.

---

<sup>22</sup> O sea, era el administrador de toda la finca donde vivía: cobrar recibos de cada vivienda, arreglar desperfectos del edificio, reunir a los propietarios para discutir problemas de la comunidad, etc

<sup>23</sup> ¶ O sea, Alejandro era un funcionario o empleado nombrado por el partido político de turno que estaba en el poder. Y cabe suponer que fue el padre quien lo había colocado en algún ministerio mediante "enchufe" o recomendación de sus amistades entre estos políticos. Muchos de estos funcionarios no trabajaban, simplemente iban a recoger la paga mensual, como cuenta aquí Baroja. Y no iban a trabajar sencillamente porque no había bastante trabajo en los ministerios para la cantidad de funcionarios que vivían de sueldos del Estado.

<sup>24</sup> *indiferencia filosófica*. No tenía preocupaciones intelectuales de ninguna clase

<sup>25</sup> "enchufe". O sea, que iba aprobando por las súplicas que se hacían o favores que se pedían a los profesores de Derecho (se supone, de nuevo, que las llevaba a cabo el padre directamente o amigos a de la familia por petición de este).

Andrés, de chico, sintió mucho miedo, sólo con la idea de acercarse al confesionario. Llevaba en la memoria, el día de la primera confesión, como una cosa trascendental, la lista de todos sus pecados; pero aquel día, sin duda, el cura tenía prisa y le despachó sin dar gran importancia a sus pequeñas transgresiones morales.

Esta primera confesión fue para él un chorro de agua fría; su hermano Pedro le dijo que él se había confesado ya varias veces, pero que nunca se tomaba el trabajo de recordar sus pecados. A la segunda confesión, Andrés fue dispuesto a no decir al cura más que cuatro cosas para salir del paso. A la tercera o cuarta vez se comulgaba sin confesarse sin el menor escrúpulo.

Después, cuando murió su madre, en algunas ocasiones su padre y su hermana le preguntaban si había cumplido con Pascua, a lo cual él contestaba que sí indiferentemente<sup>27</sup>.

Los dos hermanos mayores, Alejandro y Pedro, habían estudiado en un colegio mientras cursaban el bachillerato; pero al llegar el turno a Andrés, el padre dijo que era mucho gasto, y llevaron al chico al Instituto de San Isidro, y allí estudió un tanto abandonado. Aquel abandono y el andar con los chicos de la calle despabiló a Andrés.

Se sentía aislado de la familia, sin madre, muy solo, y la soledad le hizo reconcentrado y triste. No le gustaba ir a los paseos donde hubiera gente, como a su hermano Pedro; prefería meterse en su cuarto y leer novelas.

Su imaginación galopaba, lo consumía todo de antemano. Haré esto y luego esto —pensaba—. ¿Y después? Y resolvía este después y se le presentaba otro y otro<sup>28</sup>.

Cuando concluyó el bachillerato se decidió a estudiar Medicina sin consultar a nadie. Su padre se lo había indicado muchas veces: “estudia lo que quieras; eso es cosa tuya”.

A pesar de decírselo y de recomendárselo, el que su hijo siguiese sus inclinaciones sin consultárselo a nadie, interiormente le indignaba.

Don Pedro estaba constantemente predispuesto contra aquel hijo, que él consideraba díscolo y rebelde. Andrés no cedía en lo que estimaba derecho suyo, y se plantaba contra su padre y su hermano mayor con una terquedad violenta y agresiva.

Margarita tenía que intervenir en estas trifulcas, que casi siempre concluían marchándose Andrés a su cuarto.

---

<sup>26</sup> **ff** *navarra fanática* es una generalización de Baroja que quiere decir que era exageradamente beata. En Navarra durante el s. XIX dominó ampliamente el carlismo, una ideología política que exaltaba el absolutismo monárquico antiliberal y la fe ultracatólica. No es de extrañar entonces el que, siendo la madre navarra, fuera también exageradamente religiosa, hasta el fanatismo.

<sup>27</sup> *pequeñas transgresiones morales*: pecadillos infantiles; *escrúpulo*: sentimiento de culpa o pecado. **ff** La experiencia infantil de Andrés con la religión resulta muy decepcionante (*un chorro de agua fría*). Como niño que era, creía firmemente en lo aprendido en casa: la necesidad de limpiar el alma llena de pecados para no ir al infierno, la importancia de la confesión, imprescindible para después comulgar limpio de pecado, el ir a misa con regularidad, etc. Pero lo que se encuentra en la iglesia el primer día que va, todo persuadido de hallarse ante un momento decisivo de su vida, es un cura descuidado que no hace mucho caso a sus pecadillos infantiles (*pequeñas transgresiones morales*). Poco después, en la casa, su hermano Pedro le viene a decir que él no se toma en serio lo de confesarse. El resultado de todo ello es que, para Andrés, la fe religiosa carece de autenticidad, que es algo falso que se hace por convencionalismo social o por tradición pero en lo que nadie cree de verdad. A partir de esta conclusión personal, Andrés cae en el desinterés por la fe (por eso ya no se preocupa de preparar bien sus confesiones y por eso deja de ir a misa, aunque ante el padre manifieste con indiferencia que sí lo hace). Conviene, de todos modos, resaltar una cuestión: igual que le ocurre ante la universidad y la familia, es el no encontrar honradez, rectitud y sinceridad de pensamiento y conducta, lo que lo conduce al agnosticismo religioso o al ateísmo. Andrés/Baroja no desprecia la religión por la religión misma, sino que desprecia la falsedad, la hipocresía, la mentira, el fanatismo, la intransigencia de la Iglesia católica. Andrés no consigue de ninguna manera adaptar su personalidad y forma de pensar al mundo que lo rodea.

<sup>28</sup> **ff** Fijémonos en que la soledad y el aislamiento de Andrés (su inadaptación) no es solamente social (universidad, amistades, etc), sino también familiar. Y fijémonos en que, en su mundo de soledad, unas veces, recurre a *leer novelas*, y otras se ve dominado por la *imaginación*, que actúa en él como un deseo enloquecido e ilimitado, un deseo de hacer cosas que no se agota nunca, y que *lo consumía todo de antemano*, es decir, que le provocaba una insatisfacción y una angustia permanentes. Así pues, la tendencia a dejarse llevar por la imaginación y la fantasía ya aparece en estas palabras como un elemento perturbador, patológico (enfermizo), que actúa negativamente sobre él mismo pues le hace perder el equilibrio emocional. A lo largo de la novela se va insistir una y otra vez en esta ‘enfermedad de la fantasía’ que se manifiesta tanto en los pensamientos como en las conductas de Andrés.

Las discusiones comenzaban por la cosa más insignificante; el desacuerdo entre padre e hijo no necesitaba un motivo especial para manifestarse: era absoluto y completo; cualquier punto que se tocara bastaba para hacer brotar la hostilidad, no se cambiaba entre ellos una palabra amable.

Generalmente, el motivo de las discusiones era político; don Pedro se burlaba de los revolucionarios, a quien dirigía todos sus desprecios e invectivas, y Andrés contestaba insultando a la burguesía, a los curas y al ejército.

Don Pedro aseguraba que una persona decente no podía ser más que conservador. En los partidos avanzados tenía que haber necesariamente gentuza, según él.

Para don Pedro el hombre rico era el hombre por excelencia; tendía a considerar la riqueza, no como una casualidad, sino como una virtud; además suponía que con el dinero se podía todo. Andrés recordaba el caso frecuente de muchachos imbéciles, hijos de familias ricas, y demostraba que un hombre con un arca llena de oro y un par de millones del Banco de Inglaterra en una isla desierta, no podría hacer nada; pero su padre no se dignaba atender estos argumentos<sup>29</sup>.

Las discusiones de casa de Hurtado se reflejaban invertidas en el piso de arriba entre un señor catalán y su hijo. En casa del catalán, el padre era el liberal y el hijo el conservador; ahora, que el padre era un liberal cándido y que hablaba mal el castellano, y el hijo un conservador<sup>30</sup> muy burlón y mal intencionado. Muchas veces se oía llegar desde el patio una voz de trueno con acento catalán, que decía:

—Si la Gloriosa<sup>31</sup> no se hubiera quedado en su camino, ya se hubiera visto lo que era España.

Y poco después la voz del hijo, que gritaba burlescamente:

—¡La Gloriosa! ¡Valiente mamarrachada!

—¡Qué estúpidas discusiones! —decía Margarita con un mohín de desprecio, dirigiéndose a su hermano Andrés—. ¡Como si por lo que vosotros habléis se fueran a resolver las cosas!

A medida que Andrés se hacía hombre, la hostilidad entre él y su padre aumentaba. El hijo no le perdía nunca dinero; quería considerar a don Pedro como a un extraño.

## 5. El rincón de Andrés

La casa donde vivía la familia Hurtado era propiedad de un marqués, a quien don Pedro había conocido en el colegio.

Don Pedro la administraba, cobraba los alquileres y hablaba mucho y con entusiasmo del marqués y de sus fincas, lo que a su hijo le parecía de una absoluta bajeza.

La familia de Hurtado estaba bien relacionada; don Pedro, a pesar de sus arbitrariedades y de su despotismo casero, era amabilísimo con los de fuera y sabía sostener las amistades útiles.

Hurtado<sup>32</sup> conocía a toda la vecindad y era muy complaciente con ella. Guardaba a los vecinos muchas atenciones menos a los de las guardillas<sup>33</sup>, a quienes odiaba.

---

<sup>29</sup> ff De nuevo aparecen los antagonismos típicos de la política de la época: conservadores (defensores de la riqueza, de la burguesía, la iglesia y el ejército) frente a los revolucionarios (republicanos, socialistas, anarquistas, etc) que luchaban por la justicia social y defendían a los trabajadores y a los pobres.

<sup>30</sup> Liberales y conservadores eran los dos partidos que se turnaron en el poder durante todo el régimen de la Restauración borbónica (1875-1929). Unos y otros fueron cómplices del caciquismo y de un sistema constitucional aparentemente democrático que en realidad estaba profundamente corrompido.

<sup>31</sup> La Revolución de 1868 o La Gloriosa fue un levantamiento revolucionario español de enorme apoyo popular que trajo consigo el destronamiento de la reina Isabel II y el inicio del período denominado Sexenio Democrático. La Gloriosa supuso una brusca sacudida en la historia del siglo XIX español, ya que a partir de ella tiene lugar en España el primer intento de su historia de establecer un régimen político democrático, primero en forma de monarquía parlamentaria (reinado de Amadeo I, 1871-1873), y después en forma de República (I República Española, 1873-1874). Sin embargo, ambas fórmulas acabarían fracasando. Lógicamente, como ocurre en esta disputa entre padre e hijo, los liberales exaltaban la Gloriosa y los conservadores la despreciaban.

En su teoría del dinero, equivalente a mérito, llevada a la práctica, desheredado tenía que ser sinónimo de miserable.

Don Pedro, sin pensarlo, era un hombre a la antigua; la sospecha de que un obrero pretendiese considerarse como una persona, o de que una mujer quisiera ser independiente le ofendía como un insulto.

Sólo perdonaba a la gente pobre su pobreza, si unían a ésta la desvergüenza y la canallería. Para la gente baja, a quien se podía hablar de tú, chulos, mozas de partido, jugadores, guardaba don Pedro todas sus simpatías.

En la casa, en uno de los cuartos del piso tercero, vivían dos ex bailarinas, protegidas por un viejo senador<sup>34</sup>.

La familia de Hurtado las conocía por las del Moñete.

El origen del apodo provenía de la niña de la favorita del viejo senador. A la niña la peinaban con un moño recogido en medio de la cabeza muy pequeño. Luisito, al verla por primera vez, la llamó la Chica del Moñete, y luego el apodo del Moñete pasó por extensión a la madre y a la tía. Don Pedro hablaba con frecuencia de las dos ex bailarinas y las elogiaba mucho; su hijo Alejandro celebraba las frases de su padre como si fueran de un camarada suyo; Margarita se quedaba seria al oír las alusiones a la vida licenciosa de las bailarinas, y Andrés volvía la cabeza desdeñosamente, dando a entender que los alardes cínicos de su padre le parecían ridículos y fuera de lugar.

Únicamente a las horas de comer Andrés se reunía con su familia; en lo restante del tiempo no se le veía.

Durante el bachillerato, Andrés había dormido en la misma habitación que su hermano Pedro; pero al comenzar la carrera pidió a Margarita le trasladaran a un cuarto bajo de techo, utilizado para guardar trastos viejos.

Margarita, al principio, se opuso; pero luego accedió; mandó quitar los armarios y baúles, y allí se instaló Andrés.

La casa era grande, con esos pasillos y recovecos un poco misteriosos de las construcciones antiguas.

Para llegar al nuevo cuarto de Andrés había que subir unas escaleras, lo que le dejaba completamente independiente.

El cuartucho tenía un aspecto de celda; Andrés pidió a Margarita le cediera un armario y lo llenó de libros y papeles, colgó en las paredes los huesos del esqueleto que le dio su tío el doctor Iturrioz y dejó el cuarto con cierto aire de antro de mago o de nigromántico.

Allá se encontraba a su gusto, solo; decía que estudiaba mejor con aquel silencio; pero muchas veces se pasaba el tiempo leyendo novelas o mirando sencillamente por la ventana.

---

<sup>32</sup> Se refiere al padre, a don Pedro.

<sup>33</sup> o buhardillas. Los cuartos más altos de un edificio con techos inclinados que aprovechan el hueco del tejado. Durante el s. XIX eran las viviendas más baratas (diminutas, sin agua corriente, muchas veces sin luz y muy insalubres). En ellas vivía la gente más miserable, los "desheredados", como se dice después.

<sup>34</sup> Se da a entender que estas exbailarinas eran "queridas" (amantes) del viejo senador y que este las mantenía. Lo de que eran bailarinas se refiere a que desde los años 60 del s. XIX hasta los años 30 del s. XX se hicieron muy populares en las grandes ciudades (París, Berlín, Londres, Barcelona, Madrid...) los espectáculos (o teatro) de variedades. Dentro del teatro de variedades había muchísimos géneros diferentes (café-cantante, cabaret, music-hall, revista, vodevil, burlesque etc, incluso el circo). Los ingredientes comunes a todos ellos eran los números de humor y sátira; la presentación de fenómenos raros o extravagantes (como habilidades atléticas, animales amaestrados, magia e ilusionismo, saltimbanquis y contorsionistas y hasta personas con deformidades monstruosas); y los números musicales (casi siempre acompañados de canciones y bailes). Tanto el humor como la música y los bailes se realizaban con coreografías que solían cargarse de alusiones eróticas y sexuales, de forma que el vestuario y los movimientos de las bailarinas eran muy insinuantes ("picantes"). Las chicas que se dedicaban al baile en los espectáculos de variedades sabían que tenían que salir a escena muy ligeras de ropa y, por la misma razón, los empresarios contrataban a muchachas atrevidas (y atractivas) que fueran del gusto del público masculino. En realidad, era más importante lo que estas "enseñaban" o insinuaban que sus cualidades como bailarinas o cantantes. Tampoco era infrecuente que, en este tipo de ambientes, muchas de estas mujeres mantuvieran relaciones sexuales (pagadas o no) con aquellos varones con recursos que asistían a los espectáculos. Hay que imaginar que las dos ex-bailarinas de las que se habla aquí se habían dedicado al teatro de variedades y que de ahí habían pasado a ser mantenidas por el viejo senador.

Esta ventana caía sobre la parte de atrás de varias casas de las calles de Santa Isabel y de la Esperancilla, y sobre unos patios y tejavanas.

Andrés había dado nombres novelescos a lo que se veía desde allí: la casa misteriosa, la casa de la escalera, la torre de la cruz, el puente del gato negro, el tejado del depósito de agua<sup>35</sup>...

Los gatos de casa de Andrés salían por la ventana y hacían largas excursiones por estas tejavanas y saledizos, robaban de las cocinas, y un día uno de ellos se presentó con una perdiz en la boca.

Luisito solía ir contentísimo al cuarto de su hermano, observaba las maniobras de los gatos, miraba la calavera con curiosidad; le producía todo un gran entusiasmo. Pedro, que siempre había tenido por su hermano cierta admiración, iba también a verle a su cubil y a admirarle como a un bicho raro.

Al final del primer año de carrera, Andrés empezó a tener mucho miedo de salir mal de los exámenes<sup>36</sup>. Las asignaturas eran para marear a cualquiera; los libros, muy voluminosos; apenas había tiempo para enterarse bien; luego las clases en distintos sitios, distantes los unos de los otros, hacían perder tiempo andando de aquí para allá, lo que constituía motivos de distracción.

Además, y esto Andrés no podía achacárselo a nadie más que a sí mismo, muchas veces, con Aracil y con Montaner, iba, dejando la clase, a la parada de Palacio o al Retiro y después, por la noche, en vez de estudiar, se dedicaba a leer novelas.

Llegó mayo y Andrés se puso a devorar los libros a ver si podía resarcirse del tiempo perdido. Sentía un gran temor de salir mal, más que nada por la rechifla del padre, que podía decir: “Para eso creo que no necesitabas tanta soledad”.

Con gran asombro suyo aprobó cuatro asignaturas, y le suspendieron, sin ningún asombro por su parte, en la última, en el examen de Química. No quiso confesar en casa el pequeño tropiezo e inventó que no se había presentado.

—¡Valiente primo! —le dijo su hermano Alejandro.

Andrés decidió estudiar con energía durante el verano. Allí, en su celda, se encontraría muy bien, muy tranquilo y a gusto. Pronto se olvidó de sus propósitos, y en vez de estudiar miraba por la ventana con un antejo la gente que salía en las casas de vecindad.

Por la mañana dos muchachitas aparecían en unos balcones lejanos. Cuando se levantaba Andrés ya estaban ellas en el balcón. Se peinaban y se ponían cintas en el pelo.

No se les veía bien la cara, porque el antejo, además de ser de poco alcance, no era acromático y daba una gran irisación a todos los objetos.

Un chico que vivía enfrente de esas muchachas solía echarlas un rayo de sol con un espejito. Ellas le reñían y amenazaban, hasta que, cansadas, se sentaban a coser en el balcón.

---

<sup>35</sup> ff Obsérvese la tendencia o inclinación de AHurtado a la soledad, a la lectura, a la contemplación de cuanto lo rodea, y a la fantasía (a inventarse cosas e historias tomando como punto de partida el mundo contemplado). Ver nota 28. Esta, digamos, ‘enfermedad de la fantasía’ también la padecerá —lo veremos más adelante— el hermano pequeño, Luisito.

<sup>36</sup> ff Con esta frase se cierra el salto atrás que ha servido para que el lector conozca a fondo el pasado y la familia de AHurtado, así como la personalidad de este. A partir de aquí se reactiva el ritmo de la acción. En este capítulo 5º, y en los siguientes (6º, 7º, 8º) vemos cómo Andrés va superando diversas asignaturas ante las que siempre sufre experiencias negativas y profundas decepciones. En el capítulo 8º dice que ya está en 4º curso fff Junto al insatisfactorio mundo de los estudios, los capítulos se llenan de anécdotas y comentarios acerca del protagonista. En los párrafos siguiente, Baroja cuenta cómo Andrés pierde el tiempo sin estudiar. Unas veces, va de paseo con los amigos a ver el relevo de la Guardia en el Palacio de Oriente, residencia real, que era una parada militar (con revista, relevo y desfile de tropas vestidas con traje de época) que se realizaba diariamente a ciertas horas. Otras veces, va a pasearse por los jardines de El Retiro (en el centro de Madrid); otras, pasa las horas mirando distraídamente con un antejo al vecindario desde la ventana de su cuarto.

En una guardilla próxima había una vecina que, al levantarse, se pintaba la cara. Sin duda no sospechaba que pudieran mirarla y realizaba su operación de un modo concienzudo. Debía de hacer una verdadera obra de arte; parecía un ebanista barnizando un mueble.

Andrés, a pesar de que leía y leía el libro, no se enteraba de nada. Al comenzar a repasar vio que, excepto las primeras lecciones de Química, de todo lo demás apenas podía contestar.

Pensó en buscar alguna recomendación; no quería decirle nada a su padre, y fue a casa de su tío Iturrioz a explicarle lo que le pasaba. Iturrioz le preguntó:

—¿Sabes algo de química?

—Muy poco.

—¿No has estudiado?

—Sí; pero se me olvida todo en seguida.

—Es que hay que saber estudiar. Salir bien en los exámenes es una cuestión mnemotécnica, que consiste en aprender y repetir el mínimo de datos hasta dominarlos...; pero, en fin, ya no es tiempo de eso; te recomendaré; vete con esta carta a casa del profesor.

Andrés fue a ver al catedrático, que le trató como a un recluta.

El examen que hizo días después le asombró por lo detestable<sup>37</sup>; se levantó de la silla confuso, lleno de vergüenza. Esperó, teniendo la seguridad de que saldría mal; pero se encontró, con gran sorpresa, que le habían aprobado.

## 6. La sala de disección

El curso siguiente, de menos asignaturas, era algo más fácil, no había tantas cosas que retener en la cabeza.

A pesar de esto, sólo la Anatomía bastaba para poner a prueba la memoria mejor organizada.

Unos meses después del principio de curso, en el tiempo frío, se comenzaba la clase de disección. Los cincuenta o sesenta alumnos se repartían en diez o doce mesas y se agrupaban de cinco en cinco en cada una.

Se reunieron en la misma mesa Montaner, Aracil y Hurtado, y otros dos a quien ellos consideraban como extraños a su pequeño círculo.

Sin saber por qué, Hurtado y Montaner, que en el curso anterior se sentían hostiles, se hicieron muy amigos en el siguiente.

Andrés le pidió a su hermana Margarita que le cosiera una blusa para la clase de disección; una blusa negra con mangas de hule y vivos amarillos.

Margarita se la hizo. Estas blusas no eran nada limpias, porque en las mangas, sobre todo, se pegaban piltrafas de carne, que se secaban y no se veían.

La mayoría de los estudiantes ansiaban llegar a la sala de disección y hundir el escalpelo en los cadáveres, como si les quedara un fondo atávico de crueldad primitiva.

---

<sup>37</sup> pésimo, aborrecible, para detestarlo. ff Obsérvese que se levanta del examen “confuso, lleno de vergüenza”, es decir, tiene remordimientos porque sabe que no ha estudiado lo que debía. Hay un fondo de rectitud y honradez en el alma de Andrés, pero, al mismo tiempo, es incapaz en este caso de aceptar que la consecuencia de ello es suspender la asignatura. Por eso, antes de hacer el examen, busca una recomendación, que el tío Iturrioz “se mueva” para influir en el profesor de Química, y así aprobarla. De un lado, el sentimiento de malestar por haber actuado incorrectamente; de otro, la deshonestidad de recurrir al “enchufe” para aprobar: AHurtado es un tipo contradictorio; él es plenamente consciente de esta ambigüedad psicológica; y esto le hace sufrir.

En todos ellos se producía un alarde de indiferencia y de jovialidad al encontrarse frente a la muerte, como si fuera una cosa divertida y alegre destripar y cortar en pedazos los cuerpos de los infelices que llegaban allá.

Dentro de la clase de disección, los estudiantes gustaban de encontrar grotesca la muerte; a un cadáver le ponían un cucurucho en la boca o un sombrero de papel.

Se contaba de un estudiante de segundo año que había embromado a un amigo suyo, que sabía era un poco aprensivo, de este modo: cogió el brazo de un muerto, se embozó en la capa y se acercó a saludar a su amigo.

—¿Hola, qué tal? —le dijo sacando por debajo de la capa la mano del cadáver.

—Bien, ¿y tú? —contestó el otro.

El amigo estrechó la mano, se estremeció al notar su frialdad y quedó horrorizado al ver que por debajo de la capa salía el brazo de un cadáver.

De otro caso sucedido por entonces, se habló mucho entre los alumnos. Uno de los médicos del hospital, especialista en enfermedades nerviosas, había dado orden de que a un enfermo suyo, muerto en su sala, se le hiciera la autopsia y se le extrajera el cerebro y se le llevara a su casa.

El interno extrajo el cerebro, y lo envió con un mozo al domicilio del médico. La criada de la casa, al ver el paquete, creyó que eran sesos de vaca, y los llevó a la cocina y los preparó y los sirvió a la familia.

Se contaban muchas historias como ésta, fueran verdad o no, con verdadera fruición. Existía entre los estudiantes de Medicina una tendencia al espíritu de clase, consistente en un común desdén por la muerte; en cierto entusiasmo por la brutalidad quirúrgica y en un gran desprecio por la sensibilidad.

Andrés Hurtado no manifestaba más sensibilidad que los otros; no le hacía tampoco ninguna mella ver abrir, cortar y descuartizar cadáveres.

Lo que sí le molestaba era el procedimiento de sacar los muertos del carro en donde los traían del depósito del hospital. Los mozos cogían estos cadáveres, uno por los brazos y otro por los pies, los aupaban y los echaban al suelo.

Eran casi siempre cuerpos esqueléticos, amarillos, como momias. Al dar en la piedra, hacían un ruido desagradable, extraño, como de algo sin elasticidad, que se derrama; luego, los mozos iban cogiendo los muertos, uno a uno, por los pies y arrastrándolos por el suelo, y al pasar unas escaleras que había para bajar a un patio donde estaba el depósito de la sala, las cabezas iban dando lúgubramente en los escalones de piedra. La impresión era terrible; aquello parecía el final de una batalla prehistórica, o de un combate de circo romano, en que los vencedores fueran arrastrando a los vencidos.

Hurtado imitaba a los héroes de las novelas leídas por él, y reflexionaba acerca de la vida y de la muerte; pensaba que si las madres de aquellos desgraciados que iban al *spoliarium* hubiesen vislumbrado el final miserable de sus hijos, hubieran deseado seguramente parirlos muertos.

Otra cosa desagradable para Andrés era el ver, después de hechas las disecciones, cómo metían todos los pedazos sobrantes en unas calderas cilíndricas pintadas de rojo, en donde aparecía una mano entre un hígado y un trozo de masa encefálica, y un ojo opaco y turbio en medio del tejido pulmonar.

A pesar de la repugnancia que le inspiraban tales cosas, no le preocupaban; la Anatomía y la disección le producían interés.

Esta curiosidad por sorprender la vida; este instinto de inquisición<sup>38</sup> tan humano, lo experimentaba él como casi todos los alumnos.

---

<sup>38</sup> ...instinto de inquisición: impulso espontáneo de averiguación. Las diversas anécdotas referidas un poco más arriba a ese instinto de inquisición del alumnado de medicina (las clases de disección, el trato a los cadáveres, las bromas inhumanas, las anécdotas macabras...), todos esos detalles focalizados en lo sórdido, en la podredumbre humana, aunque respondan a un tono humorístico, es

Uno de los que lo sentían con más fuerza era un catalán amigo de Aracil, que aún estudiaba en el Instituto.

Jaime Massó, así se llamaba, tenía la cabeza pequeña, el pelo negro, muy fino, la tez de un color blanco amarillento y la mandíbula prognata. Sin ser inteligente, sentía tal curiosidad por el funcionamiento de los órganos, que si podía se llevaba a casa la mano o el brazo de un muerto, para diseccionarlos a su gusto. Con las piltrafas, según decía, abonaba unos tiestos o los echaba al balcón de un aristócrata de la vecindad a quien odiaba.

Massó, especial en todo, tenía los estigmas de un degenerado. Era muy supersticioso; andaba por en medio de las calles y nunca por las aceras; decía medio en broma, medio en serio, que al pasar iba dejando como rastro, un hilo invisible que no debía romperse. Así, cuando iba a un café o al teatro salía por la misma puerta por donde había entrado para ir recogiendo el misterioso hilo.

Otra cosa caracterizaba a Massó; su wagnerismo<sup>39</sup> entusiasta e intransigente, que contrastaba con la indiferencia musical de Aracil, de Hurtado y de los demás.

Aracil había formado a su alrededor una camarilla de amigos a quienes dominaba y mortificaba, y entre éstos se contaba Massó; le daba grandes plantones, se burlaba de él, lo tenía como a un payaso.

Aracil demostraba casi siempre una crueldad desdeñosa, sin brutalidad, de un carácter femenino<sup>40</sup>.

Aracil, Montaner y Hurtado, como muchachos que vivían en Madrid, se reunían poco con los estudiantes provincianos; sentían por ellos un gran desprecio; todas esas historias del casino del pueblo, de la novia y de las calaveradas en el lugarón de la Mancha o de Extremadura, les parecían cosas plebeyas, buenas para gente de calidad inferior.

Esta misteriosa tendencia aristocrática, más grande sobre todo en Aracil y en Montaner que en Andrés, les hacía huir de lo estruendoso, de lo vulgar, de lo bajo; sentían repugnancia por aquellas chirלטas en donde los estudiantes de provincias perdían curso tras curso, estúpidamente jugando al billar o al dominó.

A pesar de la influencia de sus amigos, que le inducían a aceptar las ideas y la vida de un señorito madrileño de buena sociedad, Hurtado se resistía.

Sujeto a la acción de la familia, de sus condiscípulos y de los libros, Andrés iba formando su espíritu con el aporte de conocimientos y datos un poco heterogéneos.

Su biblioteca aumentaba con desechos; varios libros ya antiguos de Medicina y de Biología, le dio su tío Iturrioz; otros, en su mayoría folletines<sup>41</sup> y novelas, los encontró en casa; algunos los fue comprando en las librerías de lance. Una señora vieja, amiga de la familia, le regaló unas ilustraciones y la *Historia de la Revolución francesa*, de Thiers<sup>42</sup>. Este libro, que comenzó treinta veces y treinta veces lo dejó aburrido, llegó a leerlo y a preocuparle. Después de la *Historia* de Thiers leyó los *Girondinos*<sup>43</sup>, de Lamartine<sup>44</sup>.

---

de inspiración naturalista, es decir, ya había sido novelado por autores de finales del XIX (ej. Zola en Francia; Blasco Ibáñez y Emilia Pardo Bazán en España). Más adelante, encontraremos otros aspectos naturalistas a los que atiende Baroja. ¶ En la extensa conversación filosófica de AHurtado e Iturrioz de la 4ª parte volverá a aparecer, teorizado, este 'instinto' de averiguación, de investigación, científico, en definitiva.

<sup>39</sup> ¶ Wagnerianismo es la afición (o fanatismo) por la música de Wagner. Wagner (1813-1883; compositor posromántico alemán) y Verdi (1813—1901; italiano) revolucionaron la música clásica, y en especial la ópera, durante la 2ª mitad del s. XIX, época en que se hizo famosa en todo el continente la disputa artística entre 'wagnerianos' y 'verdianos' acerca de cuál de ellos era superior al otro.

<sup>40</sup> ¶ Otro prejuicio misógino (odio o rechazo a las mujeres) de Baroja. En las relaciones personales —dice— estas se caracterizan por una crueldad desdeñosa, sin brutalidad.

<sup>41</sup> ¶ Los folletines fueron muy populares desde los años 70 del s. XIX hasta los años 30 del s. XX. Eran relatos (cuentos, novelitas cortas) que se vendían en librerías y quioscos, y que aparecían por entregas, en cuadernillos independientes o publicados en periódicos y revistas (de ahí la palabra, 'folletín', que viene de 'folleto'). Estaban dirigidas a un público muy popular y los argumentos eran enrevesados, melodramáticos (amores desdichados, desgracias a montones y ríos de lágrimas) y poco verosímiles (parecidos a los "culebrones" actuales de televisión)

<sup>42</sup> Prestigioso historiador y político francés (1797-1877)

<sup>43</sup> Este título de la obra de Lamartine hace referencia a uno de los bandos (el más moderado) que participó en la Revolución Francesa (1879), bando rival de los jacobinos (ver nota 45: Saint-Just).

Con la lógica un poco rectilínea del hombre joven, llegó a creer que el tipo más grande de la Revolución era Saint-Just<sup>45</sup>. En muchos libros, en las primeras páginas en blanco, escribió el nombre de su héroe, y lo rodeó como un sol de rayos.

Este entusiasmo absurdo lo mantuvo secreto; no quiso comunicárselo a sus amigos. Sus cariños y sus odios revolucionarios se los reservaba, no salían fuera de su cuarto. De esta manera, Andrés Hurtado se sentía distinto cuando hablaba con sus condiscípulos en los pasillos de San Carlos<sup>46</sup> y cuando soñaba en la soledad de su cuartucho.

Tenía Hurtado dos amigos a quienes veía de tarde en tarde. Con ellos debatía las mismas cuestiones que con Aracil y Montaner, y podía así apreciar y comparar sus puntos de vista.

De estos amigos, compañeros de Instituto, el uno estudiaba para ingeniero y se llamaba Rafael Sañudo; el otro era un chico enfermo, Fermín Ibarra.

A Sañudo, Andrés le veía los sábados por la noche en un café de la calle Mayor, que se llamaba Café del Siglo.

A medida que pasaba el tiempo, veía Hurtado cómo divergía en gustos y en ideas de su amigo Sañudo, con quien antes, de chico, se encontraba tan de acuerdo.

Sañudo y sus condiscípulos no hablaban en el café más que de música; de las óperas del Real<sup>47</sup>, y sobre todo de Wagner. Para ellos, la ciencia, la política, la revolución, España, nada tenía importancia al lado de la música de Wagner. Wagner era el Mesías, Beethoven y Mozart<sup>48</sup> los precursores. Había algunos beethovenianos que no querían aceptar a Wagner, no ya como el Mesías, ni aun siquiera como un continuador digno de sus antecesores, y no hablaban más que de la quinta y de la novena<sup>49</sup>, en éxtasis. A Hurtado, que no le preocupaba la música, estas conversaciones le impacientaban.

Empezó a creer que esa idea general y vulgar de que el gusto por la música significa espiritualidad, era inexacta. Por lo menos, en los casos que él veía, la espiritualidad no se confirmaba. Entre aquellos estudiantes amigos de Sañudo, muy filarmónicos, había muchos, casi todos, mezquinos, mal intencionados, envidiosos.

Sin duda, pensó Hurtado, que le gustaba explicárselo todo, la vaguedad de la música hace que los envidiosos y los canallas, al oír las melodías de Mozart, o las armonías de Wagner, descansen con delicia de la acritud interna que les produce sus malos sentimientos, como un hiperclorhídrico<sup>50</sup> al ingerir una sustancia neutra<sup>51</sup>.

En aquel Café del Siglo, adonde iba Sañudo, el público en su mayoría era de estudiantes; había también algunos grupos de familia, de esos que se atornillan en una mesa, con gran desesperación del mozo, y unas cuantas muchachas de aire equívoco.

---

<sup>44</sup> Lamartine (1790—1869): famoso poeta romántico francés.

<sup>45</sup> Saint-Just fue uno de los héroes de la Revolución Francesa (1789). Pertenecía al bando de los jacobinos (junto a Robespierre): se enfrentó con gran valentía y violencia a los enemigos de la revolución (la aristocracia y la monarquía francesas, y los estados absolutistas de Europa), pero también a aquellos que los jacobinos consideraban "falsos" revolucionarios (porque aparentemente apoyaban la revolución, pero olvidaban al pueblo y solo defendían los intereses de la burguesía más poderosa). Los revolucionarios moderados (los Girondinos) lo detuvieron en 1794 y, junto a Robespierre, lo guillotinaron. Ha pasado a la historia como un político maldito: justo y sanguinario, valiente y temible, fiel a sus ideas e insobornable. ¶ Esa leyenda de rebeldía y radicalidad justiciera, de entusiasmo y acción ante la adversidad, es la que lleva al jovencísimo e inconformista Andrés Hurtado a identificarse con él. Años después esta simpatía se evapora (ver capítulo X, *Paso por San Juan de Dios*).

<sup>46</sup> San Carlos era el nombre coloquial que se le daba a la facultad de medicina. Luego se verá que el Hospital General estaba al lado de San Carlos (separados apenas por un callejón).

<sup>47</sup> Teatro Real de Madrid, tradicionalmente uno de los centros musicales del país donde actuaban orquestas y donde se representaban óperas y zarzuelas.

<sup>48</sup> Músicos ambos alemanes: Beethoven, romántico (s. XIX); y Mozart, neoclásico (s. XVIII); efectivamente, considerados grandes genios de la música clásica y precursores de la de Wagner (ver nota 35).

<sup>49</sup> La quinta y la novena sinfonías, composiciones archifamosas de Beethoven.

<sup>50</sup> una persona con exceso de ácido clorhídrico en el jugo gástrico.

<sup>51</sup> *sustancia neutra* es toda sustancia que cuando se disuelve en agua no genera un cambio de pH, por ejemplo, el agua o la leche. ¶ Baroja (que era médico) está considerando aquí que la música puede actuar como sustancia espiritual curativa de la maldad, agresividad o mezquindad, igual que ingerir sustancias neutras (agua, por ejemplo) es un alivio o curación para las personas con exceso de ácido clorhídrico en el jugo gástrico.

Entre ellas llamaba la atención una rubia muy guapa, acompañada de su madre. La madre era una chatorrona gorda, con el colmillo retorcido y la mirada de jabalí<sup>52</sup>. Se conocía su historia: después de vivir con un sargento, el padre de la muchacha, se había casado con un relojero alemán, hasta que éste, harto de la golfería de su mujer, la había echado de su casa a puntapiés.

Sañudo y sus amigos se pasaban la noche del sábado hablando mal de todo el mundo, y luego comentando con el pianista y el violinista del café las bellezas de una sonata de Beethoven o de un minué de Mozart. Hurtado comprendió que aquél no era su centro, y dejó de ir por allí.

Varias noches Andrés entraba en algún café cantante con su tablado para las cantadoras y bailadoras. El baile flamenco le gustaba y el canto también cuando era sencillo; pero aquellos especialistas de café, hombres gordos que se sentaban en una silla con un palito y comenzaban a dar jipíos y a poner la cara muy triste, le parecían repugnantes.

La imaginación de Andrés le hacía ver peligros imaginarios que, por un esfuerzo de voluntad, intentaba desafiar y vencer.

Había algunos cafés cantantes<sup>53</sup> y casas de juego, muy cerrados, que a Hurtado se le antojaban peligrosos; uno de ellos era el café del Brillante, donde se formaban grupos de chulos, camareras y bailadoras; el otro, un garito de la calle de la Magdalena, con las ventanas ocultas por cortinas verdes. Andrés se decía: "Nada, hay que entrar aquí", y entraba temblando de miedo.

Estos miedos variaban en él. Durante algún tiempo, tuvo como una mujer extraña, a una buscona de la calle del Candil, con unos ojos negros sombreados de oscuro, y una sonrisa que mostraba sus dientes blancos.

Al verla Andrés se estremecía y se echaba a temblar. Un día la oyó hablar con acento gallego, y sin saber por qué, todo su terror desapareció.

Muchos domingos por la tarde, Andrés iba a casa de su condiscípulo Fermín Ibarra. Fermín estaba enfermo de artritis y se pasaba la vida leyendo libros de ciencia recreativa<sup>54</sup>. Su madre le tenía como a un niño y le compraba juguetes mecánicos que a él le divertían.

Hurtado le contaba lo que hacía, le hablaba de la clase de disección, de los cafés cantantes, de la vida de Madrid de noche.

Fermín, resignado, le oía con gran curiosidad. Cosa absurda: al salir de casa del pobre enfermo, Andrés tenía una idea agradable de su vida.

¿Era un sentimiento malvado de contraste? ¿El sentirse sano y fuerte cerca del impedido y del débil?

Fuera de aquellos momentos, en los demás, el estudio, las discusiones, la casa, los amigos, sus correrías, todo esto, mezclado con sus pensamientos, le daba una impresión de dolor, de amargura en el espíritu. La vida en general, y sobre todo la suya, le parecía una cosa fea, turbia, dolorosa e indomable<sup>55</sup>.

---

<sup>52</sup> *con el colmillo retorcido y la mirada de jabalí*: es una animalización caricaturesca. Lo de "colmillo retorcido" puede ser descripción física y puede ser connotación de la personalidad: persona de aspecto asalvado y con malas y secretas intenciones.

<sup>53</sup> Eran locales de diversión (ocio) donde, además de despacharse bebidas, se ofrecían espectáculos de cante, toque y baile flamenco. Estos locales tuvieron su mayor auge entre los años 80 del siglo XIX y la segunda década del siglo XX.

<sup>54</sup> *ciencia recreativa*: colección de prácticas y experimentos de física y química, realizados mediante observaciones de la vida diaria y mediante el empleo de objetos, productos y materias comunes (botellas, vasos, ollas, sal, alcohol, lejía, agua, tintas, etc) para realizar experimentos caseros con base científica. ¶ Este personaje, que, a pesar de su curiosidad científica, aparece ahora enfermo y desvalido ante el saludable Andrés, irá ganando cada vez más importancia como símbolo de la fuerza de voluntad y de la seguridad de su vocación científica (de ingeniero e inventor). En Fermín Ibarra representa Baroja una historia de superación que sorprende constantemente a AHurtado.

<sup>55</sup> ¶ En este párrafo Baroja hace un diagnóstico del estado intelectual, moral y emocional de AHurtado, en el cual destaca la extrema negatividad con que el personaje se ve a sí mismo y sus relaciones con todo lo que lo rodea. AHurtado es una víctima de su propia personalidad, frágil e hipersensible, zarandeado por la vida, que se le presenta como una fuerza imposible de dominar, confusa, horrible y que solo produce sufrimiento. A la conciencia extremadamente dolosa de la vida se la suele denominar 'pesimismo

## 7. Aracil y Montaner

Aracil, Montaner y Hurtado concluyeron felizmente su primer curso de Anatomía. Aracil se fue a Galicia, en donde se hallaba empleado su padre; Montaner, a un pueblo de la Sierra, y Andrés se quedó sin amigos.

El verano le pareció largo y pesado; por las mañanas iba con Margarita y Luisito al Retiro, y allí corrían y jugaban los tres; luego, la tarde y la noche las pasaba en casa dedicado a leer novelas; una porción de folletines publicados en los periódicos durante varios años. Dumas padre, Eugenio Sué, Montepín, Gaboriau, miss Braddon<sup>56</sup> sirvieron de pasto a su afán de leer. Tal dosis de literatura, de crímenes, de aventuras y de misterios acabó por aburrirle.

Los primeros días del curso le sorprendieron agradablemente. En estos días otoñales duraba todavía la feria de septiembre en el Prado, delante del Jardín Botánico, y al mismo tiempo que las barracas con juguetes, los tíos vivos, los tiros al blanco y los montones de nueces, almendras y acerolas, había puestos de libros en donde se congregaban los bibliófilos, a revolver y a hojear los viejos volúmenes llenos de polvo. Hurtado solía pasar todo el tiempo que duraba la feria registrando los libracos entre el señor grave, vestido de negro, con anteojos, de aspecto doctoral, y algún cura esquelético, de sotana raída.

Tenía Andrés cierta ilusión por el nuevo curso; iba a estudiar Fisiología y creía que el estudio de las funciones de la vida le interesaría tanto o más que una novela; pero se engañó, no fue así. Primeramente, el libro de texto era un libro estúpido, hecho con recortes de obras francesas y escrito sin claridad y sin entusiasmo; leyéndolo no se podía formar una idea clara del mecanismo de la vida; el hombre parecía, según el autor, como un armario con una serie de aparatos dentro, completamente separados los unos de los otros como los negociados de un ministerio.

Luego, el catedrático era hombre sin ninguna afición a lo que explicaba, un señor senador, de esos latosos, que se pasaba las tardes en el Senado discutiendo tonterías y provocando el sueño de los abuelos de la patria<sup>57</sup>.

Era imposible que con aquel texto y aquel profesor llegara nadie a sentir el deseo de penetrar en la ciencia de la vida. La Fisiología, cursándola así, parecía una cosa estólida y deslavazada, sin problemas de interés ni ningún atractivo.

Hurtado tuvo una verdadera decepción. Era indispensable tomar la Fisiología como todo lo demás, sin entusiasmo, como uno de los obstáculos que salvar para concluir la carrera.

Esta idea, de una serie de obstáculos, era la idea de Aracil. Él consideraba una locura el pensar que habían de encontrar un estudio agradable.

Julio, en esto, y en casi todo, acertaba. Su gran sentido de la realidad le engañaba pocas veces.

Aquel curso, Hurtado intimó bastante con Julio Aracil. Julio era un año o año y medio más viejo que Hurtado y parecía más hombre. Era moreno, de ojos brillantes y saltones, la cara de una expresión viva, la palabra fácil, la inteligencia rápida.

Con estas condiciones cualquiera hubiese pensado que se hacía simpático; pero no, le pasaba todo lo contrario; la mayoría de los conocidos le profesaban poco afecto.

---

existencial', y, en este caso, es la primera vez que Baroja expone implícitamente lo que el filósofo Schopenhauer pensaba acerca de la vida (ver nota 103).

<sup>56</sup> Los cuatro hombres son autores románticos franceses, y la mujer, Miss Braddon, novelista inglesa. Durante el s. XIX y las primeras décadas del XX fueron escritores inmensamente populares, y sus obras se tradujeron y publicaron sin cesar en España bajo el formato de folletines (ver nota 41).

<sup>57</sup> *abuelos de la patria*: se trata de un sarcasmo caricaturesco. A los políticos muy importantes de un país se les suele llamar, elogiosamente, 'padres de la patria'. Pues bien, por su avanzada edad y para reírse de ellos, Baroja/AHurtado los llama 'abuelos de la patria'. ¶ Por otra parte, este catedrático de fisiología de la universidad es, al mismo tiempo, senador, es decir, político. Era muy frecuente el doble papel público de ciertos personajes (militares, escritores, abogados, profesores, sacerdotes, etc) que, además de a su profesión, se dedicaban a la política (a una política que solo trataba de tonterías y producía sueño, como se explica aquí).

Julio vivía con unas tías viejas; su padre, empleado en una capital de provincia, era de una posición bastante modesta. Julio se mostraba muy independiente; podía haber buscado la protección de su primo Enrique Aracil que por entonces acababa de obtener una plaza de médico en el hospital, por oposición, y que podía ayudarle; pero Julio no quería protección alguna; no iba ni a ver a su primo; pretendía debérselo todo a sí mismo. Dada su tendencia práctica, era un poco paradójica esta resistencia suya a ser protegido.

Julio, muy hábil, no estudiaba casi nada; pero aprobaba siempre. Buscaba amigos menos inteligentes que él para explotarles; allí donde veía una superioridad cualquiera, fuese en el orden que fuese, se retiraba. Llegó a confesar a Hurtado que le molestaba pasear con gente de más estatura que él.

Julio aprendía con gran facilidad todos los juegos. Sus padres, haciendo un sacrificio, podían pagarle los libros, las matrículas y la ropa. La tía de Julio solía darle, para que fuera alguna vez al teatro, un duro todos los meses, y Aracil se las arreglaba jugando a las cartas con sus amigos, de tal manera que, después de ir al café y al teatro y comprar cigarrillos, al cabo del mes, no sólo le quedaba el duro de su tía, sino que tenía dos o tres más.

Aracil era un poco petulante, se cuidaba el pelo, el bigote, las uñas y le gustaba echárselas de guapo. Su gran deseo en el fondo era dominar, pero no podía ejercer su dominación en una zona extensa ni trazarse un plan, y toda su voluntad de poder y toda su habilidad se empleaba en cosas pequeñas. Hurtado le comparaba a esos insectos activos que van dando vueltas a un camino circular con una decisión inquebrantable e inútil.

Una de las ideas gratas, a Julio era pensar que había muchos vicios y depravaciones en Madrid.

La venalidad de los políticos, la fragilidad<sup>58</sup> de las mujeres, todo lo que significara claudicación, le gustaba; que una cómica, por hacer un papel importante, se entendía con un empresario viejo y repulsivo; que una mujer, al parecer honrada, iba a una casa de citas, le encantaba.

Esa omnipotencia del dinero, antipática para un hombre de sentimientos delicados, le parecía a Aracil algo sublime, admirable, un holocausto natural a la fuerza del oro.

Julio era un verdadero fenicio<sup>59</sup>; procedía de Mallorca y probablemente había en él sangre semítica<sup>60</sup>. Por lo menos, si la sangre faltaba, las inclinaciones de la raza estaban íntegras. Soñaba con viajar por el Oriente, y aseguraba siempre que, de tener dinero, los primeros países que visitaría serían Egipto y el Asia Menor.

El doctor Iturrioz, tío carnal de Andrés Hurtado, solía afirmar, probablemente de una manera arbitraria, que en España, desde un punto de vista moral, hay dos tipos: el tipo ibérico y el tipo semita. Al tipo ibérico asignaba el doctor las cualidades fuertes y guerreras de la raza; al tipo semita, las tendencias rapaces, de intriga y de comercio.

Aracil era un ejemplar acabado del tipo semita. Sus ascendientes debieron ser comerciantes de esclavos en algún pueblo del Mediterráneo. A Julio le molestaba todo lo que fuera violento y exaltado: el patriotismo, la guerra, el entusiasmo político o social; le gustaba el fausto, la riqueza, las alhajas, y como no tenía dinero para comprarlas buenas, las llevaba falsas y casi le hacía más gracia lo mixtificado que lo bueno.

Daba tanta importancia al dinero, sobre todo al dinero ganado, que el comprobar lo difícil de conseguirlo le agradaba. Como era su dios, su ídolo, de darse demasiado fácilmente, le hubiese parecido mal. Un paraíso conseguido sin esfuerzo no entusiasma al creyente; la mitad por lo menos del mérito de la gloria está en su dificultad, y para Julio la dificultad de conseguir el dinero constituía uno de sus mayores encantos.

---

<sup>58</sup> *fragilidad* en el sentido moral y sexual: la facilidad con que —según Aracil— las mujeres se dejan seducir o pierden su honra.

<sup>59</sup> Aquí "fenicio" significa que tiene habilidad para comerciar o negociar y sacar el máximo beneficio. Tal significado procede de los fenicios, un pueblo de comerciantes marineros que en la antigüedad prerromana se extendió por todo el Mediterráneo. Los fenicios (como los cartagineses) también pertenecían a la cultura semítica.

<sup>60</sup> Los pueblos, la cultura y las lenguas semíticas o semitas son, básicamente, dos: la hebrea y la árabe. ¶ Véase aquí el determinismo de Baroja llevado a su extremo: la sangre semítica (es decir, la raza) de sus más remotos antepasados influye decisivamente en la personalidad de Aracil. Y por supuesto, frente a la fortaleza de la raza ibérica (del tipo ibérico), el tipo semita o semítico (la raza semítica: árabes, judíos, fenicios, etc) solo tiene características negativas. Es muy claro el racismo de Baroja (pues el antisemitismo solo esconde anti-judaísmo), por otra parte muy común en el pensamiento europeo a finales del XIX y principios del XX. Y es muy claro también el propósito de subrayar constantemente la radical incompatibilidad de caracteres entre Aracil y Andrés, oposición, eso sí, que no excluye el trato amable y la cercanía, y que tampoco excluye que Andrés, fríamente, entienda esa filosofía del éxito y del egoísmo de Aracil.

Otra de las condiciones de Aracil era acomodarse a las circunstancias; para él no había cosas desagradables; de considerarlo necesario, lo aceptaba todo.

Con su sentido previsor de hormiga, calculaba la cantidad de placeres obtenibles por una cantidad de dinero. Esto constituía una de sus mayores preocupaciones. Miraba los bienes de la tierra con ojos de tasador judío<sup>61</sup>. Si se convencía de que una cosa de treinta céntimos la había comprado por veinte, sentía un verdadero disgusto.

Julio leía novelas francesas de escritores medio naturalistas<sup>62</sup>, medio galantes<sup>63</sup>; estas relaciones de la vida de lujo y de vicio de París le encantaban.

De ser cierta la clasificación de Iturriz, Montaner también tenía más del tipo semita que del ibérico. Era enemigo de lo violento y de lo exaltado, perezoso, tranquilo, comodón.

Blando de carácter, daba al principio de tratarle cierta impresión de acritud y energía, que no era más que el reflejo del ambiente de su familia, constituida por el padre y la madre y varias hermanas solteras, de carácter duro y avinagrado.

Cuando Andrés llegó a conocer a fondo a Montaner, se hizo amigo suyo.

Concluyeron los tres compañeros el curso. Aracil se marchó, como solía hacerlo todos los veranos, al pueblo en donde estaba su familia, y Montaner y Hurtado se quedaron en Madrid.

El verano fue sofocante; por las noches, Montaner, después de cenar, iba a casa de Hurtado, y los dos amigos paseaban por la Castellana y por el Prado, que por entonces<sup>64</sup> tomaba el carácter de un paseo provinciano aburrido, polvoriento y lánguido.

Al final del verano un amigo le dio a Montaner una entrada para los Jardines del Buen Retiro<sup>65</sup>. Fueron los dos todas las noches. Oían cantar óperas antiguas, interrumpidas por los gritos de la gente que pasaba dentro del vagón de una montaña rusa que cruzaba el jardín; seguían a las chicas, y a la salida se sentaban a tomar horchata o limón en algún puesto del Prado.

Lo mismo Montaner que Andrés hablaban casi siempre mal de Julio; estaban de acuerdo en considerarle egoísta, mezquino, sórdido, incapaz de hacer nada por nadie. Sin embargo, cuando Aracil llegaba a Madrid, los dos se reunían siempre con él.

## 8. Una fórmula de la vida

El año siguiente, el cuarto de carrera, había para los alumnos, y sobre todo para Andrés Hurtado, un motivo de curiosidad: la clase de don José de Letamendi<sup>66</sup>.

---

<sup>61</sup> ...*tasador judío*: esta expresión significa aquí persona avariciosa, que solo piensa en su beneficio. Un tasador es alguien encargado de calcular y ajustar el precio de una cosa o producto. El hecho de que sea "judío" es un prejuicio racista muy antiguo (que está presente en Baroja) según el cual los judíos serían personas avaras y sin escrúpulos (tradicionalmente vinculados a los préstamos y a la usura).

<sup>62</sup> Los escritores naturalistas (últimas décadas del S. XX) eran novelistas realistas que en sus historias no eludían los aspectos más sórdidos de la sociedad (enfermedades, vicios, violencia, perversiones, etc). Zola en Francia, o en España Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas Clarín y Blasco Ibáñez fueron destacados naturalistas.

<sup>63</sup> escritores de "novela galante" o "erótica" (ejes españoles: Octavio Picón, Felipe Trigo, Eduardo Zamacois, Antonio de Hoyos y Vinent, Alberto Insúa, etc). La novela erótica o galante (o sicalíptica) estuvo muy de moda durante los últimos años del s. XIX y primeros del XX, al mismo tiempo que disminuía el interés por la novela naturalista. Lo característico de las novelas galantes era el tratamiento abiertamente sexual de todos los aspectos amorosos, el subrayado constante de los aspectos sensuales y corporales de la atracción entre sexos o del sentimiento amoroso. Llevadas al extremo, las novelas galantes se convirtieron en novela pornográfica, llamada en la época "sicalíptica".

<sup>64</sup> o sea, durante el verano

<sup>65</sup> Efectivamente, en este lugar (dentro del parque de El Retiro) se realizaban fiestas de verano y otoño que incluían actuaciones musicales, espectáculos de variedades, quioscos de comida y bebida, y atracciones de feria.

<sup>66</sup> Barcelona 1828 - Madrid 1897. Catedrático de anatomía con muchísimo prestigio en la universidad española (Barcelona y Madrid) de finales del s. XIX. De Letamendi hay que destacar su carácter enciclopédico. Por supuesto escribió numerosos libros de medicina, su especialidad (ejes. "La Patología general" o "La Clínica general"), pero también dejó obras sobre epistemología, filosofía, literatura,

Letamendi era de estos hombres universales que se tenían en la España de hace unos años; hombres universales a quienes no se les conocía ni de nombre pasados los Pirineos. Un desconocimiento tal en Europa de genios trascendentales se explicaba por esa hipótesis absurda, que, aunque no la defendía nadie claramente, era aceptada por todos, la hipótesis del odio y la mala fe internacionales que hacía que las cosas grandes de España fueran pequeñas en el extranjero y viceversa<sup>67</sup>.

Letamendi era un señor flaco, bajito, escuálido, con melenas grises y barba blanca. Tenía cierto tipo de aguilucho, la nariz corva, los ojos hundidos y brillantes. Se veía en él un hombre que se había hecho una cabeza<sup>68</sup>, como dicen los franceses. Vestía siempre levita algo entallada, y llevaba un sombrero de copa de alas planas, de esos sombreros clásicos de los melenudos profesores de la Sorbona<sup>69</sup>.

En San Carlos corría como una verdad indiscutible que Letamendi era un genio; uno de esos hombres águilas<sup>70</sup> que se adelantan a su tiempo; todo el mundo le encontraba abstruso porque hablaba y escribía con gran empaque un lenguaje medio filosófico, medio literario.

Andrés Hurtado, que se hallaba ansioso de encontrar algo que llegase al fondo de los problemas de la vida, comenzó a leer el libro de Letamendi con entusiasmo. La aplicación de las matemáticas a la Biología le pareció admirable. Andrés fue pronto un convencido.

Como todo el que cree hallarse en posesión de una verdad tiene cierta tendencia de proselitismo, una noche Andrés fue al café donde se reunían Sañudo y sus amigos a hablar de las doctrinas de Letamendi, a explicarlas y a comentarlas.

Estaba como siempre Sañudo con varios estudiantes de ingenieros. Hurtado se reunió con ellos y aprovechó la primera ocasión para llevar la conversación al terreno que deseaba y expuso la fórmula de la vida de Letamendi e intentó explicar los corolarios que de ella deducía el autor.

Al decir Andrés que la vida, según Letamendi, es una función indeterminada entre la energía individual y el cosmos, y que esta función no puede ser más que suma, resta, multiplicación y división, y que no pudiendo ser suma, ni resta, ni división, tiene que ser multiplicación, uno de los amigos de Sañudo se echó a reír.

—¿Por qué se ríe usted? —le preguntó Andrés sorprendido.

—Porque en todo eso que dice usted hay una porción de sofismas y de falsedades. Primeramente hay muchas más funciones matemáticas que sumar, restar, multiplicar y dividir.

—¿Cuáles?

—Eleva a potencia, extraer raíces... Después, aunque no hubiera más que cuatro funciones matemáticas primitivas, es absurdo pensar que en el conflicto de estos dos elementos, la energía de la vida y el cosmos, uno de ellos, por lo menos, heterogéneo y complicado, porque no haya suma, ni resta, ni división, ha de haber multiplicación. Además, sería necesario demostrar por qué no puede haber suma, por qué no puede haber resta y por qué no puede haber división. Después habría que demostrar por qué no puede haber dos o tres funciones simultáneas. No basta decirlo.

—Pero eso lo da el razonamiento.

---

economía e, incluso, música (una de sus aficiones favoritas). También se dedicó a la pintura, y realizó algunos cuadros sobre temas anatómicos. A pesar de que en su época fue considerado un gran sabio, su obra carecía de rigor científico, y no tenía relación con el resto de los métodos que se seguían en Europa, por lo que resultaba demasiado teórica, imposible de aplicar a cuestiones médicas prácticas y sin base experimental ninguna. ¶¶ Como vamos a ver, Baroja (que como estudiante de medicina en Madrid tuvo de profesor a Letamendi) critica con dureza al personaje y sus ideas.

<sup>67</sup> Ver nota 18.

<sup>68</sup> La descripción física de Letamendi subraya la fisonomía judía (“semítica” la llama Baroja) que la literatura ha convertido en tópica: pequeño, seco, ojos hundidos y brillantes, y nariz corva. Hay, pues, un implícita valoración negativa del personaje en estas palabras.

<sup>69</sup> Universidad de París, una de las más antiguas de Europa (muy prestigiosa en comparación las universidades españolas)

<sup>70</sup> metáfora. “Águilas” (aposición especificativa) porque vuelan muy por encima de los demás hombres y porque su extraordinaria visión les sirve para anticiparse a su propio tiempo, para ver mucho más allá de la ramplona realidad del aquí y el ahora. La metáfora no está exenta de ironía.

—No, no; perdone usted —replicó el estudiante, por ejemplo, entre esa mujer y yo puede haber varias funciones matemáticas: suma, si hacemos los dos una misma cosa ayudándonos; resta, si ella quiere una cosa y yo la contraria y vence uno de los dos contra el otro; multiplicación, si tenemos un hijo, y división si yo la corto en pedazos a ella o ella a mí.

—Eso es una broma —dijo Andrés.

—Claro que es una broma —replicó el estudiante—, una broma por el estilo de las de su profesor; pero que tiende a una verdad, y es que entre la fuerza de la vida y el cosmos hay un infinito de funciones distintas: sumas, restas, multiplicaciones, de todo, y que además es muy posible que existan otras funciones que no tengan expresión matemática<sup>71</sup>.

Andrés Hurtado, que había ido al café creyendo que sus proposiciones convencerían a los alumnos de ingenieros, se quedó un poco perplejo y cariacontecido al comprobar su derrota.

Leyó de nuevo el libro de Letamendi, siguió oyendo sus explicaciones y se convenció de que todo aquello de la fórmula de la vida y sus corolarios, que al principio le pareció serio y profundo, no eran más que juegos de prestidigitación, unas veces ingeniosos, otras veces vulgares, pero siempre sin realidad alguna, ni metafísica, ni empírica.

Todas estas fórmulas matemáticas y su desarrollo no eran más que vulgaridades disfrazadas con un aparato científico, adornadas por conceptos retóricos que la papanatería de profesores y alumnos tomaba como visiones de profeta<sup>72</sup>.

Por dentro, aquel buen señor de las melenas, con su mirada de águila y su diletantismo<sup>73</sup> artístico, científico y literario; pintor en sus ratos de ocio violinista y compositor y genio por los cuatro costados, era un mixtificador audaz con ese fondo aparatoso y botarate de los mediterráneos<sup>74</sup>. Su único mérito real era tener condiciones de literato, de hombre de talento verbal<sup>75</sup>.

---

<sup>71</sup> ff Observemos que AHurtado (siguiendo a Letamendi) cree que la *energía* que hay en la vida y el cosmos puede ser explicada matemáticamente, pero es un estudiante de una carrera científica (de ingeniería, familiarizado con lo matemático) quien le saca del error. La energía de la vida y el cosmos es algo sumamente complejo que no se puede reducir a ciertas funciones matemáticas o, más concretamente, que las funciones matemáticas que conocemos no pueden explicar por completo qué es esa energía. De una forma muy expresiva Baroja está poniendo sobre la mesa la crisis de ideas típica de finales del s. XIX y que tan característica es de la Generación del 98 (Ganivet, Unamuno, Azorín, Baroja, Ramiro de Maeztu, A. Machado, etc). Estos autores ya no tienen confianza en el saber científico (que fue el pilar del positivismo filosófico del s. XIX, y de la literatura realista y naturalista). La ciencia no basta para explicar qué es la vida y el cosmos, de modo que habrá que buscar otras explicaciones. Enseguida veremos que AHurtado se orientará hacia la filosofía y, leyendo a Schopenhauer, averiguará que la 'energía' que mueve el mundo y la vida no es ninguna función matemática sino la 'voluntad' (una fuerza negativa, llena de maldad, sufrimiento, destrucción y muerte, y una fuerza imposible de conocer racionalmente y mucho menos de estudiar ni lógica ni matemáticamente).

<sup>72</sup> Alguien que ve más allá de su época y que anuncia lo que vendrá. El 'profeta' se corresponde con el 'hombre águila' del que ha hablado antes.

<sup>73</sup> dedicación a algo como aficionado no como profesional. ff Ya se ha dicho que Letamendi, además de escribir sobre medicina, escribió literatura, filosofía, ensayos sobre arte y, por si no fuera poco, pintaba y era músico (tocaba el violín y el piano).

<sup>74</sup> ff De nuevo, el barojiano. Los mediterráneos serían (por el clima, tradiciones, etc) casi una raza diferente, por ejemplo, a la de los nórdicos europeos.

<sup>75</sup> ff Baroja, a través de AHurtado, rechaza la obra de Letamendi e, implícitamente, también ironiza sobre el personaje. En un primer momento, al leer sus libros, se tiene la impresión de estar ante un gran sabio, que demostraba poseer sólidos y profundos conocimientos en múltiples disciplinas: la literatura (por la brillantez del estilo), la filosofía (por la abstracción de muchos conceptos), las matemáticas (por las demostraciones lógicas y los cálculos en que basaba sus ideas) y la medicina (porque trataba esencialmente cuestiones biológicas, clínicas y patológicas), pero cuando se profundiza de verdad en sus escritos y se analizan sus ideas (lo que le ocurre a AHurtado cuando discute en el café con otros estudiantes), resulta imposible sacar nada en claro de todo aquello pues la mayoría de sus ideas no eran más que "sofismas" (razonamientos aparentemente correctos que encerraban falsedades) o directamente mentiras. La conclusión de AHurtado es entonces demoledora: todo lo que dice Letamendi no es más que "palabrería", juegos de ideas y palabras más o menos brillantes e ingeniosas, "pero siempre sin realidad ninguna, ni metafísica, ni empírica", o sea, palabrería imposible de aplicar ni a la auténtica filosofía ni mucho menos a la medicina real y concreta que sirve para estudiar y curar el cuerpo humano. En la crítica que Baroja hace a Letamendi, o sea, en la decepción sufrida por AHurtado ante este profesor del que esperaba aprender mucho, se esconde al mismo tiempo una crítica feroz a la universidad y a la ciencia españolas, que consideraban a Letamendi un sabio de nivel mundial solo que incomprendido. A AHurtado le llama la atención que en la universidad "todo el mundo le encontraba abstruso" (oscuro, difícil de entender) y, en cambio, todos lo consideraban un auténtico "genio". Es decir, en la universidad se consideraba genial a aquel que escribía o hablaba de una forma brillante, pero difícil de comprender, como si la

La palabrería de Letamendi produjo en Andrés un deseo de asomarse al mundo filosófico y con este objeto compró en unas ediciones económicas los libros de Kant, de Fichte y de Schopenhauer<sup>76</sup>.

Leyó primero *La ciencia del conocimiento*, de Fichte, y no pudo enterarse de nada. Sacó la impresión de que el mismo traductor no había comprendido lo que traducía; después comenzó la lectura de *Parerga y Paralipomena*<sup>77</sup>, y le pareció un libro casi ameno, en parte cándido, y le divirtió más de lo que suponía. Por último, intentó descifrar *La crítica de la razón pura*. Veía que con un esfuerzo de atención podía seguir el razonamiento del autor como quien sigue el desarrollo de un teorema matemático; pero le pareció demasiado esfuerzo para su cerebro y dejó Kant para más adelante, y siguió leyendo a Schopenhauer, que tenía para él el atractivo de ser un consejero chusco y divertido.

Algunos pedantes le decían que Schopenhauer había pasado de moda, como si la labor de un hombre de inteligencia extraordinaria fuera como la forma de un sombrero de copa.

Los condiscípulos, a quien asombraban estos buceamientos<sup>78</sup> de Andrés Hurtado, le decían:

—¿Pero no te basta con la filosofía de Letamendi?

—Si eso no es filosofía ni nada —replicaba Andrés—. Letamendi es un hombre sin una idea profunda; no tiene en la cabeza más que palabras y frases. Ahora, como vosotros no las comprendéis, os parecen extraordinarias.

En el verano, durante las vacaciones, Andrés leyó en la Biblioteca Nacional algunos libros filosóficos nuevos de los profesores franceses e italianos y le sorprendieron. La mayoría de estos libros no tenían más que el título sugestivo; lo demás era una eterna divagación acerca de métodos y clasificaciones.

A Hurtado no le importaba nada la cuestión de los métodos y de las clasificaciones, ni saber si la Sociología era una ciencia o un ciempiés inventado por los sabios; lo que quería encontrar era una orientación, una verdad espiritual y práctica al mismo tiempo.

Los bazares de la ciencia<sup>79</sup> de los Lombroso y los Ferri, de los Fouillée y de los Janet, le produjeron una mala impresión<sup>80</sup>.

---

dificultad de comprensión fuera un mérito científico, sin caer en la cuenta de que detrás de tanta brillantez y aparente profundidad Letamendi no decía nada interesante ni original. Lo que da entender Baroja, en definitiva, es que el nivel intelectual y científico de la universidad española era ridículo, bochornoso y lamentable, y que profesores y alumnos eran todos unos simples y unos ignorantes.

<sup>76</sup> Son tres filósofos alemanes a los que también leyó con mucho interés el joven Baroja. Kant (1724-1804), representante del criticismo y precursor del idealismo alemán, considerado uno de los pensadores más influyentes de la Europa moderna y de la filosofía universal pues pone las bases sobre las que luego discurrirá la filosofía de los siglos XIX y XX. AHurtado lo considera fundamental para su propia formación intelectual, eso sí, interpretado desde el punto de vista de Schopenhauer. Fichte (1762-1814), representa una continuación y modificación del pensamiento de Kant. Es uno de los grandes filósofos idealistas y románticos. Schopenhauer (1768-1860) es un filósofo postromántico, también idealista, cuyas ideas (el pesimismo, la voluntad negativa, etc. Ver nota 103) sobre el ser humano y la vida influyeron decisivamente en artistas, filósofos y escritores de su época y posteriores (ejes. el músico Richard Wagner, el novelista León Tolstói, el filósofo Friedrich Nietzsche, el psicoanalista Sigmund Freud, y, por supuesto, Pío Baroja entre otros muchos). Las ideas de Kant y Schopenhauer que influyen en AHurtado aparecerán explicadas varias veces a lo largo de la novela.

<sup>77</sup> El título de esta obra se compone de dos términos griegos (parerga, paralipomena) que se pueden traducir como *Cosas accesorias* y *sin importancia*. Este libro, uno de los más famosos de Schopenhauer, tiene un amplio capítulo denominado "Aforismos sobre la sabiduría de la vida", o sea, conjunto de frases breves de carácter didáctico que el filósofo propone como consejos para la vida. Este capítulo es el que más interesaba a AHurtado, o sea, a Baroja.

<sup>78</sup> Expresión figurada. Estas exploraciones por las aguas profundas de la filosofía.

<sup>79</sup> *bazares de la ciencia*. Expresión figurada. 'Bazares' son mercados orientales, árabes, conjunto de tiendas. Aquí se refiere a las ideas y enseñanzas que ofrecían o mostraban estos intelectuales a un lector como AHurtado. Ideas aparentemente vistosas, exóticas, llamativas, como los productos orientales de un bazar para un comprador occidental.

<sup>80</sup> ¶ Aquí Baroja establece un contraste entre los auténticos y poderosos filósofos alemanes (nórdicos) que agradan a AHurtado (Fichte, Kant, Schopenhauer) y los superficiales y vulgares pensadores *latinos* (franceses e italianos, o sea, mediterráneos), que lo decepcionan. Todos los nombres que cita a continuación se sitúan en la 2ª mitad del XIX y principios del XX. El italiano Lombroso era psiquiatra y criminólogo. Su teoría (determinista) más famosa dice que los locos y los criminales son así debido a una degradación o degeneración biológica, genética, arrastrada por ellos de la familia; Ferri, también italiano, fue abogado y político, y estudió los factores sociales y económicos que condicionaban a los delincuentes. Janet y Fouillée fueron filósofos franceses: el primero un idealista y el segundo, más joven, un naturalista influido por el idealismo espiritualista. Fueron autores muy traducidos en España entre 1880-1900. AHurtado los encuentra más o menos como a Letamendi: "mucho ruido y pocas nueces", o sea, sus ideas

Este espíritu latino y su claridad tan celebrada le pareció una de las cosas más insulsas, más banales y anodinas. Debajo de los títulos pomposos no había más que vulgaridad a todo pasto. Aquello era, con relación a la filosofía, lo que son los específicos<sup>81</sup> de la cuarta plana<sup>82</sup> de los periódicos respecto a la medicina verdadera.

En cada autor francés se le figuraba a Hurtado ver un señor cyranesco<sup>83</sup>, tomando actitudes gallardas y hablando con voz nasal; en cambio, todos los italianos le parecían barítonos<sup>84</sup> de zarzuela.

Viendo que no le gustaban los libros modernos volvió a emprender con la obra de Kant, y leyó entera con grandes trabajos la *Crítica de la razón pura*.

Ya aprovechaba algo más lo que leía y le quedaban las líneas generales de los sistemas que iba desentrañando.

## 9. Un rezagado

Al principio de otoño y comienzo del curso siguiente, Luisito, el hermano menor, cayó enfermo con fiebres.

Andrés sentía por Luisito un cariño exclusivo y huraño. El chico le preocupaba de una manera patológica, le parecía que los elementos todos se conjuraban contra él<sup>85</sup>.

Visitó al enfermito el doctor Aracil, el pariente de Julio, y a los pocos días indicó que se trataba de una fiebre tifoidea<sup>86</sup>.

Andrés pasó momentos angustiosos; leía con desesperación en los libros de Patología la descripción y el tratamiento de la fiebre tifoidea y hablaba con el médico de los remedios que podrían emplearse.

El doctor Aracil a todo decía que no.

—Es una enfermedad que no tiene tratamiento específico —aseguraba—; bañarle, alimentarle y esperar, nada más.

Andrés era el encargado de preparar el baño y tomar la temperatura a Luis.

El enfermo tuvo días de fiebre muy alta. Por las mañanas, cuando bajaba la calentura, preguntaba a cada momento por Margarita y Andrés. Este, en el curso de la enfermedad, quedó asombrado de la resistencia y de la

---

aparentan mucho pero no dicen nada interesante. Fouillée reaparecerá en la novela, en el capítulo cuarto, en la larga conversación de Andrés y su tío Iturrioz (ver nota 358).

<sup>81</sup> aquellos remedios naturales o medicamentos que se anunciaban en la prensa como solución útil para enfermedades determinadas (plantas medicinales, jarabes, pomadas, "aguas", píldoras, etc para el estreñimiento, la tos, el dolor de cabeza, la impotencia, los catarros crónicos, etc). Muchos de estos *específicos* eran, como ocurre ahora, productos engañosos cuya efectividad no estaba demostrada científicamente y que se vendían para que el consumidor inocente picara.

<sup>82</sup> página de periódico (la 4ª página era donde se podía leer la publicidad de los medicamentos específicos)

<sup>83</sup> ff Aquí Baroja hace dos generalizaciones caricaturescas sobre los intelectuales a los que está leyendo, la 1ª sobre los franceses y la 2ª sobre los italianos. Cada pensador francés le parece a AHurtado como un tipo "Cyranesco", adjetivo derivado (apreciativo despectivo, -esco) del nombre Cyrano. Y *Cyrano de Bergerac* es el título de una archifamosa obra teatral estrenada por el dramaturgo francés Edmond de Rostand en 1897. Rostand presenta a Cyrano (que fue un poeta francés del s. XVII) como un personaje valiente, sentimental, provocador, vanidoso y muy culto, que se pasa la obra escribiendo versos y recitándolos. Los pensadores franceses le recuerdan a AHurtado a este Cyrano: mucha pose (*actitudes gallardas*), mucha palabrería, mucha teatralidad, pero sin sustancia. La misma generalización caricaturesca la emplea para ridiculizar a los pensadores italianos, los cuales vienen a parecerse a cantantes de zarzuela (*barítonos*), o sea, su pensamiento son como esas voces llenas de trinos y gorgoritos típicos de la zarzuela pero, se supone, sin profundidad ni auténtica originalidad.

<sup>84</sup> Cantante que tiene la voz de registro intermedio entre la de tenor y la de bajo.

<sup>85</sup> Ambigüedad gramatical de Baroja ¿A quién se refiere el pronombre "él", a AHurtado o a Luisito?

<sup>86</sup> o tifus. Enfermedad infecciosa, grave, con alta fiebre, delirio o postración, aparición de costras negras en la boca y a veces presencia de manchas punteadas en la piel. Era enfermedad de alta mortandad entre el s. XIX y XX. ff En este capítulo y en los dos siguientes asistimos a los primeros contactos de AHurtado con los enfermos y la práctica médica: primero, aquí, a través de su hermano, y más tarde en dos hospitales horribles, como alumno en prácticas e interno. La inteligencia y sensibilidad de Andrés convertirán estas tres experiencias en momentos de mucho disgusto, amargura y repugnancia.

energía de su hermana; pasaba las noches sin dormir cuidando del niño; no se le ocurría jamás, y si se le ocurría no le daba importancia, la idea de que pudiera contagiarse.

Andrés desde entonces comenzó a sentir una gran estimación por Margarita; el cariño de Luisito los había unido.

A los treinta o cuarenta días, la fiebre desapareció, dejando al niño flaco, hecho un esqueleto.

Andrés adquirió con este primer ensayo de médico un gran escepticismo. Empezó a pensar si la medicina no serviría para nada. Un buen puntal para este escepticismo le proporcionaba las explicaciones del profesor de Terapéutica, que consideraba inútiles, cuando no perjudiciales, casi todos los preparados de la farmacopea<sup>87</sup>.

No era una manera de alentar los entusiasmos médicos de los alumnos, pero, indudablemente, el profesor lo creía así y hacía bien en decirlo.

Después de las fiebres Luisito quedó débil y a cada paso daba a la familia una sorpresa desagradable; un día era un calenturón, al otro unas convulsiones. Andrés muchas veces tenía que ir a las dos o a las tres de la mañana en busca del médico y después salir a la botica.

En este curso, Andrés se hizo amigo de un estudiante rezagado, ya bastante viejo, a quien cada año de carrera costaba por lo menos dos o tres.

Un día este estudiante le preguntó a Andrés qué le pasaba para estar sombrío y triste. Andrés le contó que tenía al hermano enfermo, y el otro intentó tranquilizarle y consolarle. Hurtado le agradeció la simpatía y se hizo amigo del viejo estudiante.

Antonio Lamela, así se llamaba el rezagado, era gallego, un tipo flaco, nervioso, de cara escuálida, nariz afilada, una zalea<sup>88</sup> de pelos negros en la barba ya con algunas canas y la boca sin dientes, de hombre débil.

A Hurtado le llamó la atención el aire de hombre misterioso de Lamela, y a éste le chocó sin duda el aspecto reconcentrado de Andrés. Los dos tenían una vida interior distinta al resto de los estudiantes.

El secreto de Lamela era que estaba enamorado, pero enamorado de verdad, de una mujer de la aristocracia, una mujer de título, que andaba en coche e iba a palco<sup>89</sup> al Real.

Lamela le tomó a Hurtado por confidente y le contó sus amores con toda clase de detalles. Ella estaba enamoradísima de él, según aseguraba el estudiante; pero existían una porción de dificultades y de obstáculos que impedían la aproximación del uno al otro.

A Andrés le gustaba encontrarse con un tipo distinto a la generalidad. En las novelas se daba como una anomalía un hombre joven, sin un gran amor; en la vida lo anómalo era encontrar un hombre enamorado de verdad. El primero que conoció Andrés fue Lamela; por eso le interesaba<sup>90</sup>.

El viejo estudiante padecía un romanticismo intenso, mitigado en algunas cosas por una tendencia beocia<sup>91</sup> de hombre práctico. Lamela creía en el amor y en Dios; pero esto no le impedía emborracharse y andar de crápula con frecuencia. Según él, había que dar al cuerpo sus necesidades mezquinas y groseras y conservar el espíritu limpio.

---

<sup>87</sup> Libro que recoge las medicinas más frecuentes y el modo de prepararlas y administrarlas. Antigüamente muchos de los remedios que mandaban los médicos (jarabes, sustancias químicas, pomadas, etc) los preparaban directamente los farmacéuticos.

<sup>88</sup> Expresión figurada. Una *zalea* es un cuero de oveja o carnero, curtido de modo que conserve la lana, empleado para preservar de la humedad y del frío. El sentido es que la barba de Lamela parecía un postizo de pelos negros parecidos a la lana.

<sup>89</sup> Ir a palco. O sea, que cuando iba al teatro su localidad estaba en los palcos, en los lugares más distinguidos y más caros (muchas veces los palcos se alquilaban por temporadas).

<sup>90</sup> ff Las novelas dan como normal una clase de amor que no se da en la vida. Es decir, para AHurtado Lamela sería como un personaje sacado de una novela, un personaje real pero con una forma de comportarse, de pensar y sentir propio de un personaje de novela (de novela romántica, como enseguida comentará Andrés)

<sup>91</sup> En este contexto, *beocia* quiere decir estúpida, tonta. Beocio/a es la persona o cosa relativa a Beocia, una región de la Grecia antigua. Esta región, muy atrasada, era motivo de chiste entre los demás habitantes de Grecia. De ahí que, tradicionalmente, beocio también signifique ignorante, estúpido, tonto.

Esta filosofía la condensaba, diciendo: “Hay que dar al cuerpo lo que es del cuerpo, y al alma lo que es del alma”.

—Si todo eso del alma es una pamplina —le decía Andrés— Son cosas inventadas por los curas para sacar dinero.

—¡Cállate, hombre, cállate! No disparates.

Lamela en el fondo era un rezagado en todo: en la carrera y en las ideas. Discurría como un hombre de a principio del siglo<sup>92</sup>. La concepción mecánica actual del mundo económico y de la sociedad, para él no existía. Tampoco existía cuestión social. Toda la cuestión social<sup>93</sup> se resolvía con la caridad y con que hubiese gentes de buen corazón<sup>94</sup>.

—Eres un verdadero católico —le decía Andrés; te has fabricado el más cómodo de los mundos.

Cuando Lamela le mostró un día a su amada, Andrés se quedó estupefacto. Era una solterona fea, negra<sup>95</sup>, con una nariz de cacatúa<sup>96</sup> y más años que un loro.

Además de su aire antipático, ni siquiera hacía caso del estudiante gallego, a quien miraba con desprecio, con un gesto desagradable y avinagrado.

El espíritu fantaseador de Lamela no llegaba nunca la realidad.

A pesar de su apariencia sonriente y humilde, tenía un orgullo y una confianza en sí mismo extraordinaria: sentía la tranquilidad del que cree conocer el fondo de las cosas y de las acciones humanas.

Delante de los demás compañeros, Lamela no hablaba de sus amores; pero cuando le cogía a Hurtado por su cuenta, se desbordaba. Sus confidencias no tenían fin.

A todo le quería dar una significación complicada y fuera de lo normal.

—Chico —decía sonriendo y agarrando del brazo a Andrés—. Ayer la vi.

— ¡Hombre!

—Sí —añadía con gran misterio—. Iba con la señora de compañía<sup>97</sup>; fui detrás de ella, entró en su casa y poco después salió un criado al balcón. ¿Es raro, eh?

—¿Raro? ¿Por qué? —preguntaba Andrés.

—Es que luego el criado no cerró el balcón.

---

<sup>92</sup> ff Recordemos que estamos a finales del s. XIX, o sea, Lamela era espiritualmente un individuo del Romanticismo, de las primeras décadas de este siglo.

<sup>93</sup> ff *cuestión social*. Por "cuestión social" se entienden (desde finales del s. XIX hasta bien entrado el s. XX) los gravísimos problemas sociales de España, derivados 1) de la pobreza y el atraso de casi toda la población, y de muchísimas regiones (ej.: Galicia, Castilla; Extremadura; Murcia, Andalucía) en comparación con la extraordinaria riqueza y el enorme poder de ciertas minorías (oligarquía tradicional, e industrial y banca); y 2) de los conflictos sociales (huelgas, sabotajes, atentados, motines, enfrentamientos violentos contra la autoridad, pistolero, etc) provocados por estas masas miserables en su lucha (política, sindical, etc) por conseguir más justicia e igualdad.

<sup>94</sup> ff O sea, Lamela pensaba y sentía como un tipo completamente anticuado (fantasioso e imaginativo, que se 'inventaba' el mundo en el que vivía) para el que los razonamientos científicos normales del mundo moderno (o sea, *La concepción mecánica actual del mundo económico y de la sociedad*) no tenían sentido ninguno. Para Lamela —da a entender Baroja— la vida y los problemas sociales solo se explicarían a través de la fe religiosa, los sentimientos (buenos o malos), la aceptación del mundo tal y como es, etc. De ahí que para Lamela no exista la 'cuestión social'.

<sup>95</sup> de tez muy morena

<sup>96</sup> ff Rasgos caricaturescos de animalización: la cacatúa es un pájaro con el pico muy arqueado, pero grueso, corto y ancho.

<sup>97</sup> ff Era frecuente entre las clases altas que las mujeres, sobre todo, las hijas de las familias, salieran a la calle acompañadas de señoritas o señoras de compañía (sirvientas que entre sus cometidos tenían este de acompañantes).

Hurtado se le quedaba mirando preguntándose cómo funcionaría el cerebro de su amigo para encontrar extrañas las cosas más naturales del mundo y para creer en la belleza de aquella dama.

Algunas veces que iban por el Retiro charlando, Lamela se volvía y decía:

—¡Mira, cállate!

—Pues ¿qué pasa?

—Que aquel que viene allá es de esos enemigos míos que le hablan a ella mal de mí. Viene espiándome.

Andrés se quedaba asombrado. Cuando ya tenía más confianza con él, le decía:

—Mira, Lamela; yo, como tú, me presentaría a la Sociedad de Psicología de París o de Londres.

—¿A qué?

—Y diría: estúdienme ustedes, porque creo que soy el hombre más extraordinario del mundo.

El gallego se reía con su risa bonachona.

—Es que tú eres un niño —replicaba—; el día que te enamores verás cómo me das la razón a mí<sup>98</sup>.

Lamela vivía en una casa de huéspedes<sup>99</sup> de la plaza de Lavapiés; tenía un cuarto pequeño, desarreglado, y como estudiaba, cuando estudiaba, metido en la cama, solía descoser los libros y los guardaba desencuadrados en pliegos sueltos en el baúl o extendidos sobre la mesa.

Alguna que otra vez fue Hurtado a verle a su casa.

La decoración de su cuarto consistía en una serie de botellas vacías, colocadas por todas partes. Lamela compraba el vino para él y lo guardaba en sitios inverosímiles, de miedo de que los demás huéspedes entrasen en el cuarto y se lo bebieran, lo que, por lo que contaba, era frecuente. Lamela tenía escondidas las botellas dentro de la chimenea, en el baúl, en la cómoda.

De noche, según le dijo a Andrés, cuando se acostaba ponía una botella de vino debajo de la cama, y si se despertaba cogía la botella y se bebía la mitad de un trago. Estaba convencido de que no había hipnótico como el vino, y que a su lado el sulfonal y el cloral<sup>100</sup> eran verdaderas filfas.

Lamela nunca discutía las opiniones de los profesores, no le interesaban gran cosa; para él no podía aceptarse más clasificación entre ellos que la de los catedráticos de buena intención, amigos de aprobar, y los de mala intención, que suspendían sólo por echárselas de sabios y darse tono.

En la mayoría de los casos, Lamela dividía a los hombres en dos grupos: los unos, gente franca, honrada, de buen fondo, de buen corazón; los otros, gente mezquina y vanidosa.

Para Lamela, Aracil y Montaner eran de esta última clase, de los más mezquinos e insignificantes.

Verdad es que ninguno de los dos le tomaba en serio a Lamela.

Andrés contaba en su casa las extravagancias de su amigo. A Margarita le interesaban mucho estos amores. Luisito, que tenía la imaginación de un chico enfermizo, había inventado, escuchándole a su hermano, un cuento que se llamaba «Los amores de un estudiante gallego con la reina de las cacatúas».

---

<sup>98</sup> ff Aquí se anuncia (Baroja a través de Lamela) algo que ocurrirá más tarde en la vida de Andrés: el enamoramiento. Pero entonces veremos cómo la experiencia amorosa del protagonista contrasta por completo con las fantasías sentimentales de Lamela.

<sup>99</sup> ff *casa de huéspedes*: Eran casas privadas en las que los dueños alquilaban habitaciones como si de hostales humildes se tratara. Generalmente, eran habitadas por estudiantes, viajeros, militares, etc.

<sup>100</sup> son dos sustancias químicas (producidas en farmacia) específicas para provocar el sueño, o sea, hipnóticas

## 10. Paso por San Juan de Dios

Sin gran brillantez, pero también sin grandes fracasos, Andrés Hurtado iba avanzando en su carrera.

Al comenzar el cuarto año se le ocurrió a Julio Aracil asistir a unos cursos de enfermedades venéreas que daba un médico en el Hospital de San Juan de Dios<sup>101</sup>. Aracil invitó a Montaner y a Hurtado a que le acompañaran; unos meses después iba a haber exámenes de alumnos internos<sup>102</sup> para ingreso en el Hospital General; pensaban presentarse los tres, y no estaba mal el ver enfermos con frecuencia.

La visita en San Juan de Dios fue un nuevo motivo de depresión y melancolía para Hurtado. Pensaba que por una causa o por otra el mundo le iba presentando su cara más fea.

A los pocos días de frecuentar el hospital, Andrés se inclinaba a creer que el pesimismo de Schopenhauer era una verdad casi matemática. El mundo le parecía una mezcla de manicomio y de hospital; ser inteligente constituía una desgracia, y sólo la felicidad podía venir de la inconsciencia y de la locura. Lamela, sin pensarlo, viviendo con sus ilusiones, tomaba las proporciones de un sabio<sup>103</sup>.

Aracil, Montaner y Hurtado visitaron una sala de mujeres de San Juan de Dios.

Para un hombre excitado e inquieto como Andrés, el espectáculo tenía que ser deprimente. Las enfermas eran de lo más caído y miserable. Ver tanta desdichada sin hogar, abandonada, en una sala negra, en un estercolero humano; comprobar y evidenciar la podredumbre que envenena la vida sexual, le hizo a Andrés una angustiosa impresión.

El hospital aquel, ya derruido por fortuna, era un edificio inmundo, sucio, mal oliente; las ventanas de las salas daban a la calle de Atocha y tenían, además de las rejas, unas alambreras para que las mujeres recluidas no se asomaran y escandalizaran. De este modo no entraba allí el sol ni el aire.

El médico de la sala, amigo de Julio, era un vejete ridículo, con unas largas patillas blancas. El hombre, aunque no sabía gran cosa, quería darse aire de catedrático, lo cual a nadie podía parecer un crimen; lo miserable, lo canallesco era que trataba con una crueldad inútil a aquellas desdichadas acogidas allí y las maltrataba de palabra y de obra.

¿Por qué? Era incomprendible. Aquel petulante idiota mandaba llevar castigadas a las enfermas a las guardillas y tenerlas uno o dos días encerradas por delitos imaginarios. El hablar de una cama a otra durante la visita, el quejarse en la cura, cualquier cosa bastaba para estos severos castigos. Otras veces mandaba ponerlas a pan y

---

<sup>101</sup> ¶ Es otro dato histórico. A finales del XIX este hospital madrileño trataba enfermedades cutáneas (de la piel) y venéreas, especialmente, la sífilis. Podemos imaginar el espectáculo espantoso de enfermos y enfermedades que se verían allí, desde la más absoluta falta de higiene hasta horribles lesiones de la piel, demencias, etc. Como Baroja dice un poco más adelante, en 1911, o sea, en las fechas de redacción de esta novela, ya el hospital había sido derribado.

<sup>102</sup> Los *alumnos internos* eran (y son) estudiantes de últimos cursos que se incorporan a un departamento universitario (en este caso a un hospital que depende de la universidad) para participar en sus tareas, desempeñando labores compatibles con su dedicación al estudio, que contribuyan a su formación científica y profesional.

<sup>103</sup> ¶ Uno de los fundamentos del pensamiento del filósofo alemán Schopenhauer (1788-1860) es su pesimismo moral. En su obra más importante, *El mundo como voluntad y representación*, Schopenhauer explica que el horror, el sufrimiento, el dolor y el mal son consustanciales a la vida, a todo lo existente: cosas, seres vivos, naturaleza, cosmos... Lo que pasa es que solo el ser humano tiene sentimientos, sensibilidad, emociones con las que expresar esa negatividad total de la existencia. Si el individuo más optimista —dice Schopenhauer— "*visitase los hospitales, los lazaretos [sanatorios donde se trataba a los leprosos] y clínicas operatorias, las cárceles, las salas de tortura y las prisiones de los esclavos; si se le condujera a los campos de batalla o al lugar donde se levante el cadalso, o se le hiciera penetrar en los oscuros rincones donde se esconde la miseria [...]*" acabaría por entender qué son verdaderamente el mundo y la vida. Cuanto más inteligente y sensible sea una persona más interiorizará el dolor y el sufrimiento que produce la vida. Este es el caso de AHurtado. O sea, sensibilidad, sabiduría, inteligencia, genialidad son sinónimos de infelicidad, de tristeza, de dolor y desaliento espiritual. El saber, el darse cuenta de las cosas, de cómo es el mundo, conduce sin remedio al sufrimiento espiritual, de forma que resulta mucho más práctico tener un carácter fantasioso e inconsciente, despistado o chiflado para evitar el sufrimiento que proporciona la vida. Este es el caso de Lamela. Por tanto, es lógico que AHurtado pensara que "*ser inteligente constituía una desgracia, y sólo la felicidad podía venir de la inconsciencia y de la locura*".

agua. Era un macaco<sup>104</sup> cruel este tipo, a quien habían dado una misión tan humana como la de cuidar de pobres enfermas.

Hurtado no podía soportar la bestialidad de aquel idiota de las patillas blancas; Aracil se reía de las indignaciones de su amigo.

Una vez, Hurtado decidió no volver más por allá. Había una mujer que guardaba constantemente en el regazo un gato blanco. Era una mujer que debía haber sido muy bella, con ojos negros, grandes, sombreados, la nariz algo corva y el tipo egipcio<sup>105</sup>. El gato era, sin duda, lo único que le quedaba de su pasado mejor. Al entrar el médico, la enferma solía bajar disimuladamente al gato de la cama y dejarlo en el suelo; el animal se quedaba escondido, asustado, al ver entrar al médico con sus alumnos; pero uno de los días el médico le vio y comenzó a darle patadas.

—Coged a ese gato y matadlo —dijo el idiota de las patillas blancas al practicante.

El practicante y una enfermera comenzaron a perseguir al animal por toda la sala; la enferma miraba angustiada esta persecución.

—Y a esta tía llevadla a la guardilla —añadió el médico.

La enferma seguía la caza con la mirada, y, cuando vio que cogían a su gato, dos lágrimas gruesas corrieron por sus mejillas pálidas.

—¡Canalla! ¡Idiota! —exclamó Hurtado acercándose al médico con el puño levantado.

—No seas estúpido —dijo Aracil—. Si no quieres venir aquí, márchate.

—Sí, me voy, no tengas cuidado; por no patearle las tripas a ese idiota miserable.

Desde aquel día ya no quiso volver más a San Juan de Dios.

La exaltación humanitaria de Andrés hubiera aumentado sin las influencias que obraban en su espíritu. Una de ellas era la de Julio, que se burlaba de todas las ideas exageradas, como decía él; la otra, la de Lamela, con su idealismo práctico, y, por último, la lectura de *Parerga y Paralipomena*, de Schopenhauer, que le inducía a la no acción<sup>106</sup>.

---

<sup>104</sup> mono. ¶¶ En sentido figurado y coloquial: fanteche, pelele, estúpido. Animalización caricaturesca. La bestialidad, la crueldad gratuita e innecesaria hacia una mujer la veremos repetida por otro personaje, más adelante, en *Alcolea*, cuando Andrés se convierta en médico rural. ¶¶ Este médico es otro personaje real que se cruzó en la vida de Baroja, en similares circunstancias, cuando el novelista estudiaba medicina.

<sup>105</sup> *tipo egipcio*: Con el busto parecido al de las esculturas femeninas egipcias: fino, alargado, de ojos y boca grandes, muy bien dibujados (recuérdese en famoso busto de la reina Nefertiti).

<sup>106</sup> ¶¶ Schopenhauer afirma que la sustancia del cosmos y del mundo, de todo lo existente, es la voluntad de vivir (el "querer vivir"). Todo cuanto existe quiere vivir, quiere ser, quiere permanecer y seguir adelante en un impulso incesante de deseo; todo cuanto existe lleva en sí un deseo perpetuo de querer siempre más y más. La voluntad de vivir es una fuerza ciega, irracional y destructiva (ciega porque carece de sentido, de finalidad, porque no conduce a ningún sitio, porque —se puede decir— es absurda; irracional porque "está" en todo —y se expresa en cada cosa y cada ser— pero no puede ser pensada, analizada, explicada ni demostrada mediante la razón; y destructiva porque es una fuerza insaciable que hace que cada cosa y ser del cosmos entre en lucha contra los demás seres y las demás cosas para arrebatarles, para absorberles su voluntad de vivir y para apropiársela). En consecuencia, la voluntad de vivir es una fuerza (un impulso) que genera un estado perenne de insatisfacción vital, pues toda cosa y todo ser no pueden conformarse nunca con lo que son ni con lo que tienen o han conseguido. El ser humano, que no es capaz de pensar y analizar esa voluntad de vivir que existe en él, sí que es capaz de darse cuenta y sentir, en cambio, que los deseos personales (los proyectos y los sueños, la amistad y el amor verdadero, las esperanzas y los ideales, la salud y el dinero, etc etc) chocan constantemente con los deseos de las demás personas y con las dificultades de la vida; así que, muchas veces, los deseos personales son derrotados o hay que renunciar a ellos, y que cuando se alcanzan algunos momentos de felicidad, estos se marchitan enseguida. La insatisfacción esencial que genera la voluntad de vivir en todo lo existente se le representa al ser humano con sentimientos constantes de amargura, melancolía, inquietud, miedo, tristeza, angustia, etc. En esto se resume, a grandes rasgos, el pesimismo radical de Schopenhauer: la vida resulta algo esencialmente doloroso e insoportable, y las conductas y actitudes humanas oscilan

A pesar de estas tendencias enfrenadoras<sup>107</sup>, durante muchos días estuvo Andrés impresionado por lo que dijeron varios obreros en un mitin de anarquistas del Liceo Ríus<sup>108</sup>. Uno de ellos, Ernesto Álvarez, un hombre moreno, de ojos negros y barba entrecana, habló en aquel mitin de una manera elocuente y exaltada; habló de los niños abandonados, de los mendigos, de las mujeres caídas...

Andrés sintió el atractivo de este sentimentalismo<sup>109</sup>, quizá algo morboso<sup>110</sup>. Cuando exponía sus ideas acerca de la injusticia social, Julio Aracil le salía al encuentro con su buen sentido:

—Claro que hay cosas malas en la sociedad —decía Aracil—. ¿Pero quién las va a arreglar? ¿Esos vividores que hablan en los mítines? Además, hay desdichas que son comunes a todos; esos albañiles de los dramas populares<sup>111</sup> que se nos vienen a quejar que sufren el frío del invierno y el calor del verano, no son los únicos; lo mismo nos pasa a los demás.

Las palabras de Aracil eran la gota de agua fría en las exaltaciones humanitarias de Andrés.

—Si quieres dedicarte a esas cosas —le decía—, hazte político, aprende a hablar.

—Pero si yo no me quiero dedicar a político —replicaba Andrés, indignado.

—Pues si no, no puedes hacer nada.

---

incesantemente, como si fueran un péndulo, entre dos extremos: 1º) la necesidad de acción (o sea, la búsqueda impulsiva de todo lo deseado y la lucha por alcanzarlo), cuya única consecuencia es el sufrimiento, la insatisfacción y el dolor; y 2º) el abstenerse de actuar, abstención o renuncia que tiene dos caras: la "ataraxia" o serenidad absoluta, o sea, el abstenerse de hacer cualquier cosa, la indiferencia y tranquilidad de espíritu ante las circunstancias perturbadoras que lo rodean; o la contemplación y el conocimiento, bien sea mediante la emoción pura que se experimenta ante la naturaleza y el paisaje, o bien sea mediante la que se obtiene de las obras de arte (y muy especialmente de la música), sea como espectador o como artista. Schopenhauer pensaba que el ser humano puede calmar la necesidad de actuar (la insatisfacción y la inquietud permanente por "hacer cosas") mediante la ataraxia o el conocimiento pero cuando logra o cree lograr ese estado de "no desear" donde dominan la tranquilidad y la indiferencia consoladoras ante los sufrimientos de la vida, entonces, termina por vencerlo el aburrimiento (el hastío, el tedio) y, de nuevo, algo dentro de él lo empuja al mundo de la voluntad, al mundo de la acción y enseguida vuelve a intentar hacer cosas, a poner en marcha planes, a enfrentarse con los demás, a trabajar para lograr nuevas metas, a luchar con las dificultades que lo rodean, dando comienzo, de nuevo, a esa cadena de deseo—dolor—aburrimiento, que es la vida.

Esta larga explicación sirve para entender lo que le ocurre aquí a AHurtado. El enfrentamiento que tiene con el cruel e inhumano médico del hospital (en que casi llega a golpearlo) es un momento —como dice en este párrafo— de *exaltación humanitaria*, un momento en que la necesidad de actuar se impone dentro de él. Necesita luchar contra un mundo injusto e inhumano, se enfrenta con violencia al médico y deja de ir al hospital asqueado por cómo son las cosas. La fuerza de la acción ha producido de nuevo sufrimiento. Sin embargo, en AHurtado también hay influencias que lo llevan hacia lo contrario de la "exaltación", por ejemplo, hacia la indiferencia (típica de la personalidad de JAracil) o hacia la negación de la realidad mediante la creación de un mundo propio de fantasías (Lamela) y, cómo no, hacia la lectura y el estudio de la filosofía del propio Schopenhauer que, como hemos expuesto antes, *le inducía a la no acción*, como se dice exactamente en este párrafo. Así que la conducta de AHurtado reproduce la cadena a la que está sometida la vida del ser humano según Schopenhauer: primero, deseo y acción; después, dolor; finalmente, la renuncia a actuar y el aburrimiento, y desde ahí, vuelta a empezar.

<sup>107</sup> que frenaban, que sujetaban *la exaltación humanitaria* de la que hablaba antes.

<sup>108</sup> JJ El Liceo Ríus fue un local social y educativo, además de sala de espectáculos, de Madrid, que funcionó entre la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX. Instalado en la calle de Atocha, el edificio, además de un teatro, albergaba el Centro Instructivo Republicano y las Escuelas laicas, lugar de reunión y mítines de obreros anarquistas. Ernesto Álvarez fue un personaje real: un obrero y dirigente anarquista muy destacado en Madrid hacia 1890. El anarquismo es una doctrina política revolucionaria que pretende la desaparición del Estado burgués (actual) y de sus organismos e instituciones representativas y defiende la libertad del individuo por encima de cualquier autoridad. Baroja siempre tuvo simpatías por el anarquismo y parece seguro que asistió a algún mitin de este líder anarquista en el mismo local. AHurtado escucha a Álvarez y nota de nuevo cómo brota en su interior el deseo de actuar, la necesidad de luchar, igual que hacen los anarquistas, incluso usando la violencia, contra una sociedad que explota y margina a los pobres. Pero enseguida aparecerá el realista Aracil para convencerlo de que lo mejor, lo más práctico, es "pasar" de la política, o sea, que Aracil sirve para enfriar la exaltación política de Hurtado, para que renuncie a la acción (ver nota 106).

<sup>109</sup> JJ O sea, las palabras de Álvarez transmiten un fuerte *sentimentalismo*, esto es, producen en AHurtado sentimientos y emociones exaltados (pues había hablado del sufrimiento brutal *de los niños abandonados, de los mendigos, de las mujeres caídas*, etc).

<sup>110</sup> que provoca reacciones mentales moralmente insanas o enfermizas. AHurtado pensaba que el sentir tantas emociones ante la situación de los marginados de los que hablaba Álvarez era en él una reacción un tanto enfermiza; digamos, demasiado exagerada.

<sup>111</sup> *dramas populares*: tenía mucho éxito entre la gente humilde la literatura melodramática, o sea, obras de teatro y novelas por entregas que reflejaban las condiciones de vida miserables de los trabajadores y los grupos marginales de las ciudades. En este caso Aracil se está refiriendo irónicamente a lo que se dice en estas obras teatrales (*dramas*).

Claro que toda reforma en un sentido humanitario tenía que ser colectiva y realizarse por un procedimiento político, y a Julio no le era muy difícil convencer a su amigo de lo turbio de la política.

Julio llevaba la duda a los romanticismos<sup>112</sup> de Hurtado; no necesitaba insistir mucho para convencerle de que la política es un arte de granujería.

Realmente, la política española nunca ha sido nada alto ni nada noble; no era muy difícil convencer a un madrileño de que no debía tener confianza en ella.

La inacción, la sospecha de la inanidad y de la impureza de todo arrastraban a Hurtado cada vez más a sentirse pesimista<sup>113</sup>.

Se iba inclinando a un anarquismo espiritual<sup>114</sup>, basado en la simpatía y en la piedad, sin solución práctica ninguna.

La lógica justiciera y revolucionaria de los Saint-Just<sup>115</sup> ya no le entusiasmaba, le parecía una cosa artificial y fuera de la naturaleza.

Pensaba que en la vida ni había ni podía haber justicia. La vida era una corriente tumultuosa e inconsciente donde los actores representaban una tragedia que no comprendían, y los hombres, llegados a un estado de intelectualidad, contemplaban la escena con una mirada compasiva y piadosa<sup>116</sup>.

Estos vaivenes en las ideas, esta falta de plan y de freno, le llevaban a Andrés al mayor desconcierto, a una sobreexcitación cerebral continua e inútil.

## II. De alumno interno

A mediados de curso se celebraron exámenes de alumnos internos para el Hospital General.

Aracil, Montaner y Hurtado decidieron presentarse. El examen consistía en unas preguntas hechas al capricho por los profesores acerca de puntos de las asignaturas ya cursadas por los alumnos. Hurtado fue a ver a su tío Iturriz para que le recomendara.

—Bueno; te recomendaré —le dijo su tío—. ¿Tienes afición a la carrera?

—Muy poca.

—Y entonces ¿para qué quieres entrar en el hospital?

— ¡Ya qué le voy a hacer! Veré si voy adquiriendo la afición. Además, cobraré unos cuartos, que me convienen.

—Muy bien —contestó Iturriz— Contigo se sabe a qué atenerse; eso me gusta.

En el examen, Aracil y Hurtado salieron aprobados.

---

<sup>112</sup> Sinónimos de *exaltaciones humanitarias*, de idealismo rebelde y reformador ante las injusticias sociales.

<sup>113</sup> Ver nota 106.

<sup>114</sup> **¶** *anarquismo espiritual*. Se refiere, hablando claro, a que las ideas y simpatías anarquistas nunca llevaron a AHurtado (ni a Baroja) a meterse en política. AHurtado se inclina hacia un anarquismo sin acción, a un anarquismo de ideas personales pero que no sirve para salir a calle a hacer huelgas ni para conspirar ni para poner bombas contra los políticos y los capitalistas, etc

<sup>115</sup> **¶** Ver la diferencia de actitud con lo explicado en la nota 45. El desencanto y la decepción, el más profundo pesimismo, se apoderan por lo tanto de la personalidad de AHurtado.

<sup>116</sup> **¶** Otra vez vuelven a presentarse ideas de Schopenhauer ya planteadas antes. Así, se repite la idea de la vida como una fuerza ciega, irracional y destructiva (aquí la llama Baroja *corriente tumultuosa e inconsciente*); y recordemos que ya en el capítulo VI, se dijo: *La vida en general, y sobre todo la suya, le parecía una cosa fea, turbia, dolorosa e indomable*. Ver nota 106. También se repite la idea de que son los hombres más inteligentes y más sensibles los que mejor pueden apiadarse y compartir el sufrimiento y el dolor que ven en los demás; son, por lo tanto, testigos privilegiados (y también sufrientes) del espectáculo trágico de la vida.

Primero tenían que ser libretistas; su obligación consistía en ir por la mañana y apuntar las recetas que ordenaba el médico; por la tarde, recoger la botica, repartirla<sup>117</sup> y hacer guardias. De libretistas, con seis duros<sup>118</sup> al mes, pasaban a internos de clase superior, con nueve, y luego a ayudantes, con doce duros, lo que representaba la cantidad respetable de dos pesetas al día.

Andrés fue llamado por un médico amigo de su tío, que visitaba una de las salas altas del tercer piso del hospital. La sala era de Medicina<sup>119</sup>.

El médico, hombre estudioso, había llegado a dominar el diagnóstico como pocos. Fuera de su profesión no le interesaba nada; política, literatura, arte, filosofía o astronomía, todo lo que no fuera auscultar o percutir, analizar orinas o esputos, era letra muerta para él.

Consideraba, y quizá tenía razón, que la verdadera moral del estudiante de medicina estribaba en ocuparse únicamente de lo médico, y fuera de esto, divertirse. A Andrés le preocupaban más las ideas y los sentimientos de los enfermos que los síntomas de las enfermedades.

Pronto pudo ver el médico de la sala la poca afición de Hurtado por la carrera.

—Usted piensa en todo menos en lo que es medicina —le dijo a Andrés con severidad.

El médico de la sala estaba en lo cierto. El nuevo interno no llevaba el camino de ser un clínico<sup>120</sup>; le interesaban los aspectos psicológicos de las cosas; quería investigar qué hacían las hermanas de la Caridad, si tenían o no vocación; sentía curiosidad por saber la organización del hospital y averiguar por dónde se filtraba el dinero consignado por la Diputación<sup>121</sup>.

La inmoralidad dominaba dentro del vetusto edificio. Desde los administradores de la Diputación Provincial hasta una sociedad de internos que vendía la quinina del hospital en las boticas de la calle de Atocha, había seguramente todas las formas de la filtración. En las guardias, los internos y los señores capellanes se dedicaban a jugar al monte, y en el arsenal funcionaba casi constantemente una timba en la que la postura menor era una perra gorda.

Los médicos, entre los que había algunos muy chulos; los curas, que no lo eran menos, y los internos se pasaban la noche tirando de la oreja a Jorge<sup>122</sup>.

Los señores capellanes se jugaban las pestañas; uno de ellos era un hombrecito bajito, cínico y rubio, que había llegado a olvidar sus estudios de cura y adquirido afición por la medicina. Como la carrera de médico era demasiado larga para él, se iba a examinar de ministrante, y si podía, pensaba abandonar definitivamente los hábitos.

El otro cura era un mozo bravío, alto, fuerte, de facciones enérgicas. Hablaba de una manera terminante y despótica; solía contar con gracejo historias verdes, que provocaban bárbaros comentarios.

Si alguna persona devota le reprochaba la inconveniencia de sus palabras, el cura cambiaba de voz y de gesto, y con una marcada hipocresía, tomando un tonillo de falsa unción, que no cuadraba bien con su cara morena y

---

<sup>117</sup> ...recoger la botica, repartirla: recoger las medicinas que el médico había ordenado elaborar al boticario o farmacéutico y repartirla a los enfermos.

<sup>118</sup> JJ Son salarios de ayudantes de clínica, futuros médicos, o sea, buenos sueldos de la época. Doce duros/mes eran unas 60 pts/mes, salario que duplicaba una paga mediana de la época. Por otra parte, tengamos en cuenta que, a finales del s. XIX, con media peseta (50 cénts.) se podían comprar, más o menos, una barra de pan (de kilo y medio), 1/4 litro de aceite y un paquete de tabaco para liar. Ahora esto mismo cuesta, aproximadamente, unos 5'50 € (915'12 pts).

<sup>119</sup> La sala era de Medicina. Puede sobreentenderse que la sala era de Medicina Interna (como se diría ahora). El médico internista se encarga de diagnosticar enfermedades sin hacer cirugía (sin abrir el cuerpo), solo a base de auscultaciones, análisis, observaciones, percusiones, etc.

<sup>120</sup> O sea, un médico de clínica, de los especializados en curar enfermedades.

<sup>121</sup> JJ Efectivamente, este hospital era público (municipal) y era la Diputación provincial de Madrid la encargada de mantenerlo.

<sup>122</sup> tirando de la oreja a Jorge [o San Jorge]: expresión coloquial figurada. Jugando a las cartas (cada esquina de un naipe equivale a una oreja del santo).

con la expresión de sus ojos negros y atrevidos, afirmaba que la religión nada tenía que ver con los vicios de sus indignos sacerdotes.

Algunos internos que le conocían desde hacía algún tiempo y le hablaban de tú, le llamaban Lagartijo<sup>123</sup>, porque se parecía algo a este célebre torero.

—Oye, tú, Lagartijo —le decían.

—Qué más quisiera yo —replicaba el cura— que cambiar la estola por una muleta, y en vez de ayudar a bien morir ponerme a matar toros.

Como perdía en el juego con frecuencia, tenía muchos apuros.

Una vez le decía a Andrés entre juramentos pintorescos:

—Yo no puedo vivir así. No voy a tener más remedio que lanzarme a la calle a decir misa en todas partes y tragarme todos los días catorce hostias.

A Hurtado estos rasgos de cinismo no le agradaban.

Entre los practicantes había algunos curiosísimos, verdaderas ratas<sup>124</sup> de hospital, que llevaban quince o veinte años allí, sin concluir la carrera, y que visitaban<sup>125</sup> clandestinamente en los barrios bajos más que muchos médicos.

Andrés se hizo amigo de las hermanas de la Caridad<sup>126</sup> de su sala y de algunas otras.

Le hubiera gustado creer, a pesar de no ser religioso, por romanticismo<sup>127</sup>, que las hermanas de la Caridad eran angelicales; pero la verdad, en el hospital no se las veía más que cuidarse de cuestiones administrativas y de llamar al confesor cuando un enfermo se ponía grave.

Además, no eran criaturas idealistas, místicas, que consideraran el mundo como un valle de lágrimas, sino muchachas sin recursos, algunas viudas, que tomaban el cargo como un oficio, para ir viviendo.

Luego las buenas<sup>128</sup> hermanas tenían lo mejor del hospital acotado para ellas...

Una vez un enfermero le dio a Andrés un cuadernito encontrado entre papeles viejos que habían sacado del pabellón<sup>129</sup> de las hijas de la Caridad.

Era el diario de una monja, una serie de notas muy breves, muy lacónicas, con algunas impresiones acerca de la vida del hospital, que abarcaban cinco o seis meses.

En la primera página tenía un nombre: sor María de la Cruz, y al lado una fecha. Andrés leyó el diario y quedó sorprendido. Había allí una narración tan sencilla, tan ingenua de la vida hospitalaria, contada con tanta gracia, que le dejó emocionado.

Andrés quiso enterarse de quién era sor María, de si vivía en el hospital o dónde estaba.

---

<sup>123</sup> Lagartijo fue un torero cordobés muy famoso en su época (1841-1900).

<sup>124</sup> expresión figurada: personas inmundas, ruines. Nueva animalización para denigrar a estos tipos.

<sup>125</sup> visitaban a enfermos en sus domicilios, se entiende.

<sup>126</sup> ¶¶ Era y es tradicional la dedicación de estas monjas (Hermanas o Hijas de la Caridad) a las tareas hospitalarias, muchas de ellas con funciones de practicantes y enfermeras.

<sup>127</sup> por idealismo, por convicciones elevadas sobre el ser humano.

<sup>128</sup> sentido irónico del adjetivo 'buenas'.

<sup>129</sup> ¶¶ los hospitales antiguos se dividían en pabellones independientes, o sea, en edificios diferenciados por especialidad médica o función hospitalaria. ¶¶ Se cuentan a continuación las historias de sor María y del hermano Juan, dos episodios reales de los que fue testigo el propio Baroja.

No tardó en averiguar que había muerto. Una monja, ya vieja, la había conocido. Le dijo a Andrés que al poco tiempo de llegar al hospital la trasladaron a una sala de tíficos<sup>130</sup>, y allí adquirió la enfermedad y murió.

No se atrevió Andrés a preguntar cómo era, qué cara tenía, aunque hubiese dado cualquier cosa por saberlo.

Andrés guardó el diario de la monja como una reliquia, y muchas veces pensó en cómo sería, y hasta llegó a sentir por ella una verdadera obsesión.

Un tipo misterioso y extraño del hospital, que llamaba mucho la atención, y de quien se contaban varias historias, era el hermano Juan. Este hombre, que no se sabía de dónde había venido, andaba vestido con una blusa negra, alpargatas y un crucifijo colgado al cuello. El hermano Juan cuidaba por gusto de los enfermos contagiosos. Era, al parecer, un místico, un hombre que vivía en su centro natural<sup>131</sup>, en medio de la miseria y el dolor.

El hermano Juan era un hombre bajito, tenía la barba negra, la mirada brillante, los ademanes suaves, la voz meliflua. Era un tipo semítico<sup>132</sup>.

Vivía en un callejón que separaba San Carlos del Hospital General. Este callejón tenía dos puentes encristalados que lo cruzaban, y debajo de uno de ellos, del que estaba más cerca de la calle de Atocha, había establecido su cuchitril el hermano Juan.

En este cuchitril se encerraba con un perrito que le hacía compañía.

A cualquier hora que fuesen a llamar al hermano, siempre había luz en su camaranchón y siempre se le encontraba despierto.

Según algunos, se pasaba la vida leyendo libros verdes; según otros, rezaba; uno de los internos aseguraba haberle visto poniendo notas en unos libros en francés y en inglés acerca de psicopatías sexuales.

Una noche en que Andrés estaba de guardia, uno de los internos dijo:

—Vamos a ver al hermano Juan y a pedirle algo de comer y beber.

Fueron todos al callejón en donde el hermano tenía su escondrijo. Había luz, miraron por sí se veía algo, pero no se encontraba rendija por donde espiar lo que hacía en el interior el misterioso enfermero. Llamaron e inmediatamente apareció el hermano con su blusa negra.

—Estamos de guardia, hermano Juan —dijo uno de los internos—; venimos a ver si nos da usted algo para tomar un modesto pisolabis.

—¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos! —exclamó él—. Me encuentran ¡ustedes muy pobre. Pero ya veré, ya veré si tengo algo.

Y el hombre desapareció tras de la puerta, la cerró con mucho cuidado y se presentó al poco rato con un paquete de café, otro de azúcar y otro de galletas.

Volvieron los estudiantes al cuarto de guardia, comieron las galletas, tomaron el café y discutieron el caso del hermano.

No había unanimidad: unos creían que era un hombre distinguido; otros que era un antiguo criado; para algunos era un santo; para otros un invertido sexual o algo por el estilo.

---

<sup>130</sup> enfermos de tífus. Ver nota 86.

<sup>131</sup> o sea, en el lugar natural donde los religiosos convencidos (los místicos) han de trabajar para y por los miserables y enfermos.

<sup>132</sup> ver nota 60.

El hermano Juan era el tipo raro del hospital. Cuando recibía dinero, no se sabía de dónde, convidaba a comer a los convalecientes y regalaba las cosas que necesitaban los enfermos.

A pesar de su caridad y de sus buenas obras, este hermano Juan era para Andrés repulsivo, le producía una impresión desagradable, una impresión física, orgánica<sup>133</sup>.

Había en él algo anormal, indudablemente. ¡Es tan lógico, tan natural en el hombre huir del dolor, de la enfermedad, de la tristeza! Y, sin embargo, para él, el sufrimiento, la pena, la suciedad debían de ser cosas atrayentes.

Andrés comprendía el otro extremo, que el hombre huyese del dolor ajeno, como de una cosa horrible y repugnante, hasta llegar a la indignidad, a la inhumanidad; comprendía que se evitara hasta la idea de que hubiese sufrimiento alrededor de uno; pero ir a buscar lo sucio, lo triste, deliberadamente, para convivir con ello, le parecía una monstruosidad.

Así que cuando veía al hermano Juan sentía esa impresión repelente, de inhibición, que se experimenta ante los monstruos.

---

<sup>133</sup> corporal. ¶ La naturaleza huye del dolor, los seres humanos, como especie animal, huyen del dolor. El obtener placer del dolor ajeno, el sentirse a gusto en medio de la miseria y el sufrimiento de las personas, es un rasgo de degeneración, de enfermedad moral que repele a Andrés, a él especialmente porque su forma de pensar y su sensibilidad le hacen una persona amargada, angustiada, una persona que sabe lo que es sufrir sin desearlo.

## 1. Las Minglanillas

Julio Aracil había intimado con Andrés. La vida en común de ambos en San Carlos y en el hospital iba unificando sus costumbres, aunque no sus ideas ni sus afectos.

Con su dura filosofía<sup>135</sup> del éxito, Julio comenzaba a sentir más estimación por Hurtado que por Montaner.

Andrés había pasado a ser interno como él; Montaner no sólo no pudo aprobar en estos exámenes, sino que perdió el curso, y abandonándose por completo empezó a no ir a clase y a pasar el tiempo haciendo el amor<sup>136</sup> a una muchacha vecina suya.

Julio Aracil comenzaba a experimentar por su amigo un gran desprecio y a desearle que todo le saliera mal.

Julio, con el pequeño sueldo del hospital, hacía cosas extraordinarias, maravillosas; llegó hasta a jugar a la Bolsa, a tener acciones de minas, a comprar un título de la Deuda<sup>137</sup>.

Julio quería que Andrés siguiera sus pasos de hombre de mundo.

—Te voy a presentar en casa de las Minglanillas —le dijo un día riendo.

—¿Quiénes son las Minglanillas? —preguntó Hurtado.

—Unas chicas amigas mías.

—¿Se llaman así?

—No; pero yo las llamo así; porque, sobre todo la madre, parece un personaje de Taboada<sup>138</sup>

---

<sup>134</sup> La palabra carnaria, que no aparece en el DRAE, es un adjetivo (carnario/a) referido a 'carne'. Su significado se puede extraer del capítulo 3 (*Las moscas*) de esta 2ª parte. Allí Baroja habla de una mujer absolutamente inmoral y depravada (doña Virginia) que explota cruelmente a mujeres desvalidas, pobres y sin recursos, y dice que actúa como "esas moscas sarcófagas que van a los animales despedazados y a las carnes muertas" para nutrirse de ellas al mismo tiempo que las corrompe (ver nota 162). ¶¶ Por otro lado, toda la 2ª parte que empieza aquí se corresponde cronológicamente con el año en que permanece de interno en el Hospital General. Es, por lo tanto, una acción simultánea a la ya presentada en el capítulo 11 (*De alumno interno*) de la parte 1ª. ¶¶¶ Si la 1ª parte de la novela ha tratado de la formación de AHurtado como estudiante universitario, esta 2ª parte nos muestra un segundo aprendizaje: AHurtado en contacto con la vida misma, con un montón de tipos de las clases populares y marginales de Madrid. Y enseguida AHurtado tomará conciencia de que en la relaciones humanas lo que domina es la explotación de unos individuos a costa de otros, es decir, que una parte de la humanidad actúa contra la otra sin compasión de ninguna clase, como si fueran, por lo tanto, auténticas "moscas carnarias". Esta impresión de podredumbre moral y física la focaliza Baroja/AHurtado en las relaciones amorosas y sexuales, fuentes de enfermedades, perversiones, explotación humana, crueldad, etc, como se ve con claridad en diversos capítulos de esta parte. En cualquier caso, el recelo y la desconfianza de Baroja/AHurtado ante al erotismo y la sexualidad no solo nacen del comprensible rechazo del mundo sórdido del negocio sexual (prostitutas, burdeles, clientes, alcahuetas, proxenetes, etc) sino de una mezcla de desconfianza, miedo y repugnancia hacia el apetito sexual en sí mismo. La única relación erótica que vive Andrés antes del matrimonio dejará en su alma un resentimiento y una amargura profundos (5ª parte). De la misma manera, una vez casado, veremos que la temporada de más felicidad conyugal es aquella en que no mantiene relaciones íntimas con su esposa, y que solo las mantendrá cuando esta las reclame para quedar embarazada (7ª parte). Concluyamos, por tanto, que la actitud ideal de Baroja/AHurtado con la mujer sería siempre de afecto amistoso y espiritual. No en balde Aracil le dice a Andrés en cierta ocasión que es un "puritano".

<sup>135</sup> manera de pensar o de entender las cosas, en general

<sup>136</sup> El significado de "hacer el amor" en el español del s. XIX era, solamente, pretender a una mujer (o a un hombre), coquetear; incluso, empezar a salir, comenzar relaciones.

<sup>137</sup> Son operaciones financieras en que el cliente compra dinero o participaciones de una empresa por un valor esperando que en cierto tiempo ese valor aumente.

<sup>138</sup> Luis Taboada y Coca (1848-1906), periodista, humorista y escritor español. Uno de los recursos humorísticos típicos de este autor en sus artículos y narraciones era el asignar a sus personajes apodos (motes) ocurrentes y divertidos. ¶¶ Julio Aracil ha bautizado a las dos hermanas con el apodo de "Las Minglanillas". 'Minglana' es término dialectal aragonés para denominar a la granada. En

—¿Y qué son?

—Son unas chicas hijas de una viuda pensionista<sup>139</sup>, Niní y Lulú. Yo estoy arreglado con Niní, con la mayor; tú te puedes entender con la chiquita.

—¿Pero arreglado hasta qué punto estás con ella?

—Pues hasta todos los puntos. Solemos ir los dos a un rincón<sup>140</sup> de la calle de Cervantes, que yo conozco, y que te lo recomendaré cuando lo necesites.

—¿Te vas a casar con ella después?

—¡Quita de ahí, hombre! No sería mal imbécil.

—Pero has inutilizado<sup>141</sup> a la muchacha.

—¡Yo! ¡Qué estupidez!

—¿Pues no es tu querida?

—¿Y quién lo sabe? Además, ¿a quién le importa?

—Sin embargo...

—¡Ca! Hay que dejarse de tonterías y aprovecharse. Si tú puedes hacer lo mismo, serás un tonto si no lo haces.

A Hurtado no le parecía bien este egoísmo; pero tenía curiosidad por conocer a la familia, y fue una tarde con Julio a verla.

Vivía la viuda y las dos hijas en la calle del Fúcar, en una casa sórdida, de esas con patio de vecindad y galerías llenas de puertas.

Había en casa de la viuda un ambiente de miseria bastante triste; la madre y las hijas llevaban trajes raídos y remendados; los muebles eran pobres, menos alguno que otro indicador de ciertos esplendores pasados; las sillas estaban destripadas y en los agujeros de la estera se metía el pie al pasar.

La madre, doña Leonada, era mujer poco simpática; tenía la cara amarillenta, de color de membrillo; la expresión dura, falsamente amable; la nariz corva; unos cuantos lunares en la barba, y la sonrisa forzada.

La buena señora manifestaba unas ínfulas aristocráticas grotescas, y recordaba los tiempos en que su marido había sido subsecretario e iba la familia a veranear a San Juan de Luz. El que las chicas se llamaran Niní y Lulú procedía de la niñera que tuvieron por primera vez, una francesa<sup>142</sup>.

---

castellano el término correspondiente es 'milgrana', sinónimo del mismo fruto. Aracil ha tomado esa palabra un tanto extraña y le ha añadido el sufijo apreciativo -illa, para que la palabra resultante suene a divertida ocurrencia. No parece que Aracil le dé ningún significado especial a este 'mote', que, traducido, viene a significar 'Las Granadillas'.

<sup>139</sup> que recibe una paga pequeña o pensión desde la muerte de su marido (se sobrentiende —en la época— que si recibía una pensión es porque el marido había sido funcionario del Estado).

<sup>140</sup> Expresión figurada y eufemística: casa de citas. Eran generalmente casas particulares o pequeños hotelitos para encuentros de carácter sexual más o menos ocasionales.

<sup>141</sup> Expresión figurada: la has deshonrado.

<sup>142</sup> JJ Así pues, se supone que el marido había sido subsecretario (o sea, un puesto burocrático importante) de algún ministerio, en una época en que la política estaba dominada por personajes que pertenecían a la aristocracia. El sueldo y las buenas relaciones permitirían a la familia veranear en San Juan de Luz, pueblecito encantador de la costa vasco-francesa, a pocos kilómetros de San Sebastián, capital donde veraneaban los reyes españoles. JJJ Se ha visto en el personaje de Doña Leonarda una recreación del personaje de Doña Francisca, otra señora venida a menos, de la novela de Galdós, *Misericordia*.

Estos recuerdos de la gloria pasada, que doña Leonarda evocaba accionando con el abanico cerrado como si fuera una batuta, le hacían poner los ojos en blanco y suspirar tristemente.

Al llegar a la casa con Aracil, Julio se puso a charlar con Niní, y Andrés sostuvo la conversación con Lulú y con su madre.

Lulú era una muchacha graciosa, pero no bonita; tenía los ojos verdes, oscuros, sombreados por ojeras negruzcas; unos ojos que a Andrés le parecieron muy humanos; la distancia de la nariz a la boca y de la boca a la barba era en ella demasiado grande, lo que le daba cierto aspecto simio<sup>143</sup>; la frente pequeña, la boca, de labios finos, con una sonrisa entre irónica y amarga; los dientes blancos, puntiagudos; la nariz un poco respingona, y la cara pálida, de mal color.

Lulú demostró a Hurtado que tenía gracia, picardía<sup>144</sup> e ingenio de sobra; pero le faltaba el atractivo principal de una muchacha: la ingenuidad, la frescura, la candidez. Era un producto marchito por el trabajo, por la miseria y por la inteligencia. Sus dieciocho años no parecían juventud.

Su hermana Niní, de facciones incorrectas, y sobre todo menos espirituales, era más mujer, tenía deseo de agradar, hipocresía, disimulo. El esfuerzo constante hecho por Niní para presentarse como ingenua y cándida le daba un carácter más femenino, más corriente también y vulgar<sup>145</sup>.

Andrés quedó convencido de que la madre conocía las verdaderas relaciones de Julio y de su hija Niní. Sin duda ella misma había dejado que la chica se comprometiera, pensando que luego Aracil no la abandonaría.

A Hurtado no le gustó la casa; aprovecharse, como Julio, de la miseria de la familia para hacer de Niní su querida, con la idea de abandonarla cuando le conviniera, le parecía una mala acción.

Todavía si Andrés no hubiera estado en el secreto de las intenciones de Julio, hubiese ido a casa de doña Leonarda sin molestia; pero tener la seguridad de que un día los amores de su amigo acabarían con una pequeña tragedia de llores y de lamentos, en que doña Leonarda chillaría y a Niní le darían soponcios, era una perspectiva que le disgustaba.

## 2. Una cachupinada

Antes de Carnaval, Julio Aracil le dijo a Hurtado:

—¿Sabes? Vamos a tener baile en casa de las Minglanillas.

—¡Hombre! ¿Cuándo va a ser eso?

—El domingo de Carnaval. El petróleo para la luz<sup>146</sup> y las pastas, el alquiler del piano y el pianista se pagarán entre todos. De manera que si tú quieres ser de la cuadrilla, ya estás apoquinando.

—Bueno. No hay inconveniente. ¿Cuánto hay que pagar?

—Ya te lo diré uno de estos días.

---

<sup>143</sup> *simio*, como aposición explicativa: de mono. Esta impresión reaparecerá mucho después, en conversación amistosa, de Andrés y Lulú. ¶ Lulú y su familia también fueron personajes reales a los que conoció Baroja, si bien nunca se estableció relación personal entre ellos.

<sup>144</sup> que no era una ingenua (o sea, que empleaba a veces una gracia maliciosa, especialmente en lo relativo a temas sexuales).

<sup>145</sup> ¶ En la comparación de personalidades, AHurtado subraya que Lulú ha perdido la ingenuidad juvenil mientras que la hermana, aunque no la conserve, aparenta que la tiene para así agradar a los hombres. Esa ingenuidad perdida por Lulú se ve en que actúa (al contrario que Niní) sin tener en cuenta lo que piensen los hombres; también en el hecho —lo comprobaremos enseguida— de que dice siempre lo que piensa, sin reparar en si es conveniente el hacerlo o no; y también en que emplea un lenguaje directo, lleno de frecuentes expresiones malsonantes. Paradójicamente, esta personalidad agrada a AHurtado, pues encuentra en ella un alma inteligente, espontánea y, sobre todo, auténtica, cosa extraña entre la gente que lo rodea.

<sup>146</sup> Finales del s. XIX. Efectivamente, todavía no había luz eléctrica en las casa. La luz se conseguía con lámparas de petróleo (de techo o mesa)

—¿Quiénes van a ir?

—Pues irán algunas muchachas de la vecindad con sus novios, Casares, ese periodista amigo mío, un sainetero<sup>147</sup> y otros. Estará bien. Habrá chicas guapas.

El domingo de Carnaval, después de salir de guardia del hospital, fue Hurtado al baile. Eran ya las once de la noche. El sereno le abrió la puerta. La casa de doña Leonarda rebosaba gente; la había hasta en la escalera.

Al entrar Andrés se encontró a Julio en un grupo de jóvenes a quienes no conocía. Julio le presentó a un sainetero, un hombre estúpido y fúnebre, que a las primeras palabras, para demostrar sin duda su profesión, dijo unos cuantos chistes, a cual más conocidos y vulgares. También le presentó a Antoñito Casares, empleado y periodista, hombre de gran partido entre las mujeres.

Antoñito era un andaluz con una moral de chulo; se figuraba que dejar pasar a una mujer sin sacarle algo era una gran torpeza. Para Casares, toda mujer le debía, sólo por el hecho de serlo, una contribución, una gabela.

Antoñito clasificaba a las mujeres en dos clases: unas las pobres, para divertirse, y otra las ricas, para casarse con alguna de ellas por su dinero, a ser posible.

Antoñito buscaba la mujer rica con una constancia de anglosajón<sup>148</sup>. Como tenía buen aspecto y vestía bien, al principio las muchachas a quien se dirigía le acogían como a un pretendiente aceptable. El audaz<sup>149</sup> trataba de ganar terreno; hablaba a las criadas, mandaba cartas, paseaba la calle. A esto llamaba él “trabajar” a una mujer. La muchacha, mientras consideraba al galanteador como un buen partido, no le rechazaba; pero cuando se enteraba de que era un empleadillo humilde, un periodista desconocido y gorrón, ya no le volvía a mirar a la cara.

Julio Aracil sentía un gran entusiasmo por Casares, a quien consideraba como un compadre digno de él. Los dos pensaban ayudarse mutuamente para subir en la vida.

Cuando comenzaron a tocar el piano todos los muchachos se lanzaron en busca de pareja.

—¿Tú sabes bailar? —le preguntó Aracil a Hurtado.

—Yo no.

—Pues mira, vete al lado de Lulú, que tampoco quiere bailar, y trátala con consideración<sup>150</sup>.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque hace un momento —añadió Julio con ironía— doña Leonarda me ha dicho: “A mis hijas hay que tratarlas como si fueran vírgenes, Julito, como si fueran vírgenes”<sup>151</sup>.

Y Julio Aracil sonrió, remedando a la madre de Niní, con su sonrisa de hombre mal intencionado y canalla.

Andrés fue abriéndose paso.

---

<sup>147</sup> Persona que escribía sainetes. Sainete: pequeña obra dramática en un acto, humorística y popular. Los sainetes no se consideraban obras literarias cultas sino pequeños entretenimientos llenos de chistes fáciles y expresiones exageradas y ‘picantes’ con los que la gente se reía mucho. Se representaban en fiestas locales o de barrio, reuniones de amigos, bodas, etc. (y también en teatros).

<sup>148</sup> ¶ Otro tópico simplón de Baroja es que los ingleses y norteamericanos son los prototipos de la gente trabajadora y que persigue con incansable energía sus objetivos, mientras que los mediterráneos son más perezosos y vagos.

<sup>149</sup> el atrevido, o sea, Casares.

<sup>150</sup> ¶ A Andrés ni se le pasa por la cabeza bailar con Lulú. Esto dice mucho de cómo ve Andrés a la chica, no mucho más que afecto sincero y cordialidad; de modo que la relación con ella se moverá exclusivamente en el plano de las conversaciones amistosas y, más adelante, de los paseos.

<sup>151</sup> ¶ La frase de la madre es un tanto ambigua. Es verdad que reclama a los dos hombres que respeten a sus hijas pero también es verdad que dice que hay que tratarlas “como si” fueran vírgenes, o sea, que puede estar dando a entender que no lo son.

Había varios quinqués de petróleo iluminando la sala y el gabinete.

En el comedorcito, la mesa ofrecía a los concurrentes bandejas con dulces y pastas y botellas de vino blanco. Entre las muchachas que más sensación producían en el baile había una rubia, muy guapa, muy vistosa. Esta rubia tenía su historia. Un señor rico que la rondaba se la llevó a un hotel de la Prosperidad<sup>152</sup>, y días después la rubia se escapó del hotel, huyendo del raptor, que al parecer era un sátiro.

Toda la familia de la muchacha tenía cierto estigma de anormalidad. El padre, un venerable anciano por su aspecto, había tenido un proceso por violar a una niña, y un hermano de la rubia, después de disparar dos tiros a su mujer, intentó suicidarse.

A esta rubia guapa, que se llamaba Estrella, la distinguían casi todas las vecinas con un odio furioso.

Al parecer, por lo que dijeron, exhibía en el balcón, para que rabiaran las muchachas de la vecindad, medias negras caladas, camisas de seda llenas de lacitos y otra porción de prendas interiores lujosas y espléndidas que no podían proceder más que de un comercio poco honorable<sup>153</sup>.

Doña Leonarda no quería que sus hijas se trataran con aquella muchacha; según decía, ella no podía sancionar amistades de cierto género.

La hermana de la Estrella, Elvira, de doce o trece años, era muy bonita, muy descocada, y seguía, sin duda, las huellas de la mayor.

—¡Esta peque de la vecindad es más sinvergüenza! —dijo una vieja detrás de Andrés señalando a la Elvira.

La Estrella bailaba como hubiese podido hacerlo la diosa Venus, y al moverse sus caderas y su pecho abultado se destacaban de una manera un poco insultante.

Casares, al verla pasar, la decía:

—¡Vaya usted con Dios, guerrera!

Andrés avanzó en el cuarto hasta sentarse cerca de Lulú.

—Muy tarde ha venido usted —le dijo ella.

—Sí, he estado de media guardia en el hospital.

—¿Qué, no va usted a bailar?

—Yo no sé.

—¿No?

—No. ¿Y usted?

—Yo no tengo ganas. Me mareo.

Casares se acercó a Lulú a invitarla a bailar.

---

<sup>152</sup> ¶ Prosperidad era a finales del s. XIX un barrio popular, nuevo, alejado del centro de la ciudad

<sup>153</sup> *comercio poco honorable*: expresión figurada para prostitución. ¶ Se describen prendas de vestir (*medias caladas, camisas de seda llenas de lacitos...*) caras y —diríamos hoy— *sexys*. O sea, prendas confeccionadas para atraer la atención de los varones, y que solían utilizar, lógicamente, las prostitutas, de ahí el comentario final. Estrella sería una de ellas, pero Baroja enfatiza el hecho de que es una joven descarada que presume ante las mujeres del barrio de no dedicarse a ‘hacer la calle’ sino de que ella trata con hombres de dinero, de lo contrario no gastaría ese tipo de ropa íntima.

—Oiga usted, negra —la dijo.

—¿Qué quiere usted, blanco? —le preguntó ella con descaro.

—¿No quiere usted darse unas vueltecitas conmigo?

—No, señor.

—¿Y por qué?

—Porque no me sale... de adentro —contestó ella de una manera achulada.

—Tiene usted mala sangre, negra —le dijo Casares.

—Sí, que usted la debe tener buena, blanco —replicó ella.

—¿Por qué no ha querido usted bailar con él? —le preguntó Andrés.

—Porque es un boceras, un tío antipático que cree que todas las mujeres están enamoradas de él. ¡Que se vaya a paseo!

Siguió el baile con animación creciente y Andrés permaneció sin hablar al lado de Lulú.

—Me hace usted mucha gracia —dijo ella de pronto, riéndose con una risa que le daba la expresión de una alimaña.

—¿Por qué? —preguntó Andrés enrojeciendo súbitamente.

—¿No le ha dicho a usted Julio que se entienda conmigo? ¿Sí, verdad?

—No, no me ha dicho nada.

—Sí, diga usted que sí. Ahora, que usted es demasiado delicado para confesarlo. A él le parece eso muy natural. Se tiene una novia pobre, una señorita cursi como nosotras para entretenerse, y después se busca una mujer que tengan algún dinero para casarse.

—No creo que ésa sea su intención.

—¿Que no? ¡Ya lo creo! En seguida que acabe la carrera. Yo le conozco mucho a Julio. Es un egoísta y un canallita. Está engañando a mi madre y a mi hermana... y total, ¿para qué?

—No sé lo que hará Julio..., yo sé que no lo haría.

—Usted no, porque usted es de otra manera... Además, en usted no hay caso, porque no se va a enamorar usted de mí ni aun para divertirse.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Ella comprendía que no gustara a los hombres. A ella misma le gustaban más las chicas, y no es que tuviera instintos viciosos<sup>154</sup>; pero la verdad era que no le hacían impresión los hombres.

---

<sup>154</sup> JJ Baroja rechaza las relaciones homoeróticas por ser —dice— *instintos viciosos*. Era el pensamiento dominante en la época.

Sin duda, el velo<sup>155</sup> que la naturaleza y el pudor han puesto sobre todos los motivos de la vida sexual, se había desgarrado demasiado pronto para ella; sin duda supo lo que eran la mujer y el hombre en una época en que su instinto nada le decía, y esto le había producido una mezcla de indiferencia y de repulsión por todas las cosas del amor<sup>156</sup>.

Andrés pensó que esta repulsión provenía más que nada de la miseria orgánica, de la falta de alimentación y de aire.

Lulú le confesó que estaba deseando morir, de verdad, sin romanticismo alguno; creía que nunca llegaría a vivir bien<sup>157</sup>.

La conversación les hizo muy amigos a Andrés y a Lulú.

A las doce y media hubo que terminar el baile. Era condición indispensable, fijada por doña Leonarda; las muchachas tenían que trabajar al día siguiente, y por más que todo el mundo pidió que se continuara, doña Leonarda fue inflexible y para la una estaba ya despejada la casa.

### 3. Las moscas

Andrés salió a la calle con un grupo de hombres.

Hacía un frío intenso.

—¿Adónde iríamos? —pregunto Julito.

—Vamos a casa de doña Virginia —propuso Casares— ¿Ustedes la conocerán?

—Yo sí la conozco —contestó Aracil.

Se acercaron a una casa próxima, de la misma calle, que hacía esquina a la de la Verónica. En un balcón del piso principal se leía este letrero a la luz de un farol:

VIRGINIA GARCÍA  
COMADRONA CON TÍTULO DEL COLEGIO  
DE SAN CARLOS  
(*Sage femme*<sup>158</sup>)

—No se ha debido acostar, porque hay luz —dijo Casares.

Julio llamó al sereno, que les abrió la puerta, y subieron todos al piso principal. Salió a recibirles una criada vieja que les pasó a un comedor en donde estaba la comadrona sentada a una mesa con dos hombres. Tenían delante una botella de vino y tres vasos.

<sup>155</sup> tela fina con que se cubre algo. Aquí expresión figurada: la ocultación.

<sup>156</sup> JJ AHurtado sigue explorando la intimidad de Lulú. Antes nos ha hablado de que había perdido su inocencia juvenil (ver nota anterior 145, y posterior 177) *por el trabajo, por la miseria y por la inteligencia* (o sea, por darse cuenta de muchas cosas que las chicas de su edad no comprenden). Ahora profundiza un poco más en la personalidad de la chica. La naturaleza y el pudor —dice Baroja— suelen cubrir o esconder decorosamente los "motivos de la vida sexual", o sea, todo lo relacionado con los instintos sexuales (apetencias, reproducción, seducción, etc), pero Lulú, quizá en su infancia, o sea, demasiado pronto, "supo lo que eran la mujer y el hombre" de forma que ese velo se rompió en ella. No sabemos qué quiere sugerir aquí Baroja: ¿tuvo Lulú alguna experiencia sexual indeseada y dolorosa en su infancia? ¿Se familiarizó en su casa con conductas sexuales de los mayores poco ejemplares para un niño? ¿Se acostumbró a oír todo tipo de conversaciones sin censura de ninguna clase?... No se sabe. La cuestión es que, por una parte, Lulú siente indiferencia y repulsión por los asuntos amorosos y, por otra, habla de sexo sin cortarse ni un pelo, sin pudor ninguno.

<sup>157</sup> JJ Era un tópico muy romántico el deseo de morir siendo joven por no encontrarle alicientes a la vida, por no encontrarle sentido (el mismo tema se trata al comienzo de "Luces de Bohemia" de Valle-Inclán)

<sup>158</sup> *Sage femme*: 'comadrona' en francés. O sea, se escribe el nombre en francés para dar al oficio más empaque, más aire de modernidad y saber científico. Pero enseguida veremos qué se esconde detrás de este personaje y de tal oficio.

Doña Virginia era una mujer alta, rubia, gorda, con una cara de angelito de Rubens que llevara cuarenta y cinco años revoloteando por el mundo. Tenía la tez iluminada<sup>159</sup> y rojiza, como la piel de un cochinito asado y unos lunares en el mentón que le hacían parecer una mujer barbuda.

Andrés la conocía de vista por haberla encontrado en San Carlos en la clínica de partos, ataviada con unos trajes claros y unos sombreros de niña bastante ridículos.

De los dos hombres, uno era el amante de la comadrona. Doña Virginia le presentó como un italiano profesor de idiomas de un colegio.

Este señor, por lo que habló, daba la impresión de esos personajes que han viajado por el extranjero viviendo en hoteles de dos francos<sup>160</sup> y que luego ya no se pueden acostumbrar a la falta de *confort* de España.

El otro, un tipo de aire siniestro, barba negra y anteojos, era nada menos que el director de la revista *El Masón Ilustrado*<sup>161</sup>.

Doña Virginia dijo a sus visitantes que aquel día estaba de guardia, cuidando a una parturienta. La comadrona tenía una casa bastante grande con unos gabinetes misteriosos que daban a la calle de la Verónica; allí instalaba a las muchachas, hijas de familia, a las cuales un mal paso dejaba en situación comprometida<sup>162</sup>.

Doña Virginia pretendía demostrar que era de una exquisita sensibilidad.

—¡Pobrecitas! —decía de sus huéspedes— ¡Qué malos son ustedes los hombres!

A Andrés esta mujer le pareció repulsiva.

En vista de que no podían quedarse allí, salió todo el grupo de hombres a la calle. A los pocos pasos se encontraron con un muchacho, sobrino de un prestamista de la calle de Atocha, acompañando a una chulapa con la que pensaba ir al baile de la Zarzuela<sup>163</sup>.

—¡Hola, Victorio!— le saludó Aracil.

—Hola, Julio —contestó el otro—. ¿Qué tal? ¿De dónde salen ustedes?

—De aquí; de casa de doña Virginia.

—¡Valiente tía! Es una explotadora de esas pobres muchachas que lleva a su casa engañadas.

¡Un prestamista llamando explotadora a una comadrona! Indudablemente, el caso no era del todo vulgar.

---

<sup>159</sup> Es decir, brillante, como sudorosa.

<sup>160</sup> **ff** hoteles, se supone, de categoría, de a dos francos la noche. Unas 25 pesetas de la época, o sea, 5 duros la noche, una barbaridad.

<sup>161</sup> **ff** La masonería y las religiones esotéricas estaban muy de moda a finales del s. XIX y principios del XX. La masonería se define a sí misma como una organización (u "orden") masculina, internacional, secreta, no religiosa y de carácter filantrópico (que proclama el amor a los seres humanos), cuyos miembros solo pueden pertenecer a ella si cumplen un reglamento y ciertos ritos y si conocen el significado de ciertos símbolos 'esotéricos' (es decir, que solo se transmiten en el interior del grupo masónico). La finalidad de la masonería es buscar la verdad y fomentar el desarrollo social y moral del individuo, además del progreso científico y social. Vista desde fuera, la masonería sería como una especie de "secta" u orden religiosa "laica", es decir, ajena a la fe religiosa, pero con organización, símbolos y ritos similares a los de la religión cristiana. Así, se actúan en grupos locales y regionales (denominados 'logias') que se reúnen periódica y secretamente en asambleas; además, poseen un funcionamiento interno muy jerarquizado (los maestros arriba, abajo los aprendices); y por último, manejan una serie de símbolos (por ejemplo, el compás, el sol, ciertos anagramas, ciertas contraseñas) y una serie de reglas de conducta y de ceremonias (por ejemplo, las reglas de aprendizaje, la ceremonia de iniciación, o los debates filosóficos) mediante los cuales se sienten unidos. La masonería moderna arranca en el s. XVIII, el siglo de la Ilustración, de ahí que la revista que dirige este personaje se denomine *El masón ilustrado*.

<sup>162</sup> Esto es, la tal Virginia es comadrona, pero también practica abortos.

<sup>163</sup> El teatro de la Zarzuela era lugar muy popular de Madrid a finales de s. XIX. No solo representaban 'zarzuelas' sino que las noches de fin de semana había baile.

El director de El Masón Ilustrado, que se reunió con Andrés, le dijo con aire grave que doña Virginia era una mujer de cuidado; había echado al otro mundo dos maridos con dos jicarazos; no le asustaba nada. Hacía abortar, suprimía chicos, secuestraba muchachas y las vendía<sup>164</sup>. Acostumbrada a hacer gimnasia y a dar masaje, tenía más fuerzas que un hombre, y para ella no era nada sujetar a una mujer como si fuera un niño.

En estos negocios de abortos y de tercerías manifestaba una audacia enorme. Como esas moscas sarcófagas<sup>165</sup> que van a los animales despedazados y a las carnes muertas, así aparecía doña Virginia con sus palabras amables, allí donde olfateaba la familia arruinada, a quien arrastraban al *spoliarium*.

El italiano, aseguró el director de El Masón Ilustrado, no era profesor de idiomas ni mucho menos, sino un cómplice en los negocios nefandos de doña Virginia, y si sabía francés e inglés era porque había andado durante mucho tiempo de carterista, desvalijando a la gente en los hoteles.

Fueron todos con Victorio hasta la Carrera de San Jerónimo; allí, el sobrino del prestamista les invitó a acompañarle al baile de la Zarzuela; pero Aracil y Casares supusieron que Victorio no les querría pagar la entrada, y dijeron que no.

—Vamos a hacer una cosa —propuso el sainetero amigo de Casares.

—¿Qué? —preguntó Julio.

—Vamos a casa de Villasús<sup>166</sup>. Pura habrá salido del teatro ahora.

Villasús, según le dijeron a Andrés, era un autor dramático que tenía dos hijas coristas<sup>167</sup>. Este Villasús vivía en la Cuesta de Santo Domingo.

Se dirigieron a la Puerta del Sol; compraron pasteles en la calle del Carmen, esquina a la del Olivo; fueron después a la Cuesta de Santo Domingo y se detuvieron delante de una casa grande.

—Aquí no alborotemos —advirtió el sainetero—, porque el sereno no nos abriría.

Abrió el sereno, entraron en un espacioso portal, y Casares y su amigo, Julio, Andrés y el director de El Masón Ilustrado comenzaron a subir una ancha escalera hasta llegar a las guardillas, alumbrándose con fósforos.

Llamaron en una puerta, apareció una muchacha que les hizo pasar a un estudio de pintor y poco después se presentó un señor de barba y pelo entrecano envuelto en un gabán.

Este señor Rafael Villasús era un pobre diablo, autor de comedias y de dramas detestables en verso.

El poeta, como se llamaba él, vivía su vida en artista, en bohemio<sup>168</sup>; era en el fondo un completo majadero, que había echado a perder a sus hijas por un estúpido romanticismo.

---

<sup>164</sup> ¶¶ Ahora se explica con más detalle cuáles eran los oficios (ilegales) a los que también se dedicaba D<sup>a</sup> Virginia: practicar abortos, suprimir chicos (es decir, vendía bebés no queridos a otras familias), secuestraba y vendía muchachas miserables que necesitaban de sus servicios, etc. El personaje recuerda a la famosa Celestina de la obra homónima del s. XV.

<sup>165</sup> que rondan los sarcófagos, o sea, el lugar preparado para depositar el cadáver de un difunto. ¶¶ O sea, estas moscas que se aprovechan de la carne corrompida y muerta son moscas ‘carnarias’ (ver nota 134). La exposición detallada de las prácticas inmorales y crueles de esta Virginia también son de raíz naturalista (recuérdese el capítulo de la sala de disección).

<sup>166</sup> ¶¶ Villasús es la contrafigura o trasunto literario de un escritor bohemio muy conocido a finales de s. XIX en Madrid, Alejandro Sawa. Autor teatral, periodista y novelista, Alejandro Sawa aparece también —con el nombre de Max Estrella— como personaje central de la obra teatral de Valle—Inclán, *Lucas de Bohemia*. Quizá sea el ejemplo más famoso de lo que fueron los escritores ‘bohemos’ del periodo de entre siglos. Baroja —enseguida lo veremos— se ríe sin maldad de este personaje y de su actitud ante la vida.

<sup>167</sup> En revistas musicales y espectáculos similares, es la mujer joven que canta y baila en el coro

<sup>168</sup> ¶¶ Los bohemios eran artistas y escritores sin éxito (por tanto, miserables) que defendían románticamente que su vida solo estaba consagrada al arte o a la literatura. Se sentían incomprendidos y marginados por la sociedad en la que vivían y se creían superiores a

Pura y Ernestina llevaban un camino desastroso; ninguna de las dos tenía condición para la escena; pero el padre no creía más que en el arte, y las había llevado al Conservatorio, luego metido en un teatro de partiquinas y relacionado con periodistas y cómicos.

Pura, la mayor, tenía un hijo con un sainetero amigo de Casares, y Ernestina estaba enredada con un revendedor<sup>169</sup>.

El amante de Pura, además de un acreditado<sup>170</sup> imbécil, fabricante de chistes estúpidos, como la mayoría de los del gremio<sup>171</sup>, era un granuja, dispuesto a llevarse todo lo que veía. Aquella noche estaba allí. Era un hombre alto, flaco, moreno, con el labio inferior colgante.

Los dos saineteros hicieron gala de su ingenio, sacando a relucir una colección de chistes viejos y manidos. Ellos dos y los otros, Casares, Aracil y el director de El Masón Ilustrado, tomaron la casa de Villasús como terreno conquistado<sup>172</sup> e hicieron una porción de horrores con una mala intención canallesca.

Se reían de la chifladura del padre, que creía que todo aquello era la vida artística. El pobre imbécil no notaba la mala voluntad que ponían todos en sus bromas.

Las hijas, dos mujeres estúpidas y feas, comieron con avidez los pasteles que habían llevado los visitantes sin hacer caso de nada.

Uno de los saineteros hizo el león, tirándose por el suelo y rugiendo, y el padre leyó unas quintillas<sup>173</sup> que se aplaudieron a rabiar.

Hurtado, cansado del ruido y de las gracias de los saineteros, fue a la cocina a beber un vaso de agua y se encontró con Casares y el director de El Masón Ilustrado. Este estaba empeñado en ensuciarse<sup>174</sup> en uno de los pucheros de la cocina y echarlo luego en la tinaja del agua.

Le parecía la suya una ocurrencia graciosísima.

—Pero usted es un imbécil —le dijo Andrés bruscamente.

—¿Cómo?

—Que es usted un imbécil, una mala bestia.

—¡Usted no me dice a mí eso! —gritó el masón.

—¿No está usted oyendo que se lo digo?

—En la calle no me repite usted eso.

—En la calle y en todas partes.

Casares tuvo que intervenir, y como sin duda quería marcharse, aprovechó la ocasión de acompañar a Hurtado diciendo que se iba para evitar cualquier conflicto. Pura bajó a abrirles la puerta, y el periodista y Andrés fueron

---

un público que los tenía olvidados y a aquellos autores que se habían vendido al dinero. En realidad, su vida era horrible: pobreza, enfermedades, hambre, problemas de alcoholismo, etc. Todo esto es lo que a Baroja le parece un “estúpido romanticismo”.

<sup>169</sup> se sobrentiende, revendedor de entradas (de espectáculos: teatro, cabaret, café cantante, etc.)

<sup>170</sup> Con el sentido de indiscutible, reconocido por todos (tiene evidente intención irónica).

<sup>171</sup> de los del gremio de los saineteros. Gremio: conjunto de personas que tienen un mismo oficio o profesión o estado social.

<sup>172</sup> ¶¶ Como si la casa de Villasús fuera un territorio conquistado por ellos en el que tuvieran libertad para hacer lo que les diera la gana.

<sup>173</sup> O sea, un poema en quintillas, estrofa popular de cinco versos y arte menor.

<sup>174</sup> Eufemismo: hacer de vientre, obrar (vulgar: 'cagarse'). ¶¶ Otro detalle de inspiración naturalista.

juntos hasta la Puerta del Sol. Casares le brindó su protección a Andrés; sin duda, prometía protección y ayuda a todo el mundo.

Hurtado se marchó a casa mal impresionado. Doña Virginia, explotando y vendiendo mujeres; aquellos jóvenes, escarneciendo a una pobre gente desdichada. La piedad no aparecía por el mundo.

#### 4. Lulú

La conversación que tuvo en el baile con Lulú dio a Hurtado el deseo de intimar algo más con la muchacha.

Realmente la chica era simpática y graciosa. Tenía los ojos desnivelados, uno más alto que otro, y al reír los entornaba hasta convertirlos en dos rayitas, lo que le daba una gran expresión de malicia; su sonrisa levantaba las comisuras de los labios para arriba, y su cara tomaba un aire satírico y agudo<sup>175</sup>.

No se mordía la lengua para hablar. Decía habitualmente horrores. No había en ella dique<sup>176</sup> para su desenfreno<sup>177</sup> espiritual, y cuando llegaba a lo más escabroso, una expresión de cinismo brillaba en sus ojos.

El primer día que fue Andrés a ver a Lulú después del baile, contó su visita a casa de doña Virginia.

—¿Estuvieron ustedes a ver a la comadrona? —preguntó Lulú.

—Sí.

—Valiente tía cerda.

—Niña —exclamó doña Leonarda—, ¿qué expresiones son ésas?

—¿Pues qué es, sino una alcahueta o algo peor?

—Jesús! ¡Qué palabras!

—A mí me vino un día —siguió diciendo Lulú— preguntándome si quería ir con ella a casa de un viejo. ¡Qué tía guarra!

A Hurtado le asombraba la mordacidad de Lulú. No tenía ese repertorio vulgar de chistes oídos en el teatro; en ella todo era callejero, popular.

Andrés comenzó a ir con frecuencia a la casa, sólo para oír a Lulú. Era, sin duda, una mujer inteligente, cerebral, como la mayoría de las muchachas que viven trabajando en las grandes ciudades, con una aspiración mayor por ver, por enterarse, por distinguirse, que por sentir placeres sensuales<sup>178</sup>.

A Hurtado le sorprendía, pero no le producía la más ligera idea de hacerle el amor. Hubiera sido imposible para él pensar que pudiera llegar a tener con Lulú más que una cordial amistad.

Lulú bordaba para un taller de la calle de Segovia, y solía ganar hasta tres pesetas al día. Con esto, unido a la pequeña pensión de doña Leonarda, vivía la familia. Niní ganaba poco, porque, aunque trabajaba, era torpe.

Cuando Andrés iba por las tardes, se encontraba a Lulú con el bastidor en las rodillas, unas veces cantando a voz en grito, otras muy silenciosa.

---

<sup>175</sup> ...aire satírico y agudo: aire de burla, de retintín o ironía, y de agudeza intelectual, de persona inteligente.

<sup>176</sup> Sentido figurado: contención, freno.

<sup>177</sup> ¶ Baroja —desde este momento— vuelve a desarrollar, situando a Lulú en conversaciones y situaciones concretas, los rasgos de su personalidad ya anunciados en el capítulo 2.3. (*Las moscas*)

<sup>178</sup> placeres sensuales (los obtenidos por los sentidos, o sea, la música y las fiestas, la ropa, los perfumes, el amor erótico, etc). ¶ Es decir, a Hurtado le atrae de Lulú su curiosidad intelectual, el hecho de que (al contrario que muchísimas jovencitas de 18 años) no se interesa tanto por los placeres sensuales (por lo físico y corporal) como por saber y conocer cosas, por ser más lista (por lo espiritual e intelectual).

Lulú cogía rápidamente las canciones de la calle y las cantaba con una picardía admirable. Sobre todo, esas tonadillas encanalladas, de letra grotesca<sup>179</sup>, eran las que más le gustaban.

El tango aquel que empieza diciendo:

*Un cocinero de Cádiz, muy afamado,  
a las mujeres las compara con el guisado.*

y esos otros en que las mujeres entran en quinta<sup>180</sup>, o tienen que ser marineras, el de “¿La niña, qué?”, o el de “Las mujeres que montan en bicicleta”, en el que hay esa preocupación graciosa, expresada así:

*Por eso hay ahora  
mil discusiones,  
por si han de llevar faldas  
o pantalones.*

Todas estas canciones populares las cantaba con muchísima gracia.

A veces le faltaba el humor y tenía esos silencios llenos de pensamientos de las chicas inquietas y neuróticas. En aquellos instantes sus ideas parecían converger hacia adentro, y la fuerza de la ideación<sup>181</sup> le impulsaba a callar. Si la llamaban de pronto, mientras estaba ensimismada, se ruborizaba y se confundía.

—No sé lo que anda maquinando cuando está así —decía su madre—; pero no debe ser nada bueno.

Lulú le contó a Andrés que de chica había pasado una larga temporada sin querer hablar. En aquella época el hablar le producía una gran tristeza, y desde entonces le quedaban estos arrechuchos.

Muchas veces Lulú dejaba el bastidor y se largaba a la calle a comprar algo en la mercería próxima, y contestaba a las frases de los horteras<sup>182</sup> de la manera más procaz y descarada.

Este poco apego a defender los intereses de la clase<sup>183</sup> les parecía a doña Leonarda y a Niní una verdadera vergüenza.

—Ten en cuenta que tu padre fue un personaje —decía doña Leonarda con énfasis.

—Y nosotras nos morimos de hambre —replicaba Lulú.

Cuando oscurecía y las tres mujeres dejaban la labor, Lulú se metía en algún rincón, apoyándose en varios sitios al mismo tiempo.

Así como encajonada, en un espacio estrecho, formado por dos sillas y la mesa o por las sillas y el armario del comedor, se ponía a hablar con su habitual cinismo, escandalizando a su madre y a su hermana. Todo lo que fuera deforme en un sentido humano la regocijaba.

Estaba acostumbrada a no guardar respeto a nada ni a nadie. No podía tener amigas de su edad, porque le gustaba espantar a las mojígatas con barbaridades; en cambio, era buena para los viejos y para los enfermos, comprendía sus manías, sus egoísmos, y se reía de ellos.

---

<sup>179</sup> *tonadillas encanalladas, de letra grotesca*: cancioncillas de temas canallas (sexo, ‘cuernos’, etc) y de letras exageradamente groseras y extravagantes. De la palabra tonadilla deriva la palabra ‘tonadillera’, o sea, cantante de tonadillas, por ejemplo, en la actualidad, Isabel Pantoja o Pasión Vega. Baroja resume a continuación qué tipo de letras le gustan a Lulú.

<sup>180</sup> *entran en quinta*: hacen el servicio militar

<sup>181</sup> conjunto de ideas que se forman en la cabeza.

<sup>182</sup> Aquí, con el sentido de hombre que se dirige de forma vulgar y grosera a una mujer. En su acepción original, un hortera era, en Madrid, el chico de los recados, o sea, el ayudante que hacía encargos y portes entre tiendas.

<sup>183</sup> Esos *intereses de la clase* son los sueños de superioridad social que tiene la madre como recuerdo de tiempos pasados de la familia mucho mejores.

Era también servicial; no le molestaba andar con un chico sucio en brazos o cuidar de una vieja enferma de la guardilla.

A veces Andrés la encontraba más deprimida que de ordinario; entre aquellos parapetos<sup>184</sup> de sillas viejas solía estar con la cabeza apoyada en la mano, riéndose de la miseria del cuarto, mirando fijamente el techo o alguno de los agujeros de la estera.

Otras veces se ponía a cantar la misma canción sin parar.

—Pero muchacha, ¡cállate! —decía su madre—. Me tienes loca con ese estribillo.

Y Lulú callaba; pero al poco tiempo volvía con la canción.

A veces iba por la casa un amigo del marido de doña Leonarda, don Prudencio González.

Don Prudencio era un chulo grueso, de abdomen abultado. Gastaba levita negra, chaleco blanco, del que colgaba la cadena del reloj llena de dijes. Tenía los ojos desdeñosos, pequeños, el bigote corto y pintado y la cara roja. Hablaba con acento andaluz y tomaba posturas académicas en la conversación.

El día que iba don Prudencio, doña Leonarda se multiplicaba<sup>185</sup>.

—Usted, que ha conocido a mi marido —decía con voz lacrimosa—. Usted, que nos ha visto en otra posición.

Y doña Leonarda hablaba con lágrimas en los ojos de los esplendores pasados.

## 5. Más de Lulú

Algunos días de fiesta, por la tarde, Andrés acompañó a Lulú y a su madre a dar un paseo por el Retiro o por el Jardín Botánico.

El Botánico le gustaba más a Lulú por ser más popular y estar cerca de su casa, y por aquel olor acre que daban los viejos mirtos de las avenidas.

—Porque es usted, le dejo que acompañe a Lulú —decía doña Leonarda con cierto retintín.

—Bueno, bueno, mamá —replicaba Lulú— Todo eso está de más.

En el Botánico se sentaban en algún banco y charlaban. Lulú contaba su vida y sus impresiones, sobre todo de la niñez. Los recuerdos de la infancia estaban muy grabados en su imaginación.

—¡Me da una pena pensar en cuando era chica! —decía.

—¿Por qué? ¿Vivía usted bien? —le preguntaba Hurtado.

—No, no; pero me da mucha pena.

Contaba Lulú que de niña la pegaban para que no comiera el yeso de las paredes y los periódicos.

En aquella época había tenido jaquecas, ataques de nervios; pero ya hacía mucho tiempo que no padecía ningún trastorno. Eso sí, era un poco desigual; tan pronto se sentía capaz de estar derecha una barbaridad de tiempo, como se encontraba tan cansada que el menor esfuerzo la rendía<sup>186</sup>.

---

<sup>184</sup> En este caso, es la barrera de sillas viejas en que se refugiaba Lulú.

<sup>185</sup> se mostraba con mucho más entusiasmo y haciendo muchas más cosas que de costumbre.

<sup>186</sup> ¶¶ Esta debilidad física, este desequilibrio constante entre fortaleza y cansancio, reaparecerá al final de la novela como un grave problema de salud.

Esta desigualdad orgánica<sup>187</sup> se reflejaba en su manera de ser espiritual y material. Lulú era muy arbitraria; ponía sus antipatías y sus simpatías sin razón alguna.

No le gustaba comer con orden ni quería alimentos calientes; sólo le apetecían cosas frías, picantes, con vinagre, escabeche, naranjas...

— ¡Ah! , si yo fuera de su familia, eso no se lo consentiría a usted —le decía Andrés.

—¿No?

—No.

—Pues diga usted que es mi primo.

—Usted riase —contestaba Andrés—, pero yo la metería en cintura.

—¡Ay, ay, ay, que me estoy mareando! —contestaba ella, cantando descaradamente.

Andrés Hurtado trataba a pocas mujeres; si hubiese conocido más y podido comparar, hubiera llegado a sentir estimación por Lulú.

En el fondo de su falta de ilusión y de moral, al menos de moral corriente, tenía esta muchacha una idea muy humana y muy noble de las cosas. A ella no le parecían mal el adulterio, ni los vicios, ni las mayores enormidades; lo que le molestaba era la doblez, la hipocresía, la mala fe. Sentía un gran deseo de lealtad.

Decía que si un hombre la pretendía, y ella viera que la quería de verdad, se iría con él, fuera rico o pobre, soltero o casado.

Tal afirmación parecía una monstruosidad, una indecencia a Nini y a doña Leonarda. Lulú no aceptaba derechos ni prácticas sociales.

—Cada cual debe hacer lo que quiera —decía.

El desenfado inicial de su vida le daba un gran valor para opinar muy grande.

—¿De veras se iría usted con un hombre? —le preguntaba Andrés.

—Si me quiere de verdad, ¡ya lo creo! Aunque me pegara después.

—¿Sin casarse?

—Sin casarme; ¿por qué no? Si vivía dos o tres años con ilusión y con entusiasmo, pues eso no me lo quitaba nadie.

—¿Y luego?

—Luego seguiría trabajando como ahora, o me envenenaría.

Esta tendencia al final trágico era muy frecuente en Lulú; sin duda le atraía la idea de acabar, y de acabar de una manera melodramática<sup>188</sup>. Decía que no le gustaría llegar a vieja.

En su franqueza extraordinaria, hablaba con cinismo. Un día le dijo a Andrés:

---

<sup>187</sup> corporal, física

<sup>188</sup> exageradamente sentimental. ¶ Los melodramas eran (y son) narraciones y obras teatrales de mucho éxito popular llenas de acción y sorpresas cuyo tema principal es el amor y todas las penalidades por las que pasan los enamorados para ser felices. Los melodramas exageran las emociones y en ellos son fundamentales las lágrimas. Los melodramas trágicos solían presentar desenlaces exagerados y patéticos como asesinatos, cárcel, envenenamientos, suicidios, caídas en la prostitución... cualquier excusa era buena para conmover al público. Los 'culebrones' hispanoamericanos son los grandes melodramas de la actualidad.

—Ya ve usted: hace unos años estuve a punto de perder la honra, como decimos las mujeres.

—¿Por qué? —preguntó Andrés, asombrado, al oír esta revelación.

—Porque un bestia de la vecindad quiso forzarme<sup>189</sup>. Yo tenía doce años. Y gracias que llevaba pantalones y empecé a chillar; si no... estaría deshonrada —añadió con voz campanuda.

—Parece que la idea no le espanta a usted mucho.

—Para una mujer que no es guapa, como yo, y que tiene que estar siempre trabajando, como yo, la cosa no tiene gran importancia.

“¿Qué había de verdad en esta manía de sinceridad y de análisis de Lulú? —se preguntaba Andrés—. ¿Era espontánea, era sentida, o había algo de ostentación para parecer original? Difícil era averiguarlo”.

Algunos sábados por la noche, Julio y Andrés convidaban a Lulú, a Niní y a su madre a ir a algún teatro, y después entraban en un café.

## 6. Manolo el Chafandín

Una amiga, con la cual solía prestarse mutuos servicios Lulú, era una vieja planchadora de la vecindad, que se llamaba Venancia.

La señora Venancia tendría unos sesenta años, y trabajaba constantemente; invierno y verano estaba en su cuartucho, sin cesar de planchar un momento. La señora Venancia vivía con su hija y su yerno, un chulapo a quien llamaban Manolo el Chafandín.

El tal Manolo, hombre de muchos oficios y de ninguno, no trabajaba más que rara vez, y vivía a costa de la suegra.

Manolo tenía tres o cuatro hijos, y el último era una niña de pecho que solía estar con frecuencia metida en un cesto en el cuarto de la señora Venancia, a quien Lulú solía pasear en brazos por la galería.

—¿Qué va a ser esta niña? —preguntaban algunos.

Y Lulú contestaba:

—Golfá, golfá —u otra palabra más dura, y añadía—: Así la llevarán en coche, como a la Estrella<sup>190</sup>.

La hija de la señora Venancia era una vaca sin cencerro<sup>191</sup>, holgazana, borracha, que se pasaba la vida disputando con las comadres de la vecindad. Como a Manolo, su hombre, no le gustaba trabajar, toda la familia vivía a costa de la señora Venancia, y el dinero del taller de planchado no bastaba, naturalmente, para subvenir a las necesidades de la casa.

Cuando la Venancia y el yerno disputaban, la mujer de Manolo siempre salía a la defensa del marido, como si este holgazán tuviera derecho a vivir del trabajo de los demás.

Lulú, que era justiciera, un día, al ver que la hija atropellaba a la madre, salió en defensa de la Venancia, y se insultó con la mujer de Manolo; la llamó tía zorra, borracha, perro, y añadió que su marido era un cabronazo; la

---

<sup>189</sup> violarme, violentarme. ff Este episodio conecta con la intuición de AHurtado manifestó en el capítulo 2.1. (*Las Minglanillas*) donde suponía que Lulú pudo haber sufrido alguna experiencia fea o indeseada en su infancia con relación a lo sexual. Ver nota 156.

<sup>190</sup> ff La alusión es imprecisa. No es fácil saber quién era la tal Estrella. A lo mejor se trata del personaje que ya ha aparecido en el capítulo 2.2. (*Una cachupinada*), la rubia guapetona del mismo nombre. O a lo mejor Lulú se refiere a alguna actriz o bailarina de la época, en Madrid, célebre y popular por su vida escandalosa y amoral (como deducimos a través de la insinuación de Lulú).

<sup>191</sup> *vaca sin cencerro*: estar desorientado, descontrolado o inseguro, sin saber qué hacer o adónde ir. Aunque sin llegar a herir la sensibilidad del lector, la descripción de este personaje, y el enfrentamiento —lleno de insultos— que sostiene con Lulú, recuerdan otra vez la atención de la novela naturalista por las lacras sociales, por los aspectos más bajos de la naturaleza humana.

otra le dijo que ella y toda su familia eran unas cursis muertas de hambre, y, gracias a que se interpusieron otras vecinas, no se tiraron de los pelos.

Aquellas palabras ocasionaron un conflicto, porque Manolo el Chafandín, que era un chulo aburrido, de estos cobardes, decidió pedir explicaciones a Lulú de sus palabras.

Doña Leonarda y Niní, al saber lo ocurrido, se escandalizaron. Doña Leonarda echó una chillería a Lulú por mezclarse con aquella gente.

Doña Leonarda no tenía sensibilidad más que para las cosas que se referían a su respetabilidad social.

—Estás empeñada en ultrajarnos —dijo a Lulú, medio llorando—. ¿Qué vamos a hacer, Dios mío, cuando venga ese hombre?

—Que venga —replicó Lulú—; yo le diré que es un gandul y que más le valdría trabajar y no vivir de su suegra.

—¿Pero a ti qué te importa lo que hacen los demás? ¿Por qué te mezclas con esa gente?

Llegaron por la tarde Julio Aracil y Andrés, y doña Leonarda les puso al corriente de la ocurrido.

—¡Qué demonio! No les pasará a ustedes nada —dijo Andrés—; aquí estaremos nosotros.

Aracil, al saber lo que sucedía y la visita anunciada del Chafandín, se hubiera marchado con gusto, porque no era amigo de trifulcas; pero, por no pasar por un cobarde, se quedó.

A media tarde llamaron a la puerta, y se oyó decir:

—¿Se puede?

—Adelante —dijo Andrés.

Se presentó Manolo el Chafandín vestido de día de fiesta, muy elegante, muy empaquetado, con un sombrero ancho torero y una gran cadena de reloj, de plata. En su mejilla, un lunar negro y rizado trazaba tantas vueltas como el muelle de un reloj de bolsillo<sup>192</sup>.

Doña Leonarda y Niní temblaron al ver a Manolo. Andrés y Julio le invitaron a explicarse.

El Chafandín puso su garrota en el antebrazo izquierdo, y comenzó una retahíla larga de reflexiones y consideraciones acerca de la honra y de las palabras que se dicen imprudentemente.

Se veía que estaba sondeando a ver si se podía atrever a echárselas de valiente, porque aquellos señoritos lo mismo podían ser dos panolis que dos puntos bragados<sup>193</sup> que le hartasen de panolis.

Lulú escuchaba nerviosa, moviendo los brazos y las piernas, dispuesta a saltar.

El Chafandín comenzó a envalentonarse al ver que no le contestaban, y subió el tono de la voz.

—Porque aquí (y señaló a Lulú con el garrote) le ha llamado a mi señora zorra, y mi señora no es una zorra; habrá otras más zorras que ella, y aquí (y volvió a señalar a Lulú) ha dicho que soy un cabronazo, y, ¡maldita sea la...!, que yo le como los hígados al que diga eso.

Al terminar su frase, el Chafandín dio un golpe con el garrote en el suelo.

---

<sup>192</sup> Toda esta descripción del personaje (incluido el detalle caricaturesco, habitual entre chulapos madrileños, de retocarse con lápiz de maquillaje algún lunar de la cara, se supone que para subrayar su atractivo) enlaza a la perfección con el apodo de Manolo, el Chafandín. *Chafandín*, término popular, significa persona estúpida y presumida. Por otra parte, el tipo del chulo era personaje común de los sainetes populares de la época (ver nota 147).

<sup>193</sup> *puntos bragados*: tipos verdaderamente fuera de lo común, por su fiereza y fuerza física.

Viendo que el Chafandín se desmandaba, Andrés, un poco pálido, se levantó y le dijo:

—Bueno; siéntese usted.

—Estoy bien así —dijo el chulo.

—No, hombre. Siéntese usted. Está usted hablando desde hace mucho tiempo, de pie, y se va usted a cansar.

Manolo el Chafandín se sentó, algo escamado.

—Ahora, diga usted —siguió diciendo Andrés—, qué es lo que usted quiere, en resumen.

—¿En resumen?

—Sí.

—Pues yo quiero una explicación.

—Una explicación, ¿de qué?

—De las palabras que ha dicho aquí (y volvió a señalar a Lulú) contra mi señora y contra este servidor<sup>194</sup>.

—Vamos, hombre, no sea usted imbécil.

—Yo no soy imbécil.

—¿Qué quiere usted que diga esta señorita? ¿Qué su mujer no es una zorra, ni una borracha, ni un perro, y que usted no es un cabronazo? Bueno; Lulú, diga usted eso para que este buen hombre se vaya tranquilo.

—A mí ningún pollo neque<sup>195</sup> me toma el pelo —dijo el Chafandín, levantándose.

—Yo lo que voy a hacer —dijo Andrés irritado— es darle un silletazo en la cabeza y echarle a puntapiés por las escaleras.

—¿Usted?

—Sí, yo.

Y Andrés se acercó al chulo con la silla en el aire. Doña Leonarda y sus hijas empezaron a gritar; el Chafandín se acercó rápidamente a la puerta y la abrió.

Andrés se fue a él; pero el Chafandín cerró la puerta y se escapó por la galería, soltando bravatas e insultos.

Andrés quería salir a calentarle las costillas para enseñarle a tratar a las personas; pero entre las mujeres y Julio le convencieron de que se quedara.

Durante toda la riña Lulú estaba vibrando<sup>196</sup>, dispuesta a intervenir. Cuando Andrés se despidió, le estrechó la mano entre las suyas con más fuerza que de ordinario.

## 7. Historia de la Venancia

La escena bufa con Manolo el Chafandín hizo que en la casa de doña Leonarda se le considerara a Andrés como a un héroe. Lulú le llevó un día al taller de la Venancia. La Venancia era una de estas viejas secas, limpias, trabajadoras; se pasaba el día sin descansar un momento.

---

<sup>194</sup> él mismo.

<sup>195</sup> *pollo neque*: expresión castiza y popular de Madrid, peyorativa. Joven presumido, necio, petulante.

<sup>196</sup> Con el sentido de muy excitada y nerviosa.

Tenía una vida curiosa. De joven había estado de doncella en varias casas, hasta que murió su última señora y dejó de servir.

La idea del mundo de la Venancia era un poco caprichosa. Para ella el rico, sobre todo el aristócrata, pertenecía a una clase superior a la humana.

Un aristócrata tenía derecho a todo, al vicio, a la inmoralidad, al egoísmo; estaba como por encima de la moral corriente. Una pobre como ella, voluble, egoísta o adúltera, le parecía una cosa monstruosa; pero esto mismo en una señora<sup>197</sup> lo encontraba disculpable.

A Andrés le asombraba una filosofía tan extraña, por la cual el que posee salud, fuerza, belleza y privilegios tiene más derecho a otras ventajas, que el que no conoce más que la enfermedad, la debilidad, lo feo y lo sucio.

Aunque no se sabe la garantía científica que tenga, hay en el cielo católico, según la gente, un santo, San Pascual Bailón, que baila delante del Altísimo, y que dice siempre: “Más, más, más”. Si uno tiene suerte, le da más, más, más; si tiene desgracia, le da también más, más, más<sup>198</sup>. Esta filosofía bailonesca era la de la señora Venancia.

La señora Venancia mientras planchaba, contaba historias de sus amos. Andrés fue a oír con gusto.

La primera ama donde sirvió la Venancia era una mujer caprichosa y loca, de un humor endiablado; Pegaba a los hijos, al marido, a los criados, y le gustaba enemistar a sus amigos.

Una de las maniobras que empleaba era hacer que uno se escondiera detrás de una cortina al llegar otra persona y a ésta le incitaba para que hablase mal del que estaba escondido y le oyese.

La dama obligaba a su hija mayor a vestirse de manera pobre y ridícula, con el objeto de que nadie se fijara en ella. Llegó en su maldad hasta esconder unos cubiertos en el jardín y acusar a un criado de ladrón y hacer que lo llevaran a la cárcel.

Una vez en esta casa, la Venancia velaba a uno de los hijos de la señora que se encontraba muy grave. El niño estaba en la agonía y a eso de las diez de la noche murió. La Venancia fue llorando a avisar a su señora lo que ocurría, y se la encontró vestida para un baile. Le dio la triste noticia y ella dijo: “Bueno, no digas nada ahora”. La señora se fue al baile, y cuando volvió comenzó a llorar haciéndose la desesperada.

—¡Qué loba! —dijo Lulú al oír la narración.

De esta casa la señora Venancia había pasado a otra de una duquesa muy guapa, muy generosa, pero de un desenfreno terrible.

—Aquella tenía los amantes a pares —dijo la Venancia— Muchas veces iba a la iglesia de Jesús con un hábito de estameña parda, y pasaba allí horas y horas rezando, y a la salida la esperaba su amante en coche y se iba con él.

—Un día —contó la planchadora— estaba la duquesa con su querido en la alcoba, yo dormía en un cuarto próximo que tenía una puerta de comunicación. De pronto oigo un estrépito de campanillazos<sup>199</sup> y de golpes. Aquí está el marido —pensé—. Salté de la cama y entré por la puerta excusada<sup>200</sup> en la habitación de mi señora. El duque, a quien había abierto algún criado, golpeaba furioso la puerta de la alcoba; la puerta no tenía más que un pestillo ligero, que hubiera cedido a la menor fuerza; yo la atranqué con el palo de una cortina. El amante, azorado, no sabía qué hacer; estaba en una facha muy ridícula. Yo le llevé por la puerta excusada, le di las ropas de mi marido y le eché a la escalera. Después me vestí de prisa y fui a ver al duque, que bramaba furioso, con una pistola en la mano, dando golpes en la puerta de la alcoba. La señora, al oír mi voz, comprendió que la

<sup>197</sup> Señora de la aristocracia y de alta alcurnia (obsérvese el sufijo apreciativo –ona, con valor peyorativo)

<sup>198</sup> JJ O sea, a los que les va muy bien en la vida, el cielo les envía más riqueza y felicidad, más suerte; y a los que ya les va mal, les envía más pobreza e infelicidad, más desgracia.

<sup>199</sup> JJ Las llamadas de los señores a los sirvientes y criados en las casas grandes se realizaban mediante un sistema de campanillas que sonaban en todas las habitaciones y estancias de aquellas.

<sup>200</sup> *puerta excusada* o falsa. La que no está en la fachada principal de la casa o la que no es puerta principal de una habitación o estancia.

situación estaba salvada y abrió la puerta. El duque miró por todos los rincones, mientras ella le contemplaba tan tranquila. Al día siguiente, la señora me besó y me abrazó, y me dijo que se arrepentía de todo corazón, que en adelante iba a hacer una vida recatada; pero a los quince días ya tenía otro amante.

La Venancia conocía toda la vida íntima del mundo aristocrático de su época; los sarpuillos<sup>201</sup> de los brazos y el furor erótico de Isabel II; la impotencia de su marido<sup>202</sup>; los vicios, las enfermedades, las costumbres de los aristócratas las sabía por detalles vistos por sus ojos.

A Lulú le interesaban estas historias.

Andrés afirmaba que toda aquella gente era una sucia morralla, indigna de simpatía y de piedad; pero la señora Venancia, con su extraña filosofía, no aceptaba esta opinión; por el contrario, decía que todos eran muy buenos, muy caritativos, que hacían grandes limosnas y remediaban muchas miserias.

Algunas veces Andrés trató de convencer a la planchadora de que el dinero de la gente rica procedía del trabajo y del sudor de pobres miserables que labraban el campo, en las dehesas y en los cortijos.

Andrés afirmaba que tal estado de injusticia podía cambiar; pero esto para la señora Venancia era una fantasía.

—Así hemos encontrado el mundo y así lo dejaremos —decía la vieja, convencida de que su argumento no tenía réplica.

## 8. Otros tipos de la casa

Una de las cosas características de Lulú era que tenía reconcentrada su atención en la vecindad y en el barrio de tal modo, que lo ocurrido en otros puntos de Madrid para ella no ofrecía el menor interés. Mientras trabajaba en su bastidor llevaba el alza y la baja<sup>203</sup> de lo que pasaba entre los vecinos.

La casa donde vivían, aunque a primera vista no parecía muy grande, tenía mucho fondo y habitaban en ella gran número de familias. Sobre todo, la población de las guardillas era numerosa y pintoresca.

Pasaban por ella una porción de tipos extraños del hampa y la pobretería madrileña. Una inquilina de las guardillas, que daba siempre que hacer, era la tía Negra, una verdulera ya vieja. La pobre mujer se emborrachaba y padecía un delirio alcohólico político, que consistía en vitorear a la República<sup>204</sup> y en insultar a las autoridades, a los ministros y a los ricos.

Los agentes de seguridad<sup>205</sup> la tenían por blasfema, y la llevaban de cuando en cuando a la sombra a pasar una quincena; pero al salir volvía a las andadas.

---

<sup>201</sup> o salpuillo. Erupción leve y pasajera en la piel, formada por muchos granitos o ronchas. ¶ Parece cierto que la reina Isabel II padeció desde niña soriasis en los brazos. Los médicos le recomendaron por esta razón ‘baños de agua de mar’. De esta necesidad surgió la costumbre de los reyes de veranear en una ciudad de costa (San Sebastián), costumbre que de inmediato se convirtió en moda imitada por toda la aristocracia del país.

<sup>202</sup> ¶ La Venancia es vieja, o sea, su juventud coincidió con el reinado de Isabel II (n. 1830 - m. 1904). La vida privada de esta reina estaba en boca de todos. Su manera de ser (campechana, marchosa, “castiza”, extrovertida y dotada de un gran sentido del humor, pero también inculca, coqueta, juerguista, caprichosa, despilfarradora y desordenada) y su “furor erótico” (casada por conveniencia, tuvo, sin embargo, una larga lista de amantes entre militares, aristócratas y políticos) eran constantemente motivo de chiste, escándalo y desprestigio entre los españoles. De hecho, Isabel II fue apartada del trono por una revolución popular (La Gloriosa, 1868), y tuvo que marchar al exilio. Muchos autores de finales de s. XIX, viejos y jóvenes (Galdós, Clarín, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, Unamuno, Antonio Machado, Valle-Inclán, Baroja, etc) compartían ese desprecio por Isabel II (madre de Alfonso XII, primer rey de la Restauración desde 1875). Baroja, a través de este personaje, recuerda —desde el lejano año de 1911, en que redacta *El árbol de la ciencia*— los chismes de la gente acerca de los defectos de aquella reina. Entre estas habladurías destacaba también la de que su marido era homosexual, impotente y de que padecía una deformidad en el aparato reproductor.

<sup>203</sup> *el alza y la baja*, o sea, llevaba —en sentido figurado— el libro de cuentas de los acontecimientos del barrio, con lo que salía de él (lo viejo) y lo que entraba (lo nuevo que ocurría). ¶ Comienza aquí un escaparate de tipos humanos caracterizados por la pobreza y la marginalidad, y cuya conducta es vista de nuevo con lentes naturalistas.

<sup>204</sup> ¶ Se refiere a la I República (1873-1874), brevísimo periodo político, posterior a la monarquía fracasada de Amadeo de Saboya, quien, a su vez, había sustituido en el trono real a la reina Isabel II (ver nota 202).

<sup>205</sup> o sea, la policía de la época

La tía Negra, cuando estaba cuerda y sin alcohol, quería que la dijieran la señora Nieves, pues así se llamaba.

Otra vieja rara de la vecindad era la señora Benjamina, a quien daban el mote de Doña Pitusa. Doña Pitusa era una viejezuela pequeña, de nariz corva, ojos muy vivos y boca de sumidero<sup>206</sup>.

Solía ir a pedir limosna a la iglesia de Jesús y a la de Montserrat; decía a todas horas que había tenido muchas desgracias de familia y pérdidas de fortuna; quizá pensaba que esto justificaba su afición al aguardiente.

La señora Benjamina recorría medio Madrid pidiendo con distintos pretextos, enviando cartas lacrimosas. Muchas veces, al anochecer, se ponía en una bocacalle con el velo negro echado sobre la cara, y sorprendía al transeúnte con una narración trágica, expresada en tonos teatrales; decía que era viuda de un general, que acababa de morirle un hijo de veinte años, el único sostén de su vida; que no tenía para amortajarle ni encender un cirio con que alumbrar su cadáver.

El transeúnte a veces se estremecía, a veces replicaba que debía tener muchos hijos de veinte años cuando con tanta frecuencia se le moría uno.

El hijo verdadero de la Benjamina tenía más de veinte años; se llamaba el Chuleta, y estaba empleado en una funeraria. Era chato, muy delgado, algo giboso, de aspecto enfermizo, con unos pelos azafranados en la barba y ojos de besugo. Decían en la vecindad que él inspiraba las historias melodramáticas de su madre. El Chuleta era un tipo fúnebre; debía ser verdaderamente desagradable verle en la tienda en medio de sus ataúdes.

El Chuleta era muy vengativo y rencoroso, no se olvidaba de nada; a Manolo el Chafandín le guardaba un odio insaciable.

El Chuleta tenía muchos hijos, todos con el mismo aspecto de abatimiento y de estupidez trágica del padre y todos tan mal intencionados y tan rencorosos como él.

Había también en las guardillas una casa de huéspedes de una gallega bizca, tan ancha de arriba como de abajo. Esta gallega, la Paca, tenía de pupilos<sup>207</sup>, entre otros, un mozo de la clase de disección de San Carlos, tuerto, a quien conocían Aracil y Hurtado; un enfermero del Hospital General y un cesante<sup>208</sup> a quien llamaban don Cleto.

Don Cleto Meana era el filósofo de la casa, era un hombre bien educado y culto, que había caído en la miseria. Vivía de algunas caridades que le hacían los amigos. Era un viejecito bajito y flaco, muy limpio, muy arreglado, de barba gris recortada; llevaba el traje raído, pero sin manchas, y el cuello de la camisa era impecable.

Él mismo se cortaba el pelo, se lavaba la ropa, se pintaba las botas con tinta cuando tenían alguna hendidura blanca y se cortaba los flecos de los pantalones. La Venancia solía plancharle los cuellos de balde. Don Cleto era un estoico.

—Yo, con un panecillo al día y unos cuantos cigarros vivo bien como un príncipe —decía el pobre.

Don Cleto paseaba por el Retiro y Recoletos; se sentaba en los bancos, entablaba conversación con la gente; si no le veía nadie, cogía algunas colillas y las guardaba porque, como era un caballero, no le gustaba que le sorprendieran en ciertos bajos menesteres.

Don Cleto disfrutaba con los espectáculos de la calle; la llegada de un príncipe extranjero, el entierro de un político constituían para él grandes acontecimientos.

---

<sup>206</sup> conducto o canal por donde se sumen (se van) las aguas. Es expresión figurada caricaturesca: *boca de sumidero* sería una boca sin dientes, que parece una agujero negro y hondo, como lo son los sumideros.

<sup>207</sup> Expresión coloquial: huéspedes (de la casa)

<sup>208</sup> **JJ** Empleado del Gobierno que ha sido privado de su empleo, dejándole, en algunos casos, parte del sueldo. Fue una situación laboral muy frecuente en España desde mediados del XIX hasta bien entrado el s. XX. Como se alternaban en el poder siempre los dos mismos partidos y los mismos políticos, y como no había casi funcionarios fijos del Estado como hay ahora, cada vez que se producía un cambio de gobierno, el partido que 'entraba' en el poder traía a miles de funcionarios que sustituían a los del partido saliente. Estos funcionarios salientes eran denominados 'cesantes'.

Lulú, cuando le encontraba en la escalera, le decía:

—¿Ya se va usted, don Cleto?

—Sí; voy a dar una vueltecita.

—De pira, ¿eh? Es usted un pirantón, don Cleto.

—Ja, ja, ja —reía él— ¡Qué chicas éstas! ¡Qué cosas dicen!

Otro tipo de la casa muy conocido era el Maestrín, un manchego muy pedante y sabihondo, droguero, curandero y sanguiuelero. El Maestrín tenía un tenducho en la calle del Fúcar, y allí solía estar con frecuencia con la Silveria, su hija, una buena moza, muy guapa, a quien Victorio, el sobrino del prestamista, iba poniendo los puntos<sup>209</sup>. El Maestrín, muy celoso en cuestiones de honor, estaba dispuesto, al menos así lo decía él, a pegarle una puñalada al que intentara deshonrarle.

Toda esta gente de la casa pagaba su contribución en dinero o en especie<sup>210</sup> al tío de Victorio, el prestamista de la calle de Atocha, llamado don Martín, y a quien por mal nombre se le conocía por el tío Miserias.

El tío Miserias, el personaje más importante del barrio, vivía en una casa suya de la calle de la Verónica, una casa pequeña, de un piso solo, como de pueblo, con dos balcones llenos de tiestos y una reja en el piso bajo.

El tío Miserias era un viejo encorvado, afeitado y ceñudo. Llevaba un trapo cuadrado, negro, en un ojo, lo que hacía su cara más sombría. Vestía siempre de luto; en invierno usaba zapatillas de orillo y una capa larga, que le colgaba de los hombros como de un perchero.

Don Martín, el humano<sup>211</sup>, como le llamaba Andrés, salía muy temprano de su casa y estaba en la trastienda de su establecimiento, siempre de vigilancia. En los días fríos se pasaba la vida delante de un brasero, respirando continuamente un aire cargado de óxido de carbono.

Al anochecer se retiraba a su casa, echaba una mirada a sus tiestos y cerraba los balcones. Don Martín tenía, además de la tienda de la calle de Atocha, otra de menos categoría en la del Tribulete. En esta última su negocio principal era tomar en empeño sábanas y colchones a la gente pobre.

Don Martín no quería ver a nadie. Consideraba que la soledad le debía atenciones que le negaba. Un dependiente, un buen muchacho al parecer, en quien tenía colocada su confianza, le jugó una mala pasada. Un día el dependiente cogió un hacha que tenían en la casa de préstamos para hacer astillas con que encender el brasero, y abalanzándose sobre don Martín, empezó a golpes con él y por poco no le abre la cabeza.

Después el muchacho, dando por muerto a don Martín, cogió los cuartos del mostrador y se fue a una casa de trato<sup>212</sup> de la calle de San José, y allí le prendieron.

Don Martín quedó indignado cuando vio que el tribunal, aceptando una serie de circunstancias atenuantes, no condenó al muchacho más que a unos meses de cárcel.

—Es un escándalo —decía el usurero, pensativo—. Aquí no se protege a las personas honradas. No hay benevolencia más que para los criminales. ceñudo

---

<sup>209</sup> ...iba poniendo los puntos. Expresión coloquial. "Poner los puntos" es dirigir la mirada (la atención) a algo o alguien que se desea.

<sup>210</sup> en especie: pagar algo sin usar dinero en metálico, normalmente mediante comida, bebida, ropa u otras mercancías

<sup>211</sup> JJ Matín I, El Humano, fue un rey medieval aragonés. AHurtado le coloca al prestamista el apodo que tenía el rey con evidente intención irónica y satírica, pues el de prestamista no es precisamente un trabajo 'humano', es decir, que destaque por su comprensión y compasión hacia los demás.

<sup>212</sup> casa donde se practica la prostitución.

Don Martín era tremendo; no perdonaba a nadie; a un burrero de la vecindad, porque no le pagaba unos réditos, le embargó las burras de leche, y por más que el burrero decía que si no le dejaba las burras sería más difícil que le pagara, don Martín no accedió. Hubiera sido capaz de comerse las burras por aprovecharlas.

Victorio, el sobrino del prestamista, prometía ser un gerifalte como el tío, aunque de otra escuela. El tal Victorio era un Don Juan de casa de préstamos. Muy elegante, muy chulo, con los bigotes retorcidos, los dedos llenos de alhajas y la sonrisa de hombre satisfecho, hacía estragos en los corazones femeninos. Este joven explotaba al prestamista. El dinero que el tío Miserias había arrancado a los desdichados vecinos pasaba a Victorio que se lo gastaba con rumbo<sup>213</sup>.

A pesar de esto, no se perdía<sup>214</sup>; al revés, llevaba camino de enriquecerse y de acrecentar su fortuna.

Victorio era dueño de una chirlata de la calle del Olivar, donde se jugaba a juegos prohibidos, y de una taberna de la calle del León.

La taberna le daba a Victorio grandes ganancias, porque tenía una tertulia muy productiva. Varios puntos<sup>215</sup> entendidos con la casa iniciaban una partida de juego, y cuando había dinero en la mesa, alguno gritaba:

—¡Señores, la Policía!

Y unas cuantas manos solícitas cogían las monedas, mientras que los agentes de policía, conchabados, entraban en el cuarto.

A pesar de su condición de explotador<sup>216</sup> y de conquistador de muchachas, la gente del barrio no le odiaba a Victorio. A todos les parecía muy natural y lógico lo que hacía.

## 9. La crueldad universal

Tenía Andrés un gran deseo de comentar filosóficamente las vidas de los vecinos de la casa de Lulú. A sus amigos no le interesaban estos comentarios y filosofías, y decidió, una mañana de un día de fiesta, ir a ver a su tío Iturrioz.

Al principio de conocerle —Andrés no le trató a su tío hasta los catorce o quince años— Iturrioz le pareció un hombre seco y egoísta, que lo tomaba todo con indiferencia; luego, sin saber a punto fijo hasta dónde llegaba su egoísmo y su sequedad, encontró que era una de las pocas personas con quien se podía conversar acerca de puntos trascendentales.

Iturrioz vivía en un quinto piso del barrio de Argüelles, en una casa con una hermosa azotea.

Le asistía un criado, antiguo soldado de la época en que Iturrioz fue médico militar.

Entre amo y criado habían arreglado la azotea, pintado las tejas con alquitrán, sin duda para hacerlas impermeables, y puesto unas graderías donde estaban escalonadas las cajas de madera y los cubos llenos de tierra, donde tenían sus plantas.

Aquella mañana en que se presentó Andrés en casa de Iturrioz, su tío se estaba bañando y el criado le llevó a la azotea.

Se veía desde allí el Guadarrama<sup>217</sup> entre dos casas altas; hacia el Oeste, el tejado del cuartel de la Montaña ocultaba los cerros de la Casa de Campo, y a un lado del cuartel se destacaba la torre de Móstoles y la carretera

---

<sup>213</sup> *con rumbo*: generosamente, gastándolo con mucha gente

<sup>214</sup> no ocasionaba daño ni perjuicio ninguno (a la riqueza del tío)

<sup>215</sup> Jugadores (coloquialismo)

<sup>216</sup> ∞ Es decir, da a entender que, además de dedicarse a la timba y la taberna, ejercía también de ‘chulo’ de mujeres a quienes explotaba.

<sup>217</sup> el río Guadarrama

de Extremadura, con unos molinos de viento en sus inmediaciones. Más al Sur brillaban, al sol de una mañana de abril, las manchas verdes de los cementerios de San Isidro y San Justo, las dos torres de Getafe y la ermita del Cerrillo de los Ángeles<sup>218</sup>.

Poco después salía Iturrioz a la azotea.

—¿Qué, te pasa algo? —le dijo a su sobrino al verle.

—Nada; venía a charlar un rato con usted.

—Muy bien, siéntate; yo voy a regar mis tiestos.

Iturrioz abrió la fuente que tenía en un ángulo de la terraza, llenó de agua una cuba y comenzó con un cacharro a echar agua en las plantas<sup>219</sup>.

Andrés habló de la gente de la vecindad, de Lulú, de las escenas del hospital; como casos extraños, dignos de un comentario; de Manolo el Chafandín, del tío Miserias, de don Cleto, de doña Virginia...

—¿Qué consecuencia puede sacarse de todas estas vidas? —preguntó Andrés al final<sup>220</sup>.

---

<sup>218</sup> ¶ Destaca en esta descripción de los alrededores de Madrid, en primer lugar, que era una ciudad todavía muy pequeña (en 1900 no llegaba a los 800.000 habitantes) en relación con el crecimiento que experimentará a partir de los años 20 (en que ya superó el millón) y en la década de 1950-60, en que sobrepasa los 2 millones. Esto explica el entorno rural y campesino que contempla AHurtado desde la azotea de su tío, con pueblecillos todavía alejados de la ciudad (Móstoles, Getafe), pueblecillos de entonces que ahora son casi barriadas de la periferia. Esta descripción de apertura se corresponde circularmente con la que cierra el capítulo (ver nota 270).

<sup>219</sup> ¶ Iturrioz ha aparecido hasta ahora en pocos pero decisivos momentos de la vida de Andrés, siempre para ayudarlo en diversos problemas de la vida corriente. Sin embargo, es en este preciso instante cuando alcanza su dimensión plena de personaje de la novela con el papel de confidente e interlocutor reflexivo (especulativo) de Andrés. Tanto en este encuentro como en los siguientes Andrés encuentra en Iturrioz una especie de 'padre' espiritual con el que consigue un entendimiento, una complicidad de ideas, que resulta imposible no solo con su verdadero padre y con la familia sino con ningún otro personaje de la obra. Para crear a este personaje Baroja se inspiró en una persona real, su tío carnal, Justo Goñi, médico militar jubilado, que tenía muchas inquietudes intelectuales, sobre todo, relacionadas con el determinismo científico y con la antropología racista de los pueblos y las ideas. De hecho, muchos estudiosos han visto esta novela como una autobiografía disfrazada de Baroja, una biografía que cuenta su paso o tránsito de la juventud a la madurez, solo que desdoblada en dos trasuntos o contrafiguras (personajes autobiográficos): Andrés sería el Baroja inexperto, e Iturrioz, el experimentado. Así, Andrés, quien es inicialmente optimista, y tiene ganas de estudiar y aprender, y desea enfrentarse a los problemas del mundo y la vida, va reaccionando ante la sociedad que lo rodea y eso lo hace madurar, de modo que va pareciéndose cada vez más (aunque nunca del todo) a su tío Iturrioz, un individuo adulto, escéptico y nihilista, que se ha adaptado pacífica y realistamente al 'medio' que lo rodea. ¶¶¶ Vemos que Iturrioz, médico y aficionado a la filosofía, tiene un jardín en la azotea y lo cultiva. La imagen del sabio que cultiva su jardín proviene del s. XVIII, concretamente, de Voltaire (filósofo enciclopedista francés, 1694-1778) quien, inspirándose en el filósofo griego Epicuro, emplea esta anécdota al final de la novelita corta *Cándido*. En ella, el protagonista (Cándido) sufre todos los horrores posibles por los que puede pasar un ser humano y al final de sus terribles aventuras, de las que sale vivo de pura casualidad, llega a la conclusión de que lo mejor que una persona puede hacer es retirarse a un lugar pequeño y apacible, hacerse allí un jardín y una huerta, y dedicarse a cuidarlos. Esta anécdota se ha repetido muchas veces en la literatura contemporánea desde que la empleara Voltaire, y funciona generalmente como un símbolo del escepticismo práctico ante el optimismo o confianza exagerados en la fe religiosa y en la razón. Es una ingenuidad (provocada por la fe ciega) creer que Dios va a enderezar el mundo, y es otra ingenuidad (provocada por una confianza exagerada en nuestras capacidades racionales) creer que la inteligencia y los esfuerzos y luchas diarias van a conducirnos a un mundo más feliz, virtuoso y justo. La razón humana por sí misma puede denunciar, criticar y corregir algunos prejuicios, errores o disparates, pero por sí sola es impotente para acabar con el mal y la maldad porque estos son innatos a las personas. El mal en el mundo solo proviene del hombre mismo, de la propia naturaleza humana. Así pues, el escepticismo ante el optimismo de la fe y la razón exageradas aconseja fabricarnos un entorno íntimo, reducido y agradable donde desarrollar un trabajo útil con el que alcanzar modestamente una vida tolerable y próspera a pesar de la maldad que va a seguir imperando en el mundo. Este ideal de vida ya lo defendió el filósofo griego Epicuro (citado más adelante por Baroja refiriéndose a esta azotea jardín). Por eso Cándido, como Iturrioz, han decidido hacerse un jardín en su casa y cultivarlo. Iturrioz, jardinero doméstico, es ya, antes de decir una sola palabra, un ejemplo de actitud escéptica, de cómo actuar en un mundo tan horrible y ruín. Y lo que le va a aconsejar a AHurtado es precisamente que se haga un poco escéptico, que abandone la ilusión exagerada de que en el mundo se puede alcanzar la justicia universal, la convicción de que todos sus actos y pensamientos respondan a un plan perfectamente coherente, y que, como respuesta al sufrimiento, se refugie en la contemplación pasiva del mundo o, todo lo más, en actuar a pequeña escala y en un medio cercano.

<sup>220</sup> ¶ Toda la conversación está organizada en torno a preguntas que AHurtado lanza a su tío. AHurtado llega a casa de este dubitativo, desorientado, confuso, y apenas ofrece razonamientos propios. Busca en él respuestas orientadoras, que pueda aplicar a su vida. Sin embargo, saldrá de allí casi más desorientado de lo que entró. En cuanto a las explicaciones del tío, se pueden dividir en dos partes: la primera, teorizante y especulativa (en la que trata de aclarar el significado de la lucha por la vida y la justicia); y la

—Para mí la consecuencia es fácil —contestó Iturriz con el bote de agua en la mano—. Que la vida es una lucha constante, una cacería cruel en que nos vamos devorando los unos a los otros<sup>221</sup>. Plantas, microbios, animales.

—Sí, yo también he pensado en eso —repuso Andrés—; pero voy abandonando la idea. Primeramente el concepto de la lucha por la vida llevada así a los animales, a las plantas y hasta los minerales, como se hace muchas veces, no es más que un concepto antropomórfico, después ¿qué lucha por la vida es la de ese hombre don Cleto, que se abstiene de combatir, o la de ese hermano Juan, que da su dinero a los enfermos?

—Te contestaré por partes —repuso Iturriz dejando el bote para regar, porque estas discusiones le apasionaban—. Tú me dices, este concepto de lucha es un concepto antropomórfico. Claro, llamamos a todos los conflictos lucha, porque es la idea humana que más se aproxima a esa relación que para nosotros produce un vencedor y un vencido. Si no tuviéramos este concepto en el fondo, no hablaríamos de lucha. La hiena que monda los huesos de un cadáver, la araña que sorbe una mosca, no hace más ni menos que el árbol bondadoso llevándose de la tierra el agua y las sales necesarias para su vida. El espectador indiferente, como yo, ve a la hiena, a la araña y al árbol, y se los explica. El hombre justiciero le pega un tiro a la hiena, aplasta con la bota a la araña y se sienta a la sombra del árbol, y cree que hace bien.

—Entonces, ¿para usted no hay lucha ni hay justicia?

—En un sentido absoluto, no; en un sentido relativo, sí. Todo lo que vive tiene un proceso para apoderarse primero del espacio, ocupar un lugar, luego para crecer y multiplicarse<sup>222</sup>; este proceso de la energía de un vivo<sup>223</sup> contra los obstáculos del medio, es lo que llamamos lucha. Respecto de la justicia, yo creo que lo justo en el fondo es lo que nos conviene. Supón en el ejemplo de antes que la hiena en vez de ser muerta por el hombre mata al hombre, que el árbol cae sobre él y le aplasta, que la araña le hace una picadura venenosa, pues nada de eso nos parece justo, porque no nos conviene. A pesar de que en el fondo no haya más que esto, un interés utilitario<sup>224</sup> ¿quién duda que la idea de justicia y de equidad es una tendencia que existe en nosotros? ¿Pero cómo la vamos a realizar?

—Eso es lo que yo me pregunto: ¿cómo realizarla<sup>225</sup>?

—¿Hay que indignarse porque una araña mate a una mosca? —siguió diciendo Iturriz—. Bueno. ¿Qué vamos a hacer? ¿Matarla? Matémosla. Eso no impedirá que sigan las arañas comiéndose a las moscas ¿Vamos a quitarle al hombre esos instintos fieros que te repugnan? ¿Vamos a borrar esa sentencia del poeta latino: *Homo, homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre<sup>226</sup>? Está bien. En cuatro o cinco mil años lo podremos conseguir. El hombre ha hecho de un carnívoro como el chacal un omnívoro como el perro; pero se necesitan muchos siglos para eso. No sé si habrás leído que Spallanzani<sup>227</sup> había acostumbrado a una paloma a comer carne, y a un águila a comer y digerir el pan. Ahí tienes el caso de esos grandes apóstoles religiosos y laicos<sup>228</sup>; son águilas que se

---

segunda, de carácter más didáctico-moral, más práctico (en la que intenta aconsejar a Andrés acerca de cómo comportarse en la vida para no sufrir demasiado). Ver nota 229 (resumen de la 1ª parte) y nota 268 (resumen de la 2ª).

<sup>221</sup> ¶¶ Muchos de los conceptos más o menos filosóficos que aparecen en el capítulo provienen del determinismo científico, de la teoría de la evolución de Darwin y del utilitarismo moral y jurídico de Bentham y Stuart Mill. Todas estas líneas de pensamiento se engloban dentro del positivismo científico y filosófico que triunfó a desde mediados del s. XIX en adelante. Recuérdese en este sentido que Baroja estudió medicina. En este párrafo, el concepto que introduce Iturriz es el de lucha por la vida (o por la supervivencia), también denominado biocenosis, concepto que viene del darwinismo y se aplica a la competencia (lucha) por sobrevivir o por imponerse que se da entre una especie (o raza) y otra.

<sup>222</sup> ¶ Evidentemente se refiere a la adaptación al medio, otro término clave del determinismo y del darwinismo.

<sup>223</sup> ser vivo

<sup>224</sup> ¶¶ Lo bueno y lo justo es aquello que resulta conveniente y útil para la vida de ser humano. Se trata de un concepto extraído del Utilitarismo (defendido por Bentham y Stuart Mill), teoría ética, jurídica y económica de enorme importancia a lo largo del todo el s. XIX, y que influye mucho en el determinismo y el darwinismo científicos.

<sup>225</sup> llevarla a cabo. Es decir, cómo ser justo, cómo saber ser justo y bueno en cada momento de la vida.

<sup>226</sup> ¶ Fue el filósofo empirista inglés Hobbes (s. XVII) quien popularizó esta idea clásica. El egoísmo extremo (hasta la destrucción de nuestros semejantes) es el motor de la conducta individual, aunque la sociedad intenta corregir tal comportamiento favoreciendo la convivencia.

<sup>227</sup> Lazzaro Spallanzani, científico y biólogo italiano, s. XVIII.

<sup>228</sup> ¶¶ esos grandes apóstoles religiosos y laicos: ‘apóstoles’ con el sentido de personas dedicadas a divulgar ideales muy elevados (ideales *religiosos*, como la fe en un ser supremo; o *laicos* —no religiosos— como la libertad, la igualdad, la justicia entre los seres humanos, etc), y a divulgarlos entre muchísima gente, acostumbrados por tanto a ‘convencer y atraer’ a las masas, y hacerlas actuar

alimentan de pan en vez de alimentarse de carnes palpitantes, son lobos vegetarianos. Ahí tienes el caso del hermano Juan...

—Ese no creo que sea un águila ni un lobo.

—Será un mochuelo o una garduña, pero de instintos perturbados<sup>229</sup>.

—Sí, es muy posible —repuso Andrés—; pero creo que nos hemos desviado de la cuestión; no veo la consecuencia.

—La consecuencia a la que yo iba era ésta, que ante la vida no hay más que dos soluciones prácticas para el hombre sereno: o la abstención y la contemplación indiferente<sup>230</sup> de todo o la acción limitándose a un círculo pequeño<sup>231</sup>. Es decir, que se puede tener el quijotismo<sup>232</sup> contra una anomalía<sup>233</sup>; pero tenerlo contra una regla general es absurdo.

—De manera que, según usted, el que quiera hacer algo tiene que restringir su acción justiciera<sup>234</sup> a un medio pequeño.

—Claro, a un medio pequeño; tú puedes abarcar en tu contemplación la casa, el pueblo, el país, la sociedad, el mundo, todo lo vivo y todo lo muerto; pero si intentas realizar una acción, y una acción justiciera, tendrás que restringirte hasta el punto de que todo te vendrá ancho<sup>235</sup>, quizá hasta la misma conciencia<sup>236</sup>.

—Es lo que tiene de bueno la filosofía —dijo Andrés con amargura—; le convence a uno de que lo mejor es no hacer nada.

Iturriz dio unas cuantas vueltas por la azotea y luego dijo:

---

de una determinada manera. Así pues, estos personajes (ejemplo: mártires y santos, sacerdotes, misioneros, pero también políticos revolucionarios, sindicalistas, etc) tienen, según Iturriz, una personalidad de *águilas*, es decir, una personalidad fuerte, poderosa, de aves 'depredadoras', capaces de acabar con sus enemigos, solo que, por influencia de las propias ideas que defienden, se han domesticado un poco, han moderado muchísimo su salvajismo, sus instintos destructivos.

<sup>229</sup> ¶ Aquí termina la parte especulativa de los argumentos de Iturriz. En resumen, el tío de Andrés sostiene que los humanos llamamos 'lucha por la vida' de los organismos vivientes a toda conducta o actividad de apropiación más o menos violenta del alimento (energía) que necesitan para seguir vivos, y luego amplía la definición añadiendo que también es todo *proceso de la energía de un vivo contra los obstáculos del medio* para adaptarse a él. Estas conductas o actividades (que en el mundo animal llamamos instintos) son consustanciales a la naturaleza, o sea, la naturaleza funciona así, sin más; y, por tanto, no son ni buenas ni malas, ni justas ni injustas en sí mismas. Sin embargo, los seres humanos sí establecemos diferencias entre esa lucha por la vida de los seres vivos, porque respetamos al árbol y, en cambio, matamos a la araña. Inmediatamente, añadirá que eso se debe a que el ser humano considera bueno y justo aquello de la naturaleza que le es útil o le conviene, por eso respeta la sombra que da el árbol y, en cambio, mata a la araña que pica. Por tanto, en sentido absoluto, no hay conductas ni actos de los seres vivos que, en sí mismos, sean justos o injustos; toda la actividad de la Naturaleza parece responder a un plan inalterable. Por último, reconoce que son posibles ciertas modificaciones o alteraciones de estas conductas o actividades naturales, pero esto solo es posible a lo largo de siglos y siglos de adaptación, y solo ocurre como especie, no como individuo. Cuando ocurre en individuos concretos es porque se ha producido una anomalía, una perturbación.

<sup>230</sup> ¶ *contemplación indiferente*: mirada, observación fría, objetiva, imparcial, sin poner en lo contemplado sentimientos, valoraciones ni tampoco ideas previas propios. Sería la actitud básica del científico, del espectador que se limita a anotar lo que hay u ocurre a su alrededor. La gran ventaja de la contemplación —se explica después— es que su radio de acción es inabarcable, desde los detalles más pequeños hasta el universo entero. La idea de 'contemplación' es, sin duda, shopenhaueriana, pero no así la idea de indiferencia, objetividad, frialdad o imparcialidad de esa contemplación, que —tal y como aparece en este fragmento— pertenece más al positivismo científico.

<sup>231</sup> ¶ Los dos conceptos fundamentales que aparecen aquí (a. abstención, contemplación; b. acción) los toma Baroja del filósofo Schopenhauer, si bien, dándoles una interpretación personal. Ver notas 103, 106 y 116).

<sup>232</sup> *quijotismo* quiere decir aquí el deseo idealista e ingenuo de hacer el bien, de que el mundo cambie a mejor, la justicia triunfe en la vida y el mal sea vencido (como quería D. Quijote).

<sup>233</sup> ¶ Anomalía quiere decir, como se ha explicado más arriba, el comportamiento perturbado, erróneo, anómalo, de un solo individuo en contraste con el comportamiento regular y general del resto de la especie. Ejemplo: frente a la conducta general y regular de la especie humana (que es sentir rechazo por la enfermedad), el hermano Juan (del Hospital de San Juan de Dios) parece plenamente feliz en medio de los enfermos del hospital, hasta el punto de poner su vida en riesgo constante de contagio.

<sup>234</sup> Es decir, en busca de justicia, bondad, compasión, piedad, etc

<sup>235</sup> grande

<sup>236</sup> ¶ *la misma conciencia*: la capacidad propia de entender, demasiado pequeña o limitada en comparación con todo lo observable, todo lo que puede ser contemplado.

—Es la única objeción<sup>237</sup> que me puedes hacer; pero no es mía la culpa.

—Ya lo sé.

—Ir a un sentido de justicia universal<sup>238</sup> —prosiguió Iturrioz— es perderse; adaptando el principio de Fritz Muller<sup>239</sup> de que la embriología<sup>240</sup> de un animal reproduce su genealogía<sup>241</sup>, o como dice Haeckel<sup>242</sup>, que la ontogenia<sup>243</sup> es una recapitulación<sup>244</sup> de la filogenia<sup>245</sup> se puede decir que la psicología<sup>246</sup> humana no es más que una síntesis de la psicología animal. Así se encuentran en el hombre todas las formas de la explotación y de la lucha: la del microbio, la del insecto, la de la fiera<sup>247</sup>... Ese usurero que tú me has descrito, el tío Miserias, ¡qué de avatares<sup>248</sup> no tiene en la zoología! Ahí están los acinéticos<sup>249</sup> chupadores que absorben la sustancia protoplasmática<sup>250</sup> de otros infusorios<sup>251</sup>; ahí están todas las especies de aspergilos<sup>252</sup> que viven sobre las sustancias en descomposición. Estas antipatías de gente maleante, ¿no están admirablemente representadas en ese antagonismo irreductible del bacilo del pus azul<sup>253</sup> con la bacteria carbuncosa<sup>254</sup>?

---

<sup>237</sup> ¶ O sea, a veces el inconveniente o reparo de la filosofía es que las explicaciones que da acaban demostrando que no merece la pena intervenir en la marcha de las cosas, del mundo, que es inútil hacerlo.

<sup>238</sup> ¶ Este propósito de justicia universal es lo que perseguía precisamente D. Quijote, esforzarse y luchar para conseguir que el mundo entero fuera algo justo y bueno.

<sup>239</sup> Fritz Muller, científico y biólogo alemán (s. XIX), defendió la ‘embriología evolutiva’ siguiendo fielmente la teoría de la evolución de Darwin.

<sup>240</sup> estudia la formación y desarrollo de los embriones de los animales

<sup>241</sup> Estudia la relación entre un individuo, su ascendencia (individuos anteriores que lo hicieron posible) y su descendencia (individuos posteriores que él ha creado). La genealogía estudia, básicamente, las características comunes de especies y subespecies animales.

<sup>242</sup> Ernst Haeckel, ss. XIX-XX, científico y médico alemán, discípulo de F. Muller (ver arriba) y el más famoso representante germano de la teoría darwinista. Su trabajo esencial consistió en aplicarla al ámbito de la medicina. Introdujo los términos de ontogenia y filogenia.

<sup>243</sup> Historia del desarrollo del individuo. Cultismo de la biología formado por composición de raíces griegas: *onto*, ser, individuo + *genia*, nacimiento, origen o proceso de formación.

<sup>244</sup> resumen, síntesis

<sup>245</sup> Historia del desarrollo de la especie. Cultismo de la biología formado por composición de raíces griegas: *filon*, raza o especie, individuo + *genia*, nacimiento, origen o proceso de formación

<sup>246</sup> la mente y la conducta

<sup>247</sup> ¶ Comienza una larga enumeración de ejemplos con los que Iturrioz pretende demostrar la afirmación anterior: que las conductas humanas (en especial todas las formas de explotación de otros seres y de lucha por la supervivencia) son muy similares a las conductas instintivas de cualquier especie animal. Los tipos que AHurtado ha encontrado por Madrid le sirven al tío para relacionar casos humanos y casos del reino animal. A esta forma de enfocar la relación entre el ser humano y la naturaleza se denominaba a finales del s. XIX, filosofía de la naturaleza, que era un género híbrido entre el ensayo filosófico y la observación científica. Como vemos, la descripción de fenómenos naturales sirve de base de pretexto para desarrollar temas filosóficos o antropológicos, incluso, como hace Iturrioz, para ilustrar (ejemplificar) lecciones morales, en este caso, estableciendo analogías con la mente y la conducta humanas. El intelectual que inventó este género fue el francés Buffon (s. XVIII).

<sup>248</sup> variantes

<sup>249</sup> sin movimiento (se refiere a microorganismos vivos). *Acinético* es una palabra derivada de la raíz griega κίνημα (‘kínema’), que significa movimiento (de ahí procede también ‘cinematógrafo’). Desde este lexema, se crea, todavía en griego, la palabra derivada ‘κίνητικός’ (‘kinetikós’ → cinético), con el sufijo culto -ico (significado: relativo a). A esta base léxica se le añade, por último, el prefijo culto griego a- (significado: no, sin): a-cinético. La palabra es, por supuesto, un cultismo, y su etimología sería: sin movimiento, que carece de movimiento.

<sup>250</sup> material viviente (de la célula). De nuevo estamos ante un cultismo perteneciente a la biología celular. Se trata de una palabra compuesta formada mediante dos bases griegas: πρωτο- (‘proto’) y πλασματικός (‘plasmático’), base que, a su vez, aparece derivada mediante el sufijo -ico (ver nota anterior). ‘Proto’ significa prioridad, preeminencia o superioridad (otro ejemplo: *prototipo*), y ‘plasma’, formación (otro ejemplo: *plasmar*). La formación superior o fundamental de la célula es, pues, el protoplasma, aquello que contiene lo fundamental o superior de la célula, su materia viviente.

<sup>251</sup> que se mueven en un líquido (se refiere a células o microorganismos). Proviene del lat. *infusorium*. Se trata, pues, de un cultismo científico, como los anteriores. El verbo latino *infundere* (en español tiene la misma raíz: *infundir*) significa verter, echar un líquido dentro de algo. El participio de este verbo (infusus, -a, -um) sirve como base para formar palabras latinas como *infusion(em)* (que significa infusión) e *infusorium* (que significa embudo). Aplicado a los humanos, los acinéticos son aquellos que (como el usurero tío Miserias), no se mueven para subsistir, permanecen quietos, y se limitan a chupar la materia viviente de las personas que se mueven, que son activos, que tienen que hacer cosas para mantenerse vivos (los infusorios).

<sup>252</sup> Especies de mohos. Los aspergilos (cultismo, del latín *aspergillum*) son el grupo más común. Muchos de ellos viven y se multiplican en contacto con las sustancias (vegetales y animales) en descomposición. Esta idea es la que desarrolla aquí Baroja, enlazándola con la conducta de algunos seres humanos que sobreviven de la enfermedad, de la corrupción o muerte de otros seres humanos.

<sup>253</sup> *bacilo del pus azul*: clase de bacterias (microorganismos) que infecta quemaduras y heridas.

—Sí, es posible —murmuró Andrés.

—Y entre los insectos, ¡qué de tíos Miserias! , ¡qué de Victorios! , ¡qué de Manolos los Chafandines no hay!

Ahí tienes el *ichneumon*<sup>255</sup>, que mete sus huevos en una lombriz y la<sup>256</sup> inyecta una sustancia que obra como el cloroformo<sup>257</sup>; el *sphex*<sup>258</sup>, que coge las arañas pequeñas, las agarrota, las sujeta y envuelve en la tela y las echa vivas en las celdas de sus larvas para que las vayan devorando; ahí están las avispas, que hacen lo mismo arrojando al *spoliarium* que sirve de despensa para sus crías, los pequeños insectos paralizados por un lancetazo<sup>259</sup> que les dan con el aguijón en los ganglios motores<sup>260</sup>; ahí está el *estafilino*<sup>261</sup> que se lanza a traición sobre otro individuo de su especie, le sujeta, le hiere y le absorbe los jugos; ahí está el *meloe*<sup>262</sup>, que penetra subrepticamente en los panales de las abejas, se introduce en el alvéolo en donde la reina pone su larva, se atraca de miel y luego se come a la larva; ahí está...

—Sí, sí, no siga usted más; la vida es una cacería horrible.

—La naturaleza es lo que tiene; cuando trata de reventar a uno, lo revienta a conciencia. La justicia es una ilusión<sup>263</sup> humana; en el fondo todo es destruir, todo es crear. Cazar, guerrear, digerir, respirar, son formas de creación y de destrucción al mismo tiempo.

—Y entonces, ¿qué hacer? —murmuró Andrés ¿Ir a la inconsciencia<sup>264</sup>? ¿Digerir, guerrear, cazar, con la serenidad<sup>265</sup> de un salvaje<sup>266</sup>?

—¿Crees tú en la serenidad del salvaje? —preguntó Iturriz— ¡Qué ilusión! Eso también es una invención nuestra. El salvaje nunca ha ido sereno.

—¿Es que no habrá plan ninguno para vivir con cierto decoro? —preguntó Andrés.

—El que lo tiene es porque ha inventado uno para su uso. Yo hoy creo que todo lo natural, que todo lo espontáneo es malo; que sólo lo artificial, lo creado por el hombre, es bueno, Si pudiera viviría en un club de Londres<sup>267</sup>, no iría nunca al campo sino a un parque, bebería agua filtrada y respiraría aire esterilizado...

---

<sup>254</sup> *bacteridia carbuncosa*: bacteria que provoca en el hombre enfermedades como el carbunco o pústula maligna. ¶ Aunque la explicación científica de Baroja no queda perfectamente clara, podemos entender que, según él, hay bacterias productoras de enfermedades que se excluyen unas a otra, donde se da la una no puede darse la otra. Y parece decir que entre unos y otros maleantes se produce este mismo tipo de enfrentamientos o incompatibilidades.

<sup>255</sup> un tipo de insecto

<sup>256</sup> caso de laísmo (vulgarismo gramatical de Baroja. Este laísmo es muy común en el habla popular de Madrid).

<sup>257</sup> Líquido incoloro de olor agradable y de sabor azucarado y picante, que se empleó en medicina como anestésico.

<sup>258</sup> Uno de los órdenes (familias) de insectos según el gran científico Linneo (s. XVIII). Dentro de los insectos sphex hay, entre otros, moscas y avispas. Primero Baroja se refiere a la conducta de toda la familia de estos insectos y, enseguida, se centra en las avispas sphex.

<sup>259</sup> picadura, pinchazo mediante lanceta o aguijón

<sup>260</sup> *ganglios motores*: conexiones neurológicas (del sistema nervioso) de un organismo encargadas del movimiento.

<sup>261</sup> clase de escarabajo

<sup>262</sup> otra clase de escarabajo

<sup>263</sup> *ilusión* con el sentido de creencia falsa pero necesaria

<sup>264</sup> Se refiere a actuar sin reflexionar, sin atender a lo que se hace, por qué, para qué, con qué consecuencias.

<sup>265</sup> ¶ tranquilidad espiritual, indiferencia moral (de aquel ser casi animalizado —salvaje— que no tiene sentido del bien ni el mal, de lo justo o injusto)

<sup>266</sup> ¶ Aparece aquí la idea del 'buen salvaje' que, como es sabido, tiene su principal desarrollo en el enciclopedista francés Rousseau (s. XVIII). El ser humano original (el recién nacido, el primitivo, el salvaje) actuaría con una verdad original que más tarde es corrompida por la sociedad y sus convenciones: "Los salvajes no son malos porque no saben que son buenos: no es el aumento de las luces ni el freno de la ley lo que les impide hacer el mal, sino la calma natural de sus pasiones y la ignorancia del vicio" (Rousseau). Iturriz está completamente en contra de esta forma de pensar.

<sup>267</sup> Los clubes de caballeros (en inglés: *Gentlemen's clubs*) eran asociaciones privadas, restringidas exclusivamente a miembros masculinos, generalmente de clase alta, que aparecieron en Gran Bretaña durante el siglo XVIII y se popularizaron a finales del siglo XIX. Ejemplos: El Ateneo, o El White Club (ambos en el centro de Londres). Los clubes reunían a gente selecta según profesiones, estudios, deportes, gustos y aficiones, etc. Los socios consideraban su club como una «segunda casa» en el centro de Londres. El edificio en sí, la decoración, el mobiliario, los jardines, la biblioteca, la piscina climatizada y cubierta, el gimnasio y pistas deportivas, el restaurante, el salón de conferencias, etc etc, todo en un club sugiere sofisticación, distinción, lujo y buen gusto. ¶ Es a esto a lo

Andrés ya no quiso atender a Iturrioz, que comenzaba a fantasear por entretenimiento. Se levantó y se apoyó en el barandado de la azotea<sup>268</sup>.

Sobre los tejados de la vecindad revoloteaban unas palomas; en un canalón grande corrían y jugueteaban unos gatos.

Separados por una tapia alta había enfrente dos jardines: uno era de un colegio de niñas, el otro de un convento de frailes.

El jardín del convento se hallaba rodeado por árboles frondosos; el del colegio no tenía más que algunos macizos con hierbas y flores, y era una cosa extraña que daba cierta impresión de algo alegórico<sup>269</sup>, ver al mismo tiempo jugar a las niñas corriendo y gritando, y a los frailes que pasaban silenciosos en filas de cinco o seis dando la vuelta al patio.

—Vida es lo uno y vida es lo otro —dijo Iturrioz filosóficamente, comenzando a regar sus plantas<sup>270</sup>.

---

que se refiere Iturrioz: frente a la vida salvaje y natural, la vida de un club privado, es decir, la vida fabricada a base de exquisita cultura, la vida artificial frente a la de la naturaleza.

<sup>268</sup> ¶ Se puede decir que aquí termina la segunda parte de la conversación de ideas, la parte en que Iturrioz aconseja al sobrino acerca de cómo actuar en la vida, de qué plan o norma de conducta seguir, o sea, la parte que encierra más intención didáctica. Iturrioz le explica a Andrés que en un mundo como el nuestro solo hay dos actitudes sensatas y prácticas: 1) la pasividad (o sea, la ataraxia), actitud que desemboca en la *contemplación indiferente* (ver nota 231); o bien, 2) la acción (en busca de la justicia y el bien), pero limitada a un círculo pequeño, es decir, a un momento y a un lugar concretos, donde medios y fines estén proporcionados. Por ejemplo, no merece la pena meterse en política (en la ‘acción’ política) con el exagerado idealismo (*quijotismo*) de que acabaremos con el hambre del mundo; sin embargo, sí se puede actuar para conseguir esos fines en ámbitos más pequeños y cercanos, como el colaborar periódicamente con un banco de alimentos, etc. La acción limitada a problemas concretos y cercanos permitirá resolver ‘anomalías’, o sea, problemas específicos, pero nunca resolverá ‘el’ problema general, y no lo hará porque el problema general es irresoluble, pues es resultado de la ‘regla’ general (de la condición natural) de la especie humana: en el mundo, inevitablemente, siempre habrá hambre. Y enseguida, para dar fuerza a ese argumento, Iturrioz dice que la ciencia ha demostrado que la mente humana (y su conducta) es muy similar (una *síntesis*) a la mente animal (y sus instintos). Es decir, que la psicología humana reproduce la psicología animal. En este punto, comienza Iturrioz (Baroja) una larguísima enumeración de ejemplos (ver nota 247) con los que intenta establecer semejanzas entre los pretendidamente ‘malvados’ comportamientos de muchas personas y las conductas instintivas de microbios, insectos, etc. La conclusión es clara: no hay acciones buenas o malas, justas e injustas, sino simplemente instintos, una lucha (o *cacería horrible*) de todos los seres vivos entre sí por la supervivencia y adaptación. Iturrioz cierra sus argumentos descartando como forma posible de actuación la del buen salvaje (que propone Andrés). La idea del salvaje ‘bueno’ es un mito, una invención, pues no es posible que hubiera ni bondad ni serenidad en las conductas de los hombres primitivos o de los salvajes, y ello porque la vida de esos humanos tuvo que ser también una durísima lucha por la supervivencia, una ‘carnicería’, como lo sigue siendo la nuestra. Y al final, pues, —y ya que no hay plan ni modelo universal de justicia ni de bondad que sirva para todos los seres humanos— lo único que puede hacer una persona sensata y práctica es fabricarse un plan de actuación a su medida, según sus propios intereses y necesidades.

<sup>269</sup> simbólico, que presenta una apariencia detrás de la que se esconde algún significado oculto.

<sup>270</sup> ¶ Esta descripción que cierra el capítulo es de enorme eficacia: 1º) porque cierra circularmente el capítulo, que se había abierto con la breve descripción, desde la terraza, de la ciudad de Madrid. Y en ambas descripciones lo que domina es la mirada de Andrés. En la primera observa las afueras de la ciudad, de forma que el espectador está lejos de la escena contemplada (es una especie de plano panorámico). En esta segunda mira hacia abajo y lo que ve puede describirse con detalles, de modo que Andrés, el mismo espectador, está mucho más cerca de lo contemplado (en un plano medio). Así que se sugieren dos actitudes contemplativas: en la primera Andrés permanece casi indiferente, anotando con la vista de forma imparcial y objetiva un escenario lejano, sin excesiva interiorización de lo visto. Sin embargo, en la segunda lo mirado está tan cerca que le obliga a preguntarse acerca de su significado (de hecho, la respuesta se la da su tío, que se suma a la mirada de Andrés). Lejanía/cercanía respecto al objeto descrito sugieren entonces dos estados de ánimo: el primero es más sereno, más imparcial todavía (la conversación con el tío todavía no ha empezado); el segundo, mucho más inquieto y angustiado (la charla acaba de terminar), con lo cual se está sugiriendo (sin necesidad de verbalizarlo) el efecto que ha tenido en su alma la conversación con el tío. 2º) En la segunda descripción, como expresa el propio Baroja, lo visto por Andrés encierra un significado *alegórico*: dos patios casi simétricos, uno es un claustro de frailes; el otro, un colegio de niñas; en el primero el movimiento es todo silencio y meditación, y en el segundo, todo ruido y algarabía. Es decir, Baroja establece conscientemente un contraste simbólico e Iturrioz extrae de él la conclusión: los dos lugares y las dos escenas, a pesar de las diferencias, son ‘vida’. Efectivamente, la vida puede ser contemplación y pasividad (los frailes), igual que puede ser voluntad y acción (las niñas). En la vida como contemplación el ser humano puede desprenderse de todo lo superfluo y encontrar entonces el reposo espiritual, el equilibrio, la ataraxia, mediante la fusión intuitiva de la mente humana con aquello que se busca (ese es el mundo de la fe de los frailes), un mundo rodeado de árboles frondosos, que simbolizan el conocimiento, el árbol de la ciencia. En la vida como voluntad, el ser humano se da a la acción por la acción, la acción espontánea, irreflexiva, ciega y desordenada (ese es el mundo del patio infantil), donde solo hay unas plantas mustias, no hay conocimiento, el árbol de la ciencia ha desaparecido. Y este contraste no solo está fuera de AHurtado sino que él lo vive dentro de sí, él lo vive como algo angustioso, que no logra resolver. Tal

Andrés se fue a la calle.

¿Qué hacer? ¿Qué dirección dar a la vida? —se preguntaba con angustia. Y la gente, las cosas, el sol, le parecían sin realidad ante el problema planteado en su cerebro<sup>271</sup>.

---

conflicto existencial (contemplación contra voluntad) lo explica Baroja inspirándose, como estamos viendo, en la filosofía de Schopenhauer.

<sup>271</sup> JJ Esta parte termina con Andrés preguntándose por el sentido de su existencia, qué hacer y por qué. Como hombre sensible e inteligente, no está preparado para adoptar el papel de “cazador”, no sabe desenvolverse en ese medio hostil que es la vida corriente. Pero es que, además, AHurtado está tan angustiado y desconcertado con sus propios pensamientos que tiene la impresión de que lo auténticamente real es el conflicto de su mente, y que el mundo que lo rodea es algo irreal e inconsistente, como falso, casi sin existencia propia.

## 1. Día de Navidad

Un día, ya en el último año de la carrera, antes de las Navidades, al volver Andrés del hospital, le dijo Margarita que Luisito escupía sangre. Al oírlo Andrés quedó frío como muerto. Fue a ver al niño, apenas tenía fiebre, no le dolía el costado, respiraba con facilidad; sólo un ligero tinte de rosa coloreaba una mejilla, mientras la otra estaba pálida.

No se trataba de una enfermedad aguda. La idea de que el niño estuviera tuberculoso le hizo temblar a Andrés<sup>272</sup>. Luisito, con la inconsciencia de la infancia, se dejaba reconocer y sonreía.

Andrés recogió un pañuelo manchado con sangre y lo llevó a que lo analizaran al laboratorio. Pidió al médico de su sala que recomendara el análisis. Durante aquellos días vivió en una zozobra constante; el dictamen del laboratorio fue tranquilizador; no se había podido encontrar el bacilo de Koch en la sangre del pañuelo; sin embargo, esto no le dejó a Hurtado completamente satisfecho.

El médico de la sala, a instancias de Andrés, fue a casa a reconocer al enfermito. Encontró a la percusión cierta opacidad en el vértice del pulmón derecho. Aquello podía no ser nada; pero unido a la ligera hemoptisis<sup>273</sup>, indicaba con muchas probabilidades una tuberculosis incipiente.

El profesor y Andrés discutieron el tratamiento. Como el niño era linfático<sup>274</sup>, algo propenso a catarros, consideraron conveniente llevarlo a un país templado, a orillas del Mediterráneo a ser posible; allí le podrían someter a una alimentación intensa, darle baños de sol, hacerle vivir al aire libre y dentro de la casa en una atmósfera creosotada<sup>275</sup>, rodearle de toda clase de condiciones para que pudiera fortificarse<sup>276</sup> y salir de la infancia.

---

<sup>272</sup> ¶ La tuberculosis, llamada antiguamente tisis (del griego y latín 'tisis'), es una infección contagiosa que ataca fundamentalmente a los pulmones, pero que puede propagarse a otros órganos. La bacteria causante de tuberculosis es el bacilo de Koch (descubierta por el científico homónimo a finales del s. XIX). Los síntomas clásicos de la tuberculosis son tos ronca, con esputo sanguinolento, fiebre, sudores nocturnos y pérdida de peso. El tratamiento actual de la tuberculosis (que es perfectamente curable) se basa en una complicada combinación de antibióticos. La tuberculosis se contagia por el aire, cuando las personas infectadas tosen, estornudan o escupen. Sin embargo, durante todo el s. XIX —y Luisito se pone enfermo hacia 1896— se pensó erróneamente que, además del contagio directo, también se transmitía a través de la herencia y que permanecía latente (sin manifestarse) hasta que una larga serie de causas ambientales (clima, mala e insuficiente alimentación, aire viciado de viviendas o lugares de trabajo, falta de higiene y hacinamiento en las casas, ropa sucia, trabajo excesivo, tristezas y depresiones, etc) hacían que se manifestase con síntomas concretos. Por eso, antes de la normalización de los antibióticos a mitad del s. XX se combatía con mucha limpieza ambiental, buena alimentación, descanso prolongado o trabajo muy suave, contacto constante con el aire fresco y seco, etc. Aparecieron entonces numerosos hospitales específicos para combatir esta enfermedad ("de reposo", se les llamaba, usando un eufemismo), los cuales eran construidos en zonas de sierra y montaña. Un ejemplo es el hospital cordobés Los Morales, el plena sierra de la ciudad. Como se ve, sobre la tuberculosis pesaba una leyenda de enfermedad maldita (porque era muy mortífera y porque se extendía muchísimo entre los pobres, trabajadores y clases humildes del país), leyenda potenciada por una incorrecta interpretación médica derivada del determinismo positivista de las ciencias del s. XIX según el cual la carga genética de los padres influía (o sea, actuaba y afectaba) decisivamente en la salud física (y también en la moral) de los descendientes. Ver nota 12. El miedo de AHurtado deriva de que, como médico en formación, sabía de la peligrosidad real de la enfermedad, pero también le inquietaba el hecho de que hubiera algo maligno o enfermizo en la naturaleza de su familia que habría llegado por herencia a Luisito y que habría hecho posible que, por efecto de ciertas condiciones ambientales, desarrollara la enfermedad. Esta sugestión personal (que no menciona en este momento de la novela) de que algo patológico e incurable habita dentro de él (y dentro de la naturaleza familiar) va cobrando fuerza hasta ponerse de manifiesto trágicamente al final de la historia. ¶¶¶ Cronológicamente, damos un paso adelante respecto a la 2ª parte pues estamos en los dos últimos cursos de estudiante de Andrés (el último de la carrera y el año siguiente, que dedica a conseguir el doctorado). La base argumental de esta tercera parte es también autobiográfica, y se inspira, con modificaciones importantes, en la enfermedad y muerte por tuberculosos de Darío Baroja, el hermano mayor del escritor, en 1892, cuando la familia residía en Valencia. En esos momentos tan difíciles, Baroja, como Andrés, andaba terminando la carrera de medicina y preparando su tesis doctoral.

<sup>273</sup> Expectoración (vómito) de sangre proveniente de la tráquea, los bronquios o los pulmones. Palabra compuesta, cultismo, formado de dos bases léxicas griegas: *hemo*— (sangre) y *—ptisis*, expectoración.

<sup>274</sup> término médico antiguo, acaso se refiere a un mal funcionamiento de los ganglios linfáticos, no obstante, Baroja lo relaciona enseguida con la propensión a resfriarse mucho.

<sup>275</sup> La creosota de madera es una sustancia química de origen vegetal que ha sido usada históricamente como desinfectante, laxante y para tratar la tos. En el pasado, los tratamientos médicos para la lepra, pulmonía y tuberculosis también incluían comer o tomar

La familia no comprendía la gravedad, y Andrés tuvo que insistir para convencerles de que el estado del niño era peligroso.

El padre, don Pedro, tenía unos primos en Valencia, y estos primos, solterones, poseían varias casas en pueblos próximos a la capital.

Se les escribió y contestaron rápidamente; todas las casas suyas estaban alquiladas menos una de un pueblecito inmediato a Valencia.

Andrés decidió ir a verla. Margarita le advirtió que no había dinero en casa; no se había cobrado aún la paga de Navidad.

—Pediré dinero en el hospital e iré en tercera<sup>277</sup> —dijo Andrés.

—¡Con este frío! ¡Y el día de Nochebuena!

—No importa.

—Bueno, vete a casa de los tíos —le advirtió Margarita.

—No, ¿para qué? —contestó él—. Yo veo la casa del pueblo, y si me parece bien os mando un telegrama diciendo: “Contestadles que sí.”

—Pero eso es una grosería. Si se enteran...

—¡Qué se van a enterar! Además, yo no quiero andar con ceremonias y con tonterías<sup>278</sup>; bajo en Valencia, voy al pueblo, os mando el telegrama y me vuelvo enseguida.

No hubo manera de convencerle.

Después de cenar tomó un coche y se fue a la estación. Entró en un vagón de tercera.

La noche de diciembre estaba fría, cruel. El vaho se congelaba en los cristales de las ventanillas y el viento helado se metía por entre las rendijas de la portezuela.

Andrés se embozó en la capa hasta los ojos, se subió el cuello y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Aquella idea de la enfermedad de Luisito le turbaba<sup>279</sup>.

La tuberculosis era una de esas enfermedades que le producía un terror espantoso; constituía una obsesión para él. Meses antes se había dicho que Roberto Koch había inventado un remedio eficaz para la tuberculosis: la tuberculina<sup>280</sup>.

Un profesor de San Carlos fue a Alemania y trajo la tuberculina.

---

creosota de madera, e impregnar las habitaciones con fregados, vapores o ‘lluvia’ de creosota para depurar al máximo el aire que respiraba el enfermo tísico.

<sup>276</sup> hacerse fuerte. ¶ La incidencia de la tuberculosis mortal en la población infantil era tremenda.

<sup>277</sup> ¶ Los trenes tenían hasta tercera clase, donde viajaba la gente más humilde y, por supuesto, en las peores condiciones: sin derecho a asiento (o sea, que mucha gente viajaba de pie), sin compartimentos, con bancos de madera, ventanas sin cristales, vagones sin aseos, etc.

<sup>278</sup> ¶ O sea, AHurtado (inconformista, escéptico, pesimista) es además alérgico a los convencionalismos sociales.

<sup>279</sup> aturdía, le inquietaba profundamente.

<sup>280</sup> Preparación hecha con gérmenes tuberculosos, y utilizada en el tratamiento y en el diagnóstico de las enfermedades tuberculosas. A finales del XIX empezaba a experimentarse con ella y los resultados no eran todavía muy satisfactorios, como se da a entender a continuación.

Se hizo el ensayo con dos enfermos a quienes se les inyectó el nuevo remedio. La reacción febril que les produjo hizo concebir al principio algunas esperanzas; pero luego se vio que no sólo no mejoraban, sino que su muerte se aceleraba.

Si el chico estaba realmente tuberculoso, no había salvación.

Con aquellos pensamientos desagradables marchaba Andrés en el vagón de tercera, medio adormecido.

Al amanecer se despertó, con las manos y los pies helados.

El tren marchaba por la llanura castellana y el alba apuntaba en el horizonte. En el vagón no iba más que un aldeano fuerte, de aspecto enérgico y duro, de manchego.

Este aldeano le dijo:

—¿Qué, tiene usted frío, buen amigo?

—Sí, un poco.

—Tome usted mi manta.

—¿Y usted?

—Yo no la necesito. Ustedes los señoritos son muy delicados.

A pesar de las palabras rudas, Andrés le agradeció el obsequio en el fondo del corazón.

Aclaraba el cielo; una franja roja bordeaba el campo.

Empezaba a cambiar el paisaje, y el suelo, antes llano, mostraba colinas y árboles que iban pasando por delante de la ventanilla del tren.

Pasada la Mancha, fría y yerma, comenzó a templar el aire. Cerca de Játiva salió el sol, un sol amarillo, que se derramaba por el campo entibiando el ambiente.

La tierra presentaba ya un aspecto distinto.

Apareció Alcira, con los naranjos llenos de fruta, con el río Júcar profundo, de lenta corriente.

El sol iba elevándose en el cielo; comenzaba a hacer calor; al pasar de la meseta castellana a la zona mediterránea, la naturaleza y las gentes eran otras.

En las estaciones los hombres y las mujeres, vestidos con trajes claros, hablaban a gritos, gesticulaban, corrían.

—Eh, tú, *ché*<sup>281</sup> —se oía decir.

Ya se veían llanuras con arrozales y naranjos, barracas blancas con el techado negro, alguna palmera que pasaba en la rapidez de la marcha como tocando el cielo. Se vio espejear la Albufera<sup>282</sup>, unas estaciones antes de llegar a Valencia, y poco después Andrés apareció en el raso de la plaza de San Francisco, delante de un solar grande.

Andrés se acercó a un tartanero, le preguntó cuánto le cobraría por llevarle al pueblecito, y después de discusiones y de regateos quedaron de acuerdo en un duro por ir, esperar media hora y volver a la estación.

Subió Andrés y la tartana cruzó varias calles de Valencia y tomó por una carretera. El carrito tenía por detrás una lona blanca y al agitarse ésta por el viento se veía el camino lleno de claridad y de polvo; la luz cegaba.

---

<sup>281</sup> Interjección típica valenciana.

<sup>282</sup> lago interior de agua salada entre la capital (Valencia) y la playa

En una media hora la tartana embocaba la primera calle del pueblo, que aparecía con su torre y su cúpula brillante. A Andrés le pareció la disposición de la aldea buena para lo que él deseaba; el campo de los alrededores no era de huerta, sino de tierras de secano medio montañosas.

A la entrada del pueblo, a mano izquierda, se veía un castillejo y varios grupos de enormes girasoles.

Tomó la tartana por la calle larga y ancha, continuación de la carretera, hasta detenerse cerca de una explanada levantada sobre el nivel de la calle.

El carrito se detuvo frente a una casa baja encalada, con su puerta azul muy grande y tres ventanas muy chicas. Bajó Andrés; un cartel pegado en la puerta indicaba que la llave la tenían en la casa de al lado.

Se asomó al portal próximo y una vieja con la tez curtida y negra por el sol le dio la llave, un pedazo de hierro que parecía un arma de combate prehistórica.

Abrió Andrés el postigo, que chirrió agriamente sobre sus goznes, y entró en un espacioso vestíbulo con una puerta en arco que daba hacia el jardín.

La casa apenas tenía fondo; por el arco del vestíbulo se salía a una galería ancha y hermosa con un emparrado y una verja de madera pintada de verde. De la galería, extendida paralelamente a la carretera, se bajaba por cuatro escalones al huerto rodeado por un camino que bordeaba sus tapias.

Este huerto, con varios árboles frutales desnudos de hojas, se hallaba cruzado por dos avenidas que formaban una plazuela central y lo dividían en cuatro parcelas iguales. Los hierbajos y jaramagos espesos cubrían la tierra y borraban los caminos.

Enfrente del arco del vestíbulo había un cenador formado por palos, sobre el cual se sostenían las ramas de un rosal silvestre, cuyo follaje adornado por florecitas blancas era tan tupido que no dejaba pasar la luz del sol.

A la entrada de aquella pequeña glorieta, sobre pedestales de ladrillo había dos estatuas de yeso, Flora y Pomona<sup>283</sup>. Andrés penetró en el cenador. En la pared del fondo se veía un cuadro de azulejos blancos y azules con figuras que representaban a Santo Tomás de Villanueva<sup>284</sup> vestido de obispo, con su báculo en la mano y un negro y una negra arrodillados junto a él.

Luego, Hurtado recorrió la casa; era lo que él deseaba; hizo un plano de las habitaciones y del jardín y estuvo un momento descansando, sentado en la escalera. Hacía tanto tiempo que no había visto árboles, vegetación, que aquel huertecito abandonado, lleno de hierbajos le pareció un paraíso. Este día de Navidad tan espléndido, tan luminoso, le llenó de paz y de melancolía.

Del pueblo, del campo, de la atmósfera transparente llegaba el silencio, sólo interrumpido por el cacareo lejano de los gatos; los moscones y las avispas brillaban al sol.

¡Con qué gusto se hubiera tendido en la tierra a mirar horas y horas aquel cielo tan azul, tan puro!

Unos momentos después, una campana de son agudo comenzó a tocar. Andrés entregó la llave en la casa próxima, despertó al tartanero medio dormido en su tartana, y emprendió la vuelta.

En la estación de Valencia mandó un telegrama a su familia, compró algo de comer y unas horas más tarde volvía para Madrid, embozado en su capa, rendido, en otro coche de tercera.

---

<sup>283</sup> *Flora*, en la mitología romana, era la diosa de las flores, los jardines y la primavera. *Pomona* era la diosa de los frutos y huertos. Son dos figuras femeninas muy representadas a lo largo de la historia del arte como símbolos de la naturaleza joven y fértil, naturaleza productiva (huertos) y decorativa (jardines).

<sup>284</sup> Muy venerado en la ciudad de Valencia. Santo místico y obispo (s. XV—XVI), residió en Valencia los 10 últimos años de su vida. ¶¶ Por otra parte, vemos en la decoración de azulejos del jardín el claro contraste: la representación pagana (las dos diosas mitológicas romanas que simbolizan la propia naturaleza del jardín y huerto de la casa) equilibrada mediante la representación religiosa de este santo.

## 2. Vida infantil

Al llegar a Madrid, Andrés le dio a su hermana Margarita instrucciones de cómo debían instalarse en la casa. Unas semanas después tomaron el tren, don Pedro, Margarita y Luisito.

Andrés y sus otros dos hermanos se quedaron en Madrid.

Andrés tenía que repasar las asignaturas de la Licenciatura.

Para librarse de la obsesión de la enfermedad del niño se puso a estudiar como nunca lo había hecho.

Algunas veces iba a visitar a Lulú y le comunicaba sus temores.

—¡Si ese chico se pusiera bien! —murmuraba.

—¿Le quiere usted mucho? —preguntó Lulú.

—Sí, como si fuera mi hijo. Era yo ya grande cuando nació él, figúrese usted.

Por junio, Andrés se examinó del curso y de la licenciatura<sup>285</sup>, y salió bien.

—¿Qué va usted a hacer? —le dijo Lulú.

—No sé; por ahora veré si se pone bien esa criatura, después ya pensaré.

El viaje fue para Andrés distinto, y más agradable que en diciembre; tenía dinero, y tomó un billete de primera. En la estación de Valencia le esperaba el padre.

—¿Qué tal el chico? —le preguntó Andrés.

—Está mejor.

Dieron al mozo el talón del equipaje<sup>286</sup>, y tomaron una tartana, que les llevó rápidamente al pueblo.

Al ruido de la tartana salieron a la puerta Margarita, Luisito y una criada vieja. El chico estaba bien; alguna que otra vez tenía una ligera fiebre, pero se veía que mejoraba. La que había cambiado casi por completo era Margarita; el aire y el sol le habían dado un aspecto de salud que la embellecía.

Andrés vio el huerto, los perales, los albaricoqueros y los granados llenos de hojas y de flores.

La primera noche Andrés no pudo dormir bien en la casa por el olor a raíz desprendido de la tierra<sup>287</sup>.

Al día siguiente, Andrés, ayudado por Luisito, comenzó a arrancar y a quemar todos los hierbajos del patio. Luego plantaron entre los dos melones, calabazas, ajos, fuera o no fuera tiempo. De todas sus plantaciones lo único que nació fueron los ajos. Éstos, unidos a los geranios y a los dompedros, daban un poco de verdura; lo demás moría por el calor del sol y la falta de agua.

Andrés se pasaba horas y horas sacando cubos del pozo. Era imposible tener un trozo de jardín verde. En seguida de regar, la tierra se secaba, y las plantas se doblaban tristemente sobre su tallo.

En cambio, todo lo que estaba plantado anteriormente, las pasionarias, las hiedras y las enredaderas, a pesar de la sequedad del suelo, se extendían y daban hermosas flores; los racimos de la parra se coloreaban, los granados se llenaban de flor roja y las naranjas iban engordando en el arbusto.

---

<sup>285</sup> JJ O sea, ha terminado la carrera de medicina. Si la historia empieza con los 18 del Andrés que entra en la universidad, podemos deducir que ahora tiene unos 24 ó 25 años (la carrera de medicina duraba 6 años o más).

<sup>286</sup> *el talón del equipaje*: por viajar en primera un mozo llevaba el equipaje del viajero hasta el coche (o tartana) que este fuera a tomar.

<sup>287</sup> Hipersensibilidad olfativa o hiperosmia. Las impresiones sensoriales muy fuertes también alteran el equilibrio físico de Andrés.

Luisito llevaba una vida higiénica, dormía con la ventana abierta, en un cuarto que Andrés por las noches regaba con creosota. Por la mañana, al levantarse de la cama, tomaba una ducha fría en el cenador de Flora y Pomona.

Al principio no le gustaba, pero luego se acostumbró.

Andrés había colgado del techo del cenador una regadera enorme, y en el asa ató una cuerda que pasaba por una polea y terminaba en una piedra sostenida en un banco.

Dejando caer la piedra, la regadera se inclinaba y echaba una lluvia de agua fría.

Por la mañana, Andrés y Luis iban a un pinar próximo al pueblo, y estaban allí muchas veces hasta el mediodía; después del paseo comían y se echaban a dormir.

Por la tarde tenían también sus entretenimientos: perseguir a las lagartijas y salamandras, subir al peral, regar las plantas. El tejado estaba casi levantado por los panales de las avispas; decidieron declarar la guerra a estos temibles enemigos y quitarles los panales.

Fue una serie de escaramuzas que emocionaron a Luisito y le dieron motivo para muchas charlas y comparaciones.

Por la tarde, cuando ya se ponía el sol, Andrés proseguía su lucha contra la sequedad, sacando agua del pozo, que era muy profundo. En medio de este calor sofocante, las abejas rezongaban, las avispas iban a beber el agua del riego y las mariposas revoloteaban de flor en flor. A veces aparecían manchas de hormigas con alas en la tierra o costras de pulgones<sup>288</sup> en las plantas.

Luisito tenía más tendencia a leer y a hablar que a jugar violentamente. Esta inteligencia precoz le daba que pensar a Andrés. No le dejaba que hojeara ningún libro, y le enviaba a que se reuniera con los chicos de la calle<sup>289</sup>.

Andrés, mientras tanto, sentado en el umbral de la puerta, con un libro en la mano, veía pasar los carros por la calle cubierta de una espesa capa de polvo. Los carreteros, tostados por el sol, con las caras brillantes por el sudor, cantaban tendidos sobre pellejos de aceite o de vino, y las mulas marchaban en fila medio dormidas.

Al anochecer pasaban unas muchachas, que trabajaban en una fábrica, y saludaban a Andrés con un adiós un poco seco, sin mirarle a la cara. Entre estas chicas había una que llamaban la Clavariesa, muy guapa, muy perfilada, solía ir con un pañuelo de seda en la mano agitándolo en el aire, y vestía con colores un poco chillones, pero que hacían muy bien en aquel ambiente claro y luminoso.

Luisito, negro por el sol, hablando ya con el mismo acento valenciano que los demás chicos, jugaba en la carretera.

No se hacía completamente montaraz y salvaje como hubiera deseado Andrés, pero estaba sano y fuerte. Hablaba mucho. Siempre andaba contando cuentos, que demostraban su imaginación excitada.

—¿De dónde saca este chico esas cosas que cuenta? —preguntaba Andrés a Margarita.

---

<sup>288</sup> *costras de pulgones*: el pulgón es un insecto diminuto perjudicial para las plantas, que produce en las hojas como unas pequeñas cortezas endurecidas (o costras).

<sup>289</sup> ¶ Sin decirlo explícitamente, Baroja sugiere una relación entre los juegos de Luisito y Andrés en medio de la naturaleza, y los juegos de las niñas de aquel colegio que contemplaba Andrés desde la casa de Iturrioz (capit. *La crueldad universal*). La vida al aire libre, los juegos espontáneos en medio del campo, la acción por la acción, es decir, la vida vivida sin necesidad de ser pensada o razonada tiene propiedades curativas y proporciona a Andrés un inesperado bienestar. Por eso, cuando ve que al hermano le gusta más leer que jugar en la calle, se preocupa. La vida contemplativa (intelectual) quiere imponerse en el niño a la vida activa e inconsciente, y esto es un peligro. AHurtado presiente que la contemplación (el mundo del pensamiento, la inteligencia, el saber, etc) nos aleja de la auténtica vida, nos pone contra ella. De hecho, él mismo ya no puede ser (salvo cuando se deja llevar por los juegos infantiles con el hermano pequeño) un hombre de acción. Y por eso lo vemos, en el pueblo, leyendo, observando el paisaje, a las chicas, a la gente del pueblo, etc, pero siempre desde lejos, sin interés real en relacionarse; en, digamos, zambullirse en la vida del pueblo, como él quiere que haga Luisito entre los nenes de su edad. AHuratado solo puede ser un héroe contemplativo.

—No sé; las inventa él.

Luisito tenía un gato viejo que le seguía, y que decía que era un brujo. El chico caricaturizaba a la gente que iba a la casa.

Una vieja de Borbotó, un pueblo de al lado, era de las que mejor imitaba. Esta vieja vendía huevos y verduras, y decía: ¡Ous! ¡Figes!<sup>290</sup> Otro hombre reluciente y gordo, con un pañuelo en la cabeza, que a cada momento decía: ¡Sap?<sup>291</sup>, era también de los modelos de Luisito.

Entre los chicos de la calle había algunos que le preocupaban mucho. Uno de ellos era el Roch<sup>292</sup>, el hijo del saludador, que vivía en un barrio de cuevas próximo.

El Roch era un chiquillo audaz, pequeño, rubio desmedrado, sin dientes, con los ojos legañosos. Contaba cómo su padre hacía sus misteriosas curas, lo mismo en las personas que en los caballos, y hablaba de cómo había averiguado su poder curativo.

El Roch sabía muchos procedimientos y brujerías para curar las insolaciones y conjurar los males de ojo<sup>293</sup> que había oído en su casa.

El Roch ayudaba a vivir a la familia, andaba siempre correteando con una cesta al brazo.

—¿Ves estos caracoles? —le decía a Luisito—. Pues con estos caracoles y un poco de arroz comeremos todos en casa.

—¿Dónde los has cogido? —le preguntaba Luisito.

—En un sitio que yo sé —contestaba el Roch, que no quería comunicar sus secretos.

También en las cuevas vivían otros dos merodeadores, de unos catorce a quince años, amigos de Luisito: el Choriset y el Chitano<sup>294</sup>.

El Choriset era un troglodita, con el espíritu de un hombre primitivo. Su cabeza, su tipo, su expresión eran de un bereber<sup>295</sup>.

Andrés solía hacerle preguntas acerca de su vida y de sus ideas.

—Yo por un real<sup>296</sup> mataría a un hombre —solía decir el Choriset, mostrando sus dientes blancos y brillantes.

—Pero te cogerían y te llevarían a presidio.

—¡Ca! Me metería en una cueva que hay cerca de la mía, y me estaría allá.

—¿Y comer? ¿Cómo ibas a comer?

—Saldría de noche a comprar pan.

—Pero con un real no te bastaría para muchos días.

---

<sup>290</sup> Huevos, higos, en valenciano

<sup>291</sup> ¿Sabe (usted)?, también en valenciano

<sup>292</sup> El Roch es el 'mote', que significa 'El Rojo'

<sup>293</sup> *males de ojo*: influencia maligna que alguien sufre. Son una pura superstición según la cual hay personas que pueden transmitir algún mal a otras mirándolas de cierta manera, y con particularidad a los niños.

<sup>294</sup> *el Choriset y el Chitano*: El Choricillo y El gitano, otros dos apodos rurales en valenciano

<sup>295</sup> Habitante de la cordillera del Atlas al norte de África (Marruecos y Argelia). ¶ Vuelve a surgir el racismo barojiano, porque, en realidad, con *bereber*, lo que quiere significar es lo que en la cultura española llamamos despreciativamente 'moro', en este caso, por ser un *troglodita*, o sea, un muchacho de maneras primitivas, y por su aspecto físico. Pero lo importante del personaje es que se trata (al contrario de Luisito y del propio Andrés) de un niño fuerte, asalvajado, saludable, sin escrúpulos morales, un niño que sabe buscarse la vida por sí mismo, o sea, un ejemplo de individuo que vive feliz e ignorante bajo la sombra "del árbol de vida".

<sup>296</sup> 25 céntimos de peseta (uno o dos euros en la actualidad)

—Mataría a otro hombre —replicaba el Choriset, riendo.

El Chitano no tenía más tendencia que el robo; siempre andaba merodeando por ver si podía llevarse algo.

Andrés, por más que no tenía interés en hacer allí amistades, iba conociendo a la gente.

La vida del pueblo era en muchas cosas absurda; las mujeres paseaban separadas de los hombres, y esta separación de sexos existía en casi todo.

A Margarita le molestaba que su hermano estuviese constantemente en casa, y le incitaba a que saliera. Algunas tardes, Andrés solía ir al café de la plaza, se enteraba de los conflictos que había en el pueblo entre la música del Casino republicano y la del Casino carlista<sup>297</sup>, y el Mercaer<sup>298</sup>, un obrero republicano, le explicaba de una manera pintoresca lo que había sido la Revolución francesa y los tormentos de la Inquisición.

### 3. La casa antigua

Varias veces don Pedro fue y volvió de Madrid al pueblo. Luisito parecía que estaba bien, no tenía tos ni fiebre; pero conservaba aquella tendencia fantaseadora<sup>299</sup> que le hacía divagar y discurrir de una manera impropia de su edad.

—Yo creo que no es cosa de que sigáis aquí —dijo el padre.

—¿Por qué no? —preguntó Andrés.

—Margarita no puede vivir siempre metida en un rincón. A ti no te importa; pero a ella sí.

—Que se vaya a Madrid por una temporada.

—Pero ¿tú crees que Luis no está curado todavía?

—No sé; pero me parece mejor que siga aquí.

—Bueno; veremos a ver qué se hace.

Margarita explicó a su hermano que su padre decía que no tenían medios para sostener así dos casas.

—No tiene medios para esto; pero sí para gastar en el Casino —contestó Andrés.

—Eso a ti no te importa —contestó Margarita enfadada.

---

<sup>297</sup> JJ Ver nota 26. En las provincias de Castellón y Valencia el carlismo fue una ideología política, social y religiosa con mucha implantación durante el s. XIX y las primeras décadas del XX. Lo que quiere decir Baroja es que en el pueblo había dos bandas de música (una tradición muy valenciana, el gusto por la música y la formación de bandas), y que cada una era representativa de dos ideologías políticas completamente extremistas y opuestas, tan extremistas que ninguna de ellas aceptaba el sistema de la Restauración (es decir, al rey Alfonso XII): la republicana (que quería acabar con la monarquía borbónica e implantar una república social) y la carlista (que también quería terminar con el rey para colocar a otro monarca que el carlismo consideraba el legítimo heredero de la corona). La división política del pueblo, así contada, resulta efectivamente absurda y casi chistosa, pero sirve, sobre todo, para reflejar la irracionalidad de la vida política nacional, la ausencia de sentido común y realismo.

<sup>298</sup> El Tendero, otro apodo coloquial en valenciano

<sup>299</sup> JJ Aquí Baroja pone al mismo nivel la tendencia *fantaseadora* de Luisito, *que le hacía divagar y discurrir*, con los síntomas de la tuberculosis (la fiebre y la tos). Y dice que estos síntomas han mejorado claramente, pero que aquella tendencia de niño contemplativo, demasiado encerrado en sus pensamientos y fantasías, no desaparece. Se sugiere, pues, que hay algo maligno que sigue actuando en el niño y que para AHurtado resulta preocupante. Es decir, se establece una relación implícita que va del mundo subjetivo de Andrés hacia su hermano. Andrés se sabe un tipo contemplativo (encerrado en sí mismo, dado a pensar, solitario, incapaz de relacionarse con los demás, con una voluntad enferma etc) y, sobre todo, se da perfectamente cuenta de que esa personalidad lo hace sufrir, le produce una enorme angustia. Pues bien, Andrés teme que esto mismo le ocurra al hermano, y al ver en la personalidad de este rasgos de la suya, se preocupa. La enfermedad del cuerpo parece que se cura pero la enfermedad del alma (que es tan hereditaria como la del cuerpo) no. Una premonición, sin duda, de lo que ocurrirá más tarde.

—Bueno; lo que voy a hacer yo es ver si me dan una plaza de médico de pueblo y llevar al chico<sup>300</sup>. Lo tendré unos cuantos años en el campo, y luego que haga lo que quiera.

En esta incertidumbre, y sin saber si iban a quedarse o a marcharse, se presentó en la casa una señora de Valencia, prima también de don Pedro. Esta señora era una de esas mujeres decididas y mandonas que les gusta disponerlo todo. Doña Julia decidió que Margarita, Andrés y Luisito fueran a pasar una temporada a casa de los tíos. Ellos los recibirían muy a gusto. Don Pedro encontró la solución muy práctica.

—¿Qué os parece? —preguntó a Margarita y a Andrés.

—A mí, lo que decidáis —contestó Margarita.

—A mí no me parece una buena solución —dijo Andrés.

—¿Por qué?

—Porque el chico no estará bien.

—Hombre, el clima es igual —repuso el padre.

—Sí; pero no es lo mismo vivir en el interior de una ciudad, entre calles estrechas, a estar en el campo. Además, que esos señores parientes nuestros, como solterones, tendrán una porción de chinchorrerías y no les gustarán los chicos.

—No, eso no. Es gente amable, y tienen una casa bastante grande para que haya libertad.

—Bueno. Entonces probaremos.

Un día fueron todos a ver a los parientes. A Andrés, sólo tener que ponerse la camisa planchada, le dejó de un humor endiablado. Los parientes vivían en un caserón viejo de la parte antigua de la ciudad. Era una casa grande, pintada de azul, con cuatro balcones, muy separados unos de otros, y ventanas cuadradas encima.

El portal era espacioso y comunicaba con un patio enlosado como una plazoleta que tenía en medio un farol.

De este patio partía la escalera exterior, ancha, de piedra blanca, que entraba en el edificio al llegar al primer piso, pasando por un arco rebajado.

Llamó don Pedro, y una criada vestida de negro les pasó a una sala grande, triste y oscura.

Había en ella un reloj de pared alto, con la caja llena de incrustaciones, muebles antiguos de estilo Imperio<sup>301</sup>, varias cornucopias y un plano de Valencia de a principios del siglo XVIII<sup>302</sup>.

Poco después salió don Juan, el primo del padre de Hurtado, un señor de cuarenta a cincuenta años, que les saludó a todos muy amablemente y les hizo pasar a otra sala, en donde un viejo, reclinado en ancha butaca, leía un periódico.

La familia la componían tres hermanos y una hermana, los tres solteros. El mayor, don Vicente, estaba enfermo de gota y no salía apenas; el segundo, don Juan, era hombre que quería pasar por joven, de aspecto muy elegante y pulcro; la hermana, doña Isabel, tenía el color muy blanco, el pelo muy negro y la voz lacrimosa.

Los tres parecían conservados en una urna; debían estar siempre a la sombra en aquellas salas de aspecto conventual. Se trató del asunto de que Margarita y sus hermanos pasaran allí una temporada, y los solterones aceptaron la idea con placer. Don Juan, el menor, enseñó la casa a Andrés, que era extensa.

---

<sup>300</sup> El propósito, pues, de Andrés es llevarse con él a Luisito

<sup>301</sup> *estilo Imperio*: es un tipo de mobiliario de gusto francés, muy lujoso y recargado, donde dominan los adornos (de imágenes, figurillas, mármoles, etc) en dorado. Generalmente son muebles de maderas oscuras.

<sup>302</sup> Es decir, la descripción de la sala nos hace pensar un lugar de gustos pasados de moda pero refinados, de gente que tiene dinero.

Alrededor del patio, una ancha galería encristalada le daba vuelta. Los cuartos estaban pavimentados con azulejos relucientes y resbaladizos y tenían escalones para subir y bajar, salvando las diferencias de nivel. Había un sinnúmero de puertas de diferente tamaño. En la parte de atrás de la casa, a la altura del primer piso de la calle, brotaba, en medio de un huertecillo sombrío, un altísimo naranjo.

Todas las habitaciones presentaban el mismo aspecto silencioso, algo moruno, de luz velada. El cuarto destinado para Andrés y para Luisito era muy grande y daba enfrente de los tejados azules de la torrecilla de una iglesia.

Unos días después de la visita, se instalaron Margarita, Andrés y Luis en la casa. Andrés estaba dispuesto a ir a un partido. Leía en *El Siglo Médico* las vacantes de médicos rurales, se enteraba de qué clase de pueblos eran y escribía a los secretarios de los ayuntamientos pidiendo informes.

Margarita y Luisito se encontraban bien con sus tíos; Andrés, no; no sentía ninguna simpatía por estos solterones, defendidos por su dinero y por su casa contra las inclemencias de la suerte; les hubiera estropeado la vida con gusto.

Era un instinto un poco canalla, pero lo sentía así.

Luisito, que se vio mimado por sus tíos, dejó pronto de hacer la vida que recomendaba Andrés; no quería ir a tomar el sol ni a jugar a la calle; se iba poniendo más exigente y melindroso.

La dictadura<sup>303</sup> científica que Andrés pretendía ejercer no se reconocía en la casa. Muchas veces le dijo a la criada vieja que barría el cuarto que dejara abiertas las ventanas para que entrara el sol; pero la criada no le obedecía.

—¿Por qué cierra usted el cuarto? —le preguntó una vez—. Yo quiero que esté abierto. ¿Oye usted? La criada apenas sabía castellano, y después de una charla confusa le contestó que cerraba el cuarto para que no entrara el sol.

—Si es que yo quiero precisamente eso —la dijo Andrés—. ¿Usted ha oído hablar de los microbios?

—Yo, no, señor.

—¿No ha oído usted decir que hay unos gérmenes..., una especie de cosas vivas que andan por el aire y que producen las enfermedades?

—¿Unas cosas vivas en el aire? Serán las moscas.

—Sí; son como las moscas, pero no son las moscas.

—No; pues no las he visto.

—No, si no se ven; pero existen. Esas cosas vivas están en el aire, en el polvo, sobre los muebles..., y esas cosas vivas, que son malas, mueren con la luz...

—¿Ha comprendido usted?

—Sí, sí, señor.

—Por eso hay que dejar las ventanas abiertas... para que entre el sol.

Efectivamente; al día siguiente las ventanas estaban cerradas, y la criada vieja contaba a las otras que el señorito estaba loco, porque decía que había unas moscas en el aire que no se veían y que las mataba el sol<sup>304</sup>.

---

<sup>303</sup> con el sentido de autoridad fuerte, absoluta.

<sup>304</sup> ¶ La anécdota es cómica, más que la de las dos bandas de música, del pueblo. En realidad, con este tipo de observaciones Baroja lo que quiere es subrayar el absurdo de la vida nacional; en este caso, lógicamente, se pone la atención en el analfabetismo, la profunda incultura en que vivía los pobres, la gente más humilde.

#### 4. Aburrimiento

Las gestiones para encontrar un pueblo adonde ir no dieron resultado tan rápidamente como Andrés deseaba, y en vista de esto, para matar el tiempo, se decidió a estudiar las asignaturas del Doctorado<sup>305</sup>. Después marcharía a Madrid y luego a cualquier parte.

Luisito pasaba el invierno bien; al parecer estaba curado.

Andrés no quería salir a la calle; sentía una insociabilidad intensa. Le parecía una fatiga tener que conocer a nueva gente.

—Pero hombre, ¿no vas a salir? —le preguntaba Margarita.

—Yo no. ¿Para qué? No me interesa nada de cuanto pasa fuera.

Andar por las calles le fastidiaba, y el campo de los alrededores de Valencia, a pesar de su fertilidad, no le gustaba.

Esta huerta, siempre verde, cortada por acequias de agua turbia, con aquella vegetación jugosa y oscura, no le daba ganas de recorrerla.

Prefería estar en casa. Allí estudiaba e iba tomando datos acerca de un punto de psicofísica<sup>306</sup> que pensaba utilizar para la tesis del Doctorado<sup>307</sup>.

Debajo de su cuarto había una terraza sombría, musgosa, con algunos jarrones con chumberas y piteras donde no daba nunca el sol.

Allí solía pasear Andrés en las horas de calor. Enfrente había otra terraza donde andaba de un lado a otro un cura viejo, de la iglesia próxima, rezando. Andrés y el cura se saludaban al verse muy amablemente<sup>308</sup>.

Al anochecer, de esta terraza Andrés iba a una azotea pequeña, muy alta, construida sobre la linterna de la escalera. Allí se sentaba hasta que se hacía de noche. Luisito y Margarita iban a pasear en tartana con sus tíos.

Andrés contemplaba el pueblo, dormido bajo la luz del sol y los crepúsculos esplendorosos. A lo lejos se veía el mar, una mancha alargada de un verde pálido, separada en línea recta y clara del cielo, de color algo lechoso en el horizonte.

---

<sup>305</sup> JJ O sea, acabada la carrera de medicina en sí, quiere escribir la tesis doctoral (trabajo científico específico y profundo de investigación sobre un asunto relacionado con las materias de la carrera estudiada que, una vez presentado, defendido y aprobado, permite obtener el título de Doctor). Todos estos datos acerca de la formación académica de Andrés son similares a los estudios realizados por el propio Baroja.

<sup>306</sup> ciencia que se ocupa de estudiar las manifestaciones físicas o fisiológicas de los fenómenos psicológicos.

<sup>307</sup> JJ A partir del párrafo siguiente asistimos a una larga secuencia descriptiva en que Baroja (completamente identificado con la sensibilidad de AHurtado) enlaza los hábitos del personaje con el paisaje natural y urbano que este observa. Es el triunfo del héroe contemplativo (según las ideas de Schopenhauer), el triunfo del simple (puro) mirar sobre el pensamiento y la reflexión. Es decir, la inadaptación social conduce al aislamiento y al gusto por la contemplación. El paisaje se presenta ante Andrés como una realidad, al mismo tiempo, agradable y lejana, variada y amistosa (no problemática), y entonces su mente parece fundirse con lo contemplado y dejarse llevar por el ritmo de las horas del día. Pero, pese a todo (ver último párrafo del capítulo), en medio de este equilibrio y felicidad espirituales pueden surgir, amenazantes, fuerzas oscuras de la mente. Por ejemplo, durante la noche, en que la imaginación y la fantasía desencadenan violentamente pensamientos, ideas, presentimientos negativos que le hacen daño, se apoderan de él y le producen —dice— *vértigo*. Esta sensación de caos de la imaginación y de la fantasía que brota durante la noche tiene un evidente origen romántico pues AHurtado (como Baroja, como Schopenhauer) es un ‘espíritu’ contemporáneo todavía muy influido por las ideas del Romanticismo.

<sup>308</sup> JJ Aquí hay de nuevo un eco, una resonancia del claustro del convento que se veía desde la casa de Iturrioz. Baroja subraya una y otra vez la tendencia contemplativa del protagonista (leer, estudiar, mirar lenta y agradablemente el paisaje), oponiéndola siempre a la tendencia voluntarista o activa, por eso rechaza a la gente (*sentía una insociabilidad intensa. Le parecía una fatiga tener que conocer a nueva gente*), como también rechaza las horas solares del día, de temperatura alta y calor, y el campo verde y frondoso, o sea, la luz y la naturaleza en su plenitud, y prefiere los espacios oscuros (*una terraza sombría*), los crepúsculos, la plantas de secano (*jarrones con chumberas y piteras*), la lejanía del paisaje, etc

En aquel barrio antiguo las casas próximas eran de gran tamaño; sus paredes se hallaban desconchadas, los tejados cubiertos de musgos verdes y rojos, con matas en los aleros, de jaramagos amarillentos. Se veían casas blancas, azules, rosadas, con sus terrados y azoteas; en las cercas de los terrados se sostenían barreños con tierra, en donde las chumberas y las pitas extendían sus rígidas y anchas paletas<sup>309</sup>; en alguna de aquellas azoteas se veían montones de calabazas surcadas y ventrudas, y de otras redondas y lisas. Los palomares se levantaban como grandes jaulones ennegrecidos.

En el terrado próximo de una casa, sin duda, abandonada, se veían rollos de esteras, montones de cuerdas de estropajo, cacharros rotos esparcidos por el suelo; en otra azotea aparecía un pavo real que andaba suelto por el tejado, y daba unos gritos agudos y desagradables.

Por encima de las terrazas y tejados aparecían las torres del pueblo: el Miguelete<sup>310</sup>, rechoncho y fuerte; el cimborrio de la catedral, aéreo<sup>311</sup> y delicado, y luego aquí y allá una serie de torrecillas, casi todas cubiertas con tejas azules y blancas que brillaban con centelleantes reflejos. Andrés contemplaba aquel pueblo, casi para él desconocido, y hacía mil cábalas caprichosas acerca de la vida de sus habitantes.

Veía abajo esta calle, esta rendija sinuosa<sup>312</sup>, estrecha, entre dos filas de caserones. El sol, que al mediodía la cortaba en una zona de sombra y otra de luz, iba, a medida que avanzaba la tarde, escalando las casas de una acera hasta brillar en los cristales de las buhardillas y en los luceros, y desaparecer.

En la primavera, las golondrinas y los vencejos trazaban círculos caprichosos en el aire, lanzando gritos agudos. Andrés las seguía con la vista. Al anochecer se retiraban. Entonces pasaban algunos mochuelos y gavilanes. Venus comenzaba a brillar con más fuerza y aparecía Júpiter<sup>313</sup>. En la calle, un farol de gas parpadeaba triste y soñoliento...

Andrés bajaba a cenar, y muchas veces por la noche volvía de nuevo a la azotea a contemplar las estrellas. Esta contemplación nocturna le producía como un flujo de pensamientos perturbadores. La imaginación se lanzaba a la carrera a galopar por los campos de la fantasía. Muchas veces el pensar en las fuerzas de la naturaleza, en todos los gérmenes de la tierra, del aire y del agua, desarrollándose en medio de la noche, le producía el vértigo<sup>314</sup>.

## 5. Desde lejos

Al acercarse mayo, Andrés le dijo a su hermana que iba a Madrid a examinarse del Doctorado.

—¿Vas a volver? —le preguntó Margarita.

—No sé; creo que no.

---

<sup>309</sup> con el sentido de hojas grandes y redondas con pinchos.

<sup>310</sup> es el nombre popular de la torre de campanario más conocida de la ciudad de Valencia.

<sup>311</sup> que se ascendía con elegancia y gracia

<sup>312</sup> *rendija sinuosa*: se refiere a la calle. Expresión figurada: la mirada del personaje va de arriba abajo, desde un piso alto a la calle, y entonces esta se convierte en una *rendija* porque es muy estrecha y *sinuosa* porque no es recta, sino que va dibujando eses.

<sup>313</sup> ¶ Es sabido el simbolismo mitológico (astrológico) de los planetas, simbolismo que los poetas y escritores modernistas emplearon con frecuencia. En este párrafo AHurtado ve surgir la luz de Venus en la lejanía del cielo nocturno, y Venus significa lo deseado, la atracción, la fuerza del amor... se trata de una invitación a buscar aquello que se desea, pero también es una perturbación del alma porque la intranquiliza, le hace perder su serenidad al obligarla a actuar para conseguir lo deseado. Pero, enseguida, Andrés contempla la aparición de la luz de Júpiter, que sería la influencia contraria, la fuerza del dios de dioses que ordena el mundo, la que devuelve la vida a su rutina cósmica, a la serenidad y equilibrio de las cosas. En los dos planetas nocturnos que ve desde la azotea Andrés está simbolizada la lucha íntima del personaje con su propio yo, los dos caminos opuestos entre los que se debate.

<sup>314</sup> ¶ Vuelve a surgir otro de los riesgos de la vida contemplativa, del que rechaza por completo la acción, de la persona pasiva e intelectual: la posibilidad de que durante la noche la mente sea dominada por la fantasía y por la imaginación, es decir, no por la contemplación pura sino por pensamientos desordenados, enloquecidos, que excitan profundamente la sensibilidad del personaje y lo angustian. Por eso dice: *La imaginación se lanzaba a la carrera a galopar por los campos de la fantasía*. Así que es de noche, de nuevo, cuando se hace presente en AHurtado la enfermedad de la fantasía o imaginación, exactamente la misma que padece Luisito (del que se ha dicho antes, *que tenía la imaginación de un chico enfermizo*). Además, estas angustias se producen de noche, y no de día, porque la noche, desde el romanticismo, es el tiempo del misterio, de lo irracional, de las fuerzas oscuras de la mente humana, y AHurtado (como Baroja) es un heredero más de esa sensibilidad romántica.

—Qué antipatía le has tomado a esta casa y al pueblo. No me lo explico.

—No me encuentro bien aquí.

—Claro. ¡Haces lo posible por estar mal!

Andrés no quiso discutir y se fue a Madrid, se examinó de las asignaturas del Doctorado, y leyó la tesis<sup>315</sup> que había escrito en Valencia.

En Madrid se encontraba mal; su padre y él seguían tan hostiles como antes.

Alejandro se había casado y llevaba a su mujer, una pobre infeliz, a comer a su casa.

Pedro hacía vida de mundano<sup>316</sup>.

Andrés, si hubiese tenido dinero, se hubiera marchado a viajar por el mundo; pero no tenía un cuarto. Un día leyó en un periódico que el médico de un pueblo de la provincia de Burgos necesitaba un sustituto por dos meses.

Escribió; le aceptaron. Dijo en su casa que le había invitado un compañero a pasar unas semanas en un pueblo. Tomó un billete de ida y vuelta, y se fue. El médico a quien tenía que sustituir era un hombre rico, viudo, dedicado a la numismática. Sabía poco de medicina, y no tenía afición más que por la historia y las cuestiones de monedas.

—Aquí no podrá usted lucirse con su ciencia médica —le dijo a Andrés, burlonamente—. Aquí, sobre todo en verano, no hay apenas enfermos, algunos cólicos, algunas enteritis, algún caso, poco frecuente, de fiebre tifoidea, nada.

El médico pasó rápidamente de esta cuestión profesional, que no le interesaba, a sus monedas, y enseñó a Andrés la colección, la segunda de la provincia. Al decir la segunda suspiraba, dando a entender lo triste que era para él hacer esta declaración.

Andrés y el médico se hicieron muy amigos. El numismático le dijo que si quería vivir en su casa se la ofrecía con mucho gusto, y Andrés se quedó allí en compañía de una criada vieja.

El verano fue para él delicioso; el día entero lo tenía libre para pasear y para leer; había cerca del pueblo un monte sin árboles, que llamaban el Teso, formado por pedrizas, en cuyas junturas nacían jaras, romeros y cantuesos. Al anochecer era aquello una delicia de olor y de frescura. Andrés pudo comprobar que el pesimismo y el optimismo son resultados orgánicos como las buenas o las malas digestiones. En aquella aldea se encontraba admirablemente, con una serenidad y una alegría desconocidas para él; sentía que el tiempo pasara demasiado pronto<sup>317</sup>.

Llevaba mes y medio en este oasis, cuando un día el cartero le entregó un sobre manoseado, con letra de su padre. Sin duda, había andado la carta de pueblo en pueblo hasta llegar a aquél. ¿Qué vendría allí dentro? Andrés abrió la carta, la leyó y quedó atónito. Luisito acababa de morir en Valencia<sup>318</sup>. Margarita había escrito

---

<sup>315</sup> Ver nota 305.

<sup>316</sup> *de mundano*: de persona mundana. Persona muy inclinada a las alegrías y placeres de la vida, que frecuenta fiestas y reuniones de la buena sociedad.

<sup>317</sup> ¶¶ Era una idea muy extendida entre los médicos y psicólogos de finales del s. XIX (influidos, como arriba se explicó, por el determinismo positivista), o sea, el sentirse más animado o más depresivo tiene un origen fundamentalmente orgánico, fisiológico. ¶¶ De otra parte, obsérvese que la serenidad y la alegría dan a Andrés una impresión de que el tiempo pasa aprisa (*sentía que el tiempo pasara demasiado pronto*), una sensación radicalmente opuesta a la que va a experimentar poco después en Alcolea, donde el tiempo se estanca (ver nota 460).

<sup>318</sup> ¶¶ Este pueblo burgalés va a ser efectivamente uno de los escasísimos oasis de serenidad y alegría que experimenta Andrés a lo largo de su vida. Pero Baroja corta con un modo violento la felicidad del personaje y, en el mejor lugar posible, recibe la peor noticia posible, lo cual viene a evidenciar que todo sentimiento de optimismo y felicidad resulta finalmente algo pasajero y absolutamente frágil, una ingenua ilusión.

dos cartas a su hermano, diciéndole que fuera, porque el niño preguntaba mucho por él; pero como don Pedro no sabía el paradero de Andrés, no pudo remitírselas.

Andrés pensó en marcharse inmediatamente; pero al leer de nuevo la carta, echó de ver<sup>319</sup> que hacía ya ocho días que el niño había muerto y estaba enterrado. La noticia le produjo un gran estupor. El alejamiento, el haber dejado a su marcha a Luisito sano y fuerte, le impedía experimentar la pena que hubiese sentido cerca del enfermo.

Aquella indiferencia suya, aquella falta de dolor, le parecía algo malo<sup>320</sup>. El niño había muerto; él no experimentaba ninguna desesperación. ¿Para qué provocar en sí mismo un sufrimiento inútil? Este punto lo debatió largas horas en la soledad.

Andrés escribió a su padre y a Margarita. Cuando recibió la carta de su hermana, pudo seguir la marcha de la enfermedad de Luisito. Había tenido una meningitis tuberculosa<sup>321</sup>, con dos o tres días de un período prodrómico<sup>322</sup>, y luego una fiebre alta que hizo perder al niño el conocimiento; así había estado una semana gritando, delirando, hasta morir en un sueño.

En la carta de Margarita se traslucía que estaba destrozada por las emociones.

Andrés recordaba haber visto en el hospital a un niño, de seis a siete años, con meningitis; recordaba que en unos días quedó tan delgado que parecía translúcido, con la cabeza enorme, la frente abultada, los lóbulos frontales<sup>323</sup> como si la fiebre los desuniera, un ojo bizco, los labios blancos, las sienes hundidas y la sonrisa de alucinado. Este chiquillo gritaba como un pájaro, y su sudor tenía un olor especial, como a ratón, del sudor del tuberculoso.

A pesar de que Andrés pretendía representarse el aspecto de Luisito enfermo, no se lo figuraba nunca atacado con la terrible enfermedad, sino alegre y sonriente como le había visto la última vez, el día de la marcha.

---

<sup>319</sup> entendió

<sup>320</sup> JJ La insensibilidad moral de Andrés se le presenta a él mismo como un síntoma de degeneración o enfermedad. El dolor, la desesperación y el sufrimiento serían lo contrario: signos, indicios de vida, de salud del espíritu. Sin embargo, ante la muerte del hermano, Andrés siente estupor, y junto al estupor, frialdad de pensamiento pues su mente le aconseja no provocarse a sí mismo un dolor, una angustia innecesarios. Es decir, junto al estupor, su alma no siente sino que piensa, se pregunta por qué razón sufrir, y, de inmediato, se pregunta, quizá con remordimientos, si preguntarse esto no es signo de insensibilidad moral, es decir, de enfermedad espiritual. Andrés, de nuevo en medio de unos sentimientos contradictorios (recordemos que quería muchísimo a su hermano pequeño), considera que él mismo es la causa que provoca su desdicha, su enfermedad espiritual.

<sup>321</sup> *meningitis tuberculosa*: es una variante repentina y muy agresiva de la tuberculosis.

<sup>322</sup> *período prodrómico*: momento de la enfermedad en que aparecen solo síntomas generales (no específicos), los cuales dificultan determinar qué patología afecta al huésped.

<sup>323</sup> *lóbulos frontales*: las dos partes delanteras del cerebro situadas en la zona de la frente, a derecha e izquierda.

## 1. Plan filosófico

Al pasar sus dos meses de sustituto, Andrés volvió a Madrid; tenía guardados sesenta duros, y como no sabía qué hacer con ellos, se los envió a su hermana Margarita.

Andrés hacía gestiones para conseguir un empleo, y mientras tanto iba a la Biblioteca Nacional. Estaba dispuesto a marcharse a cualquier pueblo si no encontraba nada en Madrid.

Un día se topó en la sala de lectura con Fermín Ibarra, el condiscípulo enfermo, que ya estaba bien, aunque andaba cojeando y apoyándose en un grueso bastón. Fermín se acercó a saludar efusivamente a Hurtado. Le dijo que estudiaba para ingeniero en Lieja, y solía volver a Madrid en las vacaciones.

Andrés siempre había tenido a Ibarra como a un chico<sup>325</sup>. Fermín le llevó a su casa y le enseñó sus inventos, porque era inventor; estaba haciendo un tranvía eléctrico de juguete y otra porción de artificios mecánicos.

Fermín le explicó su funcionamiento y le dijo que pensaba pedir patentes por unas cuantas cosas, entre ellas una llanta con trozos de acero para los neumáticos de los automóviles<sup>326</sup>.

A Andrés le pareció que su amigo desvariaba, pero no quiso quitarle las ilusiones. Sin embargo, tiempo después, al ver a los automóviles con llantas de trozos de acero como las que había ideado Fermín, pensó que éste debía tener verdadera inteligencia de inventor.

.....<sup>327</sup>

<sup>324</sup> "Inquisición" es un sustantivo derivado del verbo "inquirir", cuyo significado es indagar o tratar de averiguar [algo], especialmente haciendo preguntas. Con el término "inquisiciones" Baroja anuncia la larga conversación filosóficas que ocupa gran parte de esta 4ª parte.

<sup>325</sup> con el sentido de niño o persona infantil

<sup>326</sup> ¶ Los automóviles empiezan a aparecer tímidamente en España a finales del s. XIX, sobre todo, provenientes de Francia. La alusión a los automóviles y a los estudios en Lieja (Bélgica) sugieren que Ibarra es una persona de formación moderna y europea, o sea, completamente diferente a lo común en España, castiza y atrasada. De primeras, AH piensa que se encuentra ante otro tipo fantasioso y exagerado (como Lamela quizá), pero poco después se da cuenta de que no es así.

<sup>327</sup> ¶ Baroja marca con la línea de suspensivos el comienzo del diálogo intelectual (filosófico) más destacado del libro. Lo que Baroja pretende con él es reflejar (al estilo de los diálogos platónicos) sus propios intereses filosóficos (certezas, intuiciones, dudas etc) en el pensar de los dos personajes: las ganas de vivir, la confianza en la ciencia, el valor de la filosofía (de las ideas Kant y Schopenhauer), la repugnancia por la religión católica imperante en España y el judaísmo (semitismo), etc etc. De hecho, se ha dicho que Andrés representa la forma de pensar del Baroja joven, e Iturriz, la del maduro. Pero, como se verá, las ideas de ambos personajes son presentadas, en repetidas ocasiones, de forma incompleta y confusa, lo cual dificulta al lector la adecuada interpretación de diferentes aspectos de la conversación. Ver comentario ordenado y detallado del contenido de toda la conversación al final de la parte 4ª.

La gran diferencia con el anterior encuentro de tío y sobrino reside es que en el presente AHurtado sí que interviene activamente en los razonamientos, es decir, abandona el papel meramente receptivo (de simple oyente) y toma un papel protagonista en la argumentación. Es como si en la primera conversación AHurtado fuera un joven todavía inexperto, un aprendiz de pensador, y en esta se presenta como un hombre que ha madurado, y que, en consecuencia, tiene argumentos propios, tiene cosas que decir.

Si dividimos el diálogo intelectual de esta 4ª parte guiándonos por su estructura interna (y no por los 'capítulos' señalados como epígrafes por Baroja), podemos apreciar dos partes claras, cada una de ellas con múltiples divisiones internas: una exposición dialogada de Andrés acerca de su concepción del mundo y la vida; y después un debate de ideas entre ambos personajes. Veamos cada sección en detalle.

**1ª) Exposición dialogada de Andrés acerca de su concepción del mundo y la vida** (Iturriz actúa como un interlocutor que polemiza con Andrés, pero que no desarrolla a fondo sus ideas, que da pie a que el sobrino se explique y con el que coincide en muchos asuntos). Desde *Andrés, por las tardes*,... hasta *Sí, estamos conformes*,... (en el cap. 3 "El árbol de la ciencia y el árbol de la vida")

Dentro de la 1ª parte encontramos

**1.1.** Brevísimas introducción del narrador: casa de Iturriz por la tarde (los dos primeros párrafos: desde *Andrés, por las tardes*,... hasta *...y más completa*)

**1.2.** Diálogo. Explicación de AHurtado acerca de sus proyectos laborales. Desde *Esta es la azotea*... hasta *...¿Y como plan filosófico?* Este subapartado encierra 3 partes:

**1.2.1.** Plan inmediato (muy probable): médico rural

Andrés, por las tardes, visitaba a su tío Iturriz. Se lo encontraba casi siempre en su azotea leyendo o mirando las maniobras de una abeja solitaria o de una araña.

—Ésta es la azotea de Epicuro<sup>328</sup> —decía Andrés riendo. Muchas veces tío y sobrino discutieron largamente. Sobre todo, los planes ulteriores de Andrés fueron los más debatidos. Un día la discusión fue más larga y más completa:

---

1.2.2. Planes desechados: investigador de laboratorio de Fisiología (imposible dada la miserable situación de la ciencia en España) y visitador médico (imposible por su personalidad)

1.2.3. Plan de vida: ser independiente

1.3. Diálogo. Amplísima explicación de AHurtado acerca de su plan filosófico (su forma de pensar). Desde *¿Y como plan filosófico?... hasta Sí, estamos conformes,...*

Este subapartado presenta 4 partes, cada una de las cuales incluye numerosas subdivisiones internas:

1.3.1. Búsqueda filosófica y sentimiento de AHurtado: intelectualismo y desconcierto vital (hasta *...no te puede llevar a nada bueno*)

1.3.2. Influencia de Kant en el intelectualismo de AHurtado (hasta *...llevar la razón hasta las últimas consecuencias*)

1.3.2.1. Crítica kantiana a las ideas tradicionales

1.3.2.2. Idealismo kantiano (y su repercusión en AHurtado)

1.3.2.3. Idea kantiana de verdad y de verdad científica

1.3.3. Diferencia entre filosofía y ciencia según AHurtado (hasta *...las islas lo son también*)

1.3.4. Relación entre verdad (científica) y vida (hasta *Sí, estamos conformes,...*)

1.3.4.1. Poderío (trascendencia) de la ciencia en el mundo moderno

1.3.4.2. Contradicción esencial entre el 'instinto científico' y el 'instinto de vivir' en el ser humano

1.3.4.2.1. El ejemplo de Don Quijote: la locura o mentira más fuerte vitalmente que la realidad.

1.3.4.2.2. El ejemplo de los dos árboles del paraíso: verdad dolorosa de la sabiduría contra ignorancia feliz de la vida

1.3.4.2.2.1. Significado de la parábola bíblica: ocultar la sabiduría al ser humano

1.3.4.2.2.2. Origen de la parábola: el triunfo del semitismo (frente a los pueblos que perseguían el saber)

1.3.4.2.2.3. La crítica al semitismo de Kant y Schopenhauer

1.3.4.2.2.3.1. Kant: crítica inacabada

1.3.4.2.2.3.2. Schopenhauer: crítica definitiva y descubrimiento de los 'principios' que mueven el mundo.

1.3.4.2.3. Actitudes intelectuales ante el 'instinto científico' y el 'instinto vital'

1.3.4.2.3.1. Los literatos (filósofos): confianza ciega en el instinto vital

1.3.4.2.3.2. Los científicos (biófilos): confianza ciega en el instinto científico

1.3.4.2.3.3. Los reaccionarios: que desprecian el saber moderno para volver a las 'mentiras' antiguas

**2ª) Debate de ideas entre Andrés e Iturriz** (Iturriz pasa a refutar constantemente las ideas de Andrés ofreciendo razonamientos amplios y diferentes a los de este). Desde *Sí, estamos conformes,...* hasta el final de la 4ª parte.

Dentro de la 2ª parte encontramos

2.1. Debate dialogado. Incompatibilidad o compatibilidad de la voluntad (vida) y la inteligencia (ciencia o filosofía) en el ser humano (hasta *...puntos de vista*)

2.2. Debate dialogado. Verdad o utilidad como normas para la vida. (hasta *... no me río*)

2.3. Debate dialogado. Capacidad analítica del intelectualismo o egoísmo biológico como fuerzas vitales (hasta *...amor de los demás?*)

2.4. Debate dialogado. Confianza en los avances científicos o en el mesianismo para mejorar la sociedad (hasta *...dueños del mundo*)

2.5. Debate dialogado. La vida moderna como realidad poética o como realidad vulgar (hasta *...Usted es un romántico*)

2.6. Debate dialogado. Vivir con plenitud aceptando las contradicciones personales o evitarlas a toda costa (hasta *...Escribame usted al pueblo*)

2.6.1. Romanticismo pasivo (AHurtado): solo sirven para vivir las verdades (científicas)

2.6.2. Romanticismo práctico (Iturriz): hay que vivir asumiendo mentiras y verdades

2.6.2.1. Necesidad de creer en ideales fuertes y ponerlos en práctica

2.6.2.2. Ejemplo: la creación de "La Compañía del Hombre": qué sería y con qué finalidad.

2.7. Diálogo. Despedida de AH: decisión de ejercer como médico rural (hasta *...Ya lo creo*)

2.8. Cierre descriptivo del narrador: paisaje y anochecer desde la terraza de Iturriz (hasta el final, *...ráfagas perfumadas*)

Si se lee con atención el comienzo de la 1ª primera parte y el final de la 2ª se observa con claridad una estructura enmarcada y circular. El narrador abre la escena de la extensa conversación intelectual y el narrador la cierra. El narrador, al comienzo, da la voz a AHurtado, quien toca como primer asunto de la charla el de sus proyectos laborales, y va a ser el propio AHurtado quien también la cierre empleando para ello el mismo asunto, su próxima marcha para ejercer de médico rural.

<sup>328</sup> Epicuro de Samos fue un famoso filósofo griego de la antigüedad. Fundó una escuela en Atenas que se llamaba El Jardín. Este lugar era, en realidad, un huerto (alejado del ajetreo de la ciudad), y en él no se transmitían conocimientos sino aprendizajes para alcanzar una vida feliz. Por felicidad o placer Epicuro entendía la ausencia de dolor físico o espiritual (ausencia de enfermedades y angustias), y a este bienestar lo llamaba ataraxia. El hedonismo epicúreo rechazaba la política y los problemas filosóficos e intelectuales, y defendía una vida retirada, sencilla y autosuficiente en contacto con la naturaleza. ¶ Iturriz (en su jardín azotea) sería una mezcla de Cándido volteriano (como ya de explicó antes) y de Epicuro, esto es, alguien que ha conseguido esa paz espiritual

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Iturrioz.

—¡Yo! Probablemente tendré que ir a un pueblo de médico.

—Veo que no te hace gracia la perspectiva.

—No; la verdad. A mí hay cosas de la carrera que me gustan; pero la práctica, no. Si pudiese entrar en un laboratorio de fisiología, creo que trabajaría con entusiasmo<sup>329</sup>.

—¡En un laboratorio de fisiología! ¡Si los hubiera en España!

—¡Ah, claro!, si los hubiera. Además no tengo preparación científica. Se estudia de mala manera.

—En mi tiempo pasaba lo mismo —dijo Iturrioz—. Los profesores no sirven más que para el embrutecimiento metódico<sup>330</sup> de la juventud estudiosa. Es natural. El español todavía no sabe enseñar; es demasiado fanático, demasiado vago y casi siempre demasiado farsante. Los profesores no tienen más finalidad que cobrar su sueldo y luego pescar pensiones<sup>331</sup> para pasar el verano.

—Además falta disciplina.

—Y otras muchas cosas. Pero, bueno, ¿tú qué vas a hacer? ¿No te entusiasma visitar<sup>332</sup>?

—No.

—¿Y entonces qué plan tienes?

—¿Plan personal? Ninguno<sup>333</sup>.

—Demonio. ¿Tan pobre estás de proyectos?

—Sí, tengo uno; vivir con el máximo de independencia. En España en general no se paga el trabajo, sino la sumisión. Yo quisiera vivir del trabajo, no del favor<sup>334</sup>.

---

que le falta a AHurtado y en el que este busca una guía, una orientación para su propia vida. De nuevo, como en la primera conversación entre los dos, el jardín del tío de AHurtado funciona como símbolo de paz, serenidad, bienestar espiritual, o sea, de felicidad, en fuerte contraste con el sufrimiento espiritual de Andrés. La azotea de Iturrioz simboliza el paraíso terrenal de la vida de AHurtado.

<sup>329</sup> ¶ En vez del trabajo clínico, en vez de curar y tener que afrontar las enfermedades con toda su crudeza, en vez de la acción vital llena de problemas y decisiones que tomar, AHurtado preferiría investigar, la vida retirada de un laboratorio, un trabajo con menos exposición pública, con menos riesgo de sufrimiento personal, de angustiarse, un trabajo más intelectual, más contemplativo, en definitiva.

<sup>330</sup> *embrutecimiento metódico*: conseguir, de forma sistemática, constante, que alguien no emplee la razón o que la emplee con torpeza.

<sup>331</sup> *pescar pensiones*: expresión figurada. Conseguir pensiones, o sea, ayudas económicas que concedía la universidad a los profesores para estimular o ampliar estudios o conocimientos científicos, artísticos o literarios. ¶ En conclusión, que estos solo se preocupaban por estudiar o investigar (o aparentar que lo hacían) cuando perseguían obtener este tipo de ayudas con que pasar el verano.

<sup>332</sup> ¶ Tengamos en cuenta que cada visita del médico se pagaba al momento. Los médicos “establecidos” trabajaban en algún hospital y tenían consulta propia (no visitaban). Los médicos que empezaban (a menos de pertenecer a una familia muy rica, o de ser hijos de médicos ya muy respetables) tenían que “visitar” para ir ganando un sueldo, buscaban al mismo tiempo algún enchufe para un puesto de especialista de hospital y, pasado el tiempo, con los pacientes que tenían en el hospital y los que le conocían de sus visitas domiciliarias, montaban consulta privada. En definitiva, Andrés rechaza seguir el procedimiento convencional, socialmente establecido, para establecerse como médico.

<sup>333</sup> ¶ El tema que domina el arranque de la conversación es el desconcierto o desorientación de AHurtado ante el futuro, provocado, de un lado, por su propia personalidad (de ideas confusas y voluntad débil) y, de otro, por la decepción o desencanto que siente ante la medicina (los estudios y la ‘práctica’ médica), decepción cuyo origen se encuentra, a su vez, en la pésima formación científica que tradicionalmente ofrece la universidad española.

<sup>334</sup> subordinación, sometimiento a alguien, acatar por completo lo que manda o dice alguien. ¶ Cuando se piden favores o cuando se trabaja por el “enchufe” que se debe a alguien, la sumisión se convierte en actitud habitual. La Restauración se caracterizó por ser un periodo donde los favores personales y el ‘enchufismo’ para beneficiar a los ‘amiguetes’ políticos y familiares eran cosa habitual. Las

—Es difícil ¿Y como plan filosófico? ¿Sigues en tus buceamientos?

—Sí. Yo busco una filosofía que sea primeramente una cosmogonía<sup>335</sup>, una hipótesis racional de la formación del mundo; después, una explicación biológica del origen de la vida y del hombre.

—Dudo mucho que la encuentres. Tú quieres una síntesis<sup>336</sup> que complete la cosmología y la biología; una explicación del universo físico y moral. ¿No es eso?

—Sí.

—¿Y en dónde has ido a buscar esa síntesis?

—Pues en Kant y en Schopenhauer sobre todo.

—Mal camino —repuso Iturrioz—; lee a los ingleses; la ciencia en ellos va envuelta en sentido práctico.

No lees esos metafísicos alemanes; su filosofía es como un alcohol que emborracha y no alimenta. ¿Conoces el *Leviathan* de Hobbes<sup>337</sup>? Yo te lo prestaré si quieres.

—No; ¿para qué? Después de leer a Kant y a Schopenhauer, esos filósofos franceses e ingleses dan la impresión de carros pesados que marchan chirriando y levantando polvo.

—Sí, quizá sean menos ágiles de pensamiento que los alemanes; pero, en cambio, no te alejan de la vida<sup>338</sup>.

—¿Y qué? —replicó Andrés—. Uno tiene la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida, de no tener un plan, de encontrarse perdido, sin brújula, sin luz adonde dirigirse. ¿Qué se hace con la vida? ¿Qué dirección se le da? Si la vida fuera tan fuerte que le arrastrara a uno, el pensar sería una maravilla, algo como para el caminante detenerse y sentarse a la sombra de un árbol, algo como penetrar en un oasis de paz; pero la vida es estúpida, sin emociones, sin accidentes, al menos aquí<sup>339</sup>, y creo que en todas partes, y el pensamiento se llena de terrores como compensación a la esterilidad emocional de la existencia<sup>340</sup>.

—Estás perdido —murmuró Iturrioz—. Ese intelectualismo no te puede llevar a nada bueno<sup>341</sup>.

---

palabras de AHurtado traen una censura implícita a un vicio nacional de la época, pero, cuidado, también son un ideal de dignificación personal porque él sabe perfectamente que durante sus estudios, durante su etapa de formación, él mismo ha sido un beneficiado de las recomendaciones, por ejemplo, las que solicitó a su ‘odiado’ padre al mismísimo Iturrioz con quien está hablando.

<sup>335</sup> Ciencia o filosofía que trata del origen y la formación del universo. ‘Cosmogonía’ es un cultismo científico griego que llega ya formado al español. Se trata de una palabra compuesta de dos raíces griegas: cosmos– (universo) y –gonía (origen, nacimiento, generación)

<sup>336</sup> ¶¶ Toda la explicación que da aquí Andrés está llena de ambigüedades. Podemos deducir que tal *síntesis* sería una explicación o respuesta integradora, global, que reúna al mismo tiempo las explicaciones sobre la naturaleza y sobre lo humano (la vida y la conducta moral). Más tarde, AHurtado hablará de unos *principios* que ordenan y mueven el mundo, lo existente, el todo. O sea, unos principios que estarían por detrás, en la base, de tales explicaciones sobre la naturaleza y lo humano.

<sup>337</sup> HOBBS (filósofo inglés, s. XVII), es uno de los más destacados representantes del empirismo materialista.

<sup>338</sup> ¶¶ Por tanto, la diferencia principal entre los idealistas alemanes (Kant, Schopenhauer) y los empiristas ingleses (Hobbes, Locke, Hume etc) estaría, pues, según Iturrioz en que aquellos alejan al pensador del mundo, de la vida, de las experiencias concretas, mientras que estos ayudan a aproximarse a ellas, tienen mucho más en cuenta la vida tal como es y no tal como queremos que sea. La otra diferencia (esta según AHurtado) es de forma de escribir: el estilo de los ingleses es pesado, de razonamientos lentos y densos; el de los alemanes es expresivo y ágil.

<sup>339</sup> España

<sup>340</sup> y el pensamiento se llena de terrores como compensación a la esterilidad emocional de la existencia... Idea muy confusa. Ver nota siguiente para interpretación global de su sentido.

<sup>341</sup> ¶¶ Iturrioz hace un vaticinio que se cumplirá trágicamente al final de la obra. ¶¶¶ Por otra parte, el tío llama “intelectualismo” al idealismo pesimista de AHurtado, que contrasta con el escepticismo vitalista de Iturrioz. La posición de AHurtado es radicalmente idealista (en la línea de Kant y Schopenhauer) porque sostiene que no existe un mundo externo autónomo (que no tenemos la seguridad de que exista), que lo único que existe con seguridad es la ‘idea’ del mundo que crea la mente del propio individuo y que comparte con otros muchos individuos. Según esta concepción, la naturaleza (el mundo) no tiene existencia independiente, es decir, lo de afuera es dudoso y la mente del sujeto se limita a elaborar un reflejo representación de ese algo. De ese mundo intelectual que crea el individuo en su mente, AHurtado salva a la ciencia, porque es una fuerza poderosa y sólida que permite a la humanidad destruir las mentiras del pasado, afrontar con confianza los problemas del presente y avanzar con esperanza hacia un futuro mejor

—Me llevará a saber, a conocer. ¿Hay placer más grande que éste? La antigua filosofía nos daba la magnífica fachada de un palacio; detrás de aquella magnificencia no había salas espléndidas ni lugares de delicias, sino mazmorras oscuras<sup>342</sup>. Ese es el mérito sobresaliente de Kant; él vio que todas las maravillas descritas por los filósofos eran fantasías, espejismos; vio que las galerías magníficas no llevaban a ninguna parte.

—¡Vaya un mérito! —murmuró Iturrioz.

—Enorme. Kant prueba que son indemostrables los dos postulados más trascendentales de las religiones y de los sistemas filosóficos: Dios y la libertad. Y lo terrible es que prueba que son indemostrables a pesar suyo.

—¿Y qué?

—¡Y qué! Las consecuencias son terribles; ya el universo no tiene comienzo en el tiempo ni límite en el espacio; todo está sometido al encadenamiento de causas y efectos; ya no hay causa primera<sup>343</sup>; la idea de causa primera, como ha dicho Schopenhauer, es la idea de un trozo de madera hecho de hierro<sup>344</sup>.

—A mí esto no me asombra.

—A mí sí. Me parece lo mismo que si viéramos un gigante que marchara al parecer con un fin y alguien descubriera que no tenía ojos. Después de Kant el mundo es ciego; ya no puede haber ni libertad ni justicia, sino fuerzas que obran por un principio de causalidad en los dominios del espacio y del tiempo. Y esto tan grave no es todo; hay además otra cosa que se desprende por primera vez claramente de la filosofía de Kant, y es que el mundo no tiene realidad; es que ese espacio y ese tiempo y ese principio de causalidad no existen fuera de nosotros tal como nosotros los vemos, que pueden ser distintos, que pueden no existir...

—Bah. Eso es absurdo —murmuró Iturrioz—. Ingenioso si se quiere, pero nada más.

—No; no sólo no es absurdo, sino que es práctico. Antes para mí era una gran pena considerar el infinito del espacio; creer el mundo inacabable me producía una gran impresión; pensar que al día siguiente de mi muerte el espacio y el tiempo seguirían existiendo me entristecía, y eso que consideraba que mi vida no es una cosa envidiable; pero cuando llegué a comprender que la idea del espacio y del tiempo son necesidades de nuestro espíritu, pero que no tienen realidad; cuando me convencí por Kant que el espacio y el tiempo no significan nada; por lo menos que la idea que tenemos de ellos puede no existir en nosotros, me tranquilicé. Para mí es un consuelo pensar que, así como nuestra retina produce los colores, nuestro cerebro produce las ideas de tiempo,

---

para la humanidad. Sin embargo, en todo los demás aspectos, la forma de pensar de Andrés es claramente pesimista (muy similar a la del filósofo Schopenhauer) porque la vida (el vivir cotidiano) se le presenta como algo sin energía, absurdo, que carece de sentido, algo estúpido, estéril, sin emociones. A Andrés, por tanto, la vida le hace daño, la siente como algo confuso, desconcertante, doloroso, feo, y reacciona ante ella refugiándose en sí mismo para evitar el sufrimiento, y la forma de protegerse y alejarse de la vida es esconderse en la reflexión, en el pensamiento filosófico o intelectual, en la contemplación. AHurtado busca en la filosofía una guía y una solución para su propia vida, pero esa búsqueda, que sin duda le da más saber, también le llena de sufrimiento espiritual. Iturrioz, en cambio, no se manifiesta a favor de una "filosofía" concreta sino que más bien defiende una actitud intelectual, del pensamiento, por una parte escéptica y por otra vitalista. Es decir, Iturrioz piensa en muchos aspectos como su sobrino, pero no tiene la confianza ciega de este en la ciencia (ni tampoco en la filosofía) pues no cree que sirvan para guiar o para solucionar los problemas prácticos e inmediatos de los seres humanos. En esto es claramente un escéptico. Iturrioz defiende una y otra vez la capacidad humana para adaptarse a la vida, al medio y los condicionantes del mundo real, corriente. En consecuencia, Iturrioz valora mucho, 1º) la voluntad individual, la acción del individuo ante los problemas de la vida, por ej, la capacidad de lucha y de disciplina; y, 2º) las ideas (no le importa que sean erróneas filosófica o científicamente) que sirvan, que sean útiles, al ser humano para enfrentarse a los problemas, vencerlos y alcanzar la felicidad. Una felicidad quizá engañosa, donde las personas no son muy conscientes de la verdad del mundo y la vida, pero una felicidad práctica, sana y vigorosa. Esta doble actitud intelectual de Iturrioz (escéptica ante el saber y el conocimiento; y vitalista por preferir la felicidad existencial al saber doloroso) es lo que lo separa del sobrino. Dicho esto, los puntos de coincidencia entre ambos también son abundantes: ambos son idealistas (las ideas humanas son lo real y no el mundo exterior), ambos son empiristas (los datos o experiencias sensoriales son la fuente del conocimiento), ambos rechazan de plano la religión católica y el semitismo judeocristiano (mentiras y obstáculos para la evolución de la humanidad), y ambos creen en el determinismo científico (de hecho, identifican determinismo y ciencia).

<sup>342</sup> *lugares de delicia* frente a *mazmorras oscuras*: antítesis metafórica para referirse a ideas filosóficas agradables y favorables para el ser humano frente a ideas que dan miedo y lo aprisionan.

<sup>343</sup> origen o motor primero del mundo, del individuo, del universo, etc. ¶ El concepto proviene de la teología medieval de Sto. Tomás de Aquino, que lo aplicó, por supuesto, a Dios.

<sup>344</sup> Es decir, una cosa imposible.

de espacio y de causalidad. Acabado nuestro cerebro, se acabó el mundo<sup>345</sup>. Ya no sigue el tiempo, ya no sigue el espacio, ya no hay encadenamiento de causas. Se acabó la comedia<sup>346</sup>, pero definitivamente. Podemos suponer que un tiempo y un espacio sigan para los demás. ¿Pero eso qué importa si no es el nuestro, que es el único real?

—Bah. ¡Fantasías! ¡Fantasías! —dijo Iturrioz.

## 2. Realidad de las cosas

—No, no, realidades —replicó Andrés—. ¿Qué duda cabe que el mundo que conocemos es el resultado del reflejo de la parte de cosmos del horizonte sensible en nuestro cerebro<sup>347</sup>? Este reflejo unido, contrastado, con las imágenes reflejadas en los cerebros de los demás hombres que han vivido y que viven, es nuestro conocimiento del mundo, es nuestro mundo. ¿Es así, en realidad, fuera de nosotros? No lo sabemos, no lo podremos saber jamás.

—No veo claro. Todo eso me parece poesía.

—No; poesía, no. Usted juzga por las sensaciones que le dan los sentidos. ¿No es verdad?

—Cierto.

—Y esas sensaciones e imágenes las ha ido usted valorizando desde niño con las sensaciones e imágenes de los demás. ¿Pero tiene usted la seguridad de que ese mundo exterior es tal como usted lo ve? ¿Tiene usted la seguridad ni siquiera de que existe?

—Sí.

—La seguridad práctica, claro; pero nada más.

—Esa basta.

—No, no basta. Basta para un hombre sin deseo de saber; si no, ¿para qué se inventarían teorías acerca del calor o acerca de la luz? Se diría: hay objetos calientes y fríos, hay color verde o azul; no necesitamos saber lo que son.

—No estaría mal que procediéramos así. Si no, la duda lo arrasa, lo destruye todo<sup>348</sup>.

—Claro que lo destruye todo.

—Las matemáticas mismas quedan sin base.

—Claro. Las proposiciones matemáticas y lógicas son únicamente las leyes de la inteligencia humana; pueden ser también las leyes de la naturaleza exterior a nosotros, pero no lo podemos afirmar. La inteligencia lleva como necesidades inherentes a ella las nociones de causa, de espacio y de tiempo, como un cuerpo lleva tres dimensiones. Estas nociones de causa, de espacio y de tiempo son inseparables de la inteligencia, y cuando ésta afirma sus verdades y sus axiomas *a priori*<sup>349</sup>, no hace más que señalar su propio mecanismo.

---

<sup>345</sup> Una frase equivalente de Schopenhauer sería esta: “La muerte es para cada cual el ocaso del mundo”

<sup>346</sup> Expresión figurada para referirse al mundo, que sería como una representación teatral que termina para siempre cuando el individuo muere (ver nota anterior).

<sup>347</sup> ¶ Interrogación retórica confusa. Si reformulamos las palabras de Baroja siguiendo el contexto, podría quedar así: “¿No es cierto que el mundo que conocemos es el reflejo, elaborado por los sentidos, de una parte del cosmos en nuestro cerebro?”

<sup>348</sup> ¶ De nuevo, el contenido de la discusión resulta muy poco claro. Cabe deducir que para AHurtado el auténtico conocimiento nace de la pregunta sobre “el en sí” del mundo, de las cosas. La información que nos dan los sentidos es fundamental pero solo es la apariencia del mundo, nunca su verdad. Hay que superar el reflejo o representación y buscar más allá. Ante esto el vitalista Iturrioz sostiene que la razón humana puede y debe fiarse de los sentidos, que basta con fiarse de los sentidos aunque no se sepa exactamente qué son las cosas en sí mismas. De lo contrario, nuestra mente dudará de todo lo percibido. O sea, AHurtado es un escéptico ante el mundo pero no ante la ciencia. Sin embargo, Iturrioz es un escéptico ante la ciencia pero no ante el mundo.

<sup>349</sup> ¶ *A priori* es terminología filosófica empleada por Kant para referirse a la forma interna de la subjetividad o sensibilidad humana. El tiempo y el espacio son elaboraciones de nuestra mente, o sea, nuestra mente, a priori, ya viene ‘programada’ con las

—¿De manera que no hay verdad?

—Sí; el acuerdo de todas las inteligencias en una misma cosa es lo que llamamos verdad. Fuera de los axiomas lógicos y matemáticos, en los cuales no se puede suponer que no haya unanimidad, en lo demás todas las verdades tienen como condición el ser unánimes.

—¿Entonces son verdades porque son unánimes? —preguntó Iturrioz.

—No, son unánimes, porque son verdades.

—Me es igual.

—No, no. Si usted me dice: la gravedad es verdad porque es una idea unánime, yo le diré no; la gravedad es unánime porque es verdad. Hay alguna diferencia. Para mí, dentro de lo relativo de todo, la gravedad es una verdad absoluta<sup>350</sup>.

—Para mí no; puede ser una verdad relativa.

—No estoy conforme —dijo Andrés— Sabemos que nuestro conocimiento es una relación imperfecta entre las cosas exteriores y nuestro yo; pero como esa relación es constante, en su tanto de imperfección, no le quita ningún valor a la relación entre una cosa y otra. Por ejemplo, respecto al termómetro centígrado: usted me podrá decir que dividir en cien grados la diferencia de temperatura que hay entre el agua helada y el agua en ebullición es una arbitrariedad, cierto; pero si en esta azotea hay veinte grados y en la cueva quince, esa relación es una cosa exacta.

—Bueno. Está bien. Quiere decir que tú aceptas la posibilidad de la mentira inicial<sup>351</sup>. Déjame suponer la mentira en toda la escala de conocimientos. Quiero suponer que la gravedad es una costumbre, que mañana un hecho cualquiera la desmentirá. ¿Quién me lo va a impedir?

—Nadie; pero usted, de buena fe, no puede aceptar esa posibilidad. El encadenamiento de causas y efectos es la ciencia. Si ese encadenamiento no existiera, ya no habría asidero ninguno; todo podría ser verdad.

—Entonces vuestra ciencia se basa en la utilidad.

—No; se basa en la razón y en la experiencia.

—No, porque no podéis llevar la razón hasta las últimas consecuencias.

—Ya se sabe que no, que hay claros<sup>352</sup>, La ciencia nos da la descripción de una falange de este mamuth, que se llama universo; la filosofía nos quiere dar la hipótesis racional de cómo puede ser este mamuth. ¿Que ni los datos empíricos ni los datos racionales son todos absolutos? ¿Quién lo duda! La ciencia valora los datos de la observación; relaciona las diversas ciencias particulares, que son como islas exploradas en el océano de lo desconocido, levanta puentes de paso entre unas y otras, de manera que en su conjunto tengan cierta unidad. Claro que estos puentes no pueden ser más que hipótesis, teorías, aproximaciones a la verdad<sup>353</sup>.

---

dimensiones de tiempo y espacio, y también con la noción de causalidad (cada causa produce un efecto). Son las *leyes de la inteligencia humana*, como dice AHurtado.

<sup>350</sup> ¶ Este es el modo en que el idealismo subjetivo de AHurtado se aproxima a la Ciencia. Es decir, la realidad externa es dudosa, relativa, es solo una apariencia. Ante esta realidad relativa y dudosa el individuo actúa de dos formas: considera “verdad” (verdad común) todo fenómeno, dato o idea en que haya acuerdo y coincidencia entre los seres humanos (es decir, la unanimidad hace que sean verdad), y considera “verdad científica” aquellos fenómenos, datos o ideas en que operan rígidamente *las leyes de la inteligencia humana* (es decir, las nociones de tiempo, espacio y causalidad), de modo que nos sirvan para establecer relaciones exactas entre nosotros y la realidad, o entre fenómenos de la propia realidad (o sea, el que respondan a las leyes verdaderas de nuestra inteligencia, el que sean verdades racionales, hace que sean aceptados unánimemente).

<sup>351</sup> ...tú aceptas la posibilidad de la mentira inicial: tú aceptas que el mundo, lo que nos rodea, en origen, es mentira o puede serlo, puede no existir.

<sup>352</sup> aspectos, zonas, ámbitos en blanco, sin respuestas, a los que la ciencia no llega.

<sup>353</sup> ¶ La ciencia, para AHurtado, explica fenómenos naturales concretos a través de la observación empírica: los describe, y después los relaciona (tiende *puentes*) con otros fenómenos. Se trata de un saber imprescindible para la humanidad, pero limitado porque

—Los puentes son hipótesis y las islas lo son también<sup>354</sup>.

—No, no estoy conforme. La ciencia es la única construcción fuerte de la humanidad. Contra ese bloque científico del determinismo<sup>355</sup>, afirmado ya por los griegos, ¿cuántas olas no han roto? Religiones, morales, utopías; hay todas esas pequeñas supercherías<sup>356</sup> del pragmatismo<sup>357</sup> y de las ideas-fuerzas<sup>358</sup>..., y, sin embargo, el bloque continúa incommovible, y la ciencia no sólo arrolla estos obstáculos, sino que los aprovecha para perfeccionarse<sup>359</sup>.

—Sí —contestó Iturrioz—; la ciencia arrolla esos obstáculos y arrolla también al hombre.

—Eso en parte es verdad —murmuró Andrés paseando por la azotea.

### 3. El árbol de la ciencia y el árbol de la vida

—Ya la ciencia para vosotros —dijo Iturrioz— no es una institución con un fin humano, ya es algo más; la habéis convertido en ídolo<sup>360</sup>.

—Hay la esperanza de que la verdad, aun la que hoy es inútil, pueda ser útil mañana —replicó Andrés.

—¡Bah! ¡Utopía! ¿Tú crees que vamos a aprovechar las verdades astronómicas alguna vez?

—¿Alguna vez? Las hemos aprovechado ya.

—¿En qué?

—En el concepto del mundo<sup>361</sup>.

---

solo explica parcelas (*islas*) de la totalidad del mundo y la naturaleza (*océano*). La filosofía, en cambio, intenta ofrecer una hipótesis racional (una explicación provisional coherente con la razón) de cómo es el mundo y la naturaleza en su totalidad. Quizá pretende dar a entender AHurtado que las dos formas de saber se complementan, pero la filosofía pretende llegar más lejos o más hondo de donde llega la ciencia.

<sup>354</sup> ¶ Esta respuesta de Iturrioz resulta bastante oscura. Una interpretación aceptable podría ser la siguiente: mientras Iturrioz cree que la Ciencia (el conocimiento) es siempre un saber en construcción, un saber inestable, dubitativo, cuya validez depende de cómo la razón y los datos experimentales se aproximan a la realidad, AHurtado cree que la ciencia tiene una validez y autonomía absolutas porque se construye con “las leyes de la inteligencia humana”, y esas leyes sí son indiscutibles, frente a una realidad externa que no sabemos muy bien qué es. AHurtado tiene, en conclusión, una confianza total en la ciencia como fuerza de transformación del mundo mientras que Iturrioz es en esto mucho más escéptico.

<sup>355</sup> ¶ *ese bloque científico del determinismo*: AHurtado identifica completamente las teorías deterministas con las teorías científicas más modernas de su época (finales del XIX). Para él ciencia y determinismo son términos sinónimos. Sin embargo, esa identificación hace muchísimo tiempo que fue descartada por la ciencia.

<sup>356</sup> ¶ Es decir, para Iturrioz la confianza ciega en la ciencia lleva a convertir esta en una especie de religión.

<sup>357</sup> ¶ Pragmatismo: corriente filosófica y psicológica de raíz empirista muy en boga a finales del s. XIX. Uno de sus grandes representantes fue el norteamericano William James quien venía a afirmar que lo verdadero es lo útil, entendiendo utilidad como lo que introduce un beneficio vital que merece ser conservado. Aunque AHurtado no explica las razones de su rechazo al pragmatismo, podemos relacionarlo con las ideas que defiende su tío Iturrioz.

<sup>358</sup> ¶ *ideas-fuerzas* es un concepto filosófico creado por Alfred Jules Émile Fouillée (ver 80). Una idea no es solo una representación racional y pasiva del algo sino que puede contener, dentro de ella, una fuerza de actuación sobre el mundo. Las mejores ideas humanas son aquellas que aúnan concepto abstracto y acción. Fouillée no creía, como Andrés, que el mundo de las ideas y del conocimiento estuviera enfrentado con el de la acción y la vida práctica. Creía en una fusión o síntesis de lo espiritual e ideal con lo orgánico y práctico, de la filosofía con la ciencia. Ejemplos de Ideas-fuerza que todavía tienen vigencia y poder en el mundo actual son el humanitarismo, la libertad de expresión, la cultura, el Estado de Derecho, el Estado del Bienestar, el Estado Laico, la felicidad, la solidaridad, la igualdad, el altruismo, etc etc.

<sup>359</sup> ¶ O sea, la ciencia prueba que muchas ideas religiosas, morales, muchas utopías, supercherías e ideas filosóficas pretendidamente ‘verdaderas’ son rigurosamente indemostrables, o sea, racionalmente falsas. Son simplemente mentiras. Esta capacidad (demostradora de la verdad y destructora de las mentiras tradicionales) hace de la ciencia una fuerza extraordinaria e invencible.

<sup>360</sup> ¶ O sea la Ciencia se ha convertido, en el mundo moderno, en lo mismo que era dios en el mundo antiguo o medieval.

<sup>361</sup> ¶ Por ejemplo, el hecho de que actualmente todo el mundo sepa que la tierra es redonda y que da vueltas alrededor del sol es consecuencia de los descubrimientos astronómicos de Copérnico, Galileo, Kepler, etc

—Está bien; pero yo hablaba de un aprovechamiento práctico, inmediato. Yo en el fondo estoy convencido de que la verdad en bloque es mala para la vida. Esa anomalía de la naturaleza que se llama la vida necesita estar basada en el capricho, quizá en la mentira<sup>362</sup>.

—En eso estoy conforme —dijo Andrés—. La voluntad, el deseo de vivir, es tan fuerte en el animal como en el hombre. En el hombre es mayor la comprensión. A más comprender corresponde menos desear. Esto es lógico, y además se comprueba en la realidad. La apetencia por conocer se despierta en los individuos que aparecen al final de una evolución, cuando el instinto de vivir languidece. El hombre, cuya necesidad es conocer, es como la mariposa que rompe la crisálida para morir. El individuo sano, vivo, fuerte, no ve las cosas como son, porque no le conviene. Está dentro de una alucinación. Don Quijote, a quien Cervantes quiso dar un sentido negativo, es un símbolo de la afirmación de la vida. Don Quijote vive más que todas las personas que le rodean, vive más y con más intensidad que los otros. El individuo o el pueblo que quiere vivir se envuelve en nubes<sup>363</sup> como los antiguos dioses cuando se aparecían a los mortales. El instinto vital necesita de la ficción para afirmarse. La ciencia entonces, el instinto de crítica, el instinto de averiguación debe encontrar una verdad: la cantidad de mentira que se necesita para la vida<sup>364</sup>. ¿Se ríe usted?

—Sí, me río, porque eso que tú expones con palabras del día, está dicho nada menos que en la Biblia.

— ¡Bah!

—Sí, en el Génesis. Tú habrás leído que en el centro del Paraíso había dos árboles: el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. El árbol de la vida era inmenso, frondoso, y, según algunos santos padres, daba la inmortalidad. El árbol de la ciencia no se dice cómo era; probablemente sería mezquino y triste<sup>365</sup>. ¿Y tú sabes lo que le dijo Dios a Adán?

—No recuerdo, la verdad.

—Pues al tenerle a Adán delante, le dijo: “Puedes comer todos los frutos del jardín; pero cuidado con el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que tú comas su fruto morirás de muerte”. Y Dios, seguramente, añadió: “Comed del árbol de la vida, sed bestias, sed cerdos, sed egoístas, revolcaos por el suelo

<sup>362</sup> ¶ Palabras abstrusas (muy confusas e imprecisas) de Iturriz/Baroja. A lo mejor se está refiriendo a la idea de Schopenhauer de que la vida es lucha, sufrimiento, dolor y caos, y que, como tal, “viene a perturbar inútilmente la sagrada paz de la nada”. Para Schopenhauer el estado perfecto es la “Nada”, el no ser, el no existir, de forma que la vida humana (y la naturaleza, el universo entero y cualquier fenómeno, grande o insignificante) no es más que una alteración monstruosa de esa “nada” como paz perfecta. El ser humano es un ‘error’, cualquier fenómeno existente es un error de la nada. Lo mejor que les puede ocurrir a las personas es volver a esa nada (o sea, morir). En cualquier caso, y a pesar de la imprecisión de ideas, es fácil detectar en Iturriz un fuerte vitalismo, que contrasta con el intelectualismo de Andrés: Iturriz prefiere la vida a la verdad, es decir, antepone la vida corriente (con todos sus errores, mentiras, arbitrariedades, ideas falsas y azares) al pensamiento y la ciencia; de hecho, llega a afirmar que la verdad científica, la búsqueda de esa verdad, es nociva, mala, para la vida.

<sup>363</sup> con el sentido de creencias e ideas que, como las nubes, tapan, ocultan la realidad.

<sup>364</sup> ¶ Todo el párrafo es otra interpretación barojiana (tampoco muy clara) del pensamiento de Schopenhauer explicado en capítulos anteriores. Resumidamente, lo que Andrés expone son los dos polos (incompatibles y contradictorios) del espíritu humano, y lo hace siguiendo, de nuevo, es decir:

Voluntad (instinto de vivir) = vida →	← Conocimiento (instinto de averiguación) = ciencia
A más deseo de vivir menos conocimiento (pero más mentira y felicidad) →	← A más conocimiento menos deseo de vivir (pero más verdad y angustia)
Individuo optimista, fuerte, sano →	← Individuo pesimista, débil, enfermizo
La voluntad conduce a la mentira feliz (ficción) →	← El conocimiento conduce a la verdad dolorosa

El último enunciado del párrafo, que encierra una paradoja (*La ciencia entonces, el instinto de crítica, el instinto de averiguación, debe encontrar una verdad: la cantidad de mentira que se necesita para la vida*), resulta, nuevamente, difícil de comprender. Quizá donde dice Baroja *La ciencia*, deberíamos entender “la filosofía”. Como si AHurtado/Baroja sugiriera que la mejor filosofía es la ciencia propiamente dicha.

<sup>365</sup> ¶ Esta es la personal interpretación de Baroja acerca del episodio bíblico. Pero, realmente, la Biblia dice cosas bastante distintas. Por ej: “El Señor Dios hizo germinar del suelo toda clase de árboles agradables a la vista y apetitosos para comer, el árbol de la vida, en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal” (Génesis, 2-9). Y, más adelante, “La mujer vio que el árbol [de la ciencia del bien y del mal] era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir sabiduría” (Génesis, 3-6).

alegremente; pero no comáis del árbol de la ciencia, porque ese fruto agrio os dará una tendencia a mejorar<sup>366</sup> que os destruirá<sup>367</sup>. ¿No es un consejo admirable?

—Sí, es un consejo digno de un accionista del Banco —repuso Andrés.

—¿Cómo se ve el sentido práctico de esa granjería semítica<sup>368</sup>! —dijo Iturriz—. ¡Cómo olfatearon esos buenos judíos, con sus narices corvas, que el estado de conciencia<sup>369</sup> podía comprometer la vida!

—Claro, eran optimistas; griegos y semitas tenían el instinto fuerte de vivir, inventaban dioses para ellos, un paraíso exclusivamente suyo. Yo creo que en el fondo no comprendían nada de la naturaleza.

—No les convenía.

—Seguramente no les convenía. En cambio, los turanios y los arios del Norte<sup>370</sup> intentaron ver la naturaleza tal como es.

—Y, a pesar de eso, nadie les hizo caso y se dejaron domesticar por los semitas del Sur?

—¡Ah, claro! El semitismo, con sus impostores<sup>371</sup>, ha dominado al mundo, ha tenido la oportunidad y la fuerza; en una época de guerras dio a los hombres un dios de la batallas, a las mujeres y a los débiles un motivo de lamentos, de quejas y de sensiblería. Hoy, después de siglos de dominación semítica, el mundo vuelve a la cordura, y la verdad aparece como una aurora pálida tras de los terrores de la noche<sup>372</sup>.

—Yo no creo en esa cordura —dijo Iturriz— ni creo en la ruina del semitismo. El semitismo judío, cristiano o musulmán, seguirá siendo el amo del mundo, tomará avatares extraordinarios. ¿Hay nada más interesante que la Inquisición<sup>373</sup>, de índole tan semítica, dedicada a limpiar de judíos y moros al mundo? ¿Hay caso más curioso que el de Torquemada<sup>374</sup> de origen judío?

—Sí, eso define el carácter semítico, la confianza, el optimismo, el oportunismo... Todo eso tiene que desaparecer. La mentalidad científica de los hombres del norte de Europa lo barrerá.

—Pero ¿dónde están esos hombres? ¿Dónde están esos precursores?

---

<sup>366</sup> *tendencia a mejorar*: una permanente inquietud e insatisfacción ante lo conseguido y lo que queda por conseguir.

<sup>367</sup> ¶ El ejemplo de los dos árboles bíblicos sirve para dar título a la novela, es decir, parece sintetizar temáticamente el mensaje del libro. A AHurtado le gustaría que el conocimiento, el saber, es decir, la filosofía y la ciencia, le ayudaran a integrarse en un mundo por el que siente un profundo rechazo, que le ayudaran a saber enfrentarse (y adaptarse) a los múltiples problemas que genera el vivir cotidiano para alcanzar una serena felicidad. Pero fracasa por completo en este empeño, su vida es devorada trágicamente por el “medio” en que vive. El ser una persona inteligente que comprende cómo son las cosas que le rodean, el ser un tipo sensible y moralmente íntegro (todo ello simbolizado en ese árbol de la ciencia) no le sirve de nada.

<sup>368</sup> ¶ De nuevo aflora desde aquí el racismo antijudío (ver notas más arriba) de Baroja, un antijudaísmo o antisemitismo que comparte con su admirado filósofo Schopenhauer.

<sup>369</sup> *estado de conciencia*: el ser consciente de cómo son las cosas, es decir, en sentido general, la sabiduría, el conocimiento.

<sup>370</sup> *Turanios*: pueblos primitivos que provenían del Asia Central y que se asentaron en el este y centro de Europa. *Arios*: pueblos primitivos que, descendientes de los antiguos indoeuropeos, se extendieron por el norte de Europa. Baroja opone la mentalidad nórdica (de turanios y arios) a la mediterránea (griegos y semitas).

<sup>371</sup> ¶ Los impostores (es decir, los mentirosos, los falseadores) serían el dios del cristianismo y su encarnación humana, Jesús; el dios islámico (Alá) y su profeta Mahoma; los sacerdotes hebreos, etc.

<sup>372</sup> Expresión metafórica: la ciencia y el conocimiento que traen los pueblos del Norte es un amanecer todavía pálido (pero optimista) frente al terror y la noche (es decir, frente a la ignorancia y las mentiras religiosas) de la civilización semítica que ha dominado el mundo hasta ahora.

<sup>373</sup> La Santa Inquisición fue un tribunal religioso de la Iglesia Católica fundado a finales del XII y cuya influencia se extiende hasta 1821 (s. XIX). La Inquisición (que tuvo en España sus tribunales más poderosos) perseguía con extrema dureza cualquier herejía religiosa, fuera de creencias cristianas (ej. los cátaros franceses, los protestantes) o no cristianas (musulmanes y judíos), cualquier signo de brujería o endemoniamiento, cualquier libro o teoría científica o filosófica que fuera contra el dogma católico, etc etc. Las penas podían ir desde simples multas a destierros, desde prisión a todo tipo de castigos físicos y torturas, incluida la pena de muerte pública y en la hoguera.

<sup>374</sup> Efectivamente, Tomás de Torquemada, s. XVI, que fue Inquisidor general de Castilla y Aragón, pertenecía a una familia de judíos conversos (que se habían convertido al catolicismo para evitar la expulsión que se aplicó a hebreos y musulmanes).

—En la ciencia, en la filosofía, en Kant sobre todo. Kant ha sido el gran destructor de la mentira grecosemítica<sup>375</sup>. Él se encontró con esos dos árboles bíblicos de que usted hablaba antes y fue apartando las ramas del árbol de la vida que ahogaban al árbol de la Ciencia. Tras él no queda, en el mundo de las ideas, más que un camino estrecho y penoso: la Ciencia. Detrás de él, sin tener quizá su fuerza y su grandeza, viene otro destructor, otro oso del Norte, Schopenhauer, que no quiso dejar en pie los subterfugios que el maestro<sup>376</sup> sostuvo amorosamente por falta de valor. Kant pide por misericordia que esa gruesa rama del árbol de la vida, que se llama libertad, responsabilidad, derecho<sup>377</sup>, descansen junto a las ramas del árbol de la ciencia para dar perspectivas a la mirada del hombre. Schopenhauer, más austero, más probo en su pensamiento, aparta esa rama, y la vida aparece como una cosa oscura y ciega, potente y jugosa, sin justicia, sin bondad, sin fin; una corriente llevada por una fuerza X, que él llama voluntad y que, de cuando en cuando, en medio de la materia organizada<sup>378</sup>, produce un fenómeno secundario, una fosforescencia cerebral, un reflejo, que es la inteligencia. Ya se ve claro en estos dos principios: vida y verdad, voluntad e inteligencia<sup>379</sup>.

—Ya debe de haber filósofos y biófilos<sup>380</sup> —dijo Iturriz.

—¿Por qué no? Filósofos y biófilos. En estas circunstancias el instinto vital, todo actividad y confianza, se siente herido y tiene que reaccionar y reacciona. Los unos, la mayoría literatos, ponen su optimismo en la vida, en la brutalidad de los instintos y cantan la vida cruel, canalla, infame, la vida sin finalidad, sin objeto, sin principios y sin moral, como una pantera en medio de una selva<sup>381</sup>. Los otros ponen el optimismo en la misma ciencia. Contra la tendencia agnóstica de un Du Bois-Reymond<sup>382</sup> que afirmó que jamás el entendimiento del hombre llegaría a conocer la mecánica del universo, están las tendencias de Berthelot, de Metchnikoff, de Ramón y Cajal<sup>383</sup>, en España, que suponen que se puede llegar a averiguar el fin del hombre en la Tierra. Hay, por último, los que quieren volver a las ideas viejas y a los viejos mitos, porque son útiles para la vida. Estos son profesores de retórica<sup>384</sup>, de esos que tienen la sublime misión de contarnos cómo se estornudaba en el siglo XVIII después de tomar rapé; los que nos dicen que la ciencia fracasa y que el materialismo, el determinismo<sup>385</sup>, el encadenamiento de causa a efecto es una cosa grosera, y que el espiritualismo<sup>386</sup> es algo sublime y refinado. ¡Qué

<sup>375</sup> del pensamiento y las creencias de griegos y semitas.

<sup>376</sup> Kant

<sup>377</sup> ¶ O sea, Schopenhauer demostró que ideas tradicionales como la libertad, la responsabilidad individual y el derecho (la justicia), que eran ideas que Kant todavía había respetado, no tenían base racional alguna y que eran mentiras.

<sup>378</sup> *materia organizada*: los seres vivos más complejos, es decir, los seres humanos.

<sup>379</sup> ¶ Toda esta explicación es una síntesis rápida del pensamiento de Schopenhauer, que tanto admira Hurtado/Baroja. Los principios que mueven el universo, los principios que AHurtado confesaba buscar al principio de la conversación, son la *vida* (cuya fuerza y motor absoluto es la voluntad, el deseo de existir, de 'ser'), y la *verdad* (a la que se llega por la inteligencia), verdad que es un hallazgo de la mente humana, pero un hallazgo terrible porque aleja al individuo de la vida y la voluntad al hacerlo consciente de que la vida es algo horrible, *una cosa oscura y ciega, potente y jugosa, sin justicia, sin bondad, sin fin*.

<sup>380</sup> Amantes de la vida. Neologismo de Baroja: se trata de un cultismo formado por composición de dos raíces griegas (bio- y -filo). Baroja crea la palabra para oponerla, etimológicamente, a "filósofo" o amante de la sabiduría.

<sup>381</sup> ¶ Otro de los momentos confusos de la conversación. Quizá Baroja quiere dar a entender que filósofos y científicos buscan en la actualidad cosas distintas: los filósofos (*literatos*) exaltan la vida en su estado brutal y salvaje (y aquí acaso esté pensando Baroja en la filosofía de Nietzsche), mientras que los *biófilos* (los científicos) confían en que la ciencia pueda llegar a explicar profundamente la naturaleza y así ayudar al progreso humano. Más adelante, Andrés se referirá a un tercer tipo de intelectuales, aquellos que, negando las evidencias y los avances científicos, *solo quieren volver a las ideas viejas y a los viejos mitos*.

<sup>382</sup> Emil du Bois-Reymond fue un médico y fisiólogo alemán del s. XIX.

<sup>383</sup> Los tres científicos viven a caballo del s. XIX y XX. Berthelot —ya mencionado con anterioridad— fue un químico francés, fundador de la termoquímica. Iliá Metchnikoff fue un microbiólogo ruso que, de acuerdo con el francés Pasteur, descubrió el proceso de la fagocitosis. Ramón y Cajal, médico español especializado en histología y anatomía patológica, fue un precursor mundial en el estudio de los mecanismos que gobiernan la morfología y las conexiones de las células nerviosas cerebrales.

<sup>384</sup> ¶ Expresión irónica: *profesores de retórica* significa que son escritores y pensadores pomposos y pedantes. Es decir, que se preocupan mucho de que su forma de escribir, su estilo, sea grandilocuente, suene muy culto, muy elaborado, lleno de expresiones y términos que parecen expresar ideas muy profundas, aunque, en verdad, detrás de ese estilo rimbombante no haya absolutamente nada, ninguna idea aprovechable, ninguna idea renovadora bien justificada racional o científicamente; solo ideas tradicionales tópicas y falsificadoras. Se está refiriendo, claro está, al profesor Letamendi, o a los intelectuales franceses e italianos que ya ha mencionado Andrés en capítulos anteriores, pero también se refiere, implícitamente, al estilo de autores españoles muy prestigiosos de finales del s. XIX, en plena Restauración, como Castelar (escritor, orador y político), Donoso Cortés (filósofo y político) y Jaime Balme (teólogo y teórico político).

<sup>385</sup> El materialismo empirista (frente al idealismo y al espiritualismo) y el determinismo (del que ya se ha tratado antes) fueron dos de las teorías filosóficas con más prestigio dentro del pensamiento científico de finales del siglo XIX.

<sup>386</sup> El espiritualismo filosófico (del que se ríe Andrés/Baroja), que surge a finales del s. XIX, es una reacción contra el ateísmo de las teorías deterministas y modernistas. Un intelectual era espiritualista si defendía el origen espiritual y la inmortalidad del alma humana.

risa! ¡Qué admirable lugar común para que los obispos y los generales cobren su sueldo y los comerciantes puedan vender impunemente bacalao podrido! ¡Crear en el ídolo o en el fetiche<sup>387</sup> es símbolo de superioridad; creer en los átomos, como Demócrito o Epicuro<sup>388</sup>, señal de estupidez! Un *aissaua*<sup>389</sup> de Marruecos que se rompe la cabeza con un hacha y traga cristales en honor de la divinidad, o un buen mandingo<sup>390</sup> con su taparrabos, son seres refinados y cultos; en cambio, el hombre de ciencia que estudia la naturaleza es un ser vulgar y grosero. ¡Qué admirable paradoja<sup>391</sup> para vestirse de galas retóricas y de sonidos nasales en la boca de un académico francés<sup>392</sup>! Hay que reírse cuando dicen que la ciencia fracasa. Tontería; lo que fracasa es la mentira; la ciencia marcha adelante, arrollándolo todo.

—Sí, estamos conformes, lo hemos dicho antes, arrollándolo todo. Desde un punto de vista puramente científico, yo no puedo aceptar esa teoría de la duplicidad de la función vital: inteligencia a un lado, voluntad a otro, no.

—Yo no digo inteligencia a un lado y voluntad a otro —replicó Andrés—, sino predominio de la inteligencia o predominio de la voluntad. Una lombriz tiene voluntad e inteligencia, voluntad de vivir tanta como el hombre, resiste a la muerte como puede; el hombre tiene también voluntad e inteligencia, pero en otras proporciones.

—Lo que quiero decir es que no creo que la voluntad sea sólo una máquina de desear y la inteligencia una máquina de reflejar<sup>393</sup>.

—Lo que sea en sí, no lo sé; pero a nosotros nos parece esto racionalmente. Si todo reflejo tuviera para nosotros un fin, podríamos sospechar que la inteligencia no es sólo un aparato reflector, una luna indiferente para cuanto se coloca en su horizonte sensible; pero la conciencia refleja lo que puede aprehender sin interés, automáticamente, y produce imágenes. Estas imágenes, desprovistas de lo contingente dejan un símbolo, un esquema, que debe ser la idea<sup>394</sup>.

—No creo en esa indiferencia automática que tú atribuyes a la inteligencia. No somos un intelecto puro, ni una máquina de desear, somos hombres que al mismo tiempo piensan, trabajan, desean, ejecutan... Yo creo que hay ideas que son fuerzas<sup>395</sup>.

—Yo no. La fuerza está en otra cosa. La misma idea que impulsa a un anarquista<sup>396</sup> romántico a escribir unos versos ridículos y humanitarios es la que hace a un dinamitero<sup>397</sup> poner una bomba. La misma ilusión

---

<sup>387</sup> ¶ Con *ídolo* o *fetiche* Baroja se refiere a las grandes ideas tradicionales que muchos adoran irracionalmente: la fe, Dios, la salvación eterna, la inmortalidad del alma, etc

<sup>388</sup> Demócrito y Epicuro (s. V-IV a.C.) son dos filósofos presocráticos de la Grecia clásica en los que ya aparece el concepto de 'átomo'.

<sup>389</sup> secta musulmana de Marruecos considerada herética por la fe islámica oficial del país (la sunnita). Sus rituales y costumbres, muy primitivos, inspiran miedo y respeto entre la población.

<sup>390</sup> que pertenece a un pueblo negroafricano que habita principalmente en Malí, Guinea y Senegal.

<sup>391</sup> ¶ Es decir, a Andrés le parece paradójico que estos intelectuales tradicionalistas y conservadores empleen un estilo presuntamente culto y retórico, pomposo y grandilocuente y, sin embargo, que consideren cultas y refinadas muchas ideas religiosas primitivas, y groseros y erróneos, conceptos científicos como el átomo.

<sup>392</sup> Expresión irónica: *galas retóricas* y *sonidos nasales en la boca de un académico francés*, es decir, adornos innecesarios de estilo y pronunciación nasal de ciertos sonidos (o sea, pomposa, afectada) propia de un reconocido científico o intelectual francés (tan reconocido que pertenece a alguna academia)

<sup>393</sup> ¶ Recordemos que para Schopenhauer y Andrés (ver enseguida párrafo siguiente), la inteligencia no puede conocer el mundo "tal y como es", el en sí del mundo. La realidad es desconocida para el ser humano, de hecho puede que ni exista. El ser humano solo es capaz de construir en su mente un *reflejo* o representación de tal realidad/mundo.

<sup>394</sup> Ver nota anterior.

<sup>395</sup> ¶ Al razonamiento de Andrés opone Iturriz un sencillo contraargumento vitalista: el alma humana no presenta dos esferas de actuación separadas y contradictorias (el vivir y el pensar) sino una sola en que todo se junta al mismo tiempo: deseos y pensamientos, problemas corrientes y reflexiones lógicas, acción y aburrimiento, etc. Y por eso recurre enseguida al concepto de ideas-fuerzas, en las que cree (ver nota 358). Como es de esperar, Andrés lo contradice a su vez: la fuerza vital no viene de ninguna idea, sino que *está en otra cosa* (en la voluntad, podemos añadir siguiendo a Schopenhauer, en el instinto de conservación y perpetuación, que habita en el universo entero y en cada ser y cosa).

<sup>396</sup> Ver nota 108.

<sup>397</sup> ¶ anarquista *dinamitero*, que pone bombas. A finales del XIX, dentro de la lucha revolucionaria anarquista, eran frecuentes los atentados con pistola o con bomba llevados a cabo por individuos solitarios que querían destruir instituciones clave del Estado. Por ejemplo, en 1906, en Madrid, un individuo lanzó una bomba a la carroza real que trasladaba a los recién casados, Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg. Los reyes salieron indemnes de casualidad.

imperialista tiene Bonaparte<sup>398</sup> que Lebaudy, el emperador del Sahara<sup>399</sup>. Lo que les diferencia es algo orgánico<sup>400</sup>.

— ¡Qué confusión! En qué laberinto nos vamos metiendo —murmuró Iturrioz.

—Sintetice usted nuestra discusión y nuestros distintos puntos de vista.

—En parte, estamos conformes. Tú quieres, partiendo de la relatividad de todo, darle un valor absoluto a las relaciones entre las cosas.

—Claro, lo que decía antes; el metro en sí, medida arbitraria; los trescientos sesenta grados de un círculo, medida también arbitraria; las relaciones obtenidas con el metro o con el arco, exactas.

—No, ¡si estamos conformes! Sería imposible que no lo estuviéramos en todo lo que se refiere a la matemática y a la lógica; pero cuando nos vamos alejando de estos conocimientos simples y entramos en el dominio de la vida, nos encontramos dentro de un laberinto, en medio de la mayor confusión y desorden. En este baile de máscaras, en donde bailan millones de figuras abigarradas<sup>401</sup>, tú me dices: “Acerquémonos a la verdad”. ¿Dónde está la verdad? ¿Quién es ese enmascarado que pasa por delante de nosotros? ¿Qué esconde debajo de su capa gris? ¿Es un rey o un mendigo? ¿Es un joven admirablemente formado o un viejo enclenque y lleno de úlceras? La verdad es una brújula loca que no funciona en este caos de cosas desconocidas.

—Cierto, fuera de la verdad matemática y de la verdad empírica que se va adquiriendo lentamente, la ciencia no dice mucho. Hay que tener la probidad de reconocerlo... y esperar.

—Y, mientras tanto, ¿abstenerse de vivir, de afirmar<sup>402</sup>? Mientras tanto no vamos a saber si la República es mejor que la Monarquía, si el Protestantismo es mejor o peor que el Catolicismo, si la propiedad individual es buena o mala; mientras la Ciencia no llegue hasta ahí, silencio<sup>403</sup>.

—¿Y qué remedio queda para el hombre inteligente?

—Hombre, sí. Tú reconoces que, fuera del dominio de las matemáticas y de las ciencias empíricas, existe, hoy por hoy, un campo enorme adonde todavía no llegan las indicaciones de la ciencia. ¿No es eso?

—Sí.

—¿Y por qué en ese campo no tomar como norma la utilidad?

—Lo encuentro peligroso —dijo Andrés—. Esta idea de la utilidad, que al principio parece sencilla, inofensiva, puede llegar a legitimar las mayores enormidades, a entronizar todos los prejuicios.

—Cierto; también, tomando como norma la verdad, se puede ir al fanatismo más bárbaro. La verdad puede ser un arma de combate.

---

<sup>398</sup> Probablemente se refiera al auténtico Bonaparte, Napoleón Bonaparte, que se adueñó de Europa y parte del mundo durante la primera década del s. XIX. Pero tampoco es descartable que se refiera a Napoleón III (sobrino de aquel), quien en los años 60 del XIX inició una fuerte expansión colonial de Francia en África.

<sup>399</sup> Jacques Lebaudy fue un extravagante millonario francés que intentó, en 1903, la disparatada aventura de conquistar, con un grupo de hombres a su servicio, una parte del Sur de Marruecos, proclamar allí un reino y autoproclamarse rey o emperador del Sáhara con el título de Jacques I. Por supuesto, no consiguió lo que deseaba, aunque el suceso fue ampliamente comentado en toda Europa.

<sup>400</sup> Adjetivo poco afortunado. Quizá hay que entender *orgánico* como corporal, pero con el matiz de ‘vital’.

<sup>401</sup> El *baile de máscaras* donde aparecen tantas *figuras abigarradas* es, por supuesto, la vida, la vida práctica, el mundo corriente. Ahí la verdad científica, como reconocerá enseguida Andrés, sirve para poco.

<sup>402</sup> *afirmar*: actuar con fuerza y convicción; con el sentido de decir claramente sí o no ante las cosas, ante los problemas, asumiendo que uno se puede equivocar, pero aceptando la realidad o rechazándola y, entonces, consecuentemente, actuar y comportarse como uno considere más ventajoso, beneficioso, útil.

<sup>403</sup> Iturrioz le echa en cara a Andrés que sea incapaz de tomar decisiones (y por tanto, actuar) ante los múltiples problemas del mundo tal y como es, que su intelectualismo cientifista se convierta en un obstáculo para participar activamente en el mundo que nos toca vivir: puesto que la ciencia y el saber no aclaran perfectamente cómo son las cosas, uno se abstiene de intervenir en ellas, no se actúa. Más adelante el tío le dice al sobrino que esta es una actitud agnóstica.

—Sí, falseándola, haciendo que no lo sea. No hay fanatismo en matemáticas, ni en ciencias naturales. ¿Quién puede vanagloriarse de defender la verdad en política o en moral? El que así se vanagloria, es tan fanático como el que defiende cualquier sistema político o religioso. La ciencia no tiene nada que ver con eso; ni es cristiana, ni es atea, ni revolucionaria, ni reaccionaria.

—Pero ese agnosticismo, para todas las cosas que no se conocen científicamente, es absurdo, porque es antibiológico<sup>404</sup>. Hay que vivir. Tú sabes que los fisiólogos han demostrado que, en el uso de nuestros sentidos, tendemos a percibir, no de la manera más exacta, sino de la manera más económica<sup>405</sup>, más ventajosa, más útil. ¿Qué mejor norma de la vida que su utilidad, su engrandecimiento<sup>406</sup>?

—No, no; eso llevaría a los mayores absurdos en la teoría y en la práctica. Tendríamos que ir aceptando ficciones lógicas<sup>407</sup>: el libre albedrío<sup>408</sup>, la responsabilidad, el mérito; acabaríamos aceptándolo todo, las mayores extravagancias<sup>409</sup> de las religiones.

—No, no aceptaríamos más que lo útil.

—Pero para lo útil no hay comprobación como para lo verdadero —replicó Andrés—. La fe religiosa para un católico, además de ser verdad, es útil; para un irreligioso puede ser falsa y útil, y para otro irreligioso puede ser falsa e inútil.

—Bien, pero habrá un punto en que estemos todos de acuerdo, por ejemplo, en la utilidad de la fe para una acción dada<sup>410</sup>. La fe, dentro de lo natural, es indudable que tiene una gran fuerza. Si yo me creo capaz de dar un salto de un metro, lo daré; si me creo capaz de dar un salto de dos o tres metros, quizá lo dé también.

—Pero si se cree usted capaz de dar un salto de cincuenta metros, no lo dará usted por mucha fe que tenga<sup>411</sup>.

—Claro que no; pero eso no importa para que la fe sirva en el radio de acción de lo posible<sup>412</sup>. Luego<sup>413</sup> la fe es útil, biológica<sup>414</sup>; luego hay que conservarla.

—No, no. Eso que usted llama fe no es más que la conciencia de nuestra fuerza. Esa existe siempre, se quiera o no se quiera. La otra fe conviene destruirla; dejarla es un peligro; tras de esa puerta que abre hacia lo arbitrario una filosofía basada en la utilidad, en la comodidad o en la eficacia, entran todas las locuras humanas<sup>415</sup>.

—En cambio, cerrando esa puerta y no dejando más norma que la verdad, la vida languidece, se hace pálida, anémica, triste. Yo no sé quién decía: la legalidad nos mata; como él podemos decir: la razón y la ciencia nos apabullan. La sabiduría del judío se comprende cada vez más que se insiste en este punto: a un lado, el árbol de la ciencia; al otro, el árbol de la vida<sup>416</sup>.

---

<sup>404</sup> va contra el funcionamiento de la vida, de la misma naturaleza viva.

<sup>405</sup> con el sentido de rentable

<sup>406</sup> Buscar la utilidad y hacerla posible sirve para engrandecer la vida de las personas, para ampliar y enriquecer a la humanidad.

<sup>407</sup> ficciones lógicas: mentiras, ideas indemostrables, invenciones justificadas lógicamente.

<sup>408</sup> libre albedrío: libertad

<sup>409</sup> ¶ No solo ideas como la libertad, el mérito etc sino también las ideas más extrañas (extravagantes) de las religiones.

<sup>410</sup> para una acción dada: para una acción determinada, en concreto.

<sup>411</sup> ¶ Es decir, están hablando de dos tipos de fe diferentes: la de Iturrioz es confianza del individuo en sí mismo, capacidad de superación; y la fe de Andrés es la creencia en algo indemostrable e imposible, o sea, la fe religiosa (creer que una persona puede saltar 50 metros es como tener una fe religiosa, porque esto es algo imposible). AHurtado explicará un poco más adelante que la fe, cualquier fe, de carácter religioso debe ser destruida.

<sup>412</sup> ¶ en el radio de acción de lo posible, o sea, dentro de aquellas experiencias y ámbitos de la vida adecuados a la capacidad física y mental de una persona, aquellas experiencias para las que no hace falta creer en un poder o ayuda sobrenaturales. Este consejo de actuar en un ámbito reducido, donde nuestras preocupaciones y deseos tengan recompensas sencillas y fáciles de alcanzar ya había aparecido en la primera conversación de tío y sobrino. Recordemos: *el que quiera hacer algo* [decía allí Andrés] *tiene que restringir su acción justiciera a un medio pequeño*.

<sup>413</sup> consecutivo, así que...

<sup>414</sup> vital, está fundida a la propia vida.

<sup>415</sup> Ojo, una filosofía basada en la utilidad, en la comodidad o en la eficacia es el sujeto del verbo *abre*, y el pronombre relativo *que* es su CD.

<sup>416</sup> ¶ Vuelta al símbolo bíblico (y por tanto semítico, judío) de los dos árboles. Iturrioz afirma con fuerza y claridad su vitalismo: la verdad, la ciencia, la teoría, la investigación, por sí solas, no conducen a nada, nos alejan de la vida, nos hacen más listos y más

—Habrás que creer que el árbol de la ciencia es como el clásico manzanillo, que mata a quien se acoge a su sombra —dijo Andrés burlonamente.

—Sí, riete.

—No, no me río.

#### 4. Disociación<sup>417</sup>

—No sé, no sé —murmuró Iturrioz—. Creo que vuestro intelectualismo no os llevará a nada. ¿Comprender? ¿Explicarse las cosas? ¿Para qué? Se puede ser un gran artista, un gran poeta, se puede ser hasta un matemático y un científico y no comprender en el fondo nada. El intelectualismo es estéril. La misma Alemania, que ha tenido el cetro<sup>418</sup> del intelectualismo, hoy parece que lo repudia. En la Alemania actual casi no hay filósofos, todo el mundo está ávido de vida práctica. El intelectualismo, el criticismo<sup>419</sup>, el anarquismo<sup>420</sup> van de baja.

—¿Y qué? ¡Tantas veces han ido de baja y han vuelto a renacer! —contestó Andrés.

—¿Pero se puede esperar algo de esa destrucción sistemática y vengativa<sup>421</sup>?

—No es sistemática ni vengativa. Es destruir lo que no se afirma de por sí<sup>422</sup>; es llevar el análisis a todo; es ir disociando las ideas tradicionales, para ver qué nuevos aspectos toman, qué componentes tienen<sup>423</sup>. Por la desintegración electrolítica de los átomos van apareciendo estos iones y electrones mal conocidos. Usted sabe también que algunos histólogos<sup>424</sup> han creído encontrar en el protoplasma de las células granos que consideran como unidades orgánicas elementales y que han llamado bioblastos<sup>425</sup>. ¿Por qué lo que están haciendo en física en este momento los Roentgen y los Becquerel<sup>426</sup> y en biología los Haeckel y los Hertwig<sup>427</sup> no se ha de hacer en filosofía y en moral? Claro que en las afirmaciones de la química y de la histología no está basada una política, ni una moral, y si mañana se encontrara el medio de descomponer y de transmutar los cuerpos simples<sup>428</sup>, no habría ningún papa<sup>429</sup> de la ciencia clásica que excomulgara<sup>430</sup> a los investigadores.

---

conscientes, pero también más tristes, más angustiados; así que es necesario volcarse en lo contrario, la mentira (o ficción), la ignorancia inocente, la vida práctica, la acción constante: todo esto nos empobrece espiritualmente y nos hace más 'tontos', de acuerdo, pero también nos hace sentir plenamente vivos y felices.

<sup>417</sup> El sentido que le va a dar Baroja a la palabra en este apartado es el de análisis crítico de una cosa o una idea en sus componentes menores. Su significado recto es separación de una cosa de otra con la que estaba unida.

<sup>418</sup> Puesto principal, mando (metonimia). *Cetro*, en sentido estricto, es la vara de metal precioso que usaban los reyes y emperadores como símbolo de su poder y dignidad.

<sup>419</sup> *criticismo* es sinónimo de filosofía de Kant, o, más exactamente, de todas aquellas líneas filosóficas que surgen del pensamiento de este.

<sup>420</sup> ¶ El anarquismo (ver nota 108) era considerada una doctrina política muy idealista, demasiado intelectual, demasiado alejada de la vida concreta y real.

<sup>421</sup> ¶ Se refiere Iturrioz a la destrucción que llevan a cabo la ciencia y la filosofía modernas de las ideas tradicionales, destrucción tan completa, tan sistemática, que él considera que es "vengativa", como si la modernidad quisiera vengarse del poder que la vieja filosofía y la religión han ejercido en el mundo entero.

<sup>422</sup> ...no se afirma de por sí: con el sentido de que no se demuestre por sí mismo.

<sup>423</sup> Recuerda esta frase el método cartesiano de conocimiento.

<sup>424</sup> Estudiosos de la célula

<sup>425</sup> ¶ Andrés pone dos ejemplos científicos de descomposición o reducción de elementos ya conocidos previamente en elementos menores constitutivos. De la química toma el ejemplo de la descomposición del átomo (en elementos inferiores, tal como se creía en la época: iones y electrones); y de la histología se refiere a una parte de la célula (del protoplasma de la célula): los bioblastos. La tesis de AHurtado es que la misma forma de procedimiento científico (descomposición, disociación, análisis) se puede emplear en la filosofía y la moral.

<sup>426</sup> Wilhelm Conrad Röntgen, físico alemán, quien en 1895 produjo los llamados rayos X. Antoine Henri Becquerel, físico francés, creador de la radiactividad.

<sup>427</sup> Ver nota 242 para Haeckel. Oscar Hertwig, zoólogo alemán, fue uno de los investigadores más sobresalientes en el campo de la embriología comparada y la experimental. Los 4 científicos vivieron a caballo del s. XIX y XX.

<sup>428</sup> Existen cuerpos que aunque les sometamos a cualquier tratamiento, siempre están constituidos por la misma y única sustancia homogénea: son *los cuerpos simples*. Es imposible transformar estos cuerpos en otros más simples. El hierro, el oro, el oxígeno, el hidrógeno, son cuerpos simples.

<sup>429</sup> autoridad máxima (metonimia).

<sup>430</sup> excluir, expulsar [la autoridad eclesiástica católica] a uno de sus fieles de la Iglesia.

—Contra tu disociación en el terreno moral, no sería un papa el que protestara; sería el instinto conservador de la sociedad<sup>431</sup>.

—Ese instinto ha protestado siempre contra todo lo nuevo, y seguirá protestando; ¿eso qué importa? La disociación analítica será una obra de saneamiento, una desinfección de la vida.

—Una desinfección que puede matar al enfermo.

—No, no hay cuidado. El instinto de conservación del cuerpo social es bastante fuerte para rechazar todo lo que no puede digerir. Por muchos gérmenes que se siembren, la descomposición de la sociedad será biológica.

—¿Y para qué descomponer la sociedad? ¿Es que se va a construir un mundo nuevo mejor que el actual?

—Sí, yo creo que sí.

—Yo lo dudo. Lo que hace a la sociedad malvada es el egoísmo del hombre, y el egoísmo es un hecho natural, es una necesidad de la vida. ¿Es que supones que el hombre de hoy es menos egoísta y cruel que el de ayer? Pues te engañas. ¡Si nos dejaran!; el cazador que persigue zorras y conejos cazaría hombres si pudiera. Así como se sujeta a los patos y se les alimenta para que se les hipertrofie<sup>432</sup> el hígado<sup>433</sup>, tendríamos a las mujeres en adobo para que estuvieran más suaves. Nosotros, civilizados, hacemos *jockeys* como los antiguos monstruos<sup>434</sup>, y si fuera posible les quitaríamos el cerebro a los cargadores para que tuvieran más fuerza, como antes la Santa Madre Iglesia quitaba los testículos a los cantores de la Capilla Sixtina para que cantasen mejor. ¿Es que tú crees que el egoísmo va a desaparecer? Desaparecería la humanidad. ¿Es que supones, como algunos sociólogos ingleses<sup>435</sup> y los anarquistas, que se identificará el amor de uno mismo con el amor de los demás?

—No; yo supongo que hay formas de agrupación<sup>436</sup> social unas mejores que otras, y que se deben ir dejando las malas y tomando las buenas.

—Esto me parece muy vago. A una colectividad no se le moverá jamás diciéndole: Puede haber una forma social mejor. Es como si a una mujer se le dijera: Si nos unimos, quizá vivamos de una manera soportable. No, a la mujer y a la colectividad hay que prometerles el paraíso; esto demuestra la ineficacia de tu idea analítica y disociadora. Los semitas<sup>437</sup> inventaron un paraíso materialista<sup>438</sup> (en el mal sentido) en el principio del hombre;

---

<sup>431</sup> ¶ Las ideas y conductas morales tradicionales —afirma Iturrioz—, las de toda la vida (los que siguen tales ideas y conductas) atacarían (por el *instinto conservador de la sociedad*) cualquier intento de análisis, de puesta a prueba de la validez de estas, cualquier intento de dudar de ellas. AHurtado responde que el método de disociación de ideas y valores morales servirá para sanear (podemos deducir, modernizar) la vida social, esto es, las formas de pensar y comportarse, aunque siempre el instinto de conservación (las seguridad que dan las conductas e ideas de toda la vida) pondrá, en cierto momento, un tope a tanta revisión y disociación de ideas.

<sup>432</sup> les aumente desmesuradamente el tamaño

<sup>433</sup> ¶ Es la forma de fabricar después el famoso paté.

<sup>434</sup> ¶ Es indiscifrable lo que Baroja quiere decir con la frase *hacemos jockeys como los antiguos monstruos*. El sentido de lo que viene explicando es que el ser humano moderno, plenamente civilizado, es capaz de hacer, todavía ahora, verdaderas atrocidades y crueldades con sus semejantes para obtener un beneficio interesado (o sea, por egoísmo). Algo de esto es lo que aquí expresa el personaje, pero el significado actual de *jockeys* (jineteros de carreras de caballos, o gorras que llevan estos jineteros) no encaja con el contexto y rompe cualquier sentido coherente. Lo más probable es que Baroja se refiera a algún tipo de persona que sufre la violencia de otros, pero no se puede deducir nada más.

<sup>435</sup> ¶ Tal vez Baroja se refiere a algún socialista utópico como Robert Owen, de comienzos del s. XIX

<sup>436</sup> organización

<sup>437</sup> ¶ Los semitas (es decir, la religión judía) tienen en el Pentateuco (o Torá) su fuente de fe más importante. En este libro (que se corresponde con una parte del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana) el paraíso terrenal (Adán etc) se sitúa al principio de la creación del mundo por Dios. Sin embargo, para los cristianos (para la Biblia cristiana, que suma el Antiguo y el Nuevo Testamento) el paraíso ya no es ese exactamente, sino el que está después de la muerte, y que llamamos cielo o vida eterna. Por último, los anarquistas colocan su paraíso en la tierra, es decir, consideran que, a través de la revolución social, se puede alcanzar la “arcadia”, una sociedad terrenal donde la convivencia esté regida exclusivamente por la paz y el amor entre los seres humanos.

<sup>438</sup> ¶ *materialista* porque el paraíso terrenal de Adán y Eva se presenta (en la Biblia cristiana y en el Pentateuco judío) como un lugar concreto maravilloso (un *locus amoenus*), con fuentes, ríos, caza, árboles frutales, buen clima etc, y no como un “estado” inmaterial (que denominamos comúnmente cielo o vida eterna), y que es lo que promete el cristianismo. Enseguida añade Iturrioz que es el paraíso semítico es *materialista*, pero “en el mal sentido”, como dando a entender que el materialismo que él prefiere no es este materialismo idealizado de los libros religiosos sino el científico, el materialismo empirista de la ciencia moderna.

el cristianismo, otra forma de semitismo, colocó el paraíso al final y fuera de la vida del hombre, y los anarquistas, que no son más que unos neocristianos, es decir, neosemitas<sup>439</sup>, ponen su paraíso en la vida y en la tierra. En todas partes y en todas épocas los conductores de hombres<sup>440</sup> son prometedores de paraísos.

—Sí, quizá; pero alguna vez tenemos que dejar de ser niños<sup>441</sup>, alguna vez tenemos que mirar a nuestro alrededor con serenidad. ¡Cuántos terrores no nos ha quitado de encima el análisis! Ya no hay monstruos en el seno de la noche, ya nadie nos acecha<sup>442</sup>. Con nuestras fuerzas vamos siendo dueños del mundo.

## 5. La compañía del hombre

—Sí, nos ha quitado terrores —exclamó Iturriz—; pero nos ha quitado también vida. ¡Sí, es la claridad<sup>443</sup> la que hace la vida actual completamente vulgar! Suprimir los problemas es muy cómodo; pero luego no queda nada. Hoy, un chico lee una novela del año treinta, y las desesperaciones de Larra y de Espronceda<sup>444</sup>, y se ríe; tiene la evidencia de que no hay misterios. La vida se ha hecho clara; el valor del dinero aumenta; el burguesismo<sup>445</sup> crece con la democracia. Ya es imposible encontrar rincones poéticos al final de un pasadizo tortuoso; ya no hay sorpresas.

—Usted es un romántico.

—Y tú también<sup>446</sup>. Pero yo soy un romántico práctico. Yo creo que hay que afirmar<sup>447</sup> el conjunto de mentiras y verdades que son de uno hasta convertirlo en una cosa viva. Creo que hay que vivir con las locuras que uno tenga, cuidándolas y hasta aprovechándose de ellas.

---

<sup>439</sup> Nuevos semitas y nuevos cristianos (la raíz neo- es griega y sirve para formar palabras compuestas).

<sup>440</sup> ¶¶ En sentido amplio, se refiere, lógicamente, a líderes religiosos y políticos, profetas (Moisés, Abraham, Isaías, Jeremías, Jesús, Mahoma, Buda, Zaratustra, etc), militares, etc. Es decir, estos personajes “venden” paraísos a sus seguidores porque estos necesitan alguna clase de ilusión o fe de que su vida va a mejorar. La ilusión de un paraíso es una idea falsa y acientífica pero muy útil socialmente para movilizar a las masas.

<sup>441</sup> ¶¶ O lo que es lo mismo, solo el conocimiento científico y la confianza en la ciencia harán adulto al ser humano, el cual, mientras viva dominado por las falsas y viejas creencias e ideas, no saldrá de la edad infantil, siempre será como un niño amenazado por terrores irracionales y por monstruos nocturnos.

<sup>442</sup> espiar, vigilar amenazadoramente.

<sup>443</sup> ¶¶ *claridad* (frente a *misterios*) se entiende en este fragmento como dominio absoluto de las explicaciones científicas. Un mundo donde la ciencia (el positivismo y el determinismo) lo explica todo, y lo hace convincentemente, es un mundo donde todo está “claro”. Iturriz lamenta que esto sea así: la naturaleza ya no esconde ningún misterio, las ideas y sentimientos humanos están perfectamente estudiados: la noche y el día, el ciclo de las estaciones, los sueños y la locura, la fe en un ser o una vida sobrenaturales, el amor y el deseo, las más diversas sensaciones, las relaciones humanas, todo, está perfectamente claro y explicado, de modo que los *misterios* (o sea, el lado oscuro y profundo del ser humano, su lado más poético) han desaparecido para siempre. Y si lo poético y lo enigmático han desaparecido del mundo, las únicas verdades que le quedan a la humanidad son el dinero y el ideal de libertad e igualdad, o sea, la democracia, dos verdades representadas por la burguesía. Si la ciencia y el positivismo representan en la esfera del pensamiento la derrota de la verdad poética y misteriosa del ser humano, la burguesía representa la misma derrota en la esfera social, en el funcionamiento de la sociedad. Tan despreciable es el cientifismo filosófico como el ‘aburguesamiento’ de la sociedad. En realidad, esta amplia idea que desarrolla resumidamente aquí Iturriz está muy extendida por Europa desde la etapa romántica (comienzos del XIX): recordemos que el romanticismo defendió siempre ese lado misterioso, poético, de la naturaleza y el individuo. Después de ser superado el romanticismo, muchos pensadores, poetas y escritores (por ej., en España, los modernistas y los del 98) siguen rechazando románticamente que la ciencia (el positivismo) sirva como explicación total de la naturaleza y el ser humano, de la vida, de las conductas morales, de las ideas políticas, etc. puesto que ese cientifismo solo se ocupa —según ellos— de lo superficial, mientras que dentro del ser humano queda siempre un fondo irracional, inexplicable, desconocido, oscuro y misterioso, del que deben ocuparse el arte, la poesía y la literatura en general.

<sup>444</sup> se refiere a los dos grandes autores románticos españoles: el poeta José de Espronceda y la articulista, novelista y dramaturgo Mariano José de Larra. ¶¶ Efectivamente, en la obra de ambos, se ve claramente un sentimiento de inadaptación y desesperación ante la sociedad y la época que les tocó vivir.

<sup>445</sup> aburguesamiento de la sociedad

<sup>446</sup> ¶¶ Los dos son románticos porque los dos intentan dirigir su vida siguiendo unos ideales que no se han hecho realidad. Iturriz ‘sueña’ con un mundo moderno donde impere la ciencia, la igualdad, la justicia, etc, pero sabe que para llegar a él hay que luchar en el mundo real; las personas, con todas sus fortalezas y debilidades, tienen que actuar y hacer cosas en el mundo real para transformarlo buscando la utilidad y el beneficio de todos, y las ideas y los sentimientos (no todos, pero muchos) pueden ser medios eficaces para conseguirlo. La ciencia para él es muy importante, pero no cree que pueda explicarlo todo ni orientar acertadamente, ante cualquier circunstancia, la conducta humana. Es, pues, un romántico *práctico*, podríamos añadir que optimista y vitalista. En cambio, el romanticismo de AHurtado es un poco diferente: ‘sueña’, desde luego, con un mundo moderno donde impere la igualdad, la justicia, la ciencia, etc, pero cree que el único camino para alcanzarlo es la ciencia misma, el estudio científico de todo lo existente (lo natural y lo espiritual, la vida y la verdad, la voluntad y la inteligencia, etc), de forma que la ciencia va diciendo en cada momento, sin error posible, qué cosas están ya claras y cómo tiene que actuar el ser humano. Mientras la ciencia no tenga respuestas para

—Eso me parece lo mismo que si un diabético aprovechara el azúcar de su cuerpo para endulzar su taza de café<sup>448</sup>.

—Caricaturizas mi idea, pero no importa.

—El otro día leí en un libro —añadió Andrés burlonamente— que un viajero cuenta que en un remoto país los naturales le aseguraron que ellos no eran hombres, sino loros de cola roja. ¿Usted cree que hay que afirmar las ideas hasta que uno se vea las plumas y la cola?

—Sí; creyendo en algo más útil y grande que ser un loro, creo que hay que afirmar<sup>449</sup> con fuerza. Para llegar a dar a los hombres una regla común, una disciplina, una organización, se necesita una fe, una ilusión, algo que, aunque sea una mentira salida de nosotros mismos, parezca una verdad llegada de fuera. Si yo me sintiera con energía, ¿sabes lo que haría?

—¿Qué?

—Una milicia como la que inventó Loyola<sup>450</sup> con un carácter puramente humano: la Compañía del Hombre<sup>451</sup>.

—Aparece el vasco en usted.

—Quizá.

—¿Y con qué fin iba usted a fundar esa compañía?

—Esta compañía tendría la misión de enseñar el valor, la serenidad, el reposo; de arrancar toda tendencia a la humildad, a la renunciación, a la tristeza, al engaño, a la rapacidad, al sentimentalismo<sup>452</sup>...

---

muchas cosas, el ser humano debe esperar, meditar y estudiar, pero no le conviene actuar porque lo que haga, muy probablemente, estará equivocado y le perjudicará. Para él, por tanto, la ciencia es tan importante que todo aquello que no puede explicar se convierte en una amenaza terrible para el individuo, una fuerza ciega, oscura, absurda, sin sentido, irracional (a la que Andrés, como Schopenhauer, llama 'vida' o instinto de vida) que terminará por destruirlo. Es, pues, un romántico pasivo, esperanzado pero pasivo, podríamos añadir que pesimista y angustiado.

<sup>447</sup> En el sentido de aceptarlas y hacerlas parte importante de nuestra vida corriente. Ver nota 402.

<sup>448</sup> JJ Hurtado echa en cara a Iturriz que aceptar "cualquier" idea (*el conjunto de verdades y mentiras que son de uno mismo*) por el hecho de que sea útil o beneficiosa para la sociedad supone aceptar tal vez ideas falsas, o sea, mentiras demostradas científicamente, que, a la larga, se volverán en contra de la propia sociedad.

<sup>449</sup> Ver notas 447 y 402.

<sup>450</sup> JJ El vasco San Ignacio de Loyola fundó en el s. XVI la Compañía de Jesús, que era una orden religiosa cristiana y católica que tenía la función de defender y extender por el mundo el catolicismo contrarreformista representado por el papa de Roma (y que entonces mantenía una lucha abierta contra los "protestantes" o reformistas cristianos, es decir, contra el luteranismo en Alemania, el calvinismo suizo y francés y el anglicanismo inglés). La Compañía de Jesús se organizaba internamente como si fuera un ejército (una milicia sin armas), con religiosos que actuaban como los generales o mandos de la orden, otros religiosos que tenían mando intermedio y una "infantería" de sacerdotes y monjes que seguían las instrucciones de arriba. Su actuación llegó a todos los terrenos de la religión católica: fundar colegios (los 'jesuitas', que siguen en activo hoy en día), preparar a profesores, estudiar y explicar La Biblia, reformar y reafirmar la conducta católica de monasterios, dialogar y convertir a los protestantes, y marchar de misioneros a América, Asia y África para ganar fieles. Si tenemos esto en cuenta, se entiende bien que el proyecto de Iturriz es un poco irónico porque sería como una inversión laica de la obra de San Ignacio (de ahí el nombre: "Compañía del Hombre"), sería como hacer algo muy parecido a lo que aquel hizo pero con personas no religiosas y para fomentar y extender por el mundo ideas y conductas no religiosas sino laicas, ideas y conductas apoyadas en la razón y el sentido común y que sirvieran para corregir los vicios morales que tradicionalmente dominan a la sociedad, por eso dice Iturriz que esta Compañía enseñaría *el valor, la serenidad, el reposo*; y combatiría sentimientos perjudiciales como *la humildad, la renunciación, la tristeza, el engaño, la rapacidad, el sentimentalismo*...

<sup>451</sup> Este proyecto ideal que el imaginativo Iturriz explica a continuación sería un ejemplo de acción, de actuación, de lucha del individuo contra los problemas y las mentiras morales que dominan en la sociedad. Pero una actuación, según va a explicar él, organizada, no de un solo individuo, de un grupo amplio de personas luchando por un objetivo que se considera útil y beneficioso para la sociedad. Un ejemplo por tanto de optimismo y vitalismo. Por eso se puede decir que en esta idea aparece la influencia del filósofo Nietzsche, el cual, frente a Schopenhauer, hablaba de superar las viejas ideas, de reformar y destruir a fondo los sentimientos, las costumbres y las ideas tradicionales y anticuadas que hacen infeliz al hombre. Sin embargo, obsérvese que Iturriz lo plantea como un proyecto ideal, algo que, en realidad, él sabe perfectamente que ni puede ni tiene ganas de hacer.

<sup>452</sup> JJ El *valor* es la valentía ante la vida, el no tener miedo a enfrentarse a los problemas; la *serenidad* y el *reposo* se refieren a la calma y la paz espirituales (que la gente viva su vida sin mortificarse, sin angustias, sin miedo a la vida ni al pecado); combatir la *humildad* es destruir el sentimiento de sumisión y obediencia, o sea, formar a un tipo de persona capaz de rebelarse contra aquello

—La escuela de los hidalgos.

—Eso es, la escuela de los hidalgos.

—De los hidalgos ibéricos, naturalmente. Nada de semitismo.

—Nada; un hidalgo limpio de semitismo; es decir, de espíritu cristiano, me parecería un tipo completo<sup>453</sup>.

—Cuando funde usted esa compañía, acuérdesese usted de mí. Escríbame usted al pueblo<sup>454</sup>.

—¿Pero de veras te piensas marchar?

—Sí; si no encuentro nada aquí, me voy a marchar.

—¿Pronto?

—Sí, muy pronto.

—Ya me tendrás al corriente de tu experiencia. Te encuentro mal armado para esa prueba<sup>455</sup>.

—Usted no ha fundado todavía su compañía...

—Ah, sería utilísima. Ya lo creo.

Cansados de hablar, se callaron. Comenzaba a hacerse de noche.

Las golondrinas trazaban círculos en el aire, chillando. Venus<sup>456</sup> había salido en el poniente, de color anaranjado, y poco después brillaba Júpiter<sup>457</sup> con su luz azulada. En las casas comenzaban a iluminarse las ventanas. Filas de faroles iban encendiéndose, formando dos líneas paralelas en la carretera de Extremadura. De las plantas de la azotea, de los tiestos de sándalo<sup>458</sup> y de menta llegaban ráfagas<sup>459</sup> perfumadas...[\*]

---

que la hace sufrir o la domina; combatir la *renunciación* es acabar con la resignación (el sentimiento pasivo de que hay que aceptar todo lo que nos ocurre como si fuera una fatalidad); luchar contra la *tristeza* es crear un ser humano alegre, feliz de estar vivo, optimista. Igualmente, enfrentarse al *engaño* y la *rapacidad* es destruir la tendencia de muchas personas a utilizar habitualmente la mentira, y a robar y apropiarse por las buenas o las malas de lo que no es de uno, es decir, en conjunto, es oponerse a explotar y aprovecharse ruinosamente de los semejantes. Para terminar, luchar contra el *sentimentalismo* es combatir la sensiblería, la bondad tonta, la compasión superficial que hace que las personas sean incapaces de pensar racionalmente y con frialdad en cuáles son sus condiciones reales de vida, y sustituir ese sentimentalismo por una voluntad recia e inteligente. Todos estos rasgos morales y espirituales compondrían el alma del “nuevo” hombre para Iturriz, y coinciden muchísimo con los valores humanos del ‘superhombre’ de Nietzsche (superhombre entendido como el ser humano del futuro que “superará” la vieja moral y las viejas ideas que tienen dominado al hombre actual).

<sup>453</sup> ¶¶ Ese “superhombre” u hombre ideal que imagina Iturriz lo personifica en la figura de un hidalgo español (recordemos que, por ejemplo, Don Quijote era un hidalgo) y en un hidalgo, además, cristiano, en el sentido de un cristianismo ya limpio de todos los valores antiguos que se han mencionado arriba.

<sup>454</sup> Aquí exactamente acaba el contenido filosófico de la conversación. Desde este párrafo hasta el final del capítulo, cierre de la larga escena.

<sup>455</sup> Nueva premonición negativa acerca del futuro próximo del sobrino, y que tiempo confirmará.

<sup>456</sup> ¶¶ Además de la impresión de desorden y confusión que sugieren los círculos y chillidos de las golondrinas, la referencia a Venus simboliza mitológicamente lo ideal, el mundo de los deseos (dominado por el color anaranjado, de las emociones y los sentimientos intensos).

<sup>457</sup> ¶ De inmediato, aparece otro elemento simbólico de la naturaleza. Júpiter (el dios padre) representa el poder, el instinto vital, afirmativo, de la naturaleza (dominado por el azul, color de la frialdad). De forma que los dos astros, en el atardecer de la azotea, que también es un atardecer (de melancolía, tristeza) en la vida de Andrés, parecen vigilar al personaje: el mundo de los deseos y los sentimientos malheridos, de todo aquello que Andrés vive como imposible e inalcanzable se cruza con el mundo de la dura realidad que a partir de este momento va a tener que afrontar el personaje. Sin decirlo explícitamente, la descripción connota (sugiere) un estado anímico de melancolía, desconcierto y temor en Andrés.

<sup>458</sup> Planta olorosa de flores rosáceas, originaria de Persia que se cultiva mucho en los jardines. ¶¶ Observemos el contraste de lo que ve Andrés en el cielo (el conflicto de su alma) y lo que experimenta en la azotea de Iturriz: el agradable perfume que desprenden las plantas de sándalo y menta, y la brisa del anochecer. Es como si la azotea de Iturriz representaran un pequeño edén del que Andrés se tiene que alejar, como si la vida obligara a Andrés a abandonar su pequeño paraíso terrenal, el único lugar donde es feliz y se encuentra a gusto. Y recordemos que el conflicto del árbol de la vida y la ciencia del que se acaba de hablar tuvo lugar en el paraíso

---

terrenal de *La Biblia*, de donde también Adán, joven inexperto pero curioso como Andrés, fue expulsado por Dios. Se está sugiriendo, por tanto, también sin decirlo, que estamos ante el momento final, el momento de cierre de la edad de la inocencia de nuestro protagonista.

<sup>459</sup> rachas de brisa. ¶ Este breve párrafo que cierra el capítulo responde perfectamente al gusto literario modernista e impresionista por tres razones: 1) es una descripción donde se subrayan ante todo las sensaciones que provocan las cosas que ve el testigo (Andrés), más que la forma en sí de esas cosas; 2) presenta una mezcla intensa de sensaciones: la vista (golondrinas, planetas en el cielo, luz de las farolas a lo lejos, etc), el oído (chillidos de las golondrinas), el olfato (el aroma de las plantas) y el tacto (ráfagas de brisa); y 3) los elementos de la naturaleza (el cielo con sus astros, los olores de las plantas) se llenan de valores simbólicos que expresan, como hemos visto, emociones y sentimientos profundos del personaje.

[\*] Comentario del contenido de conversación de AHurtado e Iturrioz:

En primer lugar, AH quiere alcanzar *una explicación del universo físico y moral*, es decir, una respuesta o explicación global (una *síntesis*), tanto de los fenómenos naturales como de la vida (dentro de la cual aparece el ser humano, su conducta moral) ¿Qué es lo que hace que el mundo y los individuos sean como son?, ¿por qué son así? Y para alcanzar esa respuesta afirma seguir la filosofía de Kant y de Schopenhauer.

Sin embargo, AH siente dentro de sí un conflicto que no logra solucionar. Por una parte está la necesidad de su pensamiento (que surge espontáneamente en él) de averiguar la verdad profunda de las cosas, y, por otra, están las ganas de vivir (la energía, la alegría, la fortaleza para enfrentarse a los problemas cotidianos, etc), y ahí se produce un doloroso conflicto porque AH siente que su vida es *estúpida* (absurda, fea, sin emociones) y que en ella ese pensamiento (que tendría que ser sereno y reconfortante) *se llena de terrores*, es decir, se convierte en algo amenazante, algo que perturba y da miedo, que produce sufrimiento, dolor.

En resumen, AH se ve a sí mismo como un individuo roto, disociado: por un lado va su vida (absurda, sin sentido, sin interés) y por otro va su pensamiento (que intenta desatarse de los problemas o conflictos de la vida para dejar de sufrir). La vida la siente asociada a una voluntad enfermiza, débil, y el pensamiento, a una inteligencia dolorosa, angustiada (en la que se mezclan la observación del mundo, las ideas filosóficas y una aguda sensibilidad). Esta preferencia de AH por el pensar antes que por el vivir, este desinterés (hecho de desencanto y miedo) por la vida, es lo que Iturrioz denomina negativamente *intelectualismo*.

AH sigue entonces con su largo razonamiento: su forma de pensar es idéntica a la del filósofo Kant, quien destruyó por completo la *antigua filosofía*, es decir, las viejas ideas filosóficas, y lo hizo de dos maneras: 1º) afirmó que esas grandes ideas que parecían maravillosamente reales (como *la magnífica fachada de un palacio*, por ej. el Bien y el Mal, Dios, la Justicia, la Belleza, la Libertad, etc) son racionalmente *indemostrables*. Desde Kant, por lo tanto, resulta inútil preguntarse por 'la creación' del universo o por Dios (*ya no hay causa primera*) ni por el sentido de vida humana ni por nada. Si las grandes ideas de la filosofía son *fantasías, espejismos*, entonces el universo y la vida se reducen a un *encadenamiento de causas y efectos* exclusivamente naturales, es decir, a una especie de mecanismo de relojería que funciona sin parar, pero sin razón ni finalidad ningunas (como *un gigante que marchara al parecer con un fin y alguien descubriera que no tenía ojos*);

2º) demostró *que el mundo no tiene realidad*, es decir, que fuera de la mente de la persona hay algo, algo que percibimos por los sentidos y sobre lo que podemos pensar, pero algo de lo que no tenemos seguridad, que incluso las ideas de causa y efecto, de espacio y tiempo, la tridimensionalidad del mundo, todo eso, son creaciones necesarias de la mente humana para proyectarlas sobre ese algo en el fondo desconocido. Kant sostiene que lo único real es la "representación" (reflejo) creada por la mente humana del mundo, y no el mundo en sí mismo; y en esta reducción de la realidad a la subjetividad del individuo AH encuentra un motivo de tranquilidad y consuelo para sus penas. Antes de entender a Kant AH se ponía triste de pensar que tras su muerte el mundo seguiría sin él, o sea, que al morir él perdía definitivamente algo muy importante, pero, al entender a Kant, cesaron las tristezas. *Acabado nuestro cerebro, se acabó el mundo*. El comprender a fondo esto lo tranquilizó y consoló desde entonces.

Pero lo que pasa, además, es que este 'reflejo' o 'representación' del mundo no es algo que le sucede a un solo individuo, sino que es compartido por todos, ya que surge del acuerdo (*valoración*) de las imágenes de cada persona y *las imágenes reflejadas en los cerebros de los demás hombres que han vivido y que viven*. Por eso, AH, igual que Kant, llega a la conclusión de que *el acuerdo de todas las inteligencias en una misma cosa es lo que llamamos verdad*. La cosa no sabemos bien qué es, pero lo que está claro es que todos la percibimos de igual manera, así que la verdad será precisamente el acuerdo psicológico (implícito) que establecemos los individuos, aunque nada nos asegure que *ese mundo exterior* (la cosa) sea tal como lo vemos. Y dentro de esta verdad espontánea y general, las personas creamos la verdad científica (la ciencia, o sea, *los axiomas lógicos y matemáticos*, el *encadenamiento de causas y efectos*, etc) que es ese conjunto de ideas surgidas de la experiencia empírica y las leyes racionales de nuestra mente que se mantienen siempre constantes y sin variaciones, de modo que *dentro de lo relativo de todo*, dentro de que el mundo es solo algo aparente, la ciencia funciona como *una verdad absoluta*. Por ej. en la sensación de calor y frío tenemos, primero, lo percibido por los sentidos (una sensación) que se convierte en dato empírico; y, segundo, el acordar la idea de grado centígrado para asociarla al frío (pocos grados) o al calor (muchos), o sea, un razonamiento lógico-matemático como criterio estable de comprobación. El termómetro sirve entonces para que nuestra razón detecte en cualquier circunstancia y con los mismos valores (o sea, como una "verdad absoluta") las diferencias térmicas.

La ciencia nos describe (mediante observaciones empíricas e interpretaciones racionales) una parte diminuta del universo (fenómenos concretos), mientras que la filosofía, partiendo de la ciencia, nos explica cómo puede ser el universo en su conjunto. Aunque una y otra (tanto la descripción científica como la explicación filosófica) no *sean más que hipótesis, teorías, aproximaciones a la verdad*, la Ciencia resulta imprescindible para que el conocimiento humano del mundo y la naturaleza avance sin cesar y para que destruya ideas viejas (de origen religioso, moral, utopías irracionales, *pequeñas supercherías* modernas, etc). Por el inmenso valor que tiene, los seres humanos actuales han convertido a la Ciencia en una especie de dios, de *ídolo*, un ser superior al que se adora pues resuelve infinidad de problemas, pero que *arrolla también al hombre*, esto es, 'deshumaniza' al ser humano, lo aleja de la naturaleza, de la vida práctica.

En conclusión, el intelectualismo de AH se caracteriza por 3 rasgos negativos: un gran escepticismo, un subjetivismo excesivo y una abstracción extrema. Escepticismo: AH no cree en los viejos valores de humanidad (la Justicia, el Bien, la Libertad, Dios, etc), duda de todos ellos y duda de que el ser humano los alcance alguna vez. Subjetivismo: AH solo cree en él mismo, el centro de su vida son sus propias ideas, las impresiones personales, las interpretaciones y valoraciones propias acerca de todo lo que le rodea. Abstracción: AH se mete tanto en sus propias ideas que casi prescinde de la realidad exterior, y le resulta imposible adaptarlas a esa realidad. La consecuencia de estos 3 rasgos es que AH se siente una persona sensible e inteligente, pero absolutamente incapaz de afrontar los problemas normales de la vida (las relaciones con los demás, el ganarse la vida, los planes de futuro, etc). El pensamiento, el saber, la observación, sus estudios de medicina, todo eso, no le sirve para que su vida sea mejor, para alcanzar una vida feliz, sino todo lo contrario. Por último, y a pesar de la negatividad que domina esta forma de pensar, AH sí que intenta salvar

algo para la vida, algo que actúa sobre la vida y la mejora, y ese algo es la Ciencia, un tipo de verdad, de certeza, imprescindible para explicar el mundo y para que avance la humanidad (*La ciencia es la única construcción fuerte de la humanidad*).

A continuación AH vuelve a contraponer conocimiento y vida (y lo hace igual que había planteado al principio de la conversación al hablar de que le interesaba más el ‘pensar’ que el ‘vivir’), concretamente contraponen Ciencia (pensamiento, conocimiento) y vida (acción). Así, explica que *el instinto de vivir* (es decir, *La voluntad, el deseo de vivir*) es común a animales y hombres. Pero *en el hombre es mayor la comprensión*, la capacidad de pensar y comprender, que en los animales. Dentro de los hombres encontramos a los de espíritu activo (donde domina *el instinto vital*) y los de espíritu contemplativo (donde domina *el instinto de crítica, el instinto de averiguación*). El espíritu activo se encuentra en el *individuo sano, vivo, fuerte* que busca, sobre todo, vivir, actuar, desplegar toda su voluntad en el mundo (o sea, el individuo que está más cerca del mundo animal, de la naturaleza, y que consigue la felicidad sin necesidad de recurrir a la verdad que da el conocimiento y el saber, el individuo ‘ignorante’ o ‘ingenuo’ que necesita de la mentira o la ficción -necesita mentirse- para vivir (*El instinto vital necesita de la ficción para afirmarse*). Pero también dentro de los humanos tenemos al individuo que busca el conocimiento, el saber, el pensamiento, es decir, la Ciencia. Este individuo (que es *como la mariposa que rompe la crisálida para morir*, y en el que *el instinto de vivir languidece*) está lejos de la naturaleza, de la conducta animal, y busca con fuerza la verdad, aunque esa búsqueda lo conduzca sin remedio a la infelicidad, a la angustia, al sufrimiento y la muerte. El conocimiento (el darse cuenta de las cosas, la ciencia, la investigación) aumenta el saber pero apaga la voluntad y el deseo de vivir, por eso da a entender AH que dentro del instinto de averiguación, dentro del conocimiento, se esconde algo enfermizo, algo de debilidad, se esconde la muerte. Y por eso dice también que *A más comprender corresponde menos desear*, o lo que es lo mismo, a más saber menos vida, a más conocimiento menos voluntad, a más contemplación menos acción, a más instinto científico menos instinto de vida.

El razonamiento de AHurtado, por lo tanto, viene a resumir las dos actitudes espirituales del hombre, esencialmente incompatibles, contradictorias, ante la vida: por una parte, la actitud activa, la posibilidad del ser humano de vivir una vida plena, despreocupada y feliz, en una ignorancia inocente, en un dejarse llevar por la vida (luchando en ella, por supuesto, adaptándose a las situaciones y enfrentándose a cualquier problema práctico), pero sin hacerse preguntas acerca de sí mismo ni del mundo que lo rodea ni del sentido o finalidad de la propia existencia; o, por el contrario, la actitud pasiva, la posibilidad de vivir, como el científico, buscando siempre una verdad, búsqueda que le obligará a) enfrentarse y destruir las mentiras que la humanidad necesita para seguir viviendo o, como él mismo dice: *La ciencia entonces, el instinto de crítica, el instinto de averiguación debe encontrar una verdad: la cantidad de mentira* (por ej. la fe e ideas religiosas, el sentimiento del amor, la confianza en la justicia, los ideales de libertad e igualdad, etc), *que se necesita para la vida*; y b) a confiar, a tener esperanza en que esta labor científica de búsqueda de la verdad llegue a ponerse al servicio de la humanidad, es decir, acabe siendo beneficiosa para la vida concreta de los seres humanos. Esta actitud pasiva ofrece más sabiduría e inteligencia al individuo pero también más dolor, más inquietud, más dudas y sufrimiento.

Para ejemplificar estas contradicciones es Andrés quien recurre, en primer lugar, a la figura de D. Quijote, personaje que simbolizaría para él el instinto vital en su plena expresión, el ‘loco’ que dentro de sus mentiras y ficciones vive la vida en su plenitud, es decir, *la vive más y con más intensidad que los otros*.

Y para ejemplificar el mismo conflicto es Iturriz quien se refiere, en segundo lugar, a la parábola bíblica (libro del Génesis) del árbol de la vida y el árbol de la ciencia. Dios plantó en el paraíso terrenal dos árboles, el *de la vida* y el *de la ciencia del bien y del mal*. *El árbol de la vida era inmenso, frondoso*, y su fruto *daba la inmortalidad*. El de la ciencia, por el contrario, *sería mezquino y triste*, y su fruto daba la muerte (como Dios advirtió a Adán). Así pues, si el ser humano come los frutos de la vida, su existencia será igual que la de los animales (*sed bestias, sed cerdos*), no llegará a “saber” o “entender” nada, pero será feliz y vivirá con plenitud y despreocupación, ajeno por completo a la verdad cruel del mundo. En cambio, si come el *fruto agrio* de la ciencia —como de hecho hicieron Adán y Eva, lo cual les costó la expulsión del paraíso terrenal y el pecado original para todo el género humano—, aprenderá cosas, entenderá cómo es el mundo, llegará a conocer la verdad, pero al mismo tiempo nacerá en él la inquietud y la amargura al tomar conciencia de los problemas reales de la existencia. Es decir, ese conocimiento provocará en el ser humano una *tendencia a mejorar que lo destruirá*, porque aunque el ser humano luche por resolver los problemas (de justicia, igualdad, libertad, pobreza, etc) o por el avance de la ciencia, esa lucha, esos esfuerzos serán al fin completamente inútiles pues el mundo y la vida son un caos terrible ante los que estamos condenados a fracasar. Por tanto, la orden del Dios de *La Biblia* de que Adán (el género humano) debía arrimarse al árbol de la vida y huir del de la ciencia escondía un engaño, una mentira (el temor al conocimiento, el no atreverse a conocer, el dejar ese conocimiento solo en manos de Dios), pero, sin duda, esta mentira resultaba muy práctica y rentable (como *un consejo digno de un accionista de banco*) porque transformaba el sometimiento a Dios y a la ignorancia en una vida plenamente feliz.

La forma de pensar que encontramos en *La Biblia*, que antepone el instinto vital (*la confianza, el optimismo, el oportunismo...*) al instinto de conocimiento (a *la mentalidad científica*); que antepone la vida y la acción a la ciencia y el conocimiento, y que desembocaba inevitablemente en que los hombres *no comprendían nada de la naturaleza*, tiene su origen histórico y cultural en *el semitismo*, es decir, en los pueblos *del Sur* (o sea, del Mediterráneo) de los que surgen las tres grandes religiones del mundo: el judaísmo, el cristianismo y el islam, y también la civilización griega clásica. El semitismo se extendió desgraciadamente por el mundo entero y derrotó (se impuso completamente) a la forma de pensar de los pueblos del Norte (*turánicos y arios*, o sea, los germánicos), los cuales sí *intentaron ver la Naturaleza tal como es*. Las mentiras del semitismo (por ej. un Dios por el que hacer la guerra y al que lamentarse) perduraron en toda la cultura mundial desde la Antigüedad pasando por la Edad Media hasta llegar al mundo moderno (s. XVIII-XIX) en que, poco a poco, la forma de pensar del Norte, la germánica, la que valora el conocimiento y la verdad (a través de la filosofía y la ciencia) vuelve a triunfar (como se ve claramente en la filosofía de Kant y Schopenhauer, dos pensadores alemanes, nórdicos, por tanto); y cuando esto sucede *el mundo vuelve a la cordura, y la verdad aparece como una aurora pálida tras de los terrores de la noche*. A pesar del enorme poder que el semitismo ha tenido (por ej. la Inquisición católica) y todavía tiene en el mundo actual, *La mentalidad científica de los hombres del norte de Europa lo barrerá*. Este triunfo definitivo de la mentalidad científica comienza con Kant, quien *fue apartando las ramas del árbol de la vida que ahogaban al árbol de la Ciencia* y abrió el *camino estrecho y penoso* de la Ciencia. Tras Kant, es Schopenhauer quien destruye las últimas ideas semíticas en que todavía creía Kant (la *libertad*, la *responsabilidad* individual, el *Derecho*, o sea, la justicia) y demuestra que la vida solo es una fuerza desordenada e incontrolable, brutal y cruel, absurda, que empuja y arrolla al ser humano sin remedio alguno: *una*

*cosa* —en palabras de AH— *oscura y ciega, potente y jugosa, sin justicia, sin bondad, sin fin; una corriente llevada por una fuerza X, que él llama voluntad*, y que de vez en cuando produce un pequeño destello *que es la inteligencia* humana. De forma que los ‘principios’ (en permanente contradicción o enfrentamiento) que mueven el mundo serían dos: la *vida* y la *verdad*. Detrás de la vida solo actúa la *voluntad*; y detrás de la verdad funciona la *inteligencia*.

En resumidas cuentas, si al iniciar la charla AH pretendía llegar a una síntesis o respuesta que explicara qué y cómo es el mundo (el natural y el humano), estos dos principios serían finalmente la respuesta, ‘su’ respuesta.

Dicho esto, AH añade una reflexión más acerca del enorme impulso logrado por la filosofía y la ciencia contemporáneas (AH se refiere a los últimos años del s. XIX), impulso donde científicos y filósofos coinciden en su afán de conocimiento, es decir, de destruir las viejas y engañosas ideas científicas y filosóficas del semitismo. Los actuales “*filósofos*” (amantes del saber), *la mayoría* de los cuales son *literatos*, es decir, escritores, confían en la vida, en el instinto vital, en la fuerza brutal, destructiva, cruel, absurda, y por tanto, incontrolable de la vida (o como lo dice AH: *ponen su optimismo en la vida, en la brutalidad de los instintos y cantan la vida cruel, canalla, infame, la vida sin finalidad, sin objeto, sin principios y sin moral, como una pantera en medio de una selva*); mientras que los científicos (o “*biófilos*” —neologismo de Baroja: amantes de la vida natural) ponen su confianza en la Ciencia, esto es, piensan que la Ciencia moderna sí puede comprender y explicar los mecanismos de la Naturaleza y, por tanto, dar sentido, controlar y dirigir la vida del ser humano hacia un futuro cada vez mejor (o como lo dice AH: *suponen que se puede llegar a averiguar el fin del hombre en la Tierra*). Por último, frente a científicos y filósofos, también podemos encontrar a *los que quieren volver a las ideas viejas y a los viejos mitos, porque son útiles para la vida (profesores de retórica los llama satíricamente)*. Son los que defienden el estudio de cosas estúpidas del pasado (ej. *cómo se estornudaba en el siglo XVIII después de tomar rapé*) o los que desprecian por ser *groseras* y vulgares las tendencias modernas de la ciencia y la filosofía (*el materialismo, el determinismo, el encadenamiento de causas y efectos* en la Naturaleza) y defienden, sin embargo, el *espiritualismo* (los valores ‘espirituales’, por ej. el creer en dioses o divinidades) por ser superior intelectualmente, y ello aunque las mentiras del espiritualismo solo sirvan para que los poderosos de siempre (por ej. el ejército, la Iglesia y los comerciantes sin escrúpulos) sigan aplastando a la sociedad con sus tonterías. En cualquier caso, al final, *lo que fracasa es la mentira*; porque *la ciencia marcha adelante, arrollándolo todo*.

En este punto de la conversación surge la primera refutación (rechazo) importante de Iturriz a los argumentos de AH, y la hace refiriéndose al exceso de subjetivismo y abstracción de este: para Iturriz, en el ser humano, los principios de vida-voluntad y verdad-inteligencia no se oponen, no se contradicen, como dice AH, sino que funcionan conjuntamente (*no creo que la voluntad sea sólo una máquina de desear y la inteligencia una máquina de reflejar* o interpretar el mundo. Y añade después: *somos hombres que al mismo tiempo piensan, trabajan, desean, ejecutan... Yo creo que hay ideas que son fuerzas*). Iturriz cree que el ser humano maneja ciertas ideas en su mente que son inseparables de la acción, que son ideas que actúan como fuerzas optimistas y transformadoras tanto de la persona individualmente como de los problemas del mundo, por ejemplo, la felicidad personal, el equilibrio emocional, pero también la educación, la libertad, la Justicia, la igualdad, etc. Sin embargo, AH no cree en la supuesta fuerza bondadosa de estas ideas (por ej. la misma idea de ‘libertad’ puede llevar a un anarquista a escribir un poema *de versos ridículos y humanitarios* y a otro anarquista a poner una bomba). Para él, la fuerza, el impulso de las ideas reside en el instinto, en lo orgánico, en la parte natural-animal del ser humano.

Iturriz resume todo lo discutido hasta el momento diciendo que los dos coinciden en que son las ideas humanas las que ‘representan’ o ‘reflejan’ el mundo y en que, de esas ideas, las más estables y en las que hay más acuerdo (racional y experimental) son las ideas lógicas, matemáticas y científicas. Los dos creen firmemente en la importancia y el poder de la Ciencia en el mundo moderno, *pero* —añade Iturriz— *cuando nos vamos alejando de estos conocimientos simples y entramos en el dominio de la vida, nos encontramos dentro de un laberinto, en medio de la mayor confusión y desorden*. Es decir, la verdad científica es parcial (se refiere a fenómenos concretos pero no ofrece una idea total del mundo y la vida) y, además, avanza muy despacio.

En lo que no se ponen de acuerdo AH e Iturriz es en la relación de vida y verdad (*La verdad es una brújula loca que no funciona en este caos de cosas desconocidas*, o sea, en el mundo, en la vida), y tampoco en cómo las ideas humanas encajan o actúan dentro de la vida. AH piensa que no hay más ideas verdaderas (que den confianza) que las científicas; y que, por lo tanto, ante el mundo y la vida lo que toca es pensar e investigar, pero no actuar, o mejor dicho, solo hacerlo allí donde la ciencia nos ofrece la seguridad de estar haciéndolo correctamente. Iturriz piensa, en cambio, que el ser humano no puede permanecer al margen de los problemas de la vida (*abstenerse de vivir*), que tiene que decidir y actuar sobre ellos (ej. problemas políticos, de fe religiosa, de justicia, etc), y que, fuera de la verdad que busca la ciencia, una norma válida para actuar y decidir en la vida corriente es la de la *utilidad*. O sea, actuar y luchar por todo aquello que se vea que es útil para mejorar la vida de las personas. En cambio, AH dice que la utilidad es una norma *peligrosa* porque puede justificar muchos actos terribles y muchas mentiras (*puede llegar a legitimar las mayores enormidades, a entronizar todos los prejuicios*). A lo que Iturriz le responde que *también, tomando como norma la verdad, se puede ir al fanatismo más bárbaro. La verdad puede ser un arma de combate*. Y AH se defiende diciendo que los que siguen esa clase de verdades no son científicos porque *No hay fanatismo en matemáticas, ni en ciencias naturales*. Sin embargo, sí puede haberlo dentro de cualquier supuesta verdad *en política o en moral*.

Entonces Iturriz insiste en el valor de la utilidad, argumentando que la ciencia (la fisiología) ha demostrado que biológicamente nuestros sentidos perciben la realidad *no de la manera más exacta, sino de la manera más económica, más ventajosa, más útil*. Es decir, que nuestro organismo está programado para tomar (percibir) de lo que nos rodea aquello que nos sea más útil. Pero AH tampoco se deja convencer y repite el razonamiento anterior: lo útil abre la puerta a montones de ideas que para mucha gente son útiles, pero que la ciencia ha demostrado que son mentiras (ej. la libertad, la responsabilidad, las religiones, etc) porque son completamente indemostrables por la razón y por la experiencia.

Iturriz, en cambio, responde que de ese montón de ideas solo hay que tomar las que sean útiles, porque no se puede negar que hay ideas que tienen gran fuerza en el ser humano y son útiles para su vida y para que avance la sociedad. Y pone como ejemplo la fe (*La fe, dentro de lo natural, es indudable que tiene una gran fuerza*) entendida no en sentido religioso sino como confianza en algo que no es real pero que se puede alcanzar. El ser humano, según Iturriz, está biológicamente programado para tener fe, por eso *Si yo me creo capaz de dar un salto de un metro, lo daré; si me creo capaz de dar un salto de dos o tres metros, quizá lo dé también*. Así que la fe se convertirá en una fuerza útil cuando *sirva en el radio de acción de lo posible*, es decir, cuando actúe en

problemas o situaciones reales, concretos y realizables; y será una fuerza inútil cuando se convierta en una creencia disparatada (por ej. *si se cree usted capaz de dar un salto de cincuenta metros, no lo dará usted, por mucha fe que tenga*).

AH no se deja convencer y repite su desconfianza ante el utilitarismo, a lo que Iturriz replica que si el ser humano solo es capaz de guiarse por la verdad científica, *la vida languidece, se hace pálida, anémica, triste*, porque es evidente que las verdades científicas son muy poco prácticas en las decisiones y acciones de la vida corriente ya que solo se pueden aplicar a algunos problemas y no a la conducta humana en su totalidad. Por eso, concluye AH afirmando que *Habría que creer que el árbol de la ciencia es como el clásico manzanillo, que mata a quien se acoge a su sombra*.

En conclusión, el inconveniente principal que Iturriz encuentra en la forma de pensar de AH reside en que su intelectualismo (el seguir solo la verdad científica como norma y finalidad del pensamiento y la acción) lo lleva a alejarse completamente de la vida práctica, de los problemas cotidianos de cualquier persona (amistades, trabajo, amor, política, familia, planes de futuro, etc) y a encerrarse en un mundo reflexivo (filosófico) que le hace más listo y más sabio pero que no le aporta ni serenidad ni felicidad, todo lo contrario, le quita las ganas de vivir.

Por eso le dice Iturriz que *El intelectualismo es estéril*, que incluso en Alemania (cuna del intelectualismo, o sea, de Kant y Schopenhauer) se ha pasado de moda porque solo persigue la *destrucción sistemática y vengativa* de todas las ideas tradicionales, cosa en que AH –por supuesto– no está en absoluto de acuerdo. El intelectualismo de estos pensadores, como las teorías científicas modernas, lo que hace *es llevar el análisis a todo*, y destruir solo aquello que no se sostenga por la razón y la experiencia. Tomar las ideas morales y políticas tradicionales, descomponerlas, analizarlas en sus detalles más pequeños, y ver qué queda de ellas, igual que hace, por ej, en el terreno de las ciencias experimentales, la histología con las partes de la célula. El método científico (el análisis, la crítica sistemática y detallada de todas las ideas) se convierte así en algo beneficioso para la sociedad y para el ser humano, en *una obra de saneamiento, una desinfección de la vida*, que, a pesar de las resistencias de mucha gente, va a servir para *construir un mundo nuevo mejor que el actual*.

Este optimismo cientifista de AH no es compartido, evidentemente, por Iturriz, quien cree, por el contrario, que la ciencia no puede acabar con la maldad del sociedad porque *el egoísmo es un hecho natural, es una necesidad de la vida*, o sea, un rasgo natural de la especie, del género humano, como el andar erguido, o el lenguaje; y el egoísmo es lo que irremediamente mueve a la explotación y destrucción de unos seres humanos por otros. Idea que tampoco comparte AH, el cual no cree en el egoísmo congénito al ser humano sino que *hay formas de agrupación social* [de organización social] *unas mejores que otras, y que se deben ir dejando las malas y tomando las buenas*.

Pero nuevamente Iturriz contradice esta idea de AH. En la sociedad no hay un deseo de mejorar: *A una colectividad no se le moverá jamás diciéndole: puede haber una forma social mejor [...] No, a la mujer y a la colectividad hay que prometerles el paraíso*. Es decir, Iturriz da a entender implícitamente que en la sociedad hay demasiada gente atada a las viejas costumbres y a las viejas ideas y hay tanto miedo a las novedades que no es posible que todas las personas se unan en un proyecto común de mejora. Para que la sociedad se mueva hace falta “prometerle” el paraíso, o lo que es lo mismo –podemos deducir– engañarla con una idea semítica, el ideal maravilloso y falso del paraíso, bien sea el paraíso o cielo cristiano (que está más allá de la vida, bien sea el paraíso que prometen los revolucionarios anarquistas, para los cuales es posible fundar una sociedad plenamente justa, igualitaria y feliz aquí en la tierra, a lo largo de nuestra propia existencia. *En todas partes y en todas épocas los conductores de hombres* [se refiere implícitamente a Cristo, por supuesto, pero también a políticos, a profetas, a revolucionarios, etc] *son prometedores de paraísos*.

AH se aferra, a pesar del profundo pesimismo de su tío, a la capacidad analítica (científica) del ser humano y a la capacidad de transformación de la ciencia, y termina por confiar en que prosiga en el futuro el impulso científico tal como se ha visto hasta la actualidad, impulso de modernización y de destrucción de viejas ideas y miedos viejos de la humanidad: *¡Cuántos terrores no nos ha quitado de encima el análisis! Ya no hay monstruos en el seno de la noche, ya nadie nos acecha. Con nuestras fuerzas vamos siendo dueños del mundo*.

Iturriz está de acuerdo con esto, pero solo en parte porque la ciencia, al mismo tiempo que elimina todo lo oscuro, todo lo misterioso del mundo y del universo, trae tantas explicaciones suficientes y perfectas a los problemas del ser humano *que hace la vida actual completamente vulgar*. En el mundo moderno ya no hay poesía ni sorpresas, la desesperación y el dolor ante la vida de los románticos de principios del s. XIX (Larra, Espronceda) –tengamos siempre en cuenta que AH e Iturriz hablan a finales del XIX– producen risa ahora. En el mundo actual ya no hay más valor que el dinero y la democracia, es decir, la sociedad se ha aburguesado, se ha hecho práctica y materialista, ha resuelto casi todos los interrogantes que hacían que el mundo y la vida fueran cosas atractivas y enigmáticas. La ciencia –dice Iturriz– *nos ha quitado también la vida*.

Los dos se consideran unos románticos, pero mientras el romanticismo de AH cree ciega e ingenuamente en el poder transformador de la ciencia y en la capacidad intelectual y racional del ser humano, el romanticismo de Iturriz –dice él mismo– es un romanticismo *práctico*. O sea, un romántico que no se queda encerrado en el mundo de las ideas científicas e inmóvil ante la vida y el futuro, sino que acepta plenamente *el conjunto de mentiras y verdades que son de uno hasta convertirlo en una cosa viva. Creo que hay que vivir con las locuras que uno tenga, cuidándolas y hasta aprovechándose de ellas*. A Iturriz no le importa manejar ideas anticuadas en su forma de pensar y de actuar, ideas falsas y no científicas, ideas semíticas, no le importa estar engañado y equivocarse, lo que le importa es sentirse vivo, y para sentirse vivo hay que aceptar ideas fuertes y útiles que, aunque sean en sí mismas mentiras, se vivan como verdaderas. Esas ideas fuertes y útiles pueden ser alguna clase de fe o de ilusión que sirvan para que las personas sigan reglas comunes o una disciplina, para que se organicen mejor, etc.

Iturriz pone entonces un ejemplo de acción fuerte que le gustaría llevar a cabo: fundar *La Compañía del Hombre* (en contraste con la organización religiosa del mismo nombre, la Compañía de Jesús, los jesuitas, fundada por Ignacio de Loyola en el s. XVI), y tendría la misión *de enseñar el valor, la serenidad, el reposo; de arrancar toda tendencia de la humanidad a la renunciación, a la tristeza, al engaño, a la rapacidad, al sentimentalismo...* Iturriz, por lo tanto, imagina una especie de ejército de personas (de laicos) que enseñaran por el mundo justo lo contrario que enseña la Compañía de Jesús, es decir, anticuados valores religiosos. Iturriz enseñaría ideas y valores modernos y profundamente positivos, que sirvieran para hacer del ser humano un ser valiente, sereno, activo, alegre, íntegro y bueno (de ahí que AH diga elogiosamente que su ideal sería educar a una especie de *hidalgo* moderno). De alguna manera, Iturriz da a entender que su proyecto sería sustituir o superar la vieja moral, la moral de hombre

antiguo (dominada por el semitismo y el cristianismo) por una moral nueva, de hombre joven y fuerte, que devolviera la dignidad y la energía a la vida de los seres humanos. AH cierra la conversación solicitando que cuente con él cuando la funde.

## QUINTA PARTE LA EXPERIENCIA EN EL PUEBLO<sup>460</sup>

### 1. De viaje

Unos días después nombraban a Hurtado médico titular de Alcolea del Campo.

Era éste un pueblo del centro de España, colocado en esa zona intermedia donde acaba Castilla y comienza Andalucía. Era villa de importancia, de ocho a diez mil habitantes; para llegar a ella había que tomar la línea de Córdoba, detenerse en una estación de la Mancha y seguir a Alcolea en coche<sup>461</sup>.

En seguida de recibir el nombramiento, Andrés hizo su equipaje y se dirigió a la estación del Mediodía. La tarde era de verano, pesada, sofocante, de aire seco y lleno de polvo.

A pesar de que el viaje lo hacía de noche, Andrés supuso que sería demasiado molesto ir en tercera, y tomó un billete de primera clase.

Entró en el andén, se acercó a los vagones, y en uno que tenía el cartel de no fumadores, se dispuso a subir.

Un hombrecillo vestido de negro, afeitado, con anteojos, le dijo con voz melosa y acento americano:

—Oiga, señor; este vagón es para los no fumadores.

Andrés no hizo el menor caso de la advertencia, y se acomodó en un rincón.

Al poco rato se presentó otro viajero, un joven alto, rubio, membrudo, con las guías de los bigotes levantadas hasta los ojos.

El hombre bajito, vestido de negro, le hizo la misma advertencia de que allí no se fumaba.

—Lo veo aquí —contestó el viajero algo molesto, y subió al vagón.

---

<sup>460</sup> JJ Esta 5ª parte recuerda también experiencias del propio Baroja convertidas en ficción. Terminados la carrera y el doctorado y ya muerto Darío, el hermano mayor, Baroja marchó de médico a un pueblo (Cestona, en Guipúzcoa), donde mantuvo un agrio enfrentamiento con el otro médico de la localidad, igual que le ocurre en esta novela a Andrés. El novelista permaneció en Cestona casi dos años: 1894-1895. JJJ Los 10 capítulos de esta 5ª parte forman el conjunto más compacto de la novela al desarrollarse en un nuevo y único espacio (pueblo, Alcolea, frente a gran ciudad, Madrid) y al limitar la acción del protagonista al trabajo de médico. El capítulo 1º (viaje de llegada al pueblo en tren desde Madrid) y capítulo 10º (viaje de salida del pueblo en tren hacia Madrid) subrayan la unidad del conjunto, y el carácter cerrado, aislado, del mundo rural al que ha llegado y en el que tiene que vivir el protagonista. Por otra parte, estos 10 capítulos abarcan aproximadamente un año y cinco meses de la vida de Andrés, así que presentan un ritmo narrativo mucho más lento que los 11 de la parte 1ª, en la que se narran 4 años de carrera universitaria del protagonista. De hecho, esa sensación de inmovilidad y lentitud es la que pesa sobre el alma de Andrés durante este tiempo: *El tiempo en Alcolea le resultaba a Andrés muy largo, se dice en una ocasión; y en otra, se añade: Los días iban sucediéndose a los días y cada uno traía la misma desesperanza, la seguridad de no saber qué hacer (...)*. JJJJ El enfrentamiento o choque de un joven urbano de ideas científicas y modernas con un microcosmos rural, fanático y atrasado es un argumento que ya emplearon los novelistas realistas y naturalistas (ej. Galdós, con la novela *Doña Perfecta*) para denunciar la miseria económica, moral y espiritual del país y para presentar con crudeza el enfrentamiento de dos mentalidades irreconciliables: la progresista, laica, culta y modernizadora del mundo urbano, y la poderosísima mentalidad reaccionaria, clerical, analfabeta y tradicionalista del mundo agrario. En esta parte de *El Árbol de la Ciencia* Baroja a) reproduce muchos aspectos de tal enfrentamiento y denuncia, solo que interiorizando el conflicto en el alma atormentada del protagonista. Lo fundamental del enfrentamiento de Andrés y la sociedad que lo rodea no es la lucha de una persona módicamente buena contra una pandilla de malvados (como en la novela de Galdós) sino la reacción psicológica, espiritual (de decepción, amargura y fracaso) de un tipo que intenta adaptar su personalidad a un mundo que le resulta completamente extraño y hostil; b) los 'males' de Alcolea más criticados por Baroja son muy similares a los que los intelectuales regeneracionistas (ej. Joaquín Costa) señalaban para el mundo rural de todo el país: el peso opresivo del caciquismo y la oligarquía, el fracaso de los cultivos de secano, el empobrecimiento profundo de los campesinos, la educación represiva de la mujer, etc, asuntos diversos que, según el Regeneracionismo, necesitaban ser urgentemente reformados.

<sup>461</sup> JJ Siempre eran coches tirados por caballos o mulas. Por ejemplo, diligencias.

Quedaron los tres en el interior del coche sin hablarse; Andrés, mirando vagamente por la ventanilla y pensando en las sorpresas que le reservaría el pueblo.

El tren echó a andar.

El hombrecito negro sacó una especie de túnica amarillenta, se envolvió en ella, se puso un pañuelo en la cabeza y se tendió a dormir. El monótono golpeteo del tren acompañaba el soliloquio interior de Andrés; se vieron a lo lejos varias veces las luces de Madrid en medio del campo, pasaron tres o cuatro estaciones desiertas y entró el revisor. Andrés sacó su billete, el joven alto hizo lo mismo, y el hombrecito, después de quitarse su balandrán, se registró los bolsillos y mostró un billete y un papel.

El revisor advirtió al viajero que llevaba un billete de segunda.

El hombrecito de negro, sin más ni más, se encolerizó y dijo que aquello era una grosería; había avisado en la estación su deseo de cambiar de clase; él era un extranjero, una persona acomodada, con mucha plata, sí, señor, que había viajado por toda Europa y toda América, y sólo en España, en un país sin civilización, sin cultura, en donde no se tenía la menor atención al extranjero, podían suceder cosas semejantes.

El hombrecito insistió y acabó insultando a los españoles. Ya estaba deseando dejar este país, miserable y atrasado; afortunadamente, al día siguiente estaría en Gibraltar, camino de América<sup>462</sup>.

El revisor no contestaba; Andrés miraba al hombrecito, que gritaba descompuesto, con aquel acento meloso y repulsivo, cuando el joven rubio, irguiéndose, le dijo con voz violenta:

—No le permito hablar así de España. Si usted es extranjero y no quiere vivir aquí, váyase usted a su país pronto, y sin hablar, porque si no, se expone usted a que le echen por la ventanilla, y voy a ser yo; ahora mismo...

— ¡Pero señor! —exclamó el extranjero—. Es que quieren atropellarme...

—No es verdad. El que atropella es usted. Para viajar se necesita educación, y viajando con españoles no se habla mal de España.

—Si yo amo a España y el carácter español —exclamó el hombrecito— Mi familia es toda española. ¿Para qué he venido a España si no para conocer a la madre patria?

—No quiero explicaciones. No necesito oír las —contestó el otro con voz seca, y se tendió en el diván como para manifestar el poco aprecio que sentía por su compañero de viaje.

Andrés quedó asombrado; realmente aquel joven había estado bien.

Él, con su intelectualismo, pensó qué clase de tipo sería el hombre bajito, vestido de negro; el otro había hecho una afirmación rotunda de su país y de su raza. El hombrecito comenzó a explicarse, hablando solo. Hurtado se hizo el dormido.

Un poco después de media noche llegaron a una estación plagada de gente; una compañía de cómicos trasbordaba, dejando la línea de Valencia, de donde venían, para tomar la de Andalucía. Las actrices, con un guardapolvo gris; los actores, con sombreros de paja y gorritas, se acercaban todos como gente que no se apresura, que sabe viajar, que considera el mundo como suyo. Se acomodaron los cómicos en el tren y se oyó gritar de vagón a vagón:

— ¡Eh, Fernández! , ¿dónde está la botella?

— ¡Molina, que la característica te llama!

— ¡A ver ese traspunte, que se ha perdido!

---

<sup>462</sup> ¶¶ En este párrafo y el anterior domina el estilo indirecto libre, es decir, el narrador, por un momento, adopta —sin abandonar la 3ª p. omnisciente— el punto de vista y el discurso conversacional del personaje.

Se tranquilizaron los cómicos, y el tren siguió su marcha.

Ya al amanecer, a la pálida claridad de la mañana, se iban viendo tierras de viña y olivos<sup>463</sup> en hilera.

Estaba cerca la estación donde tenía que bajar Andrés. Se preparó, y al detenerse el tren saltó al andén, desierto. Avanzó hacia la salida y dio la vuelta a la estación. Enfrente, hacia el pueblo, se veía una calle ancha con unas casas grandes blancas y dos filas de luces eléctricas mortecinas. La luna, en menguante iluminaba el cielo. Se sentía en el aire un olor como dulce a paja seca.

A un hombre que pasó hacia la estación le dijo:

—¿A qué hora sale el coche para Alcolea?

—A las cinco. Del extremo de esta misma calle suele salir.

Andrés avanzó por la calle, pasó por delante de la garita de Consumos<sup>464</sup>, iluminada, dejó la maleta en el suelo y se sentó encima, a esperar.

## 2. Llegada al pueblo

Ya era entrada la mañana cuando la diligencia partió para Alcolea. El día se preparaba a ser ardoroso. El cielo estaba azul, sin una nube; el sol brillante; la carretera marchaba recta, cortando entre viñedos y alguno que otro olivar, de olivos viejos y encorvados. El paso de la diligencia levantaba nubes de polvo.

En el coche no iba más que una vieja vestida de negro, con un cesto al brazo.

Andrés intentó conversar con ella, pero la vieja era de pocas palabras o no tenía ganas de hablar en aquel momento.

En todo el camino el paisaje no variaba; la carretera subía y bajaba por suaves lomas entre idénticos viñedos. A las tres horas de marcha apareció el pueblo en una hondonada. A Hurtado le pareció grandísimo.

El coche tomó por una calle ancha de casas bajas, luego cruzó varias encrucijadas y se detuvo en una plaza delante de un caserón blanco, en uno de cuyos balcones se leía: Fonda de la Palma.

—¿Usted parará aquí? —le preguntó el mozo.

—Sí, aquí.

Andrés bajó y entró en el portal. Por la cancela se veía un patio a estilo andaluz, con arcos y columnas de piedra. Se abrió la reja y el dueño salió a recibir al viajero. Andrés le dijo que probablemente estaría bastante tiempo, y que le diera un cuarto espacioso.

—Aquí abajo le pondremos a usted —y le llevó a una habitación bastante grande con una ventana a la calle.

Andrés se lavó y salió de nuevo al patio. A la una se comía. Se sentó en una de las mecedoras. Un canario, en su jaula, colgada del techo, comenzó a gorjear de una manera estrepitosa.

La soledad, la frescura, el canto del canario hicieron a Andrés cerrar los ojos y dormir un rato.

Le despertó la voz del criado, que decía:

—Puede usted pasar a almorzar.

---

<sup>463</sup> El tipo de paisaje hace pensar en el sur de La Mancha, la zona vinatera de Valdepeñas, Alcázar de San Juan, etc.

<sup>464</sup> caseta donde se resguarda un vigilante o centinela. Oficina de Consumos o fielato: oficina instalada a la entrada de las poblaciones que recaudaba antiguamente tasas municipales sobre el tráfico de mercancías en la localidad.

Entró en el comedor. Había en la mesa tres viajeros de comercio. Uno de ellos era un catalán que representaba fábricas de Sabadell; el otro, un riojano que vendía tartratos para los vinos, y el último, una andaluz que vivía en Madrid y corría<sup>465</sup> aparatos eléctricos.

El catalán no era tan petulante como la generalidad de sus paisanos de mismo oficio; el riojano no se las echaba de franco ni de bruto, y el andaluz no pretendía ser gracioso.

Estos tres mirlos blancos<sup>466</sup> del comisionismo<sup>467</sup> eran muy anticlericales.

La comida le sorprendió a Andrés, porque no había más que caza y carne. Esto, unido al vino, muy alcohólico, tenía que producir una verdadera incandescencia interior.

Después de comer, Andrés y los tres viajeros fueron a tomar café al casino. Hacía en la calle un calor espantoso; el aire venía en ráfagas secas como salidas de un horno. No se podía mirar a derecha y a izquierda; las casas, blancas como la nieve rebozadas de cal, reverberaban esta luz vívida y cruel hasta dejarle a uno ciego.

Entraron en el casino. Los viajeros pidieron café y jugaron al dominó. Un enjambre de moscas revoloteaba en el aire. Terminada la partida volvieron a la fonda a dormir la siesta.

Al salir a la calle, la misma bofetada de calor le sorprendió a Andrés; en la fonda los viajeros se fueron a sus cuartos. Andrés hizo lo propio, y se tendió en la cama aletargado. Por el resquicio de las maderas entraba una claridad brillante, como una lámina de oro; de las vigas negras, con los espacios entre una y otra pintados de azul, colgaban telas de araña plateadas. En el patio seguía cantando el canario con su gorjeo chillón, y a cada paso se oían campanadas lentas y tristes...

El mozo de la fonda le había advertido a Hurtado que si tenía que hablar con alguno del pueblo no podría verlo, por lo menos, hasta las seis. Al dar esta hora, Andrés salió de casa y se fue a visitar al secretario del Ayuntamiento y al otro médico.

El secretario era un tipo un poco petulante, con el pelo negro rizado y los ojos vivos. Se creía un hombre superior, colocado en un medio bajo.

El secretario brindó en seguida su protección a Andrés.

—Si quiere usted —le dijo—, iremos ahora mismo a ver a su compañero, el doctor Sánchez.

—Muy bien, vamos.

El doctor Sánchez vivía cerca, en una casa de aspecto pobre. Era un hombre grueso, rubio, de ojos azules, inexpresivos, con una cara de carnero<sup>468</sup>, de aire poco inteligente.

El doctor Sánchez llevó la conversación a la cuestión de la ganancia, y le dijo a Andrés que no creyera que allí, en Alcolea, se sacaba mucho.

Don Tomás, el médico aristócrata del pueblo, se llevaba toda la clientela rica. Don Tomás Solana era de allí; tenía una casa hermosa, aparatos modernos, relaciones...

—Aquí el titular no puede más que mal vivir —dijo Sánchez.

— ¡Qué le vamos a hacer! —murmuró Andrés— Probaremos.

---

<sup>465</sup> ...corría aparatos eléctricos: comercial, diríamos hoy. Persona que actúa como representante comercial de alguna empresa o negocio, y que vende o compra por encargo de estos.

<sup>466</sup> ...mirlos blancos: tipos de rareza extraordinaria (lo dice porque, como acaba de explicar antes, se salen por completo del tópico regional previsible en ellos)

<sup>467</sup> comisionismo es el tipo de trabajo que realizan los tres: lo hacen por encargo, y obtienen cierto porcentaje ("comisión") de lo que venden.

<sup>468</sup> Animalización, rasgo caricaturesco.

El secretario, el médico y Andrés salieron de la casa para dar una vuelta.

Seguía aquel calor exasperante, aquel aire inflamado y seco. Pasaron por la plaza, con su iglesia llena de añadidos y composturas, y sus puestos de cosas de hierro y esparto. Siguieron por una calle ancha, de caserones blancos, con su balcón central lleno de geranios y su reja, afiligranada, con una cruz de Calatrava<sup>469</sup> en lo alto.

De los portales se veía el zaguán con un zócalo azul y el suelo empedrado de piedrecitas, formando dibujos. Algunas calles extraviadas<sup>470</sup>, con grandes paredones de color de tierra, puertas enormes y ventanas pequeñas, parecían de un pueblo moro. En uno de aquellos patios vio Andrés muchos hombres y mujeres de luto rezando.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Aquí le llaman un rezo —dijo el secretario; y explicó que era una costumbre que se tenía de ir a las casas donde había muerto alguno a rezar el rosario.

Salieron del pueblo por una carretera llena de polvo; las galeras de cuatro ruedas volvían del campo cargadas con montones de gavillas.

—Me gustaría ver el pueblo entero; no me formo idea de su tamaño —dijo Andrés.

—Pues subiremos aquí, a este cerrillo —indicó el secretario.

—Yo les dejo a ustedes, porque tengo que hacer una visita —dijo el médico.

Se despidieron de él, y el secretario y Andrés comenzaron a subir un cerro rojo, que tenía en la cumbre una torre antigua, medio derruida.

Hacía un calor horrible, todo el campo parecía quemado, calcinado; el cielo plumizo, con reflejos de cobre, iluminaba los polvorientos viñedos, y el sol se ponía tras de un velo espeso de calina, a través del cual quedaba convertido en un disco blanquecino y sin brillo.

Desde lo alto del cerro se veía la llanura cerrada por lomas grises, tostada por el sol; en el fondo, el pueblo inmenso se extendía con sus paredes blancas, sus tejados de color ceniza y su torre dorada en medio. Ni un bosque, ni un árbol, sólo viñedos y viñedos se divisaban en toda la extensión abarcada por la vista; únicamente dentro de las tapias de algunos corrales una higuera extendía sus anchas y oscuras hojas.

Con aquella luz del anochecer el pueblo parecía no tener realidad; se hubiera creído que un soplo de viento lo iba a arrastrar y a deshacer como nube de polvo sobre la tierra enardecida<sup>471</sup> y seca.

En el aire había un olor empireumático<sup>472</sup>, dulce, agradable.

—Están quemando orujo en alguna alquitara —dijo el secretario.

Bajaron el secretario y Andrés del cerrillo. El viento levantaba ráfagas de polvo en la carretera; las campanas comenzaban a tocar de nuevo.

Andrés entró en la fonda a cenar, y salió por la noche. Había refrescado; aquella impresión de irrealidad del pueblo se acentuaba. A un lado y a otro de las calles languidecían las cansadas lámparas de luz eléctrica.

Salió la luna; la enorme ciudad, con sus fachadas blancas, dormía en el silencio; en los balcones centrales encima del portón, pintado de azul, brillaban los geranios; las rejas, con sus cruces, daban una impresión de

---

<sup>469</sup> Cruz de Calatrava. Cruz de una de las grandes órdenes religiosas y militares medievales. Consiste en una cruz griega con los cuatro brazos iguales, de gules y con flores de lis en los extremos de cada brazo. ¶ Este detalle y otros sugieren que nos hallamos en un pueblo dominado por una religiosidad anticuada e inmovilista.

<sup>470</sup> Sentido figurado: que parecen no ir a ninguna parte.

<sup>471</sup> Sentido figurado: caliente, que despide calor.

<sup>472</sup> que tiene empireuma. Empireuma: olor y sabor particulares, que toman las sustancias animales y algunas vegetales sometidas a fuego violento

romanticismo y de misterio, de tapadas y escapatorias<sup>473</sup> de convento; por encima de alguna tapia, brillante de blancura como un témpano de nieve, caía una guirnalda de hiedra negra, y todo este pueblo, grande, desierto, silencioso, bañado por la suave claridad de la luna, parecía un inmenso sepulcro<sup>474</sup>.

### 3. Primeras dificultades

Andrés Hurtado habló largamente con el doctor Sánchez de las obligaciones del cargo. Quedaron de acuerdo en dividir Alcolea en dos secciones, separadas por la calle Ancha.

Un mes, Hurtado visitaría la parte derecha, y al siguiente, la izquierda. Así conseguirían no tener que recorrer los dos todo el pueblo.

El doctor Sánchez recabó como condición indispensable el que si alguna familia de la sección visitada por Andrés quería que la visitara él o al contrario, se haría según los deseos del enfermo.

Hurtado aceptó; ya sabía que no había de tener nadie predilección por llamarle a él; pero no le importaba.

Comenzó a hacer la visita. Generalmente, el número de enfermos que le correspondían no pasaba de seis o siete.

Andrés hacía las visitas por la mañana; después, en general, por la tarde no tenía necesidad de salir de casa.

El primer verano lo pasó en la fonda; llevaba una vida soñolienta<sup>475</sup>; oía a los viajantes de comercio que en la mesa discursaban y alguna que otra vez iba al teatro, una barraca construida en un patio.

La visita, por lo general, le daba pocos quebraderos de cabeza; sin saber por qué, había supuesto los primeros días que tendría continuos disgustos; creía que aquella gente manchega sería agresiva, violenta, orgullosa; pero no, la mayoría eran sencillos, afables, sin petulancia.

En la fonda, al principio, se encontraba bien; pero se cansó pronto de estar allí. Las conversaciones de los viajantes le iban fastidiando; la comida, siempre de carne y sazónada con especias picantes, le producía digestiones pesadas.

—¿Pero no hay legumbres aquí? —le preguntó al mozo un día.

—Sí.

—Pues yo quisiera comer legumbres: judías, lentejas.

El mozo se quedó estupefacto, y a los pocos días le dijo que no podía ser; había que hacer una comida especial; los demás huéspedes no querían comer legumbres; el amo de la fonda suponía que era una verdadera deshonra para su establecimiento poner un plato de habichuelas o de lentejas.

El pescado no se podía llevar en el rigor del verano, porque no venía en buenas condiciones. El único pescado fresco eran las ranas, cosa un poco cómica como alimento.

Otra de las dificultades era bañarse: no había modo. El agua en Alcolea era un lujo, y un lujo caro. La traían en carros desde una distancia de cuatro leguas<sup>476</sup>, y cada cántaro valía diez céntimos. Los pozos estaban muy profundos; sacar el agua suficiente de ellos para tomar un baño constituía un gran trabajo; se necesitaba

<sup>473</sup> *tapadas y escapatorias...* Tapadas: se decía de las mujeres que se tapaban con el manto o el pañuelo para no ser conocidas. Escapatorias: huidas.

<sup>474</sup> ¶ Las últimas palabras transmiten la sensación definitiva de AHurtado (no se olvide, un tipo urbano, de la capital del país) ante el pueblo. Efectivamente, el paseo le ha servido para hacerse una idea de dónde está: el calor sofocante, la sequedad del paisaje, el atraso, la pobreza y la ruina (de las casas y las calles, de los negocios, de la vida campesina), el peso omnipresente de la religión (en el urbanismo, en las costumbres, en el ambiente), la sugestión de inmovilidad, soledad, abandono e irrealidad de los lugares por donde pasea, todo lo que ve, por tanto, se convierte en un indicio de que se ha metido en una gigantesca sepultura, en una ciudad de muertos, en una especie de cementerio.

<sup>475</sup> Con el sentido de exenta de vitalidad, como de estar permanentemente en un sopor, letargo o modorra.

<sup>476</sup> medida antigua de longitud: una legua, 5.500 metros aproximadamente.

emplear una hora lo menos. Con aquel régimen de carne y con el calor, Andrés estaba constantemente excitado<sup>477</sup>.

Por las noches iba a pasear solo por las calles desiertas. A primera hora, en las puertas de las casas, algunos grupos de mujeres y chicos salían a respirar. Muchas veces Andrés se sentaba en la calle Ancha en el escalón de una puerta y miraba las dos filas de luces eléctricas que brillaban en la atmósfera turbia. ¡Qué tristeza! ¡Qué malestar físico le producía aquel ambiente!

A principios de septiembre, Andrés decidió dejar la fonda. Sánchez le buscó una casa. A Sánchez no le convenía que el médico rival suyo se hospedara en la mejor fonda del pueblo; allí estaba en relación con los viajeros, en sitio muy céntrico; podía quitarle visitas. Sánchez le llevó a Andrés a una casa de las afueras, a un barrio que llamaban del Marrubial.

Era una casa de labor, grande, antigua, blanca, con el frontón pintado de azul y una galería tapiada en el primer piso.

Tenía sobre el portal un ancho balcón y una reja labrada a una callejuela.

El amo de la casa era del mismo pueblo que Sánchez y se llamaba José; pero le decían en burla en todo el pueblo, *Pepinito*. Fueron Andrés y Sánchez a ver la casa, y el ama les enseñó un cuarto pequeño, estrecho, muy adornado, con una alcoba en el fondo oculta por una cortina roja.

—Yo quisiera —dijo Andrés— un cuarto en el piso bajo, y a poder ser, grande.

—En el piso bajo no tengo —dijo ella— más que un cuarto grande, pero sin arreglar.

—Si pudiera usted enseñarlo.

—Bueno.

La mujer abrió una sala antigua y sin muebles con una reja afiligranada a la callejuela<sup>478</sup> que se llamaba de los Carretones.

—¿Y este cuarto está libre?

—Sí.

—Ah, pues aquí me quedo —dijo Andrés.

—Bueno, como usted quiera; se blanqueará, se barrerá y se traerá la cama.

Sánchez se fue y Andrés habló con su nueva patrona.

—¿Usted no tendrá una tinaja inservible? —le preguntó.

—¿Para qué?

—Para bañarme.

—En el corralillo hay una.

—Vamos a verla.

La casa tenía en la parte de atrás una tapia de adobes cubierta con bardales de ramas que limitaba varios patios y corrales; además del establo, la tejavana para el carro, la sarmentera, el lagar, la bodega y la almazara.

---

<sup>477</sup> Con el sentido de alterado, de malestar físico, como dice un poco más adelante.

<sup>478</sup> O sea, es la misma ventana con reja labrada que antes ha visto desde fuera Andrés.

En un cuartucho que había servido de tahona y que daba a un corralillo, había una tinaja grande cortada por la mitad y hundida en el suelo.

—¿Esta tinaja me la podrá usted ceder a mí? —preguntó Andrés.

—Sí, señor; ¿por qué no?

—Ahora quisiera que me indicara usted algún mozo que se encargara de llenar todos los días la tinaja; yo le pagaré lo que me diga.

—Bueno, el mozo de casa lo hará. ¿Y de comer? ¿Qué quiere usted comer? ¿Lo que comemos en casa?

—Sí, lo mismo.

—¿No quiere usted alguna cosa más? ¿Aves? ¿Fiambres?

—No, no. En tal caso, si a usted no le molesta, quisiera que en las dos comidas pusieran un plato de legumbres.

Con estas advertencias, la nueva patrona creyó que su huésped, si no estaba loco, no le faltaba mucho.

La vida en la casa le pareció a Andrés más simpática que en la fonda.

Por las tardes, después de las horas de bochorno, se sentaba en el patio a hablar con la gente de casa. La patrona era una mujer morena de tez blanca, de cara casi perfecta; tenía un tipo de Dolorosa<sup>479</sup>; ojos negríssimos y pelo brillante como el azabache.

El marido, *Pepinito*, era un hombre estúpido, con facha de degenerado, cara juanetuda, las orejas muy separadas de la cabeza y el labio colgante<sup>480</sup>. Consuelo, la hija, de doce a trece años, no era tan desagradable como su padre, ni tan bonita como su madre.

Con un primer detalle adjudicó Andrés sus simpatías y antipatías en la casa.

Una tarde de domingo, la criada cogió una cría de gorrión en el tejado y la bajó al patio.

—Mira, llévalo al pobrecito al corral —dijo el ama—, que se vaya.

—No puede volar —contestó la criada, y lo dejó en el suelo.

En esto entró *Pepinito*, y al ver al gorrión se acercó a una puerta y llamó al gato. El gato, un gato negro con los ojos dorados, se asomó al patio. *Pepinito* entonces asustó al pájaro con el pie, y al verlo revolotear, el gato se abalanzó sobre él y le hizo arrancar un quejido. Luego se escapó con los ojos brillantes y el gorrión en la boca.

—No me gusta ver esto —dijo el ama.

*Pepinito*, el patrón, se echó a reír con un gesto de pedantería y de superioridad del hombre que se encuentra por encima de todo sentimentalismo<sup>481</sup>.

---

<sup>479</sup> Se refiere a que el rostro de esta mujer se parecía al tipo de la Virgen Dolorosa, comúnmente representada en pintura y arte sacro.

<sup>480</sup> ¶ En evidente contraste con la belleza de la mujer, Baroja (que de entrada le adjudica un apodo ridículo, *Pepinito*, una cosificación caricaturesca) describe despreciativamente al marido: carácter y aspecto físico. Así pues, desde la presentación de ambos, el autor/Andrés toma partido por uno de ellos.

<sup>481</sup> ¶ Existe un evidente paralelismo entre el médico que aparecía en el capítulo 1.10. y *Pepinito*, pues ambos simbolizan la degeneración moral a la que puede llegar un hombre. Tanto en esta anécdota como en aquella median animales domésticos, en sí mismos, inocentes; en aquella como esta aparece un tipo brutal, insensible y engreído (solo que aquel es una persona que se suponía culta y este es un estúpido y casi un tarado mental); y en las dos lo que se busca es hacer daño o molestar en extremo a una mujer, y hacerlo gratuitamente, sin necesidad alguna, solo para enfatizar la superioridad del varón, del macho, sobre el "sexo débil". La diferencia está en que en aquella anécdota Andrés Hurtado se revuelve y se enfrenta al médico, pero aquí no hace nada.

#### 4. La hostilidad médica

Don Juan Sánchez había llegado a Alcolea hacía más de treinta años de maestro cirujano<sup>482</sup>; después, pasando unos exámenes, se llegó a licenciar. Durante bastantes años estuvo, con relación al médico antiguo, en una situación de inferioridad, y cuando el otro murió, el hombre comenzó a crecerse y a pensar que ya que él tuvo que sufrir las chinchorrerías del médico anterior, era lógico que el que viniera sufriera las suyas.

Don Juan era un manchego apático y triste, muy serio, muy grave, muy aficionado a los toros. No perdía ninguna de las corridas importantes de la provincia, y llegaba a ir hasta las fiestas de los pueblos de la Mancha baja y de Andalucía.

Esta afición bastó a Andrés para considerarle como un bruto<sup>483</sup>.

El primer rozamiento que tuvieron Hurtado y él fue por haber ido Sánchez a una corrida de Baeza.

Una noche llamaron a Andrés del molino de la Estrella, un molino de harina que se hallaba a un cuarto de hora del pueblo. Fueron a buscarle en un cochecito. La hija del molinero estaba enferma; tenía el vientre hinchado, y esta hinchazón del vientre se había complicado con una retención de orina.

A la enferma la visitaba Sánchez; pero aquel día, al llamarle por la mañana temprano, dijeron en casa del médico que no estaba; se había ido a los toros de Baeza. Don Tomás tampoco se encontraba en el pueblo.

El cochero fue explicando a Andrés lo ocurrido, mientras animaba al caballo con la fusta. Hacía una noche admirable: miles de estrellas resplandecían soberbias, y de cuando en cuando pasaba algún meteoro por el cielo. En pocos momentos, y dando algunos barquinazos en los hoyos de la carretera, llegaron al molino.

Al detenerse el coche, el molinero se asomó a ver quién venía, y exclamó:

—¿Cómo? ¿No estaba don Tomás?

—No.

—¿Y a quién traes aquí?

—Al médico nuevo.

El molinero, iracundo, comenzó a insultar a los médicos. Era hombre rico y orgulloso, que se creía digno de todo.

—Me han llamado aquí para ver a una enferma —dijo Andrés fríamente—. ¿Tengo que verla o no? Porque si no me vuelvo.

—Ya, ¡qué se va a hacer! Suba usted.

---

<sup>482</sup> Más de 30 años significa que llegó a Alcolea hacia 1870, un tiempo en que cirujanos y barberos eran casi lo mismo. Los llamados "cirujanos barberos" ejercían su profesión de forma itinerante, dedicándose, además de a cortar pelo y barba, a operaciones quirúrgicas poco importantes: heridas, sangrías, dientes, fracturas, úlceras, cataratas, cálculos, hernias... , con resultados, por lo general, mediocres. Los "maestros cirujanos" nacieron de una especialización de los anteriores, pues abandonaron por completo la profesión de barbero o peluquero, y se centraron exclusivamente en la cirugía menor, si bien, realizaban esta labor al margen de la carrera de medicina, la cual no incluía estudios de cirugía. Por eso dice que, más tarde, Sánchez consiguió licenciarse de médico.

<sup>483</sup> ¶ Otro personaje despreciable según Andrés. En este caso, a cuenta de los toros. La oposición a la "fiesta nacional" no es de ahora sino de muy antiguo. Ya el rey Carlos III, en pleno s. XVIII, la prohibió por su peligro y bestialismo. Después, con diversos argumentos, se opusieron a ella, por ejemplo, Jovellanos, escritor dieciochesco, Larra, del XIX, y casi todos los miembros de la Generación del 98: su aversión por las corridas de toros iba pareja al anticlericalismo, pues los toros y la fe católica eran, según ellos, símbolos del atraso intelectual (atavismo) del pueblo español y una de las causas que provocaban la abulia y frivolidad que demostraba la sociedad ante los problemas reales de España. Azorín, Baroja, A. Machado, Unamuno, Eugenio Noel criticaron, por ejemplo, que el pueblo pasease por las calles en hombros, a Rafael Guerra, *Guerrita* (torero cordobés que triunfaba en la feria de S. Isidro de Madrid) el mismo día que hundieron nuestra flota de guerra en Santiago de Cuba y se consumó el "desastre del 98".

Andrés subió una escalera hasta el piso principal, y entró detrás del molinero en un cuarto en donde estaba una muchacha en la cama y su madre cuidándola.

Andrés se acercó a la cama. El molinero siguió renegando.

—Bueno. Cállese usted —le dijo Andrés—, si quiere usted que reconozca a la enferma.

El hombre se calló. La muchacha era hidrópica<sup>484</sup>, tenía vómitos, disnea<sup>485</sup> y ligeras convulsiones. Andrés examinó a la enferma; su vientre hinchado parecía el de una rana; a la palpación se notaba claramente la fluctuación<sup>486</sup> del líquido que llenaba el peritoneo<sup>487</sup>.

—¿Qué? ¿Qué tiene? —preguntó la madre.

—Esto es una enfermedad del hígado, crónica, grave —contestó Andrés, retirándose de la cama para que la muchacha no le oyera—; ahora la hidropesía se ha complicado con la retención de orina.

—¿Y qué hay que hacer, Dios mío? ¿O no tiene cura?

—Si se pudiera esperar, sería mejor que viniera Sánchez. Él debe conocer la marcha de la enfermedad.

—¿Pero no se puede esperar? —preguntó el padre con voz colérica.

Andrés volvió a reconocer a la enferma; el pulmón estaba muy débil; la insuficiencia respiratoria, probablemente resultado de la absorción de la urea<sup>488</sup> en la sangre, iba aumentando; las convulsiones se sucedían con más fuerza. Andrés tomó la temperatura. No llegaba a la normal.

—No se puede esperar —dijo Hurtado, dirigiéndose a la madre.

—¿Qué hay que hacer? —exclamó el molinero—. Obre usted...

—Habría que hacer la punción abdominal<sup>489</sup> —repuso Andrés, siempre hablando a la madre—. Si no quieren ustedes que la haga yo...

—Sí, sí, usted.

—Bueno; entonces iré a casa, cogeré mi estuche y volveré.

El mismo molinero se puso al pescante del coche. Se veía que la frialdad desdeñosa de Andrés le irritaba. Fueron los dos durante el camino sin hablarse. Al llegar a su casa, Andrés bajó, cogió su estuche, un poco de algodón y una pastilla de sublimado<sup>490</sup>. Volvieron al molino.

Andrés animó un poco a la enferma, jalonó<sup>491</sup> y friccionó<sup>492</sup> la piel en el sitio de elección, y hundió el trocar<sup>493</sup> en el vientre abultado de la muchacha. Al retirar el trocar y dejar la cánula<sup>494</sup>, manaba el agua, verdosa, llena de serosidades<sup>495</sup>, como de una fuente a un barreño.

---

<sup>484</sup> que padece hidropesía, o acumulación anormal de líquido.

<sup>485</sup> ahogo o dificultad en la respiración

<sup>486</sup> con el sentido de movimiento de la masa de líquido

<sup>487</sup> membrana que cubre la superficie interior del abdomen y forma varios pliegues que envuelven las vísceras.

<sup>488</sup> materia orgánica contenida en la orina

<sup>489</sup> ...*punción abdominal*: introducción de un trocar en el abdomen. Trocar: punzón agudo, fino, con punta de tres aristas cortantes, revestido de una cánula.

<sup>490</sup> quizá se refiere a sublimado corrosivo o cloruro mercurico: sustancia muy venenosa utilizada en medicina como desinfectante.

<sup>491</sup> con el sentido de marcar con algún jalón o señal (la zona de punción).

<sup>492</sup> frotó

<sup>493</sup> Ver nota 489.

<sup>494</sup> tubo corto empleado en aparatos de medicina o laboratorio.

<sup>495</sup> Líquido que segregan ciertas membranas (en este caso, el peritoneo)

Después de vaciarse el líquido, Andrés pudo sondear<sup>496</sup> la vejiga, y la enferma comenzó a respirar fácilmente. La temperatura subió en seguida por encima de lo normal. Los síntomas de la uremia<sup>497</sup> iban desapareciendo. Andrés hizo que le dieran leche a la muchacha, que quedó tranquila.

En la casa había un gran regocijo.

—No creo que esto haya acabado —dijo Andrés a la madre—; se reproducirá, probablemente.

—¿Qué cree usted que debíamos hacer? —preguntó ella humildemente.

—Yo, como ustedes, iría a Madrid a consultar un especialista.

Hurtado se despidió de la madre y de la hija. El molinero montó en el pescante del coche para llevar a Andrés a Alcolea. La mañana comenzaba a sonreír en el cielo; el sol brillaba en los viñedos y en los olivares; las parejas de mulas iban a la labranza, y los campesinos, de negro, montados en las ancas de los borricos, les seguían. Grandes bandadas de cuervos pasaban por el aire.

El molinero fue sin hablar en todo el camino; en su alma luchaban el orgullo y el agradecimiento; quizá esperaba que Andrés le dirigiera la palabra; pero éste no despegó los labios. Al llegar a casa bajó del coche, y murmuró:

—Buenos días.

— ¡Adiós!

Y los dos hombres se despidieron como dos enemigos.

Al día siguiente, Sánchez se le acercó a Andrés, más apático y más triste que nunca.

—Usted quiere perjudicarme —le dijo.

—Sé por qué dice usted eso —le contestó Andrés—; pero yo no tengo la culpa. He visitado a esa muchacha porque vinieron a buscarme, y la operé porque no había más remedio, porque se estaba muriendo.

—Sí; pero también le dijo usted a la madre que fuera a ver a un especialista de Madrid, y eso no va en beneficio de usted ni en beneficio mío.

Sánchez no comprendía que este consejo lo hubiera dado Andrés por probidad, y suponía que era por perjudicarlo a él. También creía que por su cargo tenía un derecho a cobrar una especie de contribución por todas las enfermedades de Alcolea. Que el tío Fulano cogía un catarro fuerte, pues eran seis visitas para él; que padecía un reumatismo, pues podían ser hasta veinte visitas<sup>498</sup>.

El caso de la chica del molinero se comentó mucho en todas partes e hizo suponer que Andrés era un médico conocedor de procedimientos modernos.

Sánchez, al ver que la gente se inclinaba a creer en la ciencia del nuevo médico emprendió una campaña contra él. Dijo que era hombre de libros, pero sin práctica alguna, y que además era un tipo misterioso, del cual no se podía uno fiar.

Al ver que Sánchez le declaraba la guerra francamente, Andrés se puso en guardia. Era demasiado escéptico en cuestiones de medicina para hacer imprudencias. Cuando había que intervenir en casos quirúrgicos, enviaba al

---

<sup>496</sup> Introducir una sonda (tubo) en una parte del cuerpo de una persona; aquí es en la vejiga.

<sup>497</sup> acumulación en la sangre y en los tejidos de sustancias venenosas procedentes de la orina que, en condiciones normales, son eliminadas por el riñón.

<sup>498</sup> JJ Esta es la miseria (corrupción) moral humana representada en la personalidad del doctor Sánchez: 1º) ni se le pasa por la cabeza que el consejo de Andrés a la familia del molinero acerca de ir a un especialista a Madrid naciera del convencimiento y el recto cumplimiento del deber de Andrés, sino del deseo de perjudicarlo; 2º) según enfermedad y tratamiento, Sánchez hace un número mínimo de visitas a domicilio a cada enfermo (las necesite este o no), es decir, cobra una especie de “impuesto” de visitas a domicilio, con lo cual obtiene regularmente un sueldo fijo por cada enfermo.

enfermo a Sánchez, que, como hombre de conciencia bastante elástica<sup>499</sup>, no se alarmaba por dejarle a cualquiera ciego o manco.

Andrés casi siempre empleaba los medicamentos a pequeñas dosis; muchas veces no producían efecto; pero al menos no corría el peligro de una torpeza. No dejaba de tener éxitos; pero él se confesaba ingenuamente a sí mismo que, a pesar de sus éxitos, no hacía casi nunca un diagnóstico bien.

Claro que por prudencia no aseguraba los primeros días nada; pero casi siempre las enfermedades le daban sorpresas; una supuesta pleuresía<sup>500</sup> aparecía como una lesión hepática<sup>501</sup>; una tifoidea<sup>502</sup> se le transformaba en una gripe real.

Cuando la enfermedad era clara, una viruela o una pulmonía, entonces la conocía él y la conocían las comadres de la vecindad, y cualquiera.

Él no decía que los éxitos se debían a la casualidad; hubiera sido absurdo; pero tampoco los lucía como resultado de su ciencia. Había cosas grotescas en la práctica diaria; un enfermo que tomaba un poco de jarabe simple y se encontraba curado de una enfermedad crónica del estómago; otro, que con el mismo jarabe decía que se ponía a la muerte.

Andrés estaba convencido de que en la mayoría de los casos una terapéutica muy activa no podía ser beneficiosa más que en manos de un buen clínico, y para ser un buen clínico era indispensable, además de facultades especiales, una gran práctica. Convencido de esto, se dedicaba al método expectante<sup>503</sup>. Daba mucha agua con jarabe. Ya le había dicho confidencialmente al boticario:

—Usted cobre como si fuera quinina<sup>504</sup>.

Este escepticismo en sus conocimientos y en su profesión le daba prestigio.

A ciertos enfermos les recomendaba los preceptos higiénicos<sup>505</sup>, pero nadie le hacía caso.

Tenía un cliente, dueño de unas bodegas, un viejo artrítico<sup>506</sup>, que se pasaba la vida leyendo folletines. Andrés le aconsejaba que no comiera carne y que anduviera.

—Pero si me muero de debilidad, doctor —decía él—. No como más que un pedacito de carne, una copa de jerez y una taza de café.

—Todo eso es malísimo —decía Andrés.

Este demagogo<sup>507</sup>, que negaba la utilidad de comer carne, indignaba a la gente acomodada... y a los carniceros.

---

<sup>499</sup> *de conciencia bastante elástica*: de conciencia bastante flexible y relejada, esto es, con un entendimiento (de su oficio) muy poco riguroso y exigente.

<sup>500</sup> inflamación de la pleura. Pleura: membrana serosa que recubre las paredes de la cavidad torácica y los pulmones

<sup>501</sup> del hígado

<sup>502</sup> fiebre tifoidea (ver nota 80)

<sup>503</sup> ¶¶ Para poner tratamientos adecuados (o sea, hacer terapéutica correctamente) hace falta saber mucho y tener práctica. Andrés ve que no tiene ninguna de las dos cosas. Entonces, aplica el sentido común y hace una terapéutica (*expectante*, la llama) basada en esperar ante los síntomas de la enfermedades, y no precipitarse en el tratamiento ni en la prescripción de fármacos. A continuación, se añade que esta forma “escéptica” de actuar, esto es, no ordenar nunca el tratamiento si antes no se ha confirmado el diagnóstico, le da prestigio en el pueblo (lo cual significa que los otros dos médicos imponían sus tratamientos y fármacos de forma rutinaria, siguiendo la costumbre de otros muchos casos, sin el necesario rigor científico y profesional). Cabe recordar aquí, que la desconfianza en los tratamientos y en los fármacos la aprendió Andrés cuando Luisito enfermó por primera vez (ver capítulo 1.9.).

<sup>504</sup> Era este un medicamento habitual, pero vemos que Andrés lo sustituye por un jarabe disuelto en agua, es decir, evita prescribir quinina si le es posible, y la sustituye por un placebo (jarabe aguado).

<sup>505</sup> *preceptos higiénicos*: normas y hábitos de higiene (lavarse, cambiarse la ropa, etc)

<sup>506</sup> que padece artritis, inflamación de las articulaciones.

<sup>507</sup> *Este demagogo...* se refiere a Andrés, visto por sus pacientes ricos. Un demagogo es quien practica la demagogia: empleo de falsas promesas que son populares pero difíciles de cumplir, y otros procedimientos similares para convencer a la gente de sus ideas y para atraerla a su bando. ¶¶ Los ricos lo ven como un demagogo porque defiende, digamos, ideas médicas modernas (evitar las grasas, el alcohol y los excitantes —cafeína, por ejemplo—, comer mucha verdura, etc) que van en contra de los hábitos tradicionales de

Hay una frase de un escritor francés que quiere ser trágica y es enormemente cómica. Es así: «Desde hace treinta años no se siente placer en ser francés.» El vinatero artrítico debía decir: «Desde que ha venido este médico no se siente placer en ser rico<sup>508</sup>.»

La mujer del secretario del Ayuntamiento, una mujer muy remilgada y redicha, quería convencer a Hurtado de que debía casarse y quedarse definitivamente en Alcolea.

—Ya veremos —contestaba Andrés.

## 5. Alcolea del Campo<sup>509</sup>

Las costumbres de Alcolea eran españolas puras; es decir, de un absurdo completo.

El pueblo no tenía el menor sentido social; las familias se metían en sus casas, como los trogloditas en su cueva. No había solidaridad<sup>510</sup>; nadie sabía ni podía utilizar la fuerza de la asociación. Los hombres iban al trabajo y a veces al casino. Las mujeres no salían más que los domingos a misa.

Por falta de instinto colectivo el pueblo se había arruinado.

En la época del tratado de los vinos con Francia, todo el mundo, sin consultarse los unos a los otros, comenzó a cambiar el cultivo de sus campos, dejando el trigo y los cereales y poniendo viñedos; pronto el río de vino de Alcolea se convirtió en río de oro. En este momento de prosperidad, el pueblo se agrandó, se instaló la luz eléctrica... ; luego vino la terminación del tratado, y como nadie sentía la responsabilidad de representar el pueblo, a nadie se le ocurrió decir: “Cambiemos el cultivo; volvamos a nuestra vida antigua; empleemos la riqueza producida por el vino en transformar la tierra para las necesidades de hoy”. Nada.

El pueblo aceptó la ruina con resignación.

—Antes éramos ricos —se dijo cada alcoleano—. Ahora seremos pobres. Es igual; viviremos peor, suprimiremos nuestras necesidades.

Aquel estoicismo<sup>511</sup> acabó de hundir al pueblo.

Era natural que así fuese; cada ciudadano de Alcolea se sentía tan separado del vecino como de un extranjero. No tenían una cultura común (no la tenían de ninguna clase); no participaban de admiraciones comunes: sólo el hábito, la rutina, les unía; en el fondo, todos eran extraños a todos.

---

alimentación de una persona con dinero (comer todo tipo de productos caros), y que, deducimos, no son cuestionados por los otros dos médicos del pueblo.

<sup>508</sup> ¶¶ Pues les quita de la dieta aquello que está sabroso y es caro, y lo sustituye por lo saludable.

<sup>509</sup> ¶¶ Los capítulos 5, 6, 7 y 8 detienen el ritmo narrativo que se ha mantenido constante hasta este momento. El narrador deja de lado la actividad de Andrés en el pueblo, e introduce una larga pausa para darnos una visión panorámica de cómo es la sociedad alcoleana (caps. 5, 6 y 7) y cómo influye esta en Andrés (cap. 8). Primero, pues, se censura con dureza la vida del pueblo, destacando sus aspectos más absurdos pero también los más ruines y sórdidos. Baroja pone su lupa en la historia y la política del pueblo, en algunos personajes castizos (Pepinito, D. Blas y el pianista) y en las costumbres tradicionales de la localidad. Y por último —cap. 8— se analizan los efectos devastadores del pueblo sobre las costumbres y la salud de Andrés. ¶¶¶ En cuento a este capítulo 5, todo él es una extensa exposición valorativa que sirve para explicar y censurar con severidad los “males” del pueblo, el estado de decadencia en que se encuentra. Primero, se refiere al origen histórico de la enfermedad espiritual y económica que padece Alcolea (la crisis del negocio del vino), y, después (a partir del párrafo *El tiempo en Alcolea le resultaba a Andrés muy largo*), al mundo subterráneo donde se guarda y madura el vino, un mundo casi irreal y fantástico. El diagnóstico definitivo de AHurtado/Baroja es que la vida de Alcolea es *de un absurdo completo*, de forma que, detrás de todos los razonamientos que vamos a leer, se esconde la evidencia de que la incoherencia y la irracionalidad (el absurdo) dominan la vida del pueblo.

<sup>510</sup> Baroja iguala aquí *solidaridad* con *instinto colectivo*. ¶¶ Es decir, el compartir un proyecto colectivo por el que luchar, el apoyarse los unos en los otros, el tener aficiones comunes, el llegar a acuerdos para actuar, etc, todo esto es el instinto colectivo, cosa que no existe en Alcolea. El absurdo del retraimiento, del aislamiento de cada cual en sí mismo, llevó al pueblo a la ruina, como va a contar en seguida.

<sup>511</sup> *estoicismo* se iguala por el contexto del párrafo con *resignación*.

Muchas veces a Hurtado le parecía Alcolea una ciudad en estado de sitio. El sitiador era la moral, la moral católica<sup>512</sup>. Allí no había nada que no estuviera almacenado y recogido: las mujeres, en sus casas; el dinero, en las carpetas<sup>513</sup>; el vino, en las tinajas.

Andrés se preguntaba: ¿Qué hacen estas mujeres? ¿En qué piensan? ¿Cómo pasan las horas de sus días? Difícil era averiguarlo.

Con aquel régimen de guardarlo todo, Alcolea gozaba de un orden admirable; sólo un cementerio bien cuidado podía sobrepasar tal perfección.

Esta perfección se conseguía haciendo que el más inepto fuera el que gobernara. La ley de selección en pueblos como aquél se cumplía al revés<sup>514</sup>. El cedazo<sup>515</sup> iba separando el grano de la paja, luego se recogía la paja y se desperdiciaba el grano. Algún burlón hubiera dicho que este aprovechamiento de la paja entre españoles no era raro. Por aquella selección a la inversa, resultaba que los más aptos allí eran precisamente los más ineptos.

En Alcolea había pocos robos y delitos de sangre; en cierta época los había habido entre jugadores y matones; la gente pobre no se movía, vivía en una pasividad lánguida; en cambio, los ricos se agitaban, y la usura iba sorbiendo toda la vida de la ciudad.

El labrador, de humilde pasar<sup>516</sup>, que durante mucho tiempo tenía una casa con cuatro o cinco parejas de mulas, de pronto aparecía con diez, luego con veinte; sus tierras se extendían cada vez más, y él se colocaba entre los ricos.

La política de Alcolea respondía perfectamente al estado de inercia y desconfianza del pueblo. Era una política de caciquismo<sup>517</sup>, una lucha entre dos bandos contrarios, que se llamaban el de los *Ratones* y el de los *Mochuelos*; los *Ratones* eran liberales, y los *Mochuelos*, conservadores.

En aquel momento dominaban los *Mochuelos*. El *Mochuelo* principal era el alcalde, un hombre delgado, vestido de negro, muy clerical, cacique de formas suaves, que suavemente iba llevándose todo lo que podía del municipio.

El cacique liberal del partido de los *Ratones* era don Juan, un tipo bárbaro y despótico, corpulento y forzado, con unas manos de gigante; hombre que cuando entraba a mandar<sup>518</sup> trataba al pueblo en conquistador<sup>519</sup>. Este

---

<sup>512</sup> ¶ La resignación empuja a la gente a una rutina ciega; y la moral católica, con sus normas inflexibles y tradicionales, sirve para que nada cambie, para mantener a las personas (a las mujeres especialmente) atadas al aislamiento, a la inercia y la resignación. La vida cotidiana aparece, entonces, completamente ordenada, reglamentada (cada cosa siempre en su sitio, escondida y quieta), como está quieto y ordenado un cementerio. Es decir, la vida cotidiana de Alcolea es la de un pueblo muerto. Pero junto a la moral católica, el otro factor que ‘mata’ al pueblo son los políticos, los que gobiernan, auténticos ineptos que nada aportan a la comunidad. Esta situación conduce a otra consecuencia odiosa: los pobres viven en una pasividad desesperanzada mientras que los ricos practican con vigor la usura y se apoderan de la poca riqueza de la gente. Los políticos ineptos responsables de esta decadencia del pueblo son, como se explica más adelante, los de la Restauración, es decir, los que se amparan en el “caciquismo”: *Ratones* y *Mochuelos* (ver notas 30 y 517).

<sup>513</sup> cartera grande, generalmente de piel, que sirve para escribir sobre ella y para guardar dentro papeles (o dinero, como dice aquí).

<sup>514</sup> ¶ La ley darwinista de la evolución de la especie dice que hay una selección natural que trae el mejoramiento del individuo a lo largo de generaciones y generaciones en su lucha de adaptación al medio. Si se produce al revés, es que de individuos políticamente aptos e inteligentes (el *grano* de la cosecha) se ha ‘evolucionado’ a lo de ahora, que es lo contrario: individuos ineptos (la *paja*). O sea, el *cedazo* de la selección natural ha funcionado mal en España.

<sup>515</sup> Término figurado: *cedazo* se refiere en este contexto a selección natural, al mejoramiento que esta trae. En su acepción recta *cedazo* es un instrumento para cribar que está compuesto por un aro o un marco al cual va asegurada, por ejemplo, una tela metálica fina con el fin de separar lo fino de lo grueso de una sustancia, y escoger lo que sirve.

<sup>516</sup> vivir

<sup>517</sup> ¶ El caciquismo (satirizado aquí en unas pocas frases) fue el alma, y la gran herramienta, de la Restauración borbónica (1875-1931), un sistema monárquico aparentemente democrático. Ver notas 17 y 30. El partido liberal y el conservador manipulaban a su antojo las elecciones (solo aparentemente limpias) para repartirse el poder cada cierto tiempo. Los personajes que aseguraban esa alternancia fraudulenta eran los caciques (liberales o conservadores), personajes del mundo rural, ricos y muy influyentes, que se encargaban de comprar votos, doblegar a las buenas o a las malas la voluntad del ciudadano, cambiar unas papeletas por otras en las urnas, extorsionar a los vecinos... lo que hiciera falta para que salieran los resultados que los dos partidos ya habían decidido. Baroja, en este párrafo, satiriza aquella forma de hacer política.

<sup>518</sup> o sea, cuando se convertía en alcalde.

<sup>519</sup> Como si fuera su conquistador. ...*en conquistador* es complemento predicativo subjetivo.

gran Ratón no disimulaba como el *Mochuelo*; se quedaba con todo lo que podía, sin tomarse el trabajo de ocultar decorosamente sus robos.

Alcolea se había acostumbrado a los *Mochuelos* y a los *Ratones*, y los consideraba necesarios. Aquellos bandidos eran los sostenes de la sociedad; se repartían el botín: tenían unos para otros un tabú<sup>520</sup> especial, como el de los polinesios<sup>521</sup>.

Andrés podía estudiar en Alcolea todas aquellas manifestaciones del árbol de la vida, y de la vida áspera manchega: la expansión del egoísmo, de la envidia, de la crueldad, del orgullo<sup>522</sup>.

A veces pensaba que todo esto era necesario; pensaba también que se podía llegar, en la indiferencia intelectualista, hasta disfrutar contemplando estas expansiones, formas violentas de la vida.

“¿Por qué incomodarse, si todo está determinado, si es fatal, si no puede ser de otra manera? —se preguntaba—. ¿No era científicamente un poco absurdo el furor que le entraba muchas veces al ver las injusticias del pueblo? Por otro lado: ¿no estaba también determinado, no era fatal el que su cerebro tuviera una irritación que le hiciera protestar contra aquel estado de cosas violentamente?”

Andrés discutía muchas veces con su patrona. Ella no podía comprender que Hurtado afirmase que era mayor delito robar a la comunidad, al Ayuntamiento, al Estado, que robar a un particular. Ella decía que no; que defraudar a la comunidad no podía ser tanto como robar a una persona. En Alcolea casi todos los ricos defraudaban a la Hacienda, y no se les tenía por ladrones.

Andrés trataba de convencerla de que el daño hecho con el robo a la comunidad era más grande que el producido contra el bolsillo de un particular; pero la Dorotea no se convencía.

— ¡Qué hermosa sería una revolución —decía Andrés a su patrona—, no una revolución de oradores y de miserables charlatanes, sino una revolución de verdad! *Mochuelos* y *Ratones*, colgados de los faroles, ya que aquí no hay árboles, y luego lo almacenado por la moral católica, sacarlo de sus rincones y echarlo a la calle: los hombres, las mujeres, el dinero, el vino; todo a la calle.

Dorotea se reía de estas ideas de su huésped, que le parecían absurdas.

Como buen epicúreo<sup>523</sup>, Andrés no tenía tendencia alguna por el apostolado.

Los del Centro republicano<sup>524</sup> le habían dicho que diera conferencias acerca de higiene; pero él estaba convencido de que todo aquello era inútil, completamente estéril.

---

<sup>520</sup> ¶ O sea, ambos partidos compartían el objetivo de robar todo lo que pudieran, y ni el uno ni el otro se censuraban por hacerlo, como si tal censura fuera un tabú efectivo y pactado.

<sup>521</sup> Efectivamente la palabra tabú es un extranjerismo de las lenguas de la Polinesia (Oceanía). Los polinesios primitivos tenían una serie de palabras que, por aludir a seres o hechos sobrenaturales, no podían ser pronunciadas so pena de castigo físico.

<sup>522</sup> ¶ Recordemos que, en la conversación filosófica de la cuarta parte, este tipo de sentimientos ‘negativos’ de una colectividad eran característicos de la “raza semítica”, partidaria de la acción frente al conocimiento, de la vida mentirosa o ficticia frente a la verdad descarnada y dolora, partidaria del árbol de la vida antes que del de la ciencia. Pero AHurtado no consigue ser indiferente a este clima de degradación moral. Le gustaría, desde luego, encerrarse en su intelectualismo y ver la realidad de Alcolea con despreocupación e incluso como una cosa divertida, pero el furor y la irritación violenta se adueñan de él ante las injusticias del pueblo. Su mente, fríamente, le dice que es absurdo reaccionar de este modo ante una realidad imposible de alterar; y que es lógico, incluso, reaccionar con ira ante lo que vive y contempla, pero no logra que esa frialdad intelectual, analítica se imponga dentro de él. Podemos concluir, por tanto, que le vence un exigente sentido del deber. Un ejemplo de esa degradación moral que imperaba en el pueblo era la opinión inocente de Dorotea de que robar al Estado (cosa que hacían todos los ricos de Alcolea sin que nadie lo censurara) es menos grave que robar a un particular, sin que Andrés consiguiera convencerla de lo contrario. Y en ese momento de la discusión Andrés echaba en falta (un tanto ilusoriamente) una revolución profunda que destruyera los cimientos de tal degradación (la Iglesia y los políticos) y que saneara moralmente al pueblo.

<sup>523</sup> Ver nota 328.

<sup>524</sup> ¶ Es decir, Andrés no hace amistad con *Ratones* ni *Mochuelos* sino que pone sus simpatías en el círculo republicano, que representa, evidentemente, una ideología considerada en aquellos tiempos como revolucionaria y desestabilizadora por liberales y conservadores, que eran los grandes partidos beneficiados por el sistema monárquico (rey Alfonso XII) de la Restauración, imperante en ese momento. Ver nota 517. A pesar de ello, y aunque utópicamente Andrés imagina una revolución social, lo que les dice a los republicanos es que no merece la pena entrar en la lucha política y que lo mejor es que huyan del pueblo. Un *partido de protesta* (en la época se consideraban partidos anti-sistema a socialistas, anarquistas y republicanos) siempre será mala solución porque

¿Para qué? Sabía que ninguna de estas cosas había de tener eficacia, y prefería no ocuparse de ellas.

Cuando le hablaban de política, Andrés decía a los jóvenes republicanos:

—No hagan ustedes un partido de protesta<sup>525</sup>. ¿Para qué? Lo menos malo que puede ser es una colección de retóricos y de charlatanes; lo más malo es que sea otra de *Mochuelos* o de *Ratones*.

—¡Pero, don Andrés! ¡Algo hay que hacer!

—¡Qué van ustedes a hacer! ¡Es imposible! Lo único que pueden ustedes hacer es marcharse de aquí.

El tiempo en Alcolea le resultaba a Andrés muy largo.

Por la mañana hacía su visita; después volvía a casa y tomaba el baño.

Al atravesar el corralillo se encontraba con la patrona, que dirigía alguna labor de la casa; la criada solía estar levando la ropa en una media tinaja, cortada en sentido longitudinal que parecía una canoa, y la niña correteaba de un lado a otro.

En este corralillo tenían una sarmentera, donde se secaban las gavillas de sarmientos, y montones de leña de cepas viejas.

Andrés abría la antigua tahona, y se bañaba. Después iba a comer.

El otoño todavía parecía verano: era costumbre dormir la siesta. Estas horas de siesta se le hacían a Hurtado pesadas, horribles.

En su cuarto echaba una estera en el suelo, y se tendía sobre ella, a oscuras. Por la rendija de las ventanas entraba una lámina de luz; en el pueblo dominaba el más completo silencio; todo estaba aletargado bajo el calor del sol; algunos moscones rezongaban en los cristales; la tarde, bochornosa, era interminable.

Cuando pasaba la fuerza del día, Andrés salía al patio y se sentaba a la sombra del emparrado a leer.

El ama, su madre y la criada cosían cerca del pozo; la niña hacía encaje de bolillos<sup>526</sup> con hilos y unos alfileres clavados sobre una almohada; al anochecer regaban los tiestos de claveles, de geranios y de albahacas.

Muchas veces venían vendedores y vendedoras ambulantes a ofrecer frutas, hortalizas o caza.

—¡Ave María Purísima! —decían al entrar. Dorotea veía lo que traían.

—¿Le gusta a usted esto, don Andrés? —le preguntaba Dorotea a Hurtado.

—Sí, pero por mí no se preocupe usted —contestaba él.

Al anochecer volvía el patrón. Estaba empleado en unas bodegas, y concluía a aquella hora el trabajo. *Pepinito* era un hombre petulante; sin saber nada, tenía la pedantería de un catedrático. Cuando explicaba algo bajaba los párpados, con aire de suficiencia tal, que a Andrés le daban ganas de estrangularle.

*Pepinito* trataba muy mal a su mujer y a su hija; constantemente las llamaba estúpidas, borricas, torpes; tenía el convencimiento de que él era el único que hacía bien las cosas.

---

enseguida se convertirá, o bien en un grupo de políticos *charlatanes* e inútiles, o bien en un grupo de políticos corrompidos (como los que ya hay, liberales y conservadores).

<sup>525</sup> ¶¶ Hoy lo llamaríamos un partido anti-sistema (ej "Podemos")

<sup>526</sup> *encaje de bolillos*: tarea artesanal textil que consiste en entretejer, a mano, hilos que inicialmente están enrollados en bobinas, llamadas bolillos, para manejarlos mejor. Se trata de un trabajo difícil, lento y muy delicado, que da como resultado tejidos de adorno para el hogar (muebles, camas, cortinas, etc) que presentan lazadas y calados con figuras, flores, etc. ¶¶ Antiguamente, era una habilidad exclusiva de la mujer, como se ve en este pasaje, y, en cierta forma, una parte de su formación de cara al matrimonio.

—¡Que este bestia tenga una mujer tan guapa y tan simpática, es verdaderamente desagradable! —pensaba Andrés.

Entre las manías de *Pepinito* estaba la de pasar por tremendo<sup>527</sup>. Le gustaba contar historias de riñas y de muertes. Cualquiera al oírle hubiese creído que se estaban matando continuamente en Alcolea; contaba un crimen ocurrido hacía cinco años en el pueblo, y le daba tales variaciones y lo explicaba de tan distintas maneras, que el crimen se desdoblaba y se multiplicaba.

*Pepinito* era del Tomelloso, y todo lo refería a su pueblo. El Tomelloso, según él, era la antítesis de Alcolea; Alcolea era lo vulgar, el Tomelloso, lo extraordinario; que se hablase de lo que se hablase, *Pepinito* le decía a Andrés:

—Debía usted ir al Tomelloso. Allí no hay ni un árbol.

—Ni aquí tampoco —le contestaba Andrés, riendo.

—Sí. Aquí, algunos —replicaba *Pepinito* — Allí todo el pueblo está agujereado por las cuevas para el vino, y no crea usted que son modernas, no, sino antiguas. Allí ve usted tinajones<sup>528</sup> grandes metidos en el suelo. Allí todo el vino que se hace es natural; malo, muchas veces, porque no saben prepararlo, pero natural.

—¿Y aquí?

—Aquí ya emplean la química —decía *Pepinito*, para quien Alcolea era un pueblo degenerado por la civilización—; tartratos, campeche, fuchsina<sup>529</sup>, demonios le echan éstos al vino.

Al final de septiembre, unos días antes de la vendimia, la patrona le dijo a Andrés:

—¿Usted no ha visto nuestra bodega?

—No.

—Pues vamos ahora a arreglarla.

El mozo y la criada estaban sacando leña y sarmientos, metidos durante todo el invierno en el lugar, y dos albañiles iban picando las paredes. Dorotea y su hija le enseñaron a Hurtado el lagar a la antigua, con su viga para prensar, las chanclas de madera y de esparto que se ponen los pisadores en los pies y los vendos<sup>530</sup> para sujetárselas.

Le mostraron las piletas donde va cayendo el mosto y lo recogen en cubos, y la moderna bodega, capaz para dos cosechas con barricas y conos de madera.

—Ahora, si no tiene usted miedo, bajaremos a la cueva antigua<sup>531</sup> —dijo Dorotea.

—Miedo, ¿de qué?

---

<sup>527</sup> en este contexto, persona a la que gusta impresionar a los demás con historias o anécdotas macabras y exageradas.

<sup>528</sup> *tinajones*. Aumentativo de tinaja: vasija enorme de barro, mucho más ancha por el medio que por el fondo y por la boca.

<sup>529</sup> *tartratos, campeche, fuchsina*: productos químicos para conservar los vinos o para conseguir de ellos ciertos sabores.

<sup>530</sup> hilo basto y de diversos colores. La viga para prensar, las chanclas de madera y esparto y los vendos son elementos habitualmente de los lagares antiguos donde se pisaba y prensaba la uva para sacar el mosto.

<sup>531</sup> ¶ Se inicia aquí la visita a la cueva familiar donde madura el vino antes de ser vendido. El descenso a este espacio subterráneo simboliza la entrada a un mundo de ficciones y encantamientos que recuerdan las fantasías quijotescas (leyendas, restos humanos, duendes y gigantes, creencias religiosas, etc), de hecho, hay un famoso episodio de *El Quijote* (2ª parte) en que el viejo hidalgo desciende a la llamada Cueva de Montesinos, y cuando regresa a la superficie cuanta una asombrosa historia vivida en ella. La bodega, como la cueva quijotesca, es un mundo donde la vida real se desvanece y da paso a lo absurdo y a lo irracional. La cueva que visita Andrés sería como un símbolo indirecto del alma absurda de Alcolea, un pueblo irreal, muerto, alejado del mundo moderno, que vive de sus propias fantasías y mentiras, entre ellas las religiosas, pero que es capaz de producir vino, un bien muy estimado y útil para la sociedad.

— ¡Ah! Es una cueva donde hay duendes, según dicen.

—Entonces hay que ir a saludarlos.

El mozo encendió un candil y abrió una puerta que daba al corral. Dorotea, la niña y Andrés le siguieron. Bajaron a la cueva por una escalera desmoronada. El techo rezumaba humedad. Al final de la escalera se abría una bóveda que daba paso a una verdadera catacumba húmeda, fría, larguísima, tortuosa.

En el primer trozo de esta cueva había una serie de tinajones empotrados a medias en la pared; en el segundo, de techo más bajo, se veían las tinajas de Colmenar<sup>532</sup>, altas, enormes, en fila, y a su lado las hechas en el Toboso, pequeñas, llenas de mugre, que parecían viejas gordas y grotescas.

La luz del candil, al iluminar aquel antro, parecía agrandar y achicar alternativamente el vientre abultado de las vasijas.

Se explicaba que la fantasía de la gente hubiese transformado en duendes aquellas ánforas vinarias, de las cuales, las ventradas y abultadas tinajas toboseñas parecían enanos, y las altas y airosas fabricadas en Colmenar tenían aire de gigantes. Todavía en el fondo se abría un anchurón con doce grandes tinajones. Este hueco se llamaba la Sala de los Apóstoles<sup>533</sup>.

El mozo aseguró que en aquella cueva se habían encontrado huesos humanos, y mostró en la pared la huella de una mano que él suponía era de sangre.

—Si a don Andrés le gustara el vino —dijo Dorotea—, le daríamos un vaso de este añejo que tenemos en la solera.

—No, no; guárdelo usted para las grandes fiestas.

Días después comenzó la vendimia. Andrés se acercó al lugar, y el ver aquellos hombres sudando y agitándose en el rincón bajo de techo<sup>534</sup>, le produjo una impresión desagradable. No creía que esta labor fuera tan penosa.

Andrés recordó a Iturriz, cuando decía que sólo lo artificial es bueno, y pensó que tenía razón. Las decantadas<sup>535</sup> labores rurales, motivo de inspiración para los poetas<sup>536</sup>, le parecían estúpidas y bestiales. ¡Cuánto más hermosa, aunque estuviera fuera de toda idea de belleza tradicional, la función de un motor eléctrico, que no este trabajo muscular, rudo, bárbaro y mal aprovechado!

## 6. Tipos de casino<sup>537</sup>

---

<sup>532</sup> La fabricación de enormes tinajas de barro cocido para la elaboración y conservación del vino fue la industria por excelencia de Colmenar de Oreja (provincia de Madrid) hasta bien entrado el s. XX.

<sup>533</sup> los apóstoles de Cristo eran doce.

<sup>534</sup> Es sabido que antiguamente la uva (depositada en unas cubas enormes) era pisada por varios hombres, como se ha contado antes, para empezar a extraer de ella el mosto.

<sup>535</sup> elogiadas, alabadas.

<sup>536</sup> ¶¶ Toda la literatura universal está llena de tópicos (temas repetidos que se convierten en lugares comunes) relacionados con la superioridad de la vida natural (el contacto con la naturaleza, los trabajos campesinos de pastores y agricultores, la vida humilde, sencilla y serena, etc) sobre la vida artificial de la corte, antes, y de la ciudad, después. Pero Andrés/Baroja rechaza completamente ese idealismo estúpido: el mundo rural y campesino, los pueblos, la naturaleza, todo eso, es atraso, pobreza, fanatismo, suciedad, etc, es decir, analfabetismo y brutalidad. El mundo artificial creado por el hombre urbano y moderno (por ej. un motor eléctrico) es infinitamente más hermoso que este mundo mal aprovechado y bestial.

<sup>537</sup> ¶¶ Los dos amigos que aparecen aquí (en especial D. Blas) son el colmo del “absurdo” en que viven los ciudadanos de Alcolea; y para hacer patente este absurdo, Baroja realiza a través de ambos una parodia de *El Quijote* de Cervantes. En primer lugar, se les describe físicamente (retrato) con rasgos muy similares a los de don Quijote: viejos, altos, muy delgados y con aspecto anacrónico (uno tiene pinta de cura y otro de militar). El pianista, en segundo lugar, es amigo, admirador e imitador de D. Blas (o sea, es un sucedáneo de Sancho Panza). En tercer lugar, D. Blas padece el mismo trastorno a causa de los libros que D. Quijote: el *identificarse con la vida antigua y convencerse de que la gente discurría y obraba como los tipos de las obras españolas clásicas* (es decir, la misma locura de D. Quijote, quien se identificaba con la nobleza caballeresca medieval y estaba convencido de que la gente pensaba y actuaba como en las novelas caballerescas medievales); de hecho D. Blas, como D. Quijote, tiene una biblioteca que es lo único que le interesa de verdad en su vida y, además, *no notaba lo que pasaba a su alrededor*, de manera que el mundo real no le afecta, igual

Al llegar el invierno, las noches largas y frías hicieron a Hurtado buscar un refugio fuera de casa, donde distraerse y pasar el tiempo. Comenzó a ir al casino de Alcolea.

Este casino, «La Fraternidad», era un vestigio del antiguo esplendor del pueblo; tenía salones inmensos, mal decorados, espejos de cuerpo entero, varias mesas de billar y una pequeña biblioteca con algunos libros.

Entre la generalidad de los tipos vulgares, oscuros, borrosos<sup>538</sup>, que iban al casino a leer los periódicos y hablar de política, había dos personajes verdaderamente pintorescos.

Uno de ellos era el pianista; el otro, un tal don Blas Carreño, hidalgo acomodado<sup>539</sup> de Alcolea.

Andrés llegó a intimar bastante con los dos.

El pianista era un viejo flaco, afeitado, de cara estrecha, larga y anteojos de gruesas lentes. Vestía de negro y accionaba al hablar de una manera un tanto afeminada. Era al mismo tiempo organista de la iglesia, lo que le daba cierto aspecto eclesiástico.

El otro señor, don Blas Carreño, también era flaco; pero más alto, de nariz aguileña, pelo entrecano, tez cetrina y aspecto marcial.

Este buen hidalgo había llegado a identificarse con la vida antigua y a convencerse de que la gente discurría y obraba<sup>540</sup> como los tipos de las obras españolas clásicas<sup>541</sup>, de tal manera que había ido poco a poco arcaizando<sup>542</sup> su lenguaje y entre burlas y veras hablaba con el alambicamiento de los personajes de Feliciano de Silva<sup>543</sup> que tanto encantaba a Don Quijote.

El pianista imitaba a Carreño y le tenía como modelo. Al saludar a Andrés, le dijo:

—Este mi señor don Blas, querido y agareno<sup>544</sup> amigo, ha tenido la dignación<sup>545</sup> de presentarme a su merced<sup>546</sup> como un hijo predilecto de Euterpe<sup>547</sup> pero no soy, aunque me pesa, y su merced lo habrá podido comprobar con el arrayán<sup>548</sup> de su buen juicio<sup>549</sup>, más que un pobre, cuando humilde aficionado al trato de las Musas<sup>550</sup>, que

---

que le sucedía a D. Quijote: ni a este la España del s. XVII ni a D. Blas la de Alcolea; de hecho, deforman esa realidad para adaptarla a las ideas e ilusiones que ya tienen formadas sobre lo que les rodea.

En conclusión, 1) nada resulta más normal, dentro del absurdo de este pueblo manchego, que dos personajes quijotescos viviendo en su mundo de imaginación e irrealidad. El determinismo científico dice que el medio condiciona o determina al hombre. Bueno, pues aquí está la evidencia. La Mancha moderna es tan absurda como la de antiguo, y sigue “produciendo” seres absurdos. Y 2) el inventar un mundo paralelo al real y el negar la realidad tal como es resulta un mecanismo espiritual absurdo, pero ese absurdo no es exclusivo de Alcolea, también lo hemos visto en Madrid: el ejemplo más notorio era Lamela, un estudiante amigo de Andrés (ver cap. 1.9.)

<sup>538</sup> *vulgares, oscuros, borrosos*: es decir, sin interés y del montón, que no se diferencian entre sí.

<sup>539</sup> **¶** Los hidalgos, generalmente, eran nobles pobres (como D. Quijote, que también era manchego), de ahí que se aclare que este era acomodado, rico.

<sup>540</sup> *discurría y obraba*: pensaba y actuaba

<sup>541</sup> **¶** Se considera literatura clásica española a la del Renacimiento y Barroco (siglos XVI y XVII): Garcilaso, Herrera, San Juan de la Cruz, Lázaro de Barrientos, Cervantes, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, Calderón, Gracián, etc.

<sup>542</sup> haciéndolo artificialmente anticuado, similar al idioma español del s. XVII. Lo vamos a ver enseguida en la forma de hablar de ambos personajes. Un estilo anacrónico, retórico y afectado que causa extrañeza y da risa.

<sup>543</sup> escritor español (S XV-XVI), que continuó dos obras medievales, *La Celestina* y la novela *Amadís de Gaula*. En *El Quijote* comenta Cervantes que a su gran héroe le encantaba leer a Feliciano de Silva por su estilo rebuscado y afectado.

<sup>544</sup> musulmán (cultismo). Antes ha dicho que D. Blas era de *tez cetrina*, de piel oscura, amarilla verdosa. De ahí que el pianista diga que su amigo y maestro tiene aspecto de musulmán, de agareno.

<sup>545</sup> condescendencia, atención con un inferior (arcaísmo).

<sup>546</sup> *su merced*: otro arcaísmo léxico. Sería la forma ‘usted’ tal y como se empleaba en el s. XVII.

<sup>547</sup> *Euterpe* en la mitología griega es la musa de la música. Así que ...*un hijo predilecto de Euterpe* significa ‘un músico excelente’.

<sup>548</sup> mirto o arrayán: planta muy común con la que en la Antigüedad se hacían las coronas con que se honraba a los campeones olímpicos.

<sup>549</sup> ...*el arrayán de su buen juicio*: su entendimiento privilegiado

<sup>550</sup> ...*al trato de la Musas*: al arte

labora<sup>551</sup> con éstas sus torpes manos en amenizar las veladas de los socios en las frigidísimas<sup>552</sup> noches del helado invierno.

Don Blas escuchaba a su discípulo sonriendo. Andrés, al oír a aquel señor expresarse así, creyó que se trataba de un loco; pero luego vio que no, que el pianista era una persona de buen sentido. Únicamente ocurría que tanto don Blas como él habían tomado la costumbre de hablar de esta manera enfática y altisonante hasta familiarizarse con ella. Tenían frases hechas, que las empleaban a cada paso: el ascua<sup>553</sup> de la inteligencia, la flecha de la sabiduría, el collar de perlas de las observaciones juiciosas, el jardín del buen decir...

Don Blas le invitó a Hurtado a ir a su casa y le mostró su biblioteca con varios armarios llenos de libros españoles y latinos. Don Blas la puso a disposición del nuevo médico.

—Si alguno de estos libros le interesa a usted, puede usted llevárselo —le dijo Carreño.

—Ya aprovecharé su ofrecimiento.

Don Blas era para Andrés un caso digno de estudio. A pesar de su inteligencia, no notaba lo que pasaba a su alrededor; la crueldad de la vida en Alcolea, la explotación inicua de los miserables por los ricos, la falta de instinto social, nada de esto para él existía, y si existía tenía un carácter de cosa libresca, servía para decir:

—Dice Scaligero<sup>554</sup> ..., o: afirma Huarte<sup>555</sup> en su *Examen de ingenios*...

Don Blas era un hombre extraordinario, sin nervios; para él no había calor ni frío, placer ni dolor. Una vez dos socios del casino le gastaron una broma trascendental; le llevaron a cenar a una venta y le dieron a propósito unas migas detestables, que parecían de arena, diciéndole que eran las verdaderas migas del país, y don Blas las encontró tan excelentes y las elogió de tal modo y con tales hipérboles, que llegó a convencer a sus amigos de su bondad. El manjar más insulso, si se lo daban diciendo que estaba hecho con una receta antigua y que figuraba en *La Lozana Andaluza*<sup>556</sup>, le parecía maravilloso.

En su casa gozaba ofreciendo a sus amigos sus golosinas<sup>557</sup>.

—Tome usted esos melindres<sup>558</sup>, que me han traído expresamente de Yepes... ; esta agua no la beberá usted en todas partes, es de la fuente del Maillo<sup>559</sup>.

Don Blas vivía en plena arbitrariedad; para él había gente que no tenía derecho a nada; en cambio, otros lo merecían todo. ¿Por qué? Probablemente porque sí.

Decía don Blas que odiaba a las mujeres<sup>560</sup>, que le habían engañado siempre; pero no era verdad; en el fondo esta actitud suya servía para citar trozos de Marcial, de Juvenal, de Quevedo<sup>561</sup>...

A sus criados y labriegos don Blas les llamaba galopines, bellacos, follones<sup>562</sup>, casi siempre sin motivo, sólo por el gusto de emplear estas palabras quijotescas.

---

<sup>551</sup> trabaja (otro término arcaico en este contexto)

<sup>552</sup> extraordinariamente frías, muy frías: superlativo etimológico a partir de la raíz latina (*frigidus*, -a, -um). Nuevo arcaísmo.

<sup>553</sup> pedazo de materia sólida y combustible, candente por la acción del fuego; brillo e intensidad de esa combustión.

<sup>554</sup> médico, filósofo, botánico y humanista italiano (s. XV-XVI) enormemente prestigioso en la Europa de su tiempo. Toda su obra está escrita en latín.

<sup>555</sup> Huarte de San Juan (s. XVI) fue médico y pensador español.

<sup>556</sup> Obra del s. XVI del cordobés Francisco Delicado. Se trata de una narración en forma de diálogo renacentista, emparentado con obras como *La Celestina*.

<sup>557</sup> dulce o manjar que se come por placer. La palabra es muy utilizada en el español clásico.

<sup>558</sup> dulce de masa frita, elaborada con miel y harina. De nuevo, se trata de una palabra muy antigua, ampliamente empleada en el español clásico.

<sup>559</sup> Yepes es localidad de Toledo y El Maillo, es un pueblo balneario próximo a Alcolea (este dato lo conoceremos posteriormente). ¶¶ Deducimos, en cualquier caso, que el efecto benéfico de sus aguas era algo apreciado y tradicional en Alcolea. D. Blas —como se ve— tiene absoluta predilección por los productos artesanales, antiguos, de la tierra.

<sup>560</sup> La misoginia (el odio a las mujeres) es tema recurrente en la literatura medieval y del Siglo de Oro.

<sup>561</sup> Marcial y Juvenal son dos poetas latinos (s. II d. C.) muy destacados y famosos por sus sátiras misóginas. Igual ocurre con Quevedo, gran poeta español del s. XVII.

Otra cosa que le encantaba a don Blas era citar los pueblos con sus nombres antiguos: Estábamos una vez en Alcázar de San Juan, la antigua Alce... En Baeza, la Biatra de Ptolomeo<sup>563</sup>, nos encontramos un día...

Andrés y don Blas se asombraban mutuamente. Andrés se decía:

—¡Pensar que este hombre y otros muchos como él viven en esta mentira, envenenados con los restos de una literatura y de una palabrería amanerada es verdaderamente extraordinario!

En cambio, don Blas miraba a Andrés sonriendo, y pensaba: “¡Qué hombre más raro!”

Varias veces discutieron acerca de religión, de política, de la doctrina evolucionista. Estas cosas del darwinismo, como decía él, le parecían a don Blas cosas inventadas para divertirse. Para él los datos comprobados no significaban nada. Creía en el fondo que se escribía para demostrar ingenio, no para exponer ideas con claridad, y que la investigación de un sabio se echaba abajo con una frase graciosa.

A pesar de su divergencia, don Blas no le era antipático a Hurtado<sup>564</sup>.

El que sí le era antipático e insoportable era un jovencito, hijo de un usurero que en Alcolea pasaba por un pródigo<sup>565</sup>, y que iba con frecuencia al casino. Este joven, abogado, había leído algunas revistas francesas reaccionarias, y se creía en el centro del mundo<sup>566</sup>.

Decía que él contemplaba todo con una sonrisa irónica y piadosa. Creía también que se podía hablar de filosofía empleando los lugares comunes<sup>567</sup> del casticismo español<sup>568</sup>, y que Balmes<sup>569</sup> era un gran filósofo.

Varias veces el joven, que contemplaba todo con una sonrisa irónica y piadosa, invitó a Hurtado a discutir; pero Andrés rehuyó la discusión con aquel hombre que, a pesar de su barniz<sup>570</sup> de cultura, le parecía de una imbecilidad fundamental.

Esta sentencia de Demócrito, que había leído en la *Historia del Materialismo* de Lange<sup>571</sup>, le parecía a Andrés muy exacta: “El que ama la contradicción y la verbosidad<sup>572</sup> es incapaz de aprender nada que sea serio”.

---

<sup>562</sup> términos arcaizantes para insultar.

<sup>563</sup> Claudio Ptolomeo (s. I-II) fue un astrónomo, astrólogo, químico, geógrafo y matemático greco-egipcio que dibujó diversas cartas (mapas) que representaban el mundo conocido en la época.

<sup>564</sup> ¶¶ Como le ocurría con Lamela, Andrés se siente atraído por estos dos extraños personajes: no solo se salen de los convencionalismos sociales sino que además son capaces de vivir con intensidad dentro de su mundo de fantasías e ilusiones absurdas.

<sup>565</sup> No queda clara la acepción que Baroja quiere darle en este contexto a la palabra. *Pródigo* (frente a su padre, que es un usurero) puede significar, positivamente, que es muy desprendido y generoso, pero también, despectivamente, que consume todo lo que tiene en gastos inútiles, sin medida ni razón.

<sup>566</sup> ¶¶ Hijo de un usurero, abogado, de ideas políticas reaccionarias y egocéntrico. Cualidades morales exactamente opuestas a las de Andrés.

<sup>567</sup> ...*lugares comunes*: topicazos, ideas banales que se aplican constantemente para explicar cualquier cosa.

<sup>568</sup> ¶¶ *el casticismo español*... Se trata de una postura literaria, cultural e ideológica, muy española, que surge a lo largo del s. XVIII como oposición a las ideas modernizadoras de la Ilustración (sobre todo, a las que provenían de Francia: libertad política y religiosa, democracia, igualdad social, educación laica, etc), y que desde entonces se relaciona con el pensamiento reaccionario. Es una reivindicación defensiva de lo castizo, o sea, de las expresiones de todo tipo (culturales, religiosas, de formas de vida, moda, habla, e incluso de la organización política y social), que se perciben por el casticista como propias de su “casta”, entendida esta no tanto como raza o etnia sino más bien como la idiosincrasia nacional española, “nuestro” carácter o personalidad. Ejemplos: la defensa a ultranza del absolutismo monárquico; de los fueros regionales; de los toros, el flamenco y la copla española; del machismo –más o menos explícito–; de la pureza católica del Estado y de la educación; del ejército y la Patria; e incluso del uso vulgar y malsonante del lenguaje –*¡manda huevos!*; *con un par*; *dar un braguetazo*; *me cago en...*; etc-. Muchos autores de principios de siglo (Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, los juveniles Azorín y Ramiro de Maeztu, Antonio Machado, Villaespesa, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, etc eran abiertamente anti-casticistas.

<sup>569</sup> ¶¶ Ver nota 905. El sacerdote español Jaime Balmes (s. XIX) fue teólogo, filósofo y teórico político. Sus ideas eran muy valoradas por los sectores moderados y conservadores de la Restauración borbónica, hasta el punto de que lo presentaban como el filósofo español más importante del s. XIX. Sin embargo, los jóvenes escritores del 98 (entre ellos, Baroja) lo despreciaban –quizá injustamente– pues veían en sus ideas una justificación de la España más tradicional e inmovilista, así como de la corrupta política de la Restauración.

<sup>570</sup> Aquí con la acepción de nociones superficiales acerca de algo.

<sup>571</sup> Friedrich Albert Lange: filósofo alemán, s. XIX.

## 7. Sexualidad y pornografía.

En el pueblo, la tienda de objetos de escritorio era al mismo tiempo librería y centro de suscripciones. Andrés iba a ella a comprar papel y algunos periódicos. Un día le chocó ver que el librero tenía quince a veinte tomos con una cubierta en donde aparecía una mujer desnuda. Eran de estas novelas a estilo francés; novelas pornográficas<sup>573</sup>, torpes, con cierto barniz psicológico hechas para uso de militares, estudiantes y gente de poca mentalidad.

—¿Es que eso se vende? —le preguntó Andrés al librero.

—Sí; es lo único que se vende.

El fenómeno parecía paradójico y, sin embargo, era natural. Andrés había oído a su tío Iturrioz que en Inglaterra, en donde las costumbres eran interiormente<sup>574</sup> de una libertad extraordinaria, libros, aun los menos sospechosos de libertinaje, estaban prohibidos, y las novelas que las señoritas francesas o españolas leían delante de sus madres, allí se consideraban nefandas.

En Alcolea sucedía lo contrario; la vida era de una moralidad terrible; llevarse a una mujer<sup>575</sup> sin casarse con ella era más difícil que raptar a la Giralda de Sevilla a las doce del día; pero en cambio se leían libros pornográficos de una pornografía grotesca por lo trascendental.

Todo esto era lógico. En Londres, al agrandarse la vida sexual por la libertad de costumbres, se achicaba la pornografía; en Alcolea, al achicarse la vida sexual, se agrandaba la pornografía.

—Qué paradoja ésta de la sexualidad —pensaba Andrés al ir a su casa—. En los países donde la vida es intensamente sexual no existen motivos de lubricidad; en cambio, en aquellos pueblos como Alcolea, en donde la vida sexual era tan mezquina y tan pobre, las alusiones eróticas a la vida del sexo estaban en todo.

Y era natural; era en el fondo un fenómeno de compensación

## 8. El dilema

Poco a poco y sin saber cómo se formó alrededor de Andrés una mala reputación; se le consideraba hombre violento, orgulloso, mal intencionado, que se atraía la antipatía de todos.

Era un demagogo, malo, dañino, que odiaba a los ricos y no quería a los pobres.

Andrés fue notando la hostilidad de la gente del casino y dejó de frecuentarlo.

---

<sup>572</sup> ...la contradicción y la verbosidad: el llevar la contra y la charlatanería, palabrería o labia.

<sup>573</sup> ¶¶ Ver nota 63. El matiz que añade aquí Baroja sobre este tipo de literatura y publicaciones tan populares a principios de s. XX es que se editaban como auténticas novelas cuyos argumentos, de carácter melodramático y psicologista, eran una excusa para describir con viveza escenas de carácter sexual, acompañadas de dibujos, grabados y fotografías perfectamente explícitos. Por eso dice Baroja que era “pornografía grotesca por lo trascendental”, es decir, pornografía ridícula, extravagante o de mal gusto al presentarse no como mera pornografía, sino bajo la apariencia de obra literaria más o menos seria. Indirectamente, Baroja censura a los novelistas que en la época se dedicaban a este tipo de literatura: Joaquín Dicenta, Felipe Trigo, Eduardo Zamacois, Juan Pérez Zúñiga, etc.

<sup>574</sup> Se refiere al interior del propio individuo. La libertad individual, de pensamiento y de acción.

<sup>575</sup> ¶¶ ...llevarse a una mujer: arrancar a una mujer del hogar familiar. Ante la negativa de muchos padres a ciertas relaciones o matrimonios, ha sido una tradición en la España rural el que, casi siempre de mutuo acuerdo, el novio o pretendiente “raptara” a la chica de la casa paterna (solía hacerse de noche) con el fin de establecer vida en común, con o sin matrimonio de por medio. Baroja menciona esta clase de hechos para que se vea el contraste entre la libertad individual de la vida inglesa y la moralidad autoritaria e intransigente de las familias españolas y, muy especialmente, de la España rural de su época. La paradoja resultante es la siguiente: a más libertad individual en la educación y prácticas sexuales, menos necesidad social de pornografía (Inglaterra); y a menos libertad de este tipo, más necesidad social de literatura pornográfica (España). En conclusión, la pornografía es un mecanismo social de compensación a causa de la ausencia de libertad.

Al principio se aburría.

Los días iban sucediéndose a los días y cada uno traía la misma desesperanza, la seguridad de no saber qué hacer, la seguridad de sentir y de inspirar antipatía, en el fondo sin motivo, por una mala inteligencia<sup>576</sup>.

Se había decidido a cumplir sus deberes de médico al pie de la letra.

Llegar a la abstención pura, completa<sup>577</sup>, en la pequeña vida social de Alcolea, le parecía la perfección.

Andrés no era de estos hombres que consideran el leer como un sucedáneo de vivir; él leía porque no podía vivir. Para alternar con esta gente del casino, estúpida y mal intencionada, prefería pasar el tiempo en su cuarto, en aquel mausoleo blanqueado y silencioso.

¡Pero con qué gusto hubiera cerrado los libros si hubiera habido algo importante que hacer; algo como pegarle fuego al pueblo o reconstruirlo!

La inacción le irritaba. De haber caza mayor, le hubiera gustado marcharse al campo; pero para matar conejos prefería quedarse en casa.

Sin saber qué hacer, paseaba como un lobo por aquel cuarto. Muchas veces intentó dejar de leer estos libros de filosofía. Pensó que quizá le irritaban. Quiso cambiar de lecturas. Don Blas le prestó una porción de libros de Historia. Andrés se convenció de que la Historia es una cosa vacía. Creyó, como Schopenhauer, que el que lea con atención *Los nueve libros*, de Herodoto<sup>578</sup> tiene todas las combinaciones posibles de crímenes, destronamientos, heroísmos e injusticias, bondades y maldades que puede suministrar la Historia.

Intentó también un estudio poco humano<sup>579</sup>, y trajo de Madrid y comenzó a leer un libro de Astronomía, *La guía del cielo*, de Klein<sup>580</sup>; pero le faltaba la base de las matemáticas y pensó que no tenía fuerza en el cerebro para dominar esto. Lo único que aprendió fue el plano estelar. Orientarse en ese infinito de puntos luminosos, en donde brillan como dioses Arturus y Vega, Altair y Aldebarán<sup>581</sup> era para él una voluptuosidad algo triste; recorrer con el pensamiento esos cráteres de la Luna y el mar de la Serenidad, leer esas hipótesis acerca de la Vía Láctea y de su movimiento alrededor de ese supuesto sol central que se llama Alción y que está en el grupo de las Pléyades<sup>582</sup>, le daba el vértigo.

Se le ocurrió también escribir; pero no sabía por dónde empezar ni manejaba suficientemente el mecanismo del lenguaje para expresarse con claridad.

---

<sup>576</sup> Es decir, por la incapacidad del vecindario para entender cómo era Andrés.

<sup>577</sup> ¶ Vuelve el desasosiego íntimo. No intervenir para nada en la vida del pueblo, encerrarse en sí mismo, en su trabajo, en la lectura (compensación personal ante la imposibilidad de sentirse vivo en el pueblo, de hacer cosas importantes en él). Aunque, al tiempo, el no actuar, el abstenerse de hacerlo, *le irritaba*. Las compensaciones prácticas serán leer Historia, aprender Astronomía e incluso escribir literatura, pero con ninguna de estas actividades consigue *encauzar su vida*, darle sentido. AHurtado se siente profundamente solo, aislado y rechazado por el pueblo. Como vamos a ver a continuación, a este sentimiento de soledad responde con una vida ascética, de encierro (ya no va al casino) en su casa y su cuarto, donde lee e intenta distraerse sin éxito. Pero a la soledad se le va a añadir enseguida la certeza de encontrarse enfermo; y tampoco puede recurrir al pueblo para curarse. Pues esto supondría o bien casarse con alguna joven local, o bien visitar ocasionalmente a alguna prostituta, pero estas opciones le dan asco. Entonces decide continuar enfermo y combatir en la medida de lo posible los síntomas con un nuevo esfuerzo de ascetismo, esta vez físico, en la dieta de comer y beber. Este exagerado esfuerzo de su voluntad (esfuerzo psicológico y físico) por mantenerse bien, equilibrado, en un medio hostil, un medio que tiende a destruirlo, lo vive íntimamente Andrés como una *lucha secreta* en la que emplea el arma del *desprecio épico y altivo* hacia el pueblo (pues se ve a sí mismo como un héroe superior, de alma superior, a las gentes de Alcolea). Sin embargo, pensándolo fríamente, se da cuenta de que ese sentimiento de desprecio es una actitud absurda, sin sentido, porque no se trata de que la gente sea mala y por eso no le aprecie sino que la gente del pueblo es como es, sin posibilidad de cambio.

<sup>578</sup> Historiador y geógrafo griego (s. V a.C.): el gran clásico de la historiografía antigua.

<sup>579</sup> Es decir, donde el ser humano no fuera el asunto central

<sup>580</sup> Hermann Joseph Klein (s. XIX-XX), astrónomo alemán.

<sup>581</sup> Nombres de estrellas situadas en diferentes constelaciones.

<sup>582</sup> Dentro de la constelación de Tauro, está el grupo (cúmulo) de las estrellas llamadas Pléyades. La más brillante de ellas es Alción.

Todos los sistemas que discurría para encauzar su vida dejaban precipitados insolubles<sup>583</sup>, que demostraban el error inicial de sus sistemas.

Comenzaba a sentir una irritación profunda contra todo.

A los ocho o nueve meses de vivir así excitado y aplanado<sup>584</sup> al mismo tiempo, empezó a padecer dolores articulares; además, el pelo se le caía muy abundantemente.

—Es la castidad —se dijo.

Era lógico; era un neuro-artrítico<sup>585</sup>. De chico, su artritismo se había manifestado por jaquecas y por tendencia hipocondríaca. Su estado artrítico se exacerbaba. Se iban acumulando en el organismo las sustancias de desecho, y esto tenía que engendrar productos de oxidación incompleta, el ácido úrico sobre todo<sup>586</sup>.

El diagnóstico lo consideró como exacto; el tratamiento era lo difícil.

Este dilema se presentaba ante él. Si quería vivir con una mujer tenía que casarse, someterse. Es decir, dar por una cosa de la vida toda su independencia espiritual<sup>587</sup>, resignarse a cumplir obligaciones y deberes sociales, a guardar consideraciones a un suegro, a una suegra, a un cuñado; cosa que le horrorizaba.

Seguramente entre aquellas muchachas de Alcolea, que no salían más que los domingos a la iglesia, vestidas como papagayos, con un mal gusto exorbitante, había algunas, quizá muchas, agradables, simpáticas. ¿Pero quién las conocía? Era casi imposible hablar con ellas.

Solamente el marido podría llegar a saber su manera de ser y de sentir.

Andrés se hubiera casado con cualquiera, con una muchacha sencilla; pero no sabía dónde encontrarla. Las dos señoritas que trataba un poco eran la hija del médico Sánchez y la del secretario.

La hija de Sánchez quería ir monja; la del secretario era de una cursilería verdaderamente venenosa; tocaba el piano muy mal, calcaba las laminitas del Blanco y Negro<sup>588</sup> y luego las iluminaba, y tenía unas ideas ridículas y falsas de todo.

De no casarse, Andrés podía transigir<sup>589</sup> e ir con los perdidos del pueblo a casa de la Fulana o de la Zutana; a estas dos calles en donde las mujeres de vida airada vivían como en los antiguos burdeles medievales; pero esta promiscuidad era ofensiva para su orgullo. ¿Qué más triunfo para la burguesía local<sup>590</sup> y más derrota para su personalidad si se hubiesen contado sus devaneos? No; prefería estar enfermo.

Andrés decidió limitar la alimentación, tomar sólo vegetales y no probar la carne, ni el vino, ni el café. Varias horas después de comer y de cenar bebía grandes cantidades de agua. El odio contra el espíritu del pueblo le

---

<sup>583</sup> *precipitados insolubles*: sustancias químicas que no se disuelven en agua. Es expresión metafórica: se refiere a las actividades que buscaba no servían para resolver su malestar vital, no se disolvían correctamente en su vida.

<sup>584</sup> *excitado* por la busca constante de 'algo' que lo distrajera, que le sacara del aislamiento y la inactividad, y *aplanado*, o sea, decaído, deprimido por el aislamiento en que vivía, por el cansancio de no encontrar ninguna satisfacción en su vida corriente.

<sup>585</sup> daños producidos en las articulaciones (cartílagos) producidos por irritación constante del sistema nervioso. La consecuencia son dolores más o menos intensos.

<sup>586</sup> Para que las articulaciones se mantengan sanas, el organismo debe estar saludable. Las estructuras orgánicas requieren nutrientes, agua, oxígeno y eliminación de los productos de desecho; para todo esto es necesario un sistema circulatorio eficiente regulado a su vez por un sistema nervioso en buen estado. El ácido úrico es el de la orina, el cual, si el cuerpo no elimina correctamente, se convierte en un factor que acelera la artritis.

<sup>587</sup> ¶ Andrés llega a la conclusión de que para mejorar la salud tiene que terminar con la castidad, es decir, necesita mantener relaciones sexuales con cierta regularidad. Para ello ha de casarse, pero si lo hace perderá su apreciada independencia espiritual. Este es el dilema. También puede, desde luego, acudir a la prostitución.

<sup>588</sup> "Blanco y Negro" fue una revista ilustrada española fundada en 1891. De ella nació posteriormente el diario ABC. Era muy popular a finales del s. XIX. La publicación presentaba la novedad de las "ilustraciones" y gozó de gran prestigio por sus artículos y colaboraciones literarias. Efectivamente, cada revista traía láminas, generalmente de moda femenina, que servían para ser calcadas e iluminadas, es decir, coloreadas.

<sup>589</sup> con el sentido de doblegarse o resignarse a otra solución para evitar el matrimonio.

<sup>590</sup> O sea, la gente acomodada y de bien pensar.

sostenía en su lucha secreta, era uno de esos odios profundos, que llegan a dar serenidad al que lo siente, un desprecio épico y altivo<sup>591</sup>. Para él no había burlas, todas resbalaban por su coraza de impasibilidad<sup>592</sup>.

Algunas veces pensaba que esta actitud no era lógica. ¡Un hombre que quería ser de ciencia y se incomodaba porque las cosas no eran como él hubiese deseado! Era absurdo. La tierra allí era seca; no había árboles, el clima era duro, la gente tenía que ser dura también<sup>593</sup>.

La mujer del secretario del ayuntamiento y presidenta de la Sociedad del Perpetuo Socorro<sup>594</sup> le dijo un día:

—Usted, Hurtado, quiere demostrar que se puede no tener religión y ser más bueno que los religiosos.

—¿Más bueno, señora? —replicó Andrés— Realmente eso no es difícil.

Al cabo de un mes del nuevo régimen, Hurtado estaba mejor; la comida escasa y sólo vegetal, el baño, el ejercicio al aire libre le iban haciendo un hombre sin nervios. Ahora se sentía como divinizado por su ascetismo, libre; comenzaba a vislumbrar ese estado de ataraxia, cantado por los epicúreos y los pirronianos<sup>595</sup>.

Ya no experimentaba cólera por las cosas ni por las personas.

Le hubiera gustado comunicar a alguien sus impresiones y pensó en escribir a Iturriz; pero luego creyó que su situación espiritual era más fuerte, siendo él sólo el único testigo de su victoria.

Ya comenzaba a no tener espíritu agresivo. Se levantaba muy temprano, con la aurora, y paseaba por aquellos campos llanos, por los viñedos, hasta un olivar que él llamaba el trágico por su aspecto. Aquellos olivos viejos, centenarios, retorcidos, parecían enfermos atacados por el tétanos<sup>596</sup>; entre ellos se levantaba una casa aislada y baja con bardales de cambroneras, y en el vértice de la colina había un molino de viento tan extraordinario, tan absurdo, con su cuerpo rechoncho y sus brazos chirriantes, que a Andrés le dejaba siempre sobrecogido.

Muchas veces salía de casa cuando aún era de noche y veía la estrella del crepúsculo palpar y disolverse como una perla en el horno de la aurora<sup>597</sup> llena de resplandores.

Por las noches Andrés se refugiaba en la cocina, cerca del fogón bajo. Dorotea, la vieja y la niña hacían sus labores al amor de la lumbre y Hurtado charlaba o miraba arder los sarmientos.

---

<sup>591</sup> ...un desprecio épico y altivo: un desprecio heroico y orgulloso

<sup>592</sup> actitud imperturbable, de indiferencia absoluta, de aquella persona incapaz de padecer y sufrir. Luego aparecerá la palabra "ataraxia".

<sup>593</sup> ¶ Otro razonamiento estrictamente determinista, o sea, para Andrés, indiscutiblemente científico. Ver nota 12.

<sup>594</sup> Sería una agrupación de carácter religioso, como existen tantas en España, que rinde culto a la Virgen del Perpetuo Socorro.

<sup>595</sup> ¶ ...divinizado por su ascetismo: ascetismo es el perfeccionamiento espiritual que se consigue a base de vida austera y renuncia (o sea, lo que intenta Andrés mediante dieta escasa y vegetariana, ejercicio físico y baños). Tal ascetismo lo lleva a sentirse —hay aquí una evidente hipérbole— divinizado, esto es, un ser celestial, como si solo tuviera alma, exento de cuerpo. El ascetismo conduce entonces a la ataraxia o indiferencia y serenidad máxima de la mente (ver nota 106), la cual se logra mediante el dominio de las pasiones, es decir, mediante la eliminación de toda clase de deseo. Andrés persigue, pues, un estado espiritual en que la hostilidad que lo rodea no le puede hacer ningún daño. Ver nota 577. ¶¶ Por último, los pirronianos eran los seguidores del pensador griego Pirrón, s. III a.C., un filósofo cuyas ideas se parecen a las de Epicuro.

<sup>596</sup> Sentido figurado. Personificación. Uno de los síntomas principales de esta enfermedad en el ser humano es la contracción dolorosa y permanente de los músculos. Esa contracción dolorosa es la que ve imaginariamente Baroja en el retorcimiento de tronco y ramas del olivo. ¶ Por otra parte, el aspecto enfermizo de los olivos, el retorcimiento de ramas y tronco, es una alusión simbólica a la artritis de Andrés, quien, sin ser consciente, proyecta su sentimiento (inquietud, desasosiego) en el paisaje. De alguna manera, el sentimiento de este paisaje contradice la sensación de ataraxia que Andrés cree haber alcanzado: la impresión fantasmal y de soledad que desprende la casa aislada y el quijotesco molino, como un espectro gigante y doliente en medio de la oscuridad, provoca en su alma un sobrecogimiento, un presentimiento de la muerte, una angustia ante la situación en que se encuentra. Lejos de haber alcanzado la ataraxia, su alma no camina (como él cree hacer todas las mañanas) hacia la luz de un nuevo día, sino que sigue encadenada a las aprensiones e inquietudes de siempre. Quizá las personas y las cosas —como se ha dicho antes— no le producen cólera, pero su propia alma sigue siendo una fuente de sufrimiento. Por eso, a lo lejos, cuando el día despunta definitivamente, Andrés ve que la estrella del crepúsculo, la última de la noche, que tendría que anunciar vigorosa y optimista la luz nueva del futuro, "palpita y se disuelve", en cambio, en el rojo quemante (de horno) del cielo, como si lo que le esperara dentro de poco fuera algo amenazante y destructivo.

<sup>597</sup> horno de la aurora: metáfora, color rojizo, de hoguera, del cielo al amanecer.

## 9. La mujer del tío Garrota

Una noche de invierno un chico fue a llamar a Andrés; una mujer había caído a la calle y estaba muriéndose<sup>598</sup>.

Hurtado se embozó en la capa, y de prisa, acompañado del chico, llegó a una calle extraviada, cerca de una posada de arrieros que se llamaba el Parador de la Cruz. Se encontró con una mujer privada de sentido, y asistida por unos cuantos vecinos que formaban un grupo alrededor de ella.

Era la mujer de un prendero llamado el tío Garrota; tenía la cabeza bañada en sangre y había perdido el conocimiento.

Andrés hizo que llevaran a la mujer a la tienda y que trajeran una luz; tenía la vieja una conmoción cerebral.

Hurtado le hizo una sangría en el brazo. Al principio la sangre negra, coagulada, no salía de la vena abierta; luego comenzó a brotar despacio; después más regularmente, y la mujer respiró con relativa facilidad.

En este momento llegó el juez con el actuario y dos guardias, y fue interrogando, primero a los vecinos y después a Hurtado.

—¿Cómo se encuentra esta mujer? —le dijo.

—Muy mal.

—¿Se podrá interrogarla?

—Por ahora no; veremos si recobra el conocimiento.

—Si lo recobra avíseme usted en seguida. Voy a ver el sitio por donde se ha tirado y a interrogar al marido.

La tienda era una prendería repleta de trastos viejos que había por todos los rincones y colgaban del techo; las paredes estaban atestadas de fusiles y escopetas antiguas, sables y machetes.

Andrés estuvo atendiendo a la mujer hasta que ésta abrió los ojos y pareció darse cuenta de lo que le pasaba.

—Llamadle<sup>599</sup> al juez —dijo Andrés a los vecinos.

El juez vino en seguida.

—Esto se complica —murmuró; luego preguntó a Andrés—: ¿Qué? ¿Entiende algo?

—Sí, parece que sí.

Efectivamente, la expresión de la mujer era de inteligencia.

—¿Se ha tirado usted, o la han tirado a usted desde la ventana? —preguntó el juez.

—¡Eh! —dijo ella.

—¿Quién la ha tirado?

---

<sup>598</sup> JJ Se pone en marcha de nuevo la narración de acontecimientos y el ritmo narrativo se acelera hasta el final de la 5ª parte. En contraste violento con respecto a los capítulos previos, ahora nos sumergimos en una historia detectivesca donde el asunto central es la resolución de un crimen y donde la participación de Andrés será decisiva.

<sup>599</sup> JJ *Llamadle al juez*. La expresión suena extraña pues es gramaticalmente innecesario el uso del pronombre personal átono de 3ª persona (-le, en este caso enclítico) como duplicación de *al juez* (CD). Además, se trata de un caso de leísmo de masculino (uso del pronombre átono le en vez del lo-CD normativo para masculino). Estas construcciones poco cuidadas gramaticalmente son frecuentes en Baroja. Más abajo la repite: “Le acusan al tío Garrota...”

— ¡Eh!

—¿Quién la ha tirado?

—Garro... Garro... —murmuró la vieja haciendo un esfuerzo.

El juez y el actuario y los guardias quedaron sorprendidos.

—Quiere decir Garrota —dijo uno.

—Sí, es una acusación contra él —dijo el juez—. ¿No le parece a usted, doctor?

—Parece que sí.

—¿Por qué le ha tirado a usted?

—Garro... Garro... —volvió a decir la vieja.

—No quiere decir más sino que es su marido —afirmó un guardia.

—No, no es eso —repuso Andrés—. La lesión la tiene en el lado izquierdo.

—Y eso qué importa? —preguntó el guardia.

—Cállese usted —dijo el juez— ¿Qué supone usted, doctor?

—Supongo que esta mujer se encuentra en un estado de afasia. La lesión la tiene en el lado izquierdo del cerebro; probablemente la tercera circunvolución<sup>600</sup> frontal, que se considera como un centro del lenguaje, estará lesionada. Esta mujer parece que entiende, pero no puede articular más que esa palabra. A ver, pregúntele usted otra cosa.

—¿Está usted mejor? —dijo el juez.

— ¡Eh!

—¿Si está usted ya mejor?

—Garro... Garro... —contestó ella.

—Sí; dice a todo lo mismo —afirmó el juez.

—Es un caso de afasia<sup>601</sup> o de sordera verbal —añadió Andrés.

—Sin embargo.... hay muchas sospechas contra el marido —replicó el actuario.

Habían llamado al cura para sacramentar a la moribunda.

Le dejaron solo y Andrés subió con el juez. La prendería del tío Garrota tenía una escalera de caracol para el primer piso.

Este constaba de un vestíbulo, la cocina, dos alcobas y el cuarto desde donde se había tirado la vieja. En medio de este cuarto había un brasero, una badila sucia y una serie de manchas de sangre que seguían hasta la ventana.

—La cosa tiene el aspecto de un crimen —dijo el juez.

---

<sup>600</sup> cada uno de los relieves que se observan en la superficie exterior del cerebro, separados unos de otros por unos surcos llamados anfractuosidades.

<sup>601</sup> pérdida o trastorno de la capacidad del habla debida a una lesión en las áreas del lenguaje de la corteza cerebral.

—¿Cree usted? —preguntó Andrés.

—No, no creo nada; hay que confesar que los indicios se presentan como en una novela policíaca para despistar a la opinión. Esta mujer que se le pregunta quién la ha tirado, y dice el nombre de su marido; esta badila llena de sangre; las manchas que llegan hasta la ventana, todo hace sospechar lo que ya han comenzado a decir los vecinos.

—¿Qué dicen?

—Le acusan al tío Garrota, al marido de esta mujer. Suponen que el tío Garrota y su mujer riñeron; que él le dio con la badila en la cabeza; que ella huyó a la ventana a pedir socorro, y que entonces él, agarrándola de la cintura, la arrojó a la calle.

—Puede ser.

—Y puede no ser.

Abonaba esta versión la mala fama del tío Garrota y su complicidad manifiesta en las muertes de dos jugadores, el *Cañamero* y el *Pollo*, ocurridas hacía unos diez años cerca de Daimiel.

—Voy a guardar esta badila —dijo el juez.

—Por si acaso no debían tocarla —repuso Andrés—; las huellas pueden servirnos de mucho.

El juez metió la badila en un armario, lo cerró y llamó al actuario para que lo lacrase<sup>602</sup>. Se cerró también el cuarto y se guardó la llave.

Al bajar a la prendería Hurtado y el juez, la mujer del tío Garrota había muerto.

El juez mandó que trajeran a su presencia al marido. Los guardias le habían atado las manos.

El tío Garrota era un hombre ya viejo, corpulento, de mal aspecto, tuerto, de cara torva, llena de manchas negras producidas por una perdigonada que le habían soltado hacía años en la cara.

En el interrogatorio se puso en claro que el tío Garrota era borracho y hablaba de matar a uno o de matar a otro con frecuencia.

El tío Garrota no negó que daba malos tratos a su mujer; pero sí que la hubiese matado. Siempre concluía diciendo:

—Señor juez, yo no he matado a mi mujer. He dicho, es verdad, muchas veces que la iba a matar, pero no la he matado.

El juez, después del interrogatorio, envió al tío Garrota incomunicado a la cárcel.

—¿Qué le parece a usted? —le preguntó el juez a Hurtado.

—Para mí es una cosa clara; este hombre es inocente.

El juez, por la tarde, fue a ver al tío Garrota a la cárcel, y dijo que empezaba a creer que el prendero no había matado a su mujer. La opinión popular quería suponer que Garrota era un criminal. Por la noche el doctor Sánchez aseguró en el casino que era indudable que el tío Garrota había tirado por la ventana a su mujer y que el juez y Hurtado tendían a salvarle, Dios sabe por qué<sup>603</sup>; pero que en la autopsia aparecería la verdad.

---

<sup>602</sup> cerrar algo con lacre. Lacre: pasta sólida rojiza que se emplea derretida para cerrar y sellar cartas y paquetes. ¶ En este caso suponemos que el actuario echa lacre en la cerradura del armario para custodiar con seguridad las pruebas.

<sup>603</sup> ¶ La expresión coloquial indica el uso, de nuevo, del estilo indirecto libre.

Al saberlo Andrés fue a ver al juez y le pidió nombrara a don Tomás Solana, el otro médico, como árbitro para presenciar la autopsia, por si acaso había divergencia entre el dictamen de Sánchez y el suyo.

La autopsia se verificó al día siguiente por la tarde; se hizo una fotografía de las heridas de la cabeza producidas por la badila y se señalaron unos cardenales que tenía la mujer en el cuello.

Luego se procedió a abrir las tres cavidades<sup>604</sup> y se encontró la fractura craneana, que cogía parte del frontal y del parietal<sup>605</sup> y que había ocasionado la muerte. En los pulmones y en el cerebro aparecieron manchas de sangre, pequeñas y redondas.

En la exposición de los datos de la autopsia estaban conformes los tres médicos; en su opinión, acerca de las causas de la muerte, divergían.

Sánchez daba la versión popular. Según él, la interfecta, al sentirse herida en la cabeza por los golpes de la badila, corrió a la ventana a pedir socorro; allí una mano poderosa la sujetó por el cuello, produciéndole una contusión y un principio de asfixia que se evidenciaba en las manchas petequiales<sup>606</sup> de los pulmones y del cerebro, y después, lanzada a la calle había sufrido la conmoción cerebral y la fractura de cráneo, que le produjo la muerte. La misma mujer, en la agonía, había repetido el nombre del marido indicando quién era su matador.

Hurtado decía primeramente que las heridas de la cabeza eran tan superficiales que no estaban hechas por un brazo fuerte, sino por una mano débil y convulsa; que los cardenales del cuello procedían de contusiones anteriores al día de la muerte, y que respecto a las manchas de sangre en los pulmones y en el cerebro no eran producidas por un principio de asfixia, sino por el alcoholismo inveterado de la interfecta. Con estos datos Hurtado aseguraba que la mujer, en un estado alcohólico, evidenciado por el aguardiente encontrado en su estómago, y presa de manía suicida, había comenzado a herirse ella misma con la badila en la cabeza, lo que explicaba la superficialidad de las heridas, que apenas interesaban el cuero cabelludo, y después, en vista del resultado negativo para producirse la muerte, había abierto la ventana y se había tirado de cabeza a la calle. Respecto a las palabras pronunciadas por ella, estaba claramente demostrado que al decirlas se encontraba en un estado afásico.

Don Tomás, el médico aristócrata, en su informe hacía equilibrios, y en conjunto no decía nada.

Sánchez estaba en la actitud popular; todo el mundo creía culpable al tío Garrota, y algunos llegaban a decir que, aunque no lo fuera, había que castigarlo, porque era un desalmado capaz de cualquier fechoría.

El asunto apasionó al pueblo; se hicieron una porción de pruebas; se estudiaron las huellas frescas de sangre de la badila y se vio no coincidían con los dedos del prendero; se hizo que un empleado de la cárcel, amigo suyo, le emborrachara y le sonsacara. El tío Garrota confesó su participación en las muertes del *Pollo* y del *Cañamero*; pero afirmó repetidas veces entre furiosos juramentos que no y que no. No tenía nada que ver en la muerte de su mujer, y aunque le condenaran por decir que no y le salvaran por decir que sí, diría que no, porque esa era la verdad.

El juez, después de repetidos interrogatorios, comprendió la inocencia del prendero y lo dejó en libertad.

El pueblo se consideró defraudado. Por indicios, por instinto, la gente adquirió la convicción de que el tío Garrota, aunque capaz de matar a su mujer, no la había matado; pero no quiso reconocer la probidad de Andrés y del juez. El periódico de la capital<sup>607</sup> que defendía a los Mochuelos escribió un artículo con el título “¿Crimen o suicidio?”, en el que suponía que la mujer del tío Garrota se había suicidado; en cambio, otro periódico de la capital, defensor de los Ratones, aseguró que se trataba de un crimen y que las influencias políticas habían salvado al prendero.

—Habrà que ver lo que habrán cobrado el médico y el juez —decía la gente.

A Sánchez, en cambio, lo elogiaban todos.

---

<sup>604</sup> toda autopsia de un cadáver incluye abrir tres cavidades: la craneal, la torácica; y la abdominal.

<sup>605</sup> huesos de la cabeza a ambos lados de la frente.

<sup>606</sup> de la piel, debidas al derrame interno de sangre

<sup>607</sup> capital de la provincia, se entiende.

—Ese hombre iba con lealtad.

—Pero no era cierto lo que decía —replicaba alguno.

—Sí; pero él iba con honradez.

Y no había manera de convencer a la mayoría de otra cosa<sup>608</sup>.

## 10. Despedida

Andrés, que hasta entonces había tenido simpatía entre la gente pobre, vio que la simpatía se trocaba en hostilidad. En la primavera decidió marcharse y presentar la dimisión de su cargo.

Un día de mayo fue el fijado para la marcha<sup>609</sup>; se despidió de don Blas Carreño y del juez y tuvo un violento altercado con Sánchez, quien, a pesar de ver que el enemigo se le iba, fue bastante torpe para recriminarle con acritud. Andrés le contestó rudamente y dijo a su compañero unas cuantas verdades un poco explosivas.

Por la tarde, Andrés preparó su equipaje y luego salió a pasear. Hacía un día tempestuoso con vagos relámpagos, que brillaban entre dos nubes. Al anochecer comenzó a llover y Andrés volvió a su casa.

Aquella tarde *Pepinito*, su hija y la abuela habían ido al Maillo, un pequeño balneario próximo a Alcolea.

Andrés acabó de preparar su equipaje. A la hora de cenar entró la patrona en su cuarto.

—¿Se va usted de verdad mañana, don Andrés?

—Sí.

—Estamos solos; cuando usted quiera cenaremos.

—Voy a terminar en un momento.

—Me da pena verle a usted marchar. Ya le teníamos a usted como de la familia.

— ¡Qué se le va a hacer! Ya no me quieren en el pueblo.

—No lo dirá usted por nosotros.

—No, no lo digo por ustedes. Es decir, no lo digo por usted. Si siento dejar el pueblo, es más que nada por usted.

—¡Bah! Don Andrés.

—Créalo usted o no lo crea, tengo una gran opinión de usted. Me parece usted una mujer muy buena, muy inteligente...

— ¡Por Dios, don Andrés, que me va usted a confundir! —dijo ella riendo.

---

<sup>608</sup> ¶ El resultado final de los acontecimientos es, nuevamente, completamente absurdo. El imputado sale libre de cargos porque es inocente, hecho probado por un juez y un médico (Andrés). La gente del pueblo admite tranquilamente que esto es así, pero le hubiera gustado que fuera condenado por sus antecedentes criminales. Y como le hubiera gustado eso, considera que el doctor Sánchez, aunque completamente equivocado, es la persona que se ha comportado con honradez, mientras que el juez y Andrés, que han seguido escrupulosamente criterios profesionales y científicos, se han comportado con maldad porque sus conclusiones no coinciden con el deseo del pueblo. El caso del tío Garrota demuestra de forma práctica el absurdo de la vida de Alcolea, cómo la gente puede llegar a negar por completo la realidad, a no querer mirarla de cara, solo por permanecer cómodamente instalada en un mundo inamovible de ideas y opiniones formadas de antemano, o sea, en su mundo de prejuicios y deseos irrealizables.

<sup>609</sup> ¶ Si repasamos las alusiones a momentos temporales concretos (meses, estaciones del año, cosechas, etc) que aparecen en el periodo de Alcolea, se puede afirmar que Andrés permanece en el pueblo casi dos años.

—Confúndase usted todo lo que quiera, Dorotea. Ese no quita para que sea verdad. Lo malo que tiene usted...

—Vamos a ver lo malo... —replicó ella con seriedad fingida.

—Lo malo que tiene usted —siguió diciendo Andrés— es que está usted casada con un hombre que es un idiota, un imbécil petulante, que le hace sufrir a usted, y a quien yo como usted le engañaría con cualquiera.

—Jesús! ¡Dios mío! ¡Qué cosas me está usted diciendo!

—Son las verdades de la despedida... Realmente yo he sido un imbécil en no haberle hecho a usted el amor.

—¿Ahora se acuerda usted de eso, don Andrés?

—Sí, ahora me acuerdo. No crea usted que no lo he pensado otras veces; pero me ha faltado decisión. Hoy estamos solos en toda la casa. ¿No?

—Sí, estamos solos. Adiós, don Andrés; me voy.

—No se vaya usted, tengo que hablarle.

Dorotea, sorprendida del tono de mando de Andrés, se quedó.

—¿Qué<sup>610</sup> me quiere usted? —dijo.

—Quédese usted aquí conmigo.

—Pero yo soy una mujer honrada, don Andrés —replicó Dorotea con voz ahogada.

—Ya lo sé, una mujer honrada y buena, casada con un idiota. Estamos solos, nadie habría de saber que usted había sido mía. Esta noche para usted y para mí sería una noche excepcional, extraña...

—Sí, ¿y el remordimiento?

—¿Remordimiento?

Andrés, con lucidez, comprendió que no debía discutir este punto.

—Hace un momento no creía que le iba a usted a decir esto. ¿Por qué se lo digo? No sé. Mi corazón palpita ahora como un martillo de fragua<sup>611</sup>.

Andrés se tuvo que apoyar en el hierro de la cama, pálido y tembloroso.

—¿Se pone usted malo? —murmuró Dorotea con voz ronca.

—No; no es nada.

Ella estaba también turbada, palpitante. Andrés apagó la luz y se acercó a ella.

Dorotea no resistió. Andrés estaba en aquel momento en plena inconsciencia...

Al amanecer comenzó a brillar la luz del día por entre las rendijas de las maderas. Dorotea se incorporó. Andrés quiso retenerla entre sus brazos.

—No, no —murmuró ella con espanto, y levantándose rápidamente huyó del cuarto.

---

<sup>610</sup> Fórmula interrogativa coloquial: ¿Para qué...

<sup>611</sup> Expresión metafórica: late con la misma fuerza y ardor con que golpea un martillo de fragua. Fragua: en las herrerías, lugar donde se encuentra el fogón en que se caldean los metales para forjarlos.

Andrés se sentó en la cama atónito, asombrado de sí mismo.

Se encontraba en un estado de irresolución completa; sentía en la espalda como si tuviera una plancha que le sujetara los nervios y tenía temor de tocar con los pies el suelo.

Sentado, abatido, estuvo con la frente apoyada en las manos, hasta que oyó el ruido del coche que venía a buscarle. Se levantó, se vistió y abrió la puerta antes que llamaran, por miedo al pensar en el ruido de la aldaba; un mozo entró en el cuarto y cargó con el baúl y la maleta y los llevó al coche. Andrés se puso el gabán y subió a la diligencia, que comenzó a marchar por la carretera polvorienta.

—¡Qué absurdo! ¡Qué absurdo es todo esto! —exclamó luego. Y se refería a su vida y a esta última noche tan inesperada, tan aniquiladora<sup>612</sup>.

En el tren su estado nervioso empeoró. Se sentía desfallecido, mareado. Al llegar a Aranjuez se decidió a bajar del tren. Los tres días que pasó aquí tranquilizaron y calmaron sus nervios<sup>613</sup>.

---

<sup>612</sup> ¶ El absurdo de Alcolea acaba influyendo en Andrés, de modo que se cumple la ley determinista de que el medio condiciona por completo no solamente la salud física sino también la espiritual del individuo; Andrés entonces revive lo que acaba de ocurrir con Dorotea como un hecho absurdo, cuando, objetivamente, no tendría por qué serlo. Pero Hurtado lo siente así porque —se puede deducir— ha perjudicado gravemente a una mujer a la que estima, haciendo que en adelante sufra remordimientos; además, está estupefacto porque hacer lo que ha hecho no entraba en sus planes, que eran mantener una regla higiénica de castidad, sin embargo, ante Dorotea ha sido incapaz de detener la sacudida del deseo sexual; y, en tercer lugar, la pequeña aventura amorosa que acaba de protagonizar no le reporta felicidad ni serenidad, no le sirve para alcanzar aquella ansiada paz espiritual, o ataraxia, sino todo lo contrario, le resulta destructiva, *aniquiladora*. De nuevo, el sentido del deber, en este caso el ser consciente de haber seguido una conducta incorrecta, se convierte en fuente de sufrimiento y angustia.

<sup>613</sup> ¶ Este descanso de tres días en completa soledad, del que nada dice Baroja (hay una elipsis narrativa) es un indicio del estado de nervios y de angustia que dominan a Andrés al abandonar Alcolea.

## 1. Comentario a lo pasado<sup>614</sup>

A los pocos días de llegar a Madrid, Andrés se encontró con la sorpresa desagradable de que se iba a declarar la guerra a los Estados Unidos<sup>615</sup>. Había alborotos, manifestaciones en las calles, música patriótica a todo pasto.

Andrés no había seguido en los periódicos aquella cuestión de las guerras coloniales; no sabía a punto fijo de qué se trataba. Su único criterio era el de la criada vieja de la Dorotea, que solía cantar a voz en grito mientras lavaba esta canción:

*Parece mentira que por unos mulatos  
estemos pasando tan malitos ratos.  
A Cuba se llevan la flor de la España  
y aquí no se queda más que la morralla.*

Todas las opiniones de Andrés acerca de la guerra estaban condensadas en este cantar de la vieja criada.

Al ver el cariz que tomaba el asunto y la intervención de los Estados Unidos, Andrés quedó asombrado.

En todas partes no se hablaba más que de la posibilidad del éxito o del fracaso. El padre de Hurtado creía en la victoria española; pero en una victoria sin esfuerzo; los yanquis, que eran todos vendedores de tocino, al ver a los primeros soldados españoles, dejarían las armas y echarían a correr. El hermano de Andrés, Pedro, hacía vida de *sportman*<sup>616</sup> y no le preocupaba la guerra; a Alejandro le pasaba lo mismo; Margarita seguía en Valencia.

---

<sup>614</sup> Esta 6ª parte tiene como motivo fundamental el reencuentro de AHurtado con la vida madrileña. Cronológicamente, abarca unos 17 meses, de mayo en que llega a la ciudad hasta otoño del año siguiente, en que se casa, pero la sensación de paso del tiempo queda muy amortiguada por el hecho de que en casi todos los capítulos domina el diálogo, y los diálogos son escenas que igualan el ritmo narrativo y la duración de los acontecimientos; además, la base argumental de los capítulos son los sucesivos reencuentros con viejos conocidos madrileños, lo cual conecta esta 6ª parte con la 2ª, es decir, actúa como una recuperación del pasado, como una puesta al día de la vida de Andrés. El reencuentro definitivo es con Lulú, por las nuevas connotaciones que adquiere la relación entre ambos, hecho este que gira la acción hacia el presente y la reactiva hacia el futuro. Además, hay una correspondencia temática de esta parte con la 2ª (*Las carnarias*), pues vuelve a surgir aquí la sordidez humana relacionada con lo erótico y sexual (ver nota 134) **¶** El título de este capítulo 1º quiere destacar, ante todo, la charla que van a mantener Iturrioz y AHurtado acerca de la experiencia de este en Alcolea, y que viene después de la valoración negativa que hace Andrés/Baroja de la sociedad española (sobre todo, de la España oficial, la de los políticos y la prensa) ante la guerra de Cuba.

<sup>615</sup> **¶** La crisis del 98 (la Guerra de Cuba y Filipinas ante los EEUU) puede ordenarse en los siguientes hechos: 1) en 1859 España rechazó la oferta de compra de la isla realizada por EEUU en 30 millones de dólares; 2) los independentistas cubanos (con la ayuda encubierta de EEUU) inician en 1895 una segunda guerra contra España; 3) en febrero de 1898 un acorazado norteamericano, el Maine, fondeando en el puerto de La Habana, estalla: mueren más 250 marinos. EEUU culpa directamente a España. 3) Ultimátum de EEUU a España para que abandone la isla (y le conceda la independencia) bajo amenaza de declaración de guerra. Negativa de España. 4) Una parte de la flota norteamericana bloquea la isla de Cuba, y otra parte, las Filipinas en Asia. 5) Semanas de agitación y propaganda en los dos países a favor la guerra (desprecio por EEUU y optimismo absurdo de la prensa y los políticos liberales y conservadores en España). Manifestaciones patrióticas y exaltación pública ante la guerra inminente. Este es el momento en que AHurtado, ya de regreso en Madrid, toma conocimiento del asunto y se encuentra por la calle con Iturrioz. 6) Declaración de Guerra de EEUU a España en abril del mismo año 7) La flota de EEUU, como había predicho Iturrioz, hunde todos los barcos españoles, tanto los que defienden Cuba (puerto de Santiago de Cuba), como los que defendían las islas Filipinas (puerto de Cavite). Estos hechos coinciden con la celebración de la Feria de San Isidro, la gran feria taurina de España. La gente, entusiasmada con las corridas, se muestra indiferente –como recuerda en la novela Baroja– ante los sucesos de Cuba. AHurtado se siente indignado por la falta de sentimiento patriótico de la gente. La guerra terrestre se prolonga durante 6 meses con la victoria total de EEUU. España se rinde. **¶** Se firma la Paz de París entre los dos países: España pierde sus últimos territorios coloniales tanto de América como de Asia. **¶** AHurtado (haciendo una estimación aproximada a partir de diversos datos de la novela) tiene unos 26 o 27 años en 1898.

<sup>616</sup> ...*hacia una vida de 'sportman'*: de aficionado a los deportes de moda (fútbol, tenis, ciclismo, etc) y al estilo de vida que estas aficiones traían asociado: frecuentación de clubes deportivos, grupos cerrados de amigos, forma de vestir informal pero distinguida, vida desenfadada, sin interés por los problemas políticos y sociales del país. **¶** Esta alusión da a entender que AHurtado ha regresado a la casa familiar de Madrid, aunque no queda nada que lo una a sus miembros. La persona a quien más quiere, Margarita, está lejos. A pesar de ello, un poco más adelante, el padre volverá a ayudarlo a encontrar trabajo. Y aun así, de la familia ya no se dirá ni una palabra más.

Andrés encontró un empleo en una consulta de enfermedades del estómago, sustituyendo a un médico que había ido al extranjero por tres meses.

Por la tarde Andrés iba a la consulta, estaba allí hasta el anochecer, luego marchaba a cenar a casa y por la noche salía en busca de noticias.

Los periódicos no decían más que necedades y bravuconadas<sup>617</sup>; los yanquis no estaban preparados para la guerra; no tenían ni uniformes para sus soldados. En el país de las máquinas de coser el hacer unos cuantos uniformes era un conflicto enorme, según se decía en Madrid.

Para colmo de ridiculez, hubo un mensaje de Castelar<sup>618</sup> a los yanquis. Ciertamente no tenía las proporciones bufograndilocuentes<sup>619</sup> del manifiesto de Víctor Hugo a los alemanes para que respetaran París<sup>620</sup>; pero era bastante para que los españoles de buen sentido pudieran sentir toda la vacuidad de sus grandes hombres.

Andrés siguió los preparativos de la guerra con una emoción intensa.

Los periódicos traían cálculos completamente falsos. Andrés llegó a creer que había alguna razón para los optimismos.

Días antes de la derrota encontró a Iturriz en la calle<sup>621</sup>.

—¿Qué le parece a usted esto? —le preguntó.

—Estamos perdidos.

—¿Pero si dicen que estamos preparados?

—Sí, preparados para la derrota. Sólo a ese chino, que los españoles consideramos como el colmo de la candidez<sup>622</sup>, se le pueden decir las cosas que nos están diciendo los periódicos.

—Hombre, yo no veo eso.

---

<sup>617</sup> JJ Baroja se refiere —y es cierto, fue así— a que muchos diarios y revistas españoles de la época se llenaron de informaciones y opiniones donde se presumía de grandeza histórica, poderío militar, riqueza, aliados internacionales, y, muy en particular, de valentía frente a la cobardía del enemigo norteamericano, al que se despreciaba por completo.

<sup>618</sup> JJ Castelar, que efectivamente publicó bastantes artículos durante la crisis del 98, había sido jefe del partido republicano, diputado, ministro, jefe de Gobierno, era miembro de las academias de la Historia, de la Lengua y de San Fernando y gran viajero internacional. En 1898 estaba ya retirado pero mantenía su prestigio (de “gran hombre”) entre políticos y opinión pública de tendencia conservadora y moderada. Sin embargo, la ‘Gente Nueva’ de esta época (Azorín, Baroja, Valle, etc) lo despreciaban por su patriotismo estúpido y exaltado y por su demagogia militarista. Igual que otros periodistas, políticos y escritores, Castelar se equivocaba porque analizaba mal lo que ocurría en Cuba, porque desdeñaba el poder de los EEUU y porque aceptó la guerra como un hecho inevitable. De ahí que Baroja se ría de esa carta abierta que aquel escribe a los EEUU poco antes del enfrentamiento, pues no solo no tuvo ninguna repercusión en el enemigo (ni la opinión pública ni el gobiernos norteamericanos) sino que sirvió para que los lectores españoles comprobarán la *vacuidad* de estos viejos políticos, convencidos estúpidamente de que una carta con su firma podía influir en la marcha de los acontecimientos.

<sup>619</sup> ...*proporciones bufograndilocuentes*: dimensión ridícula, pedante y retórica de este escrito. ‘Bufograndilocuente’ es neologismo de Baroja.

<sup>620</sup> JJ En 1870 se produjo en Sedán (Francia) la derrota total del ejército francés ante el prusiano durante la Guerra Franco-Prusiana. Ante la posibilidad de que los prusianos avanzaran y ocuparan París, Víctor Hugo, entonces considerado en toda Europa como un auténtico dios de la literatura, publicó un manifiesto en Francia en el que exaltaba el patriotismo francés y “exigía” al Kaiser Guillermo que no tomara la capital. Así pues, la actitud de V. Hugo en 1870 es muy parecida, en Francia, a la de Castelar en la España de 1898. A Baroja tal manifiesto le parece ridículo de tan ingenuo (por pensar Víctor Hugo que su opinión pudiera ser tenida en cuenta por el emperador de Prusia), además de pedante y afectado por el estilo en que estaba escrito. En resumen, lo considera *bufograndilocuente*.

<sup>621</sup> JJ Comienza aquí una serie de reencuentros con viejos conocidos de Andrés. Se subrayarán diferencias y similitudes de lo que antes eran estas personas y de lo que son ahora. JJ Este encuentro casual con Iturriz también está basado en una experiencia real de Baroja: la conversación que mantuvo semanas antes del “desastre” con Lucas Mallada, un geólogo e intelectual regeneracionista, conocido de la familia, el cual, ya en 1890 había escrito un libro muy crítico sobre la situación del país, denominado *Los males de la patria*. Mallada (modificado en Iturriz) ofrece a Andrés la perspectiva realista de los acontecimientos y pronostica el “desastre” en contraste directo con el optimismo inicial, la euforia general y las bravuconadas de periódicos y políticos.

<sup>622</sup> *candidez*: inocencia, ingenuidad. Se refiere al dicho popular “engañar a alguien como a un chino”.

—Pues no hay más que tener ojos en la cara y comparar la fuerza de las escuadras. Tú fijate, nosotros tenernos en Santiago de Cuba seis barcos viejos, malos y de poca velocidad; ellos tienen veintiuno, casi todos nuevos, bien acorazados y de mayor velocidad. Los seis nuestros, en conjunto, desplazan aproximadamente veintiocho mil toneladas; los seis primeros suyos sesenta mil. Con dos de sus barcos pueden echar a pique toda nuestra escuadra; con veintiuno no van a tener sitio donde apuntar.

—¿De manera que usted cree que vamos a la derrota?

—No a la derrota, a una cacería<sup>623</sup>. Si alguno de nuestros barcos puede salvarse será una gran cosa.

Andrés pensó que Iturrioz podía engañarse; pero pronto los acontecimientos le dieron la razón. El desastre había sido como decía él: una cacería, una cosa ridícula.

A Andrés le indignó la indiferencia de la gente al saber la noticia. Al menos él había creído que el español, inepto para la ciencia y para la civilización, era un patriota exaltado y se encontraba que no; después del desastre de las dos pequeñas escuadras españolas en Cuba y en Filipinas, todo el mundo iba al teatro y a los toros tan tranquilo; aquellas manifestaciones y gritos<sup>624</sup> habían sido espuma, humo de paja, nada.

Cuando la impresión del desastre se le pasó, Andrés fue a casa de Iturrioz; hubo discusión entre ellos.

—Dejemos todo eso, ya que, afortunadamente, hemos perdido las colonias —dijo su tío—, y hablemos de otra cosa, ¿Qué tal te ha ido en el pueblo?

—Bastante mal.

—¿Qué te pasó? ¿Hiciste alguna barbaridad?

—No; tuve suerte. Como médico he quedado bien. Ahora, personalmente, he tenido poco éxito.

—Cuenta, veamos tu odisea en esa tierra de Don Quijote.

Andrés contó sus impresiones en Alcolea. Iturrioz le escuchó atentamente.

—¿De manera que allí no has perdido tu virulencia<sup>625</sup> ni te has asimilado el medio?

—Ninguna de las dos cosas. Yo era allí una bacteridia colocada en un caldo saturado de ácido fénico<sup>626</sup>.

—¿Y esos manchegos son buena gente?

—Sí, muy buena gente; pero con una moral imposible.

—Pero esa moral, ¿no será la defensa de la raza que vive en una tierra pobre y de pocos recursos?

—Es muy posible; pero, sí es así, ellos no se dan cuenta de este motivo<sup>627</sup>.

—Ah, claro. ¿En dónde un pueblo del campo será un conjunto de gente con conciencia? ¿En Inglaterra, en Francia, en Alemania? En todas partes el hombre en su estado natural es un canalla, idiota y egoísta. Si ahí, en Alcolea, es una buena persona, hay que decir que los alcoleanos son gente superior<sup>628</sup>.

---

<sup>623</sup> ff Es una palabra ya empleada por Iturrioz para hablar de la vida: recuérdese, sobre todo, la primera charla filosófica del tío y el sobrino.

<sup>624</sup> ver nota 615.

<sup>625</sup> rasgo psicológico: ardiente, exaltado, mordaz, que ataca con todo aquello que no se acomoda a su forma de ser o entendimiento.

<sup>626</sup> *bacteridia*: un tipo de bacteria (bacilo) maligna para el ser humano y los animales. *Ácido fénico* o carbónico, también llamado fenol: el ácido fénico es muy utilizado en la industria farmacéutica y clínica como un potente bactericida y desinfectante. ff Símil de carácter científico empleado entre dos médicos para dar a entender la incompatibilidad de Andrés (bacteridia maligna) con el medio ambiente de Alcolea (ácido fénico desinfectante).

<sup>627</sup> de esta circunstancia, de este hecho. ff La temática del resto de la charla es la influencia del medio en el individuo y las dificultades que surgen para que este sea consciente de su situación real y de que logre ser independiente para actuar en la vida.

—No digo que no. Los pueblos como Alcolea están perdidos porque el egoísmo y el dinero no está repartido<sup>629</sup> equitativamente; no lo tienen más que unos cuantos ricos; en cambio, entre los pobres no hay sentido individual<sup>630</sup>. El día que cada alcoleano se sienta a sí mismo y diga “no transijo”, ese día el pueblo marchará hacia adelante.

—Claro; pero para ser egoísta hay que saber; para protestar hay que discurrir. Yo creo que la civilización le debe más al egoísmo que a todas las religiones y utopías filantrópicas<sup>631</sup>. El egoísmo ha hecho el sendero, el camino, la calle, el ferrocarril, el barco, todo<sup>632</sup>.

—Estamos conformes. Por eso indigna ver a esa gente, que no tiene nada que ganar con la maquinaria social<sup>633</sup> que, a cambio de cogerle al hijo y llevarlo a la guerra, no les da más que miseria y hambre para la vejez, y que aun así la defienden<sup>634</sup>.

—Eso tiene una gran importancia individual, pero no social. Todavía no ha habido una sociedad que haya intentado un sistema de justicia distributiva<sup>635</sup>, y, a pesar de eso, el mundo no digamos que marcha, pero al menos se arrastra y las mujeres siguen dispuestas a tener hijos.

—Es imbécil.

—Amigo, es que la naturaleza es muy sabia. No se contenta sólo con dividir a los hombres en felices y en desdichados, en ricos y pobres, sino que da al rico el espíritu de la riqueza, y al pobre el espíritu de la miseria<sup>636</sup>. Tú sabes cómo se hacen las abejas obreras; se encierra a la larva en un alveolo pequeño y se le da una alimentación deficiente. La larva ésta se desarrolla de una manera incompleta, es una obrera, una proletaria que tiene el espíritu del trabajo y de la sumisión. Así sucede entre los hombres, entre el obrero y el militar, entre el rico y el pobre.

—Me indigna todo esto —exclamó Andrés.

---

<sup>628</sup> ¶¶ Iturriz desprecia —como ya se ha visto con anterioridad— el estado natural del ser humano, y ve el mundo rural como el predominio de las salvajes y destructivas fuerzas naturales (el egoísmo, la estupidez, la maldad) sobre las fuerzas civilizadoras. Si la gente de Alcolea, a pesar de vivir inmersa dentro de estas fuerzas negativas, es “buena”, eso para Iturriz significa que es *gente superior*, como si, a pesar de ser gente de campo, natural, hubiera dado un paso hacia una mejora moral.

<sup>629</sup> ¶¶ Concordancia ‘ad sensum’ (sujeto en plural —*el egoísmo y el dinero*— y verbo y atributo en singular —*está repartido*—), normativamente incorrecta.

<sup>630</sup> ¶¶ El alcoleano pobre no tiene amor propio ni es consciente de su estado de explotación y pobreza (es decir, no tiene ni dinero ni egoísmo, cosas que solo tienen los ricos del pueblo).

<sup>631</sup> ¶¶ ...*utopías filantrópicas* son, en general, las ideas de amor al ser humano según las cuales se podría construir una sociedad ideal en un futuro sin determinar. A finales del s. XIX ese utopismo filantrópico estaba representado por las ideas y las propuestas de mejora de la organización del trabajo de los socialistas utópicos (ej. Robert Owen, Saint-Simon, Fourier, Auguste Blanqui, etc).

<sup>632</sup> ¶¶ Esta idea ya la ha defendido antes Iturriz con anterioridad. El egoísmo (fuerza natural del ser humano), conducido hacia lo que es útil para la sociedad, se convierte en una fuerza positiva, civilizadora.

<sup>633</sup> el funcionamiento de la sociedad (ej. Estado, instituciones, ejército, bancos y empresas, propietarios, etc)

<sup>634</sup> Construcción gramatical y sintácticamente confusa. ¶¶ La idea que se desprende es que los pobres defienden el funcionamiento de la sociedad a pesar de que esa sociedad, tal como está organizada, les arrebata a sus hijos para llevarlos al matadero de la guerra, y con ello les genera *más miseria y hambre para la vejez*. En estas palabras de Andrés, está implícita la idea original de “proletariado”, es decir, de prole, es decir, el hecho de que la gente pobre (del campo y de los núcleos industriales) solían tener muchos hijos (prole) para que los todavía niños se incorporaran al trabajo y pudieran aportar dinero al mantenimiento familiar.

<sup>635</sup> ¶¶ Lúcidamente Baroja (a través de Iturriz) deja constancia de que en ningún país, hasta finales del s. XIX, se había hecho una política social de *justicia distributiva* de la riqueza. Esto es lo que venían denunciando los sindicatos y partidos obreros desde la década de 1840 en toda Europa, y es lo que no se conseguirá hasta la posguerra mundial de 1945, un siglo después, con el llamado “Estado del bienestar”, que comienza a aplicarse en Alemania, Francia e Inglaterra por los partidos socialdemócratas, y que se basa en una política nacional de impuestos progresivos (se paga al Estado conforme la cantidad de dinero que se gana o se tiene) y mediante la creación de un fondo estatal de dinero que garantice (al margen de intereses privados) la atención de las necesidades esenciales de todos los ciudadanos: sanidad, educación, jubilaciones, infraestructuras básicas, etc.

<sup>636</sup> ¶¶ Otra vez se repite la idea determinista —hoy completamente descartada por las ciencias— de que la naturaleza (el medio natural) condiciona no solo la vida natural, física, corporal del ser humano (la carga genética, la salud, etc) sino la vida espiritual (el alma, la mente humana). El ejemplo extraído del reino animal que va a poner enseguida Iturriz recuerda los ejemplos de “lucha” y “cacería” (como sinónimos de vida) que ya empleó en la primera conversación filosófica con Andrés: las abejas obreras. Después pone un ejemplo de la sociedad humana: los trabajadores más esforzados y pobres son insensibles a la violenta muerte de un compañero, como si hubieran nacido con un alma de esclavos, un alma que acepta como cosa natural la miseria, la explotación y la muerte.

—Hace unos años —siguió diciendo Iturriz— me encontraba yo en la isla de Cuba en un ingenio donde estaban haciendo la zafra. Varios chinos y negros llevaban la caña en manojos a una máquina con grandes cilindros que la trituraba. Contemplábamos el funcionamiento del aparato, cuando de pronto vemos a uno de los chinos que lucha arrastrado. El capataz blanco grita para que paren la máquina. El maquinista no atiende a la orden y el chino desaparece e inmediatamente sale convertido en una sábana de sangre y de huesos machacados. Los blancos que presenciábamos la escena nos quedamos consternados; en cambio, los chinos y los negros se reían. Tenían espíritu de esclavos.

—Es desagradable.

—Sí, como quieras; pero son los hechos y hay que aceptarlos y acomodarse a ellos<sup>637</sup>. Otra cosa es una simpleza. Intentar andar entre los hombres, en ser superior<sup>638</sup>, como tú has querido hacer en Alcolea, es absurdo.

—Yo no he intentado presentarme como ser superior —replicó Andrés con viveza— Yo he ido en hombre independiente. A tanto trabajo, tanto sueldo. Hago lo que me encargan, me pagan y ya está.

—Eso no es posible; cada hombre no es una estrella con su órbita independiente.

—Yo creo que el que quiere serlo lo es.

—Tendrá que sufrir las consecuencias.

—¡Ah, claro! Yo estoy dispuesto a sufrirlas. El que no tiene dinero paga su libertad con su cuerpo; es una onza<sup>639</sup> de carne que hay que dar, que lo mismo le pueden sacar a uno del brazo que del corazón. El hombre de verdad busca antes que nada su independencia; se necesita ser un pobre diablo o tener alma de perro para encontrar mala la libertad. ¿Que no es posible? ¿Que el hombre no puede ser independiente como una estrella de otra? A esto no se puede decir más sino que es verdad, desgraciadamente<sup>640</sup>.

—Veo que vienes lírico<sup>641</sup> del pueblo.

—Será la influencia de las migas.

—O del vino manchego.

—No; no lo he probado.

—¿Y querías que tuvieran simpatía por ti y despreciabas el producto mejor del pueblo?<sup>642</sup> Bueno, ¿qué piensas hacer?

---

<sup>637</sup> JJ Los fenómenos son como son, y hay que aceptarlos y acomodarse a ellos. Este es uno de los principios básicos del positivismo científico y del determinismo.

<sup>638</sup> *en ser superior* es CPvo. Significado: como superior a los alcoleanos, lo manifestara o no.

<sup>639</sup> medida de peso antigua, todavía empleada por el sistema inglés, equivalente a unos 29 gramos. Aquí tiene sentido figurado: de la cantidad de "vida" propia que hay que vender para recibir un dinero con que comprar un poco de independencia.

<sup>640</sup> JJ Andrés iguala independencia y libertad. Iturriz opina que en el pueblo, siendo consciente o no, AHurtado fracasó por actuar como un ser superior a la gente corriente, como si su alma fuera especial en medio de la mediocridad. Es decir, indirectamente le está censurando que fuera incapaz de adaptarse al medio. Sin embargo, Andrés piensa que lo único que hizo fue actuar con absoluta independencia profesional, y que fue actuar de este modo lo que lo llevó al fracaso. De hecho, para Andrés lo fundamental es sentirse, en todo momento, independiente, libre, aunque reconoce que esto es casi imposible de conseguir en el mundo actual.

<sup>641</sup> JJ La conversación desde aquí se relaja. Ironía sin malicia de Iturriz: de tanto hablar de libertad y de las órbitas de las estrellas, etc parece que Andrés ha vuelto del pueblo hecho un poeta, es decir, *lírico*. A esta ironía responde Andrés con otra: desde luego, le contesta, no ha probado ni las migas ni el famoso y mareante vino manchego, *el producto mejor del pueblo*, como argumenta simpáticamente el tío. Aunque también en esta alusión gastronómica de Iturriz se asoma una velada metáfora de otra cosa del pueblo que Andrés sí ha probado, y que —este sí— es *el producto mejor del pueblo*, y que no es comida... Pero de "eso", es decir, de Dorotea, de esa clase de migas y vinos que Andrés ha probado en Alcolea, y que podía traer a la distendida charla con su tío y amigo, es de lo que Hurtado se niega a hablar con el tío.

<sup>642</sup> JJ Fin de la conversación sobre la experiencia de Alcolea: como hemos dicho, ni una alusión de Andrés a lo ocurrido con Dorotea. Es como si tuviera miedo de sincerarse ante cuestión tan delicada, como si Andrés viera en Iturriz la figura de un padre, alguien que le podría afejar su conducta, o quizá algo más comprometido, obligarlo a meditar acerca de ella... En todo caso —podemos deducir—, se niega en redondo a revivir la angustia y el dolor de los días anteriores (recordemos que cuando abandona Alcolea no se atreve a llegar directamente a Madrid, sino que se baja del tren en Aranjuez, y pasa allí tres días para recobrar un poco de serenidad).

—Ver si encuentro algún sitio donde trabajar.

—¿En Madrid?

—Sí, en Madrid.

—¿Otra experiencia?

—Eso es, otra experiencia.

—Bueno, vamos ahora a la azotea.

## 2. Los amigos

A principio de otoño, Andrés quedó sin nada que hacer. Don Pedro se había encargado de hablar a sus amigos influyentes, a ver si encontraban algún destino para su hijo.

Hurtado pasaba las mañanas en la Biblioteca Nacional, y por las tardes y noches paseaba. Una noche, al cruzar por delante del teatro de Apolo, se encontró con Montaner.

—Chico, ¡cuánto tiempo! —exclamó el antiguo condiscípulo, acercándosele.

—Sí, ya hace algunos años que no nos hemos visto.

Subieron juntos la cuesta de la calle de Alcalá, y al llegar a la esquina de la de Peligros, Montaner insistió para que entraran en el café de Fornos.

—Bueno, vamos —dijo Andrés.

Era sábado y había gran entrada; las mesas estaban llenas; los trasnochadores, de vuelta de los teatros, se preparaban a cenar, y algunas busconas paseaban la mirada de sus ojos pintados por todo el ámbito de la sala.

Montaner tomó ávidamente el chocolate que le trajeron, y después le preguntó a Andrés:

—¿Y tú, qué haces?

—Ahora nada. He estado en un pueblo. ¿Y tú? ¿Concluiste la carrera?

—Sí, hace un año. No podía acabarla, por aquella chica que era mi novia. Me pasaba el día entero hablando con ella; pero los padres de la chica se la llevaron a Santander y la casaron allí. Yo entonces fui a Salamanca, y he estado hasta concluir la carrera.

—¿De manera que te ha convenido que casaran a la novia?

—En parte sí. ¡Aunque para lo que me sirve el ser médico!

—¿No encuentras trabajo?

—Nada. He estado con Julio Aracil.

—¿Con Julio?

—Sí.

—¿De qué?

—De ayudante.

—¿Ya necesita ayudantes Julio?

—Sí; ahora ha puesto una clínica. El año pasado me prometió protegerme. Tenía una plaza en el ferrocarril<sup>643</sup>, y me dijo que cuando no la necesitara me la cedería a mí.

—¿Y no te la ha cedido?

—No; la verdad es que todo es poco para sostener su casa.

—¿Pues qué hace? ¿Gasta mucho?

—Sí.

—Antes era muy roñoso.

—Y sigue siéndolo.

—¿No avanza?

—Como médico, poco, pero tiene recursos: el ferrocarril, unos conventos que visita; es también accionista de La Esperanza, una sociedad<sup>644</sup> de esas, de médico, botica y entierro; y tiene participación en una funeraria<sup>645</sup>.

—¿De manera que se dedica a la explotación de la caridad?

—Sí; ahora, además, como te decía, tiene una clínica que ha puesto con dinero del suegro. Yo he estado ayudándole; la verdad es que me ha cogido de primo; durante más de un mes he hecho de albañil, de carpintero, de mozo de cuerda<sup>646</sup> y hasta de niñera; luego me he pasado en la consulta asistiendo a pobres, y ahora que la cosa empieza a marchar me dice Julio que tiene que asociarse con un muchacho valenciano que se llama Nebot, que le ha ofrecido dinero, y que cuando me necesite me llamará.

—En resumen, que te ha echado.

—Lo que tú dices.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a buscar un empleo cualquiera.

—¿De médico?

—De médico o de no médico. Me es igual.

—¿No quieres ir a un pueblo?

—No, no; eso nunca. Yo no salgo de Madrid.

—Y los demás, ¿qué han hecho? — preguntó Andrés— ¿Dónde está aquel Lamela?

—En Galicia. Creo que no ejerce, pero vive bien. De Cañizo no sé si te acordarás...

---

<sup>643</sup> ¶ Ocupaba un puesto de médico dentro de alguna de las compañías privadas que gestionaban los trenes españoles.

<sup>644</sup> ¶ Se refiere muy seguramente a una sociedad o compañía de seguros, a la que el cliente pagaba una cantidad mensual con la que se garantizaba atención médica y medicinas (botica) en caso de enfermedad y pago del entierro en caso de defunción.

<sup>645</sup> ¶ Como médico propiamente dicho (es decir, como profesional, como especialista) no ha avanzado mucho, pero ha convertido la profesión en un negocio rentable. Andrés añadirá enseguida irónicamente que se dedica “a la explotación de caridad”, a sacar dinero de servicios sanitarios y pseudosanitarios relacionados con la ayuda desinteresada al prójimo.

<sup>646</sup> *mozo de cuerda*: el que se ponía en los lugares públicos con un cordel al hombro a fin de que cualquiera pudiera contratarlo para llevar cosas de carga o para hacer algún mandado.

—No.

—Uno que perdió curso en anatomía.

—No, no me acuerdo.

—Si lo vieras, te acordarías en seguida —repuso Montaner— Pues este Cañizo es un hombre feliz; tiene un periódico de carnicería<sup>647</sup>. Creo que es muy glotón, y el otro día me decía: “Chico, estoy muy contento; los carniceros me regalan lomo, me regalan filetes... Mi mujer me trata bien; me da langosta algunos domingos.”

— ¡ Qué animal!

—De Ortega sí te acordarás.

—¿Uno bajito, rubio?

—Sí.

—Me acuerdo.

—Ese estuvo de médico militar en Cuba, y se acostumbró a beber de una manera terrible. Alguna vez le he visto y me ha dicho. “Mi ideal es llegar a la cirrosis<sup>648</sup> alcohólica y al generalato.”

—De manera que nadie ha marchado bien de nuestros condiscípulos.

—Nadie o casi nadie, quitando a Cañizo con su periódico de carnicería y con su mujer, que los domingos le da langosta.

—Es triste todo eso. Siempre en este Madrid la misma interinidad<sup>649</sup>, la misma angustia hecha crónica, la misma vida sin vida, todo igual.

—Sí; esto es un pantano —murmuró Montaner.

—Más que un pantano es un campo de ceniza<sup>650</sup>. ¿Y Julio Aracil, vive bien?

—Hombre, según lo que se entienda por vivir bien.

—Su mujer, ¿cómo es?

—Es una muchacha vistosa, pero él la está prostituyendo.

—¿Por qué?

—Porque la<sup>651</sup> va dando un aire de *cocotte*. Él hace que se ponga trajes exagerados, la lleva a todas partes<sup>652</sup>; yo creo que él mismo la ha aconsejado que se pinte. Y ahora prepara el golpe final. Va a llevar a ese Nebot, que es

---

<sup>647</sup> O sea, un periódico donde se ofrece información relacionada con la venta y tipos de carne.

<sup>648</sup> enfermedad que afecta especialmente al hígado, producida por una progresiva destrucción de sus células y la sustitución de estas por tejido conjuntivo. Es típica de los alcohólicos.

<sup>649</sup> ¶ inestabilidad e incertidumbre (se refiere a las cosas valiosas de la vida: el trabajo, las relaciones personales, etc), un constante vivir “a salto de mata” donde todo es efímero y precario.

<sup>650</sup> ¶ La amarga queja en que coinciden ambos amigos es la parálisis y la monotonía de la vida madrileña, es decir, una sensación de inercia e inmovilidad que nace, paradójicamente, de que pasa el tiempo, pero, en ese pasar del tiempo, la persona no encuentra nada sólido y definitivo a lo que agarrarse, algo que dé sentido a la vida, que dé confianza, esperanza y serenidad. Entonces la angustia se hace crónica y la vida ya no parece vida, sino un “pantano” o un “campo de ceniza”, es decir, algo estancado y quieto, incluso algo que ha sido quemado y donde ya no queda vida, donde reina la muerte. La queja de ambos amigos se convierte, por tanto, en un terrible diagnóstico moral acerca de la gran ciudad. En cualquier caso, no debe pasarse por alto que esta impresión de monotonía, estancamiento e inercia también la sintió vivamente Andrés en Alcolea, así como en otros momentos de su vida.

un muchacho rico, a vivir a su casa y va a ampliar la clínica. Yo creo que lo que anda buscando es que Nebot se entienda con su mujer.

—¿De veras?

—Sí. Ha mandado poner el cuarto de Nebot en el mejor sitio de la casa, cerca de la alcoba de su mujer.

—Demonio. ¿Es que no la quiere?

—Julio no quiere a nadie, se casó con ella por su dinero. Él tiene una querida que es una señora rica, ya vieja.

—¿De manera que en el fondo marcha?

— ¡Qué sé yo! Lo mismo puede hundirse que hacerse rico<sup>653</sup>.

Era ya muy tarde y Montaner y Andrés salieron del café y cada cual se fue a su casa.

A los pocos días Andrés encontró a Julio Aracil, que entraba en un coche.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo? —le dijo Julio—. Voy al final del barrio de Salamanca<sup>654</sup>, a hacer una visita.

—Bueno.

Entraron los dos en el coche.

—El otro día vi a Montaner —le dijo Andrés.

—Te hablaría mal de mí? Claro. Entre amigos es indispensable.

—Sí, parece que no está muy contento de ti.

—No me choca. La gente tiene una idea estúpida de las cosas —dijo Aracil con voz colérica—. No quisiera más que tratar con egoístas absolutos, completos, no con gente sentimental que le dice a uno con las lágrimas en los ojos: “Torna este pedazo de pan duro, al que no le puedo hincar el diente, y a cambio convídame a cenar todos los días en el mejor hotel”.

Andrés se echó a reír.

—La familia de mi mujer es también de las que tienen una idea imbécil de la vida —siguió diciendo Aracil—. Constantemente me están poniendo obstáculos.

—¿Por qué?

—Nada. Ahora se les ocurre decir que el socio que tengo en la clínica le hace el amor a mi mujer y que no le debo tener en casa. Es ridículo. ¿Es que voy a ser un Oteló<sup>655</sup>? No; yo le dejo en libertad a mi mujer. Concha no me ha de engañar. Yo tengo confianza en ella.

---

<sup>651</sup> Laísmo muy común en el habla popular de Madrid (la forma pronominal *la* –femenino singular– propia del CD supe a la forma *le*, Cl, que sería la adecuada gramaticalmente). Repite el caso poco después: “...él mismo *la* ha aconsejado que...”

<sup>652</sup> JJ Aquí hay implícita un conducta que hoy ya resulta extraña en nuestra sociedad. Como da a entender Montaner, estaba mal visto que una mujer casada, aunque acompañada del marido, fuera a todas partes, se dejase ver mucho. El lugar natural de la esposa era la casa. La que se dejaba ver mucho tomaba fama de inmoral.

<sup>653</sup> JJ Como cuando eran estudiantes, hablar mal de Julio Aracil es el tema de conversación preferido de ambos. Julio Aracil, en conclusión, no ha cambiado. Sigue siendo el tipo ambicioso, egoísta, práctico, aprovechado, hipócrita y sin escrúpulos de antes. El tipo para el cual el dinero es lo único importante, y que tiene, además, una rara habilidad para conseguirlo. En definitiva, un tipo acabado de semita.

<sup>654</sup> JJ Este barrio es uno de los más ricos de Madrid, lo cual da a entender dentro de qué nivel social se mueve Julio. Además, se ha montado en un coche con cochero.

<sup>655</sup> *Oteló* es una tragedia de Shakespeare cuyo tema central son los celos violentos de un marido que se considera engañado por su esposa.

—Haces bien.

—No sé qué idea tienen de las cosas —siguió diciendo Julio— estas gentes chapadas a la antigua, como dicen ellos. Porque yo comprendo un hombre como tú que es un puritano. ¡Pero ellos! Que me presentara yo mañana y dijera: “Estas visitas, que he hecho a don Fulano o a doña Zutana, no las he querido cobrar porque, la verdad, no he estado acertado”... ¡Toda la familia me pondría de imbécil hasta las narices!

—¡Ah! No tiene duda.

—Y si es así, ¿a qué se vienen con esas moralidades ridículas?

—¿Y qué te pasa para necesitar socio? ¿Gastas mucho?

—Mucho; pero todo el gasto que llevo es indispensable. Es la vida de hoy, que lo exige. La mujer tiene que estar bien, ir a la moda, tener trajes, joyas... Se necesita dinero, mucho dinero para la casa, para la comida, para la modista, para el sastre, para el teatro, para el coche; yo busco como puedo ese dinero.

—¿Y no te convendría limitarte un poco? —le preguntó Andrés.

—¿Para qué? ¿Para vivir cuando sea viejo? No, no; ahora mejor que nunca. Ahora que es uno joven.

—Es una filosofía; no me parece mal, pero vas a inmoralizar<sup>656</sup> tu casa.

—A mí la moralidad no me preocupa —replicó Julio— Aquí, en confianza, te diré que una mujer honrada me parece uno de los productos más estúpidos y más amargos de la vida.

—Tiene gracia.

—Sí, una mujer que no sea algo coqueta no me gusta. Me parece bien que gaste, que se adorne, que se luzca. Un marqués, cliente mío, suele decir: “Una mujer elegante debía tener más de un marido”. Al oírle todo el mundo se ríe.

—¿Y por qué?

—Porque su mujer como marido no tiene más que uno; pero, en cambio, amantes tiene tres.

—¿A la vez?

—Sí, a la vez; es una señora muy liberal.

—Muy liberal y muy conservadora, si los amantes le ayudan a vivir.

—Tienes razón, se le puede llamar liberal—conservadora.

Llegaron a la casa del cliente.

—¿Adónde quieres ir tú? —le preguntó Julio.

—A cualquier lado. No tengo nada que hacer.

—¿Quieres que te dejen en la Cibeles?

—Bueno.

—Vaya usted a la Cibeles y vuelva —le dijo Julio al cochero.

---

<sup>656</sup> Es neologismo de Baroja: traer a tu casa la inmoralidad y las malas costumbres.

Se despidieron los dos antiguos condiscípulos y Andrés pensó que por mucho que subiera<sup>657</sup> su compañero no era cosa de envidiarle.

### 3. Fermín Ibarra

Unos días después, Hurtado se encontró en la calle con Fermín Ibarra. Fermín estaba desconocido: alto, fuerte, ya no necesitaba bastón para andar.

—Un día de estos me voy —le dijo Fermín.

—¿Adónde?

—Por ahora, a Bélgica; luego, ya veré. No pienso estar aquí; probablemente no volveré.

—¿No?

—No. Aquí no se puede hacer nada; tengo dos o tres patentes de cosas pensadas por mí, que creo que están bien; en Bélgica me las iban a comprar, pero yo he querido hacer primero una prueba en España, y me voy desalentado, descorazonado; aquí no se puede hacer nada.

—Eso no me choca —dijo Andrés—, aquí no hay ambiente para lo que tú haces.

—Ah, claro —repuso Ibarra— Una invención supone la recapitulación, la síntesis de las fases de un descubrimiento; una invención es muchas veces una consecuencia tan fácil de los hechos anteriores, que casi se puede decir que se desprende ella sola sin esfuerzo. ¿Dónde se va a estudiar en España el proceso evolutivo de un descubrimiento? ¿Con qué medios? ¿En qué talleres? ¿En qué laboratorios?

—En ninguna parte.

—Pero, en fin, a mí esto no me indigna —añadió Fermín—, lo que me indigna es la suspicacia, la mala intención, la petulancia de esta gente... Aquí no hay más que chulos y señoritos juerguistas. El chulo domina desde los Pirineos hasta Cádiz...; políticos, militares, profesores, curas, todos son chulos con un yo hipertrofiado.

—Sí, es verdad.

—Cuando estoy fuera de España —siguió diciendo Ibarra— quiero convencerme de que nuestro país no está muerto para la civilización, que aquí se discurre y se piensa, pero cojo un periódico español y me da asco; no habla más que de políticos y de toreros. Es una vergüenza.

Fermín Ibarra contó sus gestiones en Madrid, en Barcelona, en Bilbao. Había millonario que le había dicho que él no podía exponer dinero sin base, que, después de hechas las pruebas con éxito, no tendría inconveniente en dar dinero al cincuenta por ciento.

—El capital español está en manos de la canalla más abyecta —concluyó diciendo Fermín.

Unos meses después, Ibarra le escribía desde Bélgica, diciendo que le habían hecho jefe de un taller y que sus empresas iban adelante<sup>658</sup>.

---

<sup>657</sup> Con el sentido de ascendiera socialmente.

<sup>658</sup> ¶¶ O sea, los millonarios españoles son incapaces de arriesgar el dinero por una buena idea. Solo lo invierten, y al 50%, si la rentabilidad de tal idea ha sido ya probada. Hoy diríamos, que no tenían ningún espíritu emprendedor. ¶¶¶ El contraste de Ibarra con Montaner y Aracil es evidente: el individuo sano, inquieto, con convicción y rectitud moral, que ha sabido superar las dificultades personales, frente a los egoístas sin escrúpulos y los pusilánimes. Sintomáticamente, como dice en esta última frase, ese personaje “envidiable” no puede triunfar en España sencillamente porque su forma de pensar y comportarse no es española, sino europea. Hay en toda la conversación con Ibarra una denuncia implícita del estado de postración y decadencia de la sociedad española, y una alabanza del esfuerzo personal, del espíritu de superación (tan extraño para el propio AH).

#### 4. Encuentro con Lulú

Un amigo del padre de Hurtado, alto empleado en Gobernación, había prometido encontrar un destino para Andrés. Este señor vivía en la calle de San Bernardo. Varias veces estuvo Andrés en su casa, y siempre le decía que no había nada; un día le dijo:

—Lo único que podemos darle a usted es una plaza de médico de Higiene que va a haber vacante. Diga usted si le conviene, y, si le conviene, le tendremos en cuenta.

—Me conviene.

—Pues ya le avisaré a tiempo.

Este día, al salir de casa del empleado, en la calle Ancha esquina a la del Pez, Andrés Hurtado se encontró con Lulú. Estaba igual que antes; no había variado nada.

Lulú se turbó un poco al ver a Hurtado, cosa rara en ella. Andrés la contempló con gusto. Estaba con su mantillita, tan fina, tan esbelta, tan graciosa. Ella le miraba, sonriendo un poco ruborizada.

—Tenemos mucho que hablar —le dijo Lulú—; yo me estaría charlando con gusto con usted, pero tengo que entregar un encargo. Mi madre y yo solemos ir los sábados al café de la Luna. ¿Quiere usted ir por allá?

—Sí, iré.

—Vaya usted mañana que es sábado. De nueve y media a diez. No falte usted, ¿eh?

—No, no faltaré.

Se despidieron, y Andrés, al día siguiente por la noche, se presentó en el café de la Luna. Estaban doña Leonarda y Lulú en compañía de un señor de anteojos, joven. Andrés saludó a la madre, que le recibió secamente, y se sentó en una silla lejos de Lulú.

—Siéntese usted aquí —dijo ella haciéndole sitio en el diván.

Se sentó Andrés cerca de la muchacha.

—Me alegro mucho que haya usted venido —dijo Lulú—; tenía miedo de que no quisiera usted venir.

—Por qué no había de venir?

—¡Como es usted tan así!

—Lo que no comprendo es por qué han elegido ustedes este café. ¿O es que ya no viven allí en la calle del Fúcar?

—¡Ca, hombre! Ahora vivimos aquí, en la calle del Pez. ¿Sabe usted quién nos resolvió la vida de plano?

—¿Quién?

—Julio.

—¿De veras?

—Sí.

—Ya ve usted cómo no es tan mala persona como usted decía.

—Oh, igual; lo mismo que yo creía o peor. Ya se lo contaré a usted. Y usted, ¿qué ha hecho? ¿Cómo ha vivido?

Andrés contó rápidamente su vida y sus luchas en Alcolea.

—Oh! ¡Qué hombre más imposible es usted! —exclamó Lulú—. ¡Qué lobo!

El señor de los anteojos, que estaba de conversación con doña Leonarda, al ver que Lulú no dejaba un momento de hablar con Andrés, se levantó y se fue.

—Lo que es si a usted le importa algo por Lulú, puede usted estar satisfecho —dijo doña Leonarda con tono desdeñoso y agrio.

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó Andrés.

—Porque ésta le tiene a usted un cariño verdaderamente raro. Y la verdad, no sé por qué.

—Yo tampoco sé que a las personas se les tenga cariño por algo —replicó Lulú vivamente—; se las quiere o no se las quiere; nada más.

Doña Leonarda, con un mohín despectivo, cogió el periódico de la noche y se puso a leerlo. Lulú siguió hablando con Andrés.

—Pues verá usted cómo nos resolvió la vida Julio —dijo ella en voz baja—. Yo ya le decía a usted que era un canalla que no se casaría con Niní. Efectivamente, cuando concluyó la carrera comenzó a huir el bulto y a no aparecer por casa. Yo me enteré, y supe que estaba haciendo el amor a una señorita de buena posición. Llamé a Julio y hablamos; me dijo claramente que no pensaba casarse con Niní.

—¿Así, sin ambages?

—Sí; que no le convenía; que sería para él un engorro casarse con una mujer pobre. Yo me quedé tranquila y le dije: “Mira, yo quisiera que tú mismo fueras a ver a don Prudencio<sup>659</sup> y le advirtieras eso”. “¿Qué quieres que le advierta?” —me preguntó él—. “Pues nada; que no te casas con Niní porque no tienes medios; en fin, por las razones que me has dado”.

—Se quedaría atónito —exclamó Andrés—, porque él pensaba que el día que lo dijera iba a haber un cataclismo en la familia.

—Se quedó helado, en el mayor asombro. “Bueno, bueno —dijo—, iré a verle y se lo diré”. Yo le comuniqué la noticia a mi madre, que pensó hacer algunas tonterías, pero que no las hizo; luego se lo dije a Niní, que lloró y quiso tomar venganza. Cuando se tranquilizaron las dos, le dije a Niní que vendría don Prudencio y que yo sabía que a don Prudencio le gustaba ella y que la salvación estaba en don Prudencio. Efectivamente, unos días después, vino don Prudencio en actitud diplomática; habló de que si Julio no encontraba destino, de que si no le convenía ir a un pueblo... Niní estuvo admirable. Desde entonces, yo ya no creo en las mujeres.

—Esa declaración tiene gracia —dijo Andrés.

—Es verdad —replicó Lulú—, porque mire usted que los hombres son mentirosos; pues las mujeres todavía son más. A los pocos días don Prudencio se presenta en casa; habla a Niní y a mamá, y boda. Y allí le hubiera usted visto a Julio unos días después en casa, que fue a devolver las cartas a Niní, con la risa del conejo cuando mamá le decía con la boca llena que don Prudencio tenía tantos miles de duros y una finca aquí y otra allí...

—Le estoy viendo a Julio con esa tristeza que le da pensar que los demás tienen dinero.

—Sí, estaba frenético. Después del viaje de boda, don Prudencio me preguntó: “¿Tú qué quieres? ¿Vivir con tu hermana y conmigo o con tu madre?”. Yo le dije: “Casarme no me he de casar; estar sin trabajar, tampoco me gusta; lo que preferiría es tener una tiendecita de confecciones de ropa blanca y seguir trabajando”. “Pues nada, lo que necesites, dímelo”. Y puse la tienda.

—¿Y la tiene usted?

---

<sup>659</sup> Ver capítulo 4, *Lulú*, de la segunda parte.

—Sí; aquí, en la calle del Pez. Al principio mi madre se opuso, por esas tonterías de que si mi padre había sido esto o lo otro. Cada uno vive como puede. ¿No es verdad?

—Claro. ¡Qué cosa más digna que vivir del trabajo!

Siguieron hablando Andrés y Lulú largo rato. Ella había localizado su vida en la casa de la calle del Fúcar, de tal manera que sólo lo que se relacionaba con aquel ambiente le interesaba. Pasaron revista a todos los vecinos y vecinas de la casa.

—¿Se acuerda usted de aquel don Cleto, el viejecito? —le preguntó Lulú.

—Sí; ¿qué hizo?

—Murió el pobre.... me dio una pena...

—¿Y de qué murió?

—De hambre. Una noche entramos la Venancia y yo en su cuarto, y estaba acabando, y él decía con aquella vocecita que tenía: “No, si no tengo nada; no se molesten ustedes; un poco de debilidad nada más”, y se estaba muriendo.

A la una y media de la noche doña Leonarda y Lulú se levantaron, y Andrés las acompañó hasta la calle del Pez.

—¿Vendrá usted por aquí? —le dijo Lulú.

—Sí; ¡ya lo creo!

—Algunas veces suele venir Julio también.

—¿No le tiene usted odio?

—¿Odio? Más que odio siento por él desprecio, pero me divierte, me parece entretenido, como si viera un bicho malo metido debajo de una copa de cristal.

## 5. Médico de Higiene<sup>660</sup>

A los pocos días de recibir el nombramiento de médico de higiene y de comenzar a desempeñar el cargo, Andrés comprendió que no era para él.

Su instinto antisocial se iba aumentando, se iba convirtiendo en odio contra el rico, sin tener simpatía por el pobre.

— ¡Yo que siento este desprecio por la sociedad —se decía a sí mismo—, teniendo que reconocer y dar patentes a las prostitutas! ¡Yo que me alegraría que cada una de ellas llevara una toxina<sup>661</sup> que envenenara a doscientos hijos de familia!

---

<sup>660</sup> ¶ Las funciones de los Facultativos o Médicos de Higiene consistían en realizar los reconocimientos a las prostitutas oficiales (o ‘matriculadas’) que figuraban en los registros de los gobiernos civiles y a las clandestinas detenidas por la policía. Estos reconocimientos se realizaban en dependencias sanitarias (el llamado ‘Registro Sanitario’), en las casas toleradas para ejercer la prostitución o en los lugares que designaran las prostitutas con domicilio propio. Una vez reconocidas, los médicos debían firmar la cartilla o expedir un certificado (también llamado ‘patente’) manifestando que la prostituta se encontraba en condiciones de seguir ejerciendo la prostitución, al no presentar enfermedades venéreas en período de contagio. Si no era así, debían enviarlas al hospital-prisión para ser tratadas hasta que no fueran contagiosas (en algunos reglamentos se autorizaba, sin embargo, el tratamiento en los domicilios). Igualmente, debían realizar la inspección higiénica de las casas toleradas. Con este trabajo, Andrés vuelve, por lo tanto, al sórdido mundo del Hospital de San Juan de Dios (1ª parte) y, sobre todo, al inframundo de la explotación sexual que aparece en la 2ª parte.

<sup>661</sup> sustancia elaborada por el cuerpo de un ser vivo que actúa como veneno y produce trastornos fisiológicos.

Andrés se quedó en el destino, en parte por curiosidad, en parte también para que el que se lo había dado no le considerara como un fatuo.

El tener que vivir en este ambiente le hacía daño.

Ya no había en su vida nada sonriente, nada amable; se encontraba como un hombre desnudo que tuviera que andar atravesando zarzas. Los dos polos de su alma eran un estado de amargura, de sequedad, de acritud, y un sentimiento de depresión y de tristeza.

La irritación le hacía ser en sus palabras violento y brutal.

Muchas veces a alguna mujer que iba al Registro la decía:

—¿Estás enferma?

—Sí.

—¿Tú qué quieres, ir al hospital o quedarte libre?

—Yo prefiero quedarme libre.

—Bueno. Haz lo que quieras; por mí puedes envenenar medio mundo; me tiene sin cuidado.

En ocasiones, al ver estas busconas que venían escoltadas por algún guardia, riendo, las increpaba:

—No tenéis odio siquiera. Tened odio; al menos viviréis más tranquilas.

Las mujeres le miraban con asombro. “Odio, ¿por qué?”, se preguntaría alguna de ellas. Como decía Iturriz, la naturaleza era muy sabia; hacía el esclavo, y le daba el espíritu de la esclavitud; hacía la prostituta, y le daba el espíritu de la prostitución.

Este triste proletariado de la vida sexual tenía su honor de cuerpo. Quizá lo tienen también en la oscuridad de lo inconsciente las abejas obreras y los pulgones que sirven de vacas a las hormigas<sup>662</sup>.

De la conversación con aquellas mujeres sacaba Andrés cosas extrañas.

Entre los dueños de las casas de lenocinio había personas decentes<sup>663</sup>: un cura tenía dos, y las explotaba con una ciencia evangélica completa. ¡Qué labor más católica, más conservadora podía haber que dirigir una casa de prostitución!

Solamente teniendo al mismo tiempo una plaza de toros y una casa de préstamos podía concebirse algo más perfecto.

De aquellas mujeres, las libres iban al Registro, otras se sometían al reconocimiento en sus casas.

Andrés tuvo que ir varias veces a hacer estas visitas domiciliarias.

En alguna de aquellas casas de prostitución distinguidas encontraba señoritos de la alta, sociedad, y era un contraste interesante ver estas mujeres de cara cansada, llena de polvos de arroz, pintadas, dando muestras de una alegría ficticia, al lado de gomosos fuertes, de vida higiénica, rojos, membrudos por el *sport*<sup>664</sup>.

---

<sup>662</sup> Efectivamente, los pulgones (insectos hemípteros de 1 a 3 mm de longitud, con el cuerpo pardo verdoso, dos pares de alas y boca chupadora) elaboran una sustancia azucarada que es aprovechada por las hormigas para alimentarse.

<sup>663</sup> JJ Es todo un sarcasmo de Pío Baroja dedicado a la mentalidad clerical tradicional y a las clases privilegiadas. Un sacerdote que regenta dos casas de citas, y un gerente de una plaza de toros que, a la vez, es un prestamista. Las dos actividades del sacerdote (la de clérigo y la de alcahuete) son para Baroja moralmente despreciables y degradantes pues este “explota” tanto las almas como los cuerpos. Igualmente lo son las dos actividades del empresario (gerente de una plaza de toros y prestamista), el cual explota al mismo tiempo la crueldad y la miseria.

<sup>664</sup> deporte, actividades deportivas

Espectador de la iniquidad social, Andrés reflexionaba acerca de los mecanismos que van produciendo esas lacras: el presidio, la miseria, la prostitución.

—La verdad es que si el pueblo lo comprendiese —pensaba Hurtado—, se mataría por intentar una revolución social, aunque ésta no sea más que una utopía, un sueño.

Andrés creía ver en Madrid la evolución progresiva de la gente rica que iba hermoseándose, fortificándose, convirtiéndose en casta<sup>665</sup>; mientras el pueblo evolucionaba a la inversa, debilitándose, degenerando cada vez más.

Estas dos evoluciones paralelas eran sin duda biológicas; el pueblo no llevaba camino de cortar los jarretes<sup>666</sup> de la burguesía, e incapaz de lucha, iba cayendo en el surco<sup>667</sup>.

Los síntomas de la derrota se revelaban en todo. En Madrid, la talla de los jóvenes pobres y mal alimentados que vivían en tabucos era ostensiblemente más pequeña que la de los muchachos ricos, de familias acomodadas que habitaban en pisos exteriores.

La inteligencia, la fuerza física, eran también menores entre la gente del pueblo que en la clase adinerada. La casta burguesa se iba preparando para someter a la casta pobre y hacerla su esclava.

## 6. La tienda de confecciones

Cerca de un mes tardó Hurtado en ir a ver a Lulú, y cuando fue se encontró un poco sorprendido al entrar en la tienda. Era una tienda bastante grande, con el escaparate ancho y adornado con ropas de niño, gorritos rizados y camisas llenas de lazos.

—Al final ha venido usted —le dijo Lulú.

—No he podido venir antes. Pero ¿toda esta tienda es de usted? —preguntó Andrés.

—Sí.

—Entonces es usted capitalista; es usted una burguesa infame.

Lulú se rió satisfecha; luego enseñó a Andrés la tienda, la trastienda y la casa. Estaba todo muy bien arreglado y en orden. Lulú tenía una muchacha que despachaba y un chico para los recados. Andrés estuvo sentado un momento. Entraba bastante gente en la tienda.

—El otro día vino Julio —dijo Lulú— y hablamos mal de usted.

—¿De veras?

—Sí; y me dijo una cosa, que usted había dicho de mí, que me incomodó.

—¿Qué le dijo a usted?

—Me dijo que usted había dicho una vez, cuando era estudiante, que casarse conmigo era lo mismo que casarse con un orangután. ¿Es verdad que ha dicho usted de mí eso? ¡Conteste usted!

---

<sup>665</sup> ¶ O sea, Hurtado creía apreciar que los ricos y poderosos eran cada vez más guapos y más fuertes. Dice poco después que “Estas dos evoluciones paralelas eran, sin duda, biológicas”, o sea, el determinismo genético aflora de nuevo, no solo en las competencias físicas del individuo sino también en las espirituales pues quien ha nacido explotado y pobre es incapaz de hacer una revolución (que sería lo adecuado) para acabar con los opresores que lo condenan a la miseria.

<sup>666</sup> ¶ Sentido figurado: debilitar o dejar sin fuerzas a la burguesía. Tengamos en cuenta que el jarrete es la parte de la pierna humana situada debajo de la corva. Si se corta el jarrete de alguien, se le está cortando, como quien dice, la pierna, de modo que se le impide caminar, sentido de las palabras de Hurtado.

<sup>667</sup> zanja, cuneta. Sentido figurado: lugares donde aparecen animales muertos.

—No lo recuerdo; pero es muy posible.

—¿Que lo haya dicho usted?

—Sí.

—¿Y qué debía hacer yo con un hombre que paga así la estimación que yo le tengo?

—No sé.

—¿Si al menos, en vez de orangután, me hubiera usted llamado mona!

—Otra vez será. No tenga usted cuidado.

Dos días después, Hurtado volvió a la tienda, y los sábados se reunía con Lulú y su madre en el café de la Luna. Pronto pudo comprobar que el señor de los anteojos pretendía a Lulú. Era aquel señor un farmacéutico que tenía la botica en la calle del Pez, hombre muy simpático e instruido. Andrés y él hablaron de Lulú.

—¿Qué le parece a usted esta muchacha? —le preguntó el farmacéutico.

—¿Quién? ¿Lulú?

—Sí.

—Pues es una muchacha por la que yo tengo una gran estimación —dijo Andrés.

—Yo también.

—Ahora, que me parece que no es una mujer para casarse con ella.

—¿Por qué?

—Es mi opinión; a mí me parece una mujer cerebral, sin fuerza orgánica y sin sensualidad, para quien todas las impresiones son puramente intelectuales<sup>668</sup>.

—¿Qué sé yo! No estoy conforme.

Aquella misma noche Andrés pudo ver que Lulú trataba demasiado desdeñosamente al farmacéutico.

Cuando se quedaron solos, Andrés le dijo a Lulú:

—Trata usted muy mal al farmacéutico. Eso no me parece digno de una mujer como usted, que tiene un fondo de justicia.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque un hombre se enamora de usted, ¿hay motivo para que usted le desprecie? Eso es una bestialidad.

—Me da la gana de hacer bestialidades.

—Habría que desear que a usted le pasara lo mismo para que supiera lo que es estar desdeñada sin motivo.

—¿Y usted sabe si a mí me pasa lo mismo?

—No; pero me figuro que no. Tengo demasiada mala idea de las mujeres para creerlo.

---

<sup>668</sup> un tanto fría y sin espontaneidad.

—¿De las mujeres en general y de mí en particular?

—De todas.

— ¡Qué mal humor se le va poniendo a usted, don Andrés! Cuando sea usted viejo no va a haber quien le aguante.

—Ya soy viejo. Es que me indignan esas necedades de las mujeres. ¿Qué le encuentra usted a ese hombre para desdeñarle así? Es un hombre culto, amable, simpático, gana para vivir...

—Bueno, bueno, pero a mí me fastidia. Basta ya de esa canción.

## 7. De los focos de la peste<sup>669</sup>

Andrés solía sentarse cerca del mostrador. Lulú le veía sombrío y meditabundo.

—Vamos, hombre, ¿qué le pasa a usted? —le dijo Lulú un día que le vio más hosco que de ordinario.

—Verdaderamente —murmuró Andrés—, el mundo es una cosa divertida: hospitales, salas de operaciones, cárceles, casas de prostitución; todo lo peligroso tiene su antídoto; al lado del amor, la casa de prostitución; al lado de la libertad, la cárcel. Cada instinto subversivo, y lo natural es siempre subversivo, lleva al lado su gendarme. No hay fuente limpia sin que los hombres metan allí las patas y la ensucien. Está en su naturaleza.

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Qué le ha pasado a usted? —preguntó Lulú.

—Nada; este empleo sucio que me han dado me perturba. Hoy me han escrito una carta las pupilas<sup>670</sup> de una casa de la calle de la Paz que me preocupa. Firman *Unas desgraciadas*.

—¿Qué dicen?

—Nada; que en esos burdeles hacen bestialidades. Estas *desgraciadas* que me envían la carta me dicen horrores. La casa donde viven se comunica con otra. Cuando hay una visita del médico o de la autoridad, a todas las mujeres no matriculadas las esconden en el piso tercero de la otra casa,

—¿Para qué?

—Para evitar que las reconozcan, para tenerlas fuera del alcance de la autoridad, que, aunque injusta y arbitraria, puede dar un disgusto a las amas.

—¿Y esas mujeres vivirán mal?

—Muy mal; duermen en cualquier rincón amontonadas, no comen apenas; les dan unas palizas brutales; y cuando envejecen y ven que ya no tienen éxito, las cogen y las llevan a otro pueblo sigilosamente.

—¡Qué vida! ¡Qué horror! —murmuró Lulú.

—Luego todas estas amas de prostíbulo —siguió diciendo Andrés— tienen la tendencia de martirizar a las pupilas. Hay algunas que llevan un vergajo, como un cabo de vara<sup>671</sup>, para imponer el orden. Hoy he visitado una casa de la calle de Barcelona, en donde el matón es un hombre afeminado a quien llaman el *Cotorrita*, que ayuda

<sup>669</sup> ¶¶ Acerca de los orígenes de la enfermedad contagiosa, pero también de la suciedad, de la corrupción. El capítulo reproduce un largo diálogo de AHurtado con Lulú a propósito del mundo de la prostitución en que trabaja ahora aquel. La *peste* a la que se refiere el título no solo es metáfora de la vida sórdida de quienes se mueven en este ambiente sino también de los valores espirituales de la sociedad que lo hacen posible, por ejemplo, el semitismo.

<sup>670</sup> Eufemismo para prostitutas. Después emplea otro, *amas*, referido a las dueñas o encargadas del prostíbulo.

<sup>671</sup> ...*cabo de vara* o de varas: antiguamente, preso favorito y chivato de los funcionarios que se encargaba de mantener la galería o módulo en orden.

a la celestina al secuestro de las mujeres. Este invertido se viste de mujer, se pone pendientes, porque tiene agujeros en las orejas, y va a la caza de muchachas.

—Qué tipo.

—Es una especie de halcón. Este eunuco<sup>672</sup>, por lo que me han contado las mujeres de la casa, es de una crueldad terrible con ellas, y las tiene aterrorizadas. «Aquí —me ha dicho el Cotorrita— no se da de baja a ninguna mujer.» «¿Por qué?», le he preguntado yo. «Porque no»; y me ha enseñado un billete de cinco duros. Yo he seguido interrogando a las pupilas y he mandado al hospital a cuatro. Las cuatro estaban enfermas.

—¿Pero esas mujeres no tienen alguna defensa?

—Ninguna, ni nombre, ni estado civil, ni nada. Las llaman como quieren; todas responden a nombres falsos: Blanca, Marina, Estrella, África... En cambio las celestinas y los matones están protegidos por la Policía, formada por chulos y por criados de políticos<sup>673</sup>.

—¿Vivirán poco todas ellas? —dijo Lulú.

—Muy poco. Todas estas mujeres tienen una mortalidad terrible; cada ama de esas casas de prostitución ha visto sucederse y sucederse generaciones de mujeres; las enfermedades, la cárcel, el hospital, el alcohol, va mermando esos ejércitos. Mientras la celestina se conserva agarrada a la vida, todas esas carnes blancas, todos esos cerebros débiles y sin tensión van cayendo al pudridero.

—¿Y cómo no se escapan al menos?

—Porque están cogidas por las deudas. El burdel es un pulpo que sujeta con sus tentáculos a estas mujeres bestias y desdichadas. Si se escapan las denuncian como ladronas, y toda la canalla de curiales<sup>674</sup> las condena. Luego estas celestinas tienen recursos. Según me han dicho en esa casa de la calle de Barcelona, había hace días una muchacha reclamada por sus padres desde Sevilla en el juzgado, y mandaron a otra, algo parecida físicamente a ella, que dijo al juez que ella vivía con un hombre muy bien y que no quería volver a su casa.

— ¡Qué gente!

—Todo eso es lo que queda de moro y de judío en el español; el considerar a la mujer como una presa, la tendencia al engaño, a la mentira... Es la consecuencia de la impostura semítica; tenemos la religión semítica, tenemos sangre semita. De ese fermento malsano, complicado con nuestra pobreza, nuestra ignorancia y nuestra vanidad, vienen todos los males<sup>675</sup>.

—¿Y esas mujeres son engañadas de verdad por sus novios<sup>676</sup>? —preguntó Lulú, a quien preocupaba más el aspecto individual que el social.

—No; en general no. Son mujeres que no quieren trabajar; mejor dicho, que no pueden trabajar. Todo se desarrolla en una perfecta inconsciencia. Claro que nada de esto tiene el aire sentimental y trágico que se le

---

<sup>672</sup> Con el sentido de varón afeminado que controla a las chicas (recuérdese que un eunuco era el hombre castrado encargado de cuidar a las mujeres de los harenes)

<sup>673</sup> Se denuncia expresamente el pacto no escrito entre los encargados de estos locales y los policías y los políticos (más golfos y *chorizos*) que los propietarios de tales establecimientos.

<sup>674</sup> Aquí, con el sentido genérico de representantes de la ley. *Curiales*, en sentido estricto, son los miembros de la curia, es decir, de la Administración de Justicia: abogados, escribanos, procuradores y empleados.

<sup>675</sup> ¶ *...fermento malsano*: se usa en sentido figurado como instinto maligno que, mezclado con otros condicionantes perjudiciales (pobreza, vanidad, ignorancia), forma el alma, la raza, de los españoles. La identificación del *fermento malsano* y el espíritu semítico se inspira en el lenguaje científico, como hace en otras ocasiones de la obra refiriéndose a asuntos diversos; en este caso, la referencia es la química. La fermentación es un proceso por el que se forman sustancias nuevas (alcoholes y ácidos orgánicos) a partir de azúcares en los que actúan ciertas sustancias (o fermentos). Es decir, el alma española sería un producto enfermo y degenerado de fermentación espiritual en el que intervienen sustancias nocivas, perjudiciales, la más de todas, el semitismo. Este amargo diagnóstico acerca de los males de la sociedad española ya ha aparecido en otros momentos de la novela.

<sup>676</sup> ¶ O sea, ¿son sus novios quienes se aprovechan de ellas?, ¿los que las dirigen engañadas a la prostitución? La pregunta de Lulú refleja la perplejidad de la chica ante la maldad, la ausencia de escrúpulos y compasión, a la que pueden llegar algunos hombres. Pero enseguida Andrés la corrige: el oficio y el negocio de la prostitución no tienen nada que ver con sentimientos malos o buenos.

supone. Es una cosa brutal, imbécil, puramente económica, sin ningún aspecto novelesco. Lo único grande, fuerte, terrible, es que a todas estas mujeres les queda una idea de la honra como algo formidable suspendido sobre sus cabezas. Una mujer ligera de otro país, al pensar en su juventud seguramente dirá: “Entonces yo era joven, bonita, sana”. Aquí dicen: “Entonces no estaba deshonrada”. Somos una raza de fanáticos, y el fanatismo de la honra es de los más fuertes. Hemos fabricado ídolos que ahora nos mortifican.

—¿Y eso no se podía suprimir? —dijo Lulú.

—¿El qué?

—El que haya esas casas.

—¡Cómo se va a impedir! Pregúntele usted al señor obispo de Trebisonda o al director de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, o a la presidenta de la trata de blancas, y le dirán: “Ah, es un mal necesario. Hija mía, hay que tener humildad. No debemos tener el orgullo de creer que sabemos más que los antiguos...”<sup>677</sup> Mi tío Iturrioz, en el fondo, está en lo cierto cuando dice riendo que el que las arañas se coman a las moscas no indica más que la perfección de la naturaleza.

Lulú miraba con pena a Andrés cuando hablaba con tanta amargura.

—Debía usted dejar ese destino —le decía.

—Sí; al fin lo tendré que dejar.

## 8. La muerte de Villasús

Con pretexto de estar enfermo, Andrés abandonó el empleo, y por influencia de Julio Aracil<sup>678</sup> le hicieron médico de La Esperanza, sociedad para la asistencia facultativa de gente pobre.

No tenía en este nuevo cargo tantos motivos para sus indignaciones éticas, pero en cambio la fatiga era terrible; había que hacer treinta y cuarenta visitas al día en los barrios más lejanos; subir escaleras y escaleras, entrar en tugurios infames...

En verano sobre todo, Andrés quedaba reventado. Aquella gente de las casas de vecindad<sup>679</sup>, miserable, sucia, exasperada por el calor, se hallaba siempre dispuesta a la cólera. El padre o la madre que veía que el niño se le moría, necesitaba descargar en alguien su dolor, y lo descargaba en el médico. Andrés algunas veces oía con calma las reconvenções<sup>680</sup>, pero otras veces se encolerizaba y les decía la verdad: que eran unos miserables y unos cerdos; que no se levantarían nunca de su postración por su incuria y su abandono.

---

<sup>677</sup> ¶ Amarga ironía y pesimismo en la última contestación de Andrés a Lulú: no se puede acabar con la prostitución —viene a decir— porque es “el oficio más viejo del mundo”, esto es, se ha perpetuado desde la antigüedad porque es un *mal necesario*, como afirma todo el mundo: obispos, autoridades en ciencias morales y políticas, y las mismas alcahuetas. Y si es un mal necesario significa que se admite el mal que sufren unos porque este mal es necesario y beneficioso para otros, como es necesaria (de nuevo, la comparación de carácter biologicista) la muerte de la mosca para la alimentación de la araña. Las implacables leyes naturales son similares a las leyes sociales. O como decía el propio Andrés en Alcolea: *¿Por qué incomodarse, si todo está determinado, si es fatal, si no puede ser de otra manera?* (ver 5ª parte, capít. 5, *Alcolea del campo*).

<sup>678</sup> ¶ A Hurtado le ayudan todos: el padre; su tío Iturrioz; ahora, Julio Aracil (a quien tanto critica...). Andrés quiere ser ‘independiente’, pero es incapaz de valerse por sí mismo en la vida corriente. En este caso, Julio, accionista de La Esperanza (tal y como se dice en un capítulo anterior), coloca a su amigo en esta aseguradora como médico.

<sup>679</sup> ¶ En el año 1900 las viviendas del centro de la ciudad, donde se alojaba la mayor parte de la gente, eran todavía muy insalubres. Había dos tipos de casas: las de vecinos y las de dormir. Las primeras carecían de aseo, de limpieza, de agua y de ventilación. Madrid ese año tenía 438 *casas de vecindad* en las que vivían 52655 personas, casi todas ellas familias obreras. Normalmente estaban situadas en los barrios del sur de la Puerta del Sol. El otro tipo de casas, las *casas de dormir* eran aquellas que tenían un simple jergón o colchón donde dormir. Acogían a parados, mendigos, prostitutas, criadas sin ocupación y por supuesto sin dinero. Por pocos céntimos se podía pasar la noche en estas casas, en cuyas estancias podían llegar a juntarse hasta sesenta personas. Eran lugares sucios donde no entraba el aire ni la luz y focos de enfermedades contagiosas. Estos eran los barrios y casas que tenía que visitar AHurtado.

<sup>680</sup> censuras, críticas o quejas hacia alguien por lo que ha hecho o dicho, en estas circunstancias, contra Andrés por ser el médico que no les soluciona los problemas.

Iturriz tenía razón: la naturaleza no sólo hacía el esclavo, sino que daba el espíritu de la esclavitud<sup>681</sup>.

Andrés había podido comprobar en Alcolea como en Madrid que, a medida que el individuo sube, los medios que tiene de burlar las leyes comunes se hacen mayores. Andrés pudo evidenciar que la fuerza de la ley disminuye proporcionalmente al aumento de medios del triunfador. La ley es siempre más dura con el débil. Automáticamente pesa sobre el miserable. Es lógico que el miserable por instinto odie la ley.

Aquellos desdichados no comprendían todavía que la solidaridad del pobre podía acabar con el rico, y no sabían más que lamentarse estérilmente de su estado.

La cólera y la irritación se habían hecho crónicas en Andrés; el calor, el andar al sol le producían una sed constante que le obligaba a beber cerveza y cosas frías que le estragaban el estómago.

Ideas absurdas de destrucción le pasaban por la cabeza. Los domingos, sobre todo cuando cruzaba entre la gente a la vuelta de los toros, pensaba en el placer que sería para él poner en cada bocacalle una media docena de ametralladoras y no dejar uno de los que volvían de la estúpida y sangrienta fiesta.

Toda aquella sucia morralla de chulos eran los que vociferaban en los cafés antes de la guerra, los que soltaron baladronadas y bravatas para luego quedarse en sus casas tan tranquilos. La moral del espectador de corrida de toros se había revelado en ellos; la moral del cobarde que exige valor en otro, en el soldado en el campo de batalla, en el histrión, o en el torero en el circo. A aquella turba de bestias crueles y sanguinarias, estúpidas y petulantes, le hubiera impuesto Hurtado el respeto al dolor ajeno por la fuerza.

El oasis de Andrés era la tienda de Lulú. Allí, en la oscuridad y a la fresca, se sentaba y hablaba.

Lulú mientras tanto cosía, y sí llegaba alguna compradora, despachaba.

Algunas noches Andrés acompañó a Lulú y a su madre al paseo de Rosales. Lulú y Andrés se sentaban juntos y hablaban contemplando la hondonada negra<sup>682</sup> que se extendía ante ellos.

Lulú miraba aquellas líneas de luces interrumpidas de las carreteras y de los arrabales, y fantaseaba suponiendo que había un mar con sus islas, y que se podía andar en lancha por encima de estas sombras confusas.

Después de charlar largo rato volvían en el tranvía, y en la glorieta de San Bernardo se despedían estrechándose la mano.

Quitando estas horas de paz y de tranquilidad, todas las demás eran para Andrés de disgusto y de molestia...

Un día al visitar una guardilla de barrios bajos, al pasar por el corredor de una casa de vecinos, una mujer vieja con un niño en brazos se le acercó y le dijo si quería pasar a ver a un enfermo.

Andrés no se negaba nunca a esto, y entró en el otro tabuco. Un hombre demacrado, famélico, sentado en un camastro, cantaba y recitaba versos. De cuando en cuando se levantaba en camisa e iba de un lado a otro tropezando con dos o tres cajones que había en el suelo.

—¿Qué tiene este hombre? —preguntó Andrés a la mujer.

—Está ciego, y ahora parece que se ha vuelto loco.

—¿No tiene familia?

---

<sup>681</sup> ¶ Hemos visto que estas salidas de tono de Andrés también las tenía con las prostitutas en su anterior trabajo. Como se explica enseguida, hay en ello mucho de rabia e irritación por el hecho de que la gente miserable, sin recursos, se conforme pasivamente con su destino. Como si estos grupos sociales aceptaran estúpidamente ese espíritu de esclavitud y explotación que impone genéticamente la naturaleza (según explicaba Iturriz) a los que nacen en estas condiciones. Ve Andrés que no tienen ni ganas ni inteligencia para unirse y destruir a sus explotadores, a los ricos. Que no se dan cuenta de que la ley está hecha para proteger a los ricos y que a los pobres solo les queda el camino de la solidaridad, de la unidad del desfavorecido ante los poderosos. Hay en Andrés, como en Baroja, un pesimismo revolucionario, una profunda desconfianza en que los pobres del mundo puedan organizarse, luchar y llegar a mejorar sus condiciones de vida.

<sup>682</sup> entonces este paseo estaba a las afueras de la ciudad, de modo que, de noche, se veía desde él una hondonada del terreno.

—Una hermana mía y yo; somos hijas tuyas.

—Pues por este hombre no se puede hacer nada —dijo Andrés—. Lo único sería llevarlo al hospital o a un manicomio. Yo mandaré una nota al director del hospital. ¿Cómo se llama el enfermo?

—Villasús; Rafael Villasús.

—¿Éste es un señor que hacía dramas?

—Sí.

Andrés lo recordó en aquel momento. Había envejecido en diez o doce años de una manera asombrosa; pero aún la hija había envejecido más. Tenía un aire de insensibilidad y de estupor que sólo un aluvión de miserias puede dar a una criatura humana.

Andrés se fue de la casa pensativo.

—¡Pobre hombre! —se dijo— ¡Qué desdichado! ¡Este pobre diablo, empeñado en desafiar a la riqueza, es extraordinario! ¡Qué caso de heroísmo más cómico! Y quizá si pudiera discurrir pensaría que ha hecho bien; que la situación lamentable en que se encuentra es un timbre de gloria de su bohemia<sup>683</sup>. ¡Pobre imbécil!

Siete u ocho días después, al volver a visitar al niño enfermo, que había recaído, le dijeron que el vecino de la guardilla, Villasús, había muerto.

Los inquilinos de los cuartuchos le contaron que el poeta loco, como le llamaban en la casa, había pasado tres días y tres noches vociferando, desafiando a sus enemigos literarios, riendo a carcajadas.

Andrés entró a ver al muerto<sup>684</sup>. Estaba tendido en el suelo, envuelto en una sábana. La hija, indiferente, se mantenía acurrucada en un rincón. Unos cuantos desarrapados, entre ellos un melenudo<sup>685</sup>, rodeaban el cadáver.

—¿Es usted el médico? —le preguntó uno de ellos a Andrés con impertinencia.

—Sí; soy médico.

—Pues reconozca usted el cuerpo, porque creemos que Villasús no está muerto. Esto es un caso de catalepsia<sup>686</sup>.

—No digan ustedes necedades —dijo Andrés.

Todos aquellos desarrapados, que debían ser bohemios, amigos de Villasús, habían hecho horrores con el cadáver: le habían quemado los dedos con fósforos para ver si tenía sensibilidad. Ni aun después de muerto al pobre diablo lo dejaban en paz.

Andrés, a pesar de que tenía el convencimiento de que no había tal catalepsia, sacó el estetoscopio y auscultó el cadáver en la zona del corazón.

—Está muerto —dijo.

---

<sup>683</sup> ¶ Efectivamente, como se ve con detalle en la obra de Valle-Inclán, *Luces de Bohemia*, para los escritores bohemios era una demostración de mérito el vivir solo para el arte, el sacrificarlo todo por la literatura. Si el público les daba la espalda, si la prensa y las editoriales no les publicaban nada, si los autores famosos no se acordaban de ellos, no importaba. El escritor bohemio aceptaba el sufrimiento y la miseria con tal de seguir escribiendo, es decir, de seguir viviendo solo por y para la literatura.

<sup>684</sup> ¶ Toda la escena que se desarrolla hasta el final del capítulo es muy similar a otra de Valle-Inclán en su obra teatral, *Luces de Bohemia* (escena 13). Villasús es el trasunto literario de Alejandro Sawa (ver nota 166), y es sabido que tanto Valle como Baroja estuvieron presentes en el velatorio de este extravagante escritor, que murió en 1909.

<sup>685</sup> La melena era rasgo imprescindible para muchos poetas de la época.

<sup>686</sup> accidente nervioso repentino, de índole histérica, que suspende las sensaciones e inmoviliza el cuerpo en cualquier postura en que se le coloque. Es un estado transitorio pero que da al cuerpo una rigidez similar al de la muerte.

En esto entró un viejo de melena blanca y barba también blanca, cojeando, apoyado en un bastón. Venía borracho completamente. Se acercó al cadáver de Villasús, y con una voz melodramática gritó:

— ¡Adiós, Rafael! ¡Tú eras un poeta! ¡Tú eras un genio! ¡Así moriré yo también! ¡En la miseria! , porque soy un bohemio y no venderé nunca mi conciencia. No.

Los desarrapados se miraban unos a otros como satisfechos del giro que tomaba la escena.

Seguía desvariando el viejo de las melenas, cuando se presentó el mozo del coche fúnebre, con el sombrero de copa echado a un lado, el látigo en la mano derecha y la colilla en los labios:

—Bueno —dijo hablando en chulo, enseñando los dientes negros—. ¿Se va a bajar el cadáver o no? Porque yo no puedo esperar aquí, que hay que llevar otros muertos al Este<sup>687</sup>.

Uno de los desarrapados, que tenía un cuello postizo, bastante sucio, que le salía de la chaqueta, y unos lentes, acercándose a Hurtado le dijo con una afectación ridícula:

—Viendo estas cosas dan ganas de ponerse una bomba de dinamita en el velo del paladar.

La desesperación de este bohemio le pareció a Hurtado demasiado alambicada para ser sincera, y dejando a toda esta turba de desarrapados en la guardilla salió de la casa.

## 9. Amor, teoría y práctica

Andrés divagaba, lo que era su gran placer, en la tienda de Lulú. Ella le oía sonriente, haciendo de cuando en cuando alguna objeción. Le llamaba siempre en burla don Andrés.

—Tengo una pequeña teoría acerca del amor —le dijo un día él.

—Acerca del amor debía usted tener una teoría grande —repuso burlescamente Lulú.

—Pues no la tengo. He encontrado que en el amor, como en la medicina de hace ochenta años, hay dos procedimientos: la alopatía y la homeopatía<sup>688</sup>.

—Explíquese usted claro, don Andrés —replicó ella con severidad.

—Me explicaré. La alopatía amorosa está basada en la neutralización. Los contrarios se curan con los contrarios. Por este principio, el hombre pequeño busca mujer grande; el rubio, mujer morena, y el moreno, rubia. Este procedimiento es el procedimiento de los tímidos: que desconfían de sí mismos... El otro procedimiento...

—Vamos a ver el otro procedimiento.

—El otro procedimiento es el homeopático. Los semejantes se curan con los semejantes. Este es el sistema de los satisfechos de su físico. El moreno, con la morena; el rubio, con la rubia. De manera que si mi teoría es cierta, servirá para conocer a la gente.

—¿Sí?

—Sí; se ve un hombre gordo, moreno y chato, al lado de una mujer gorda, morena y chata, pues es un hombre petulante y seguro de sí mismo; pero si el hombre gordo, moreno y chato tiene una mujer flaca, rubia y nariguda, es que no tiene confianza en su tipo ni en la forma de su nariz.

---

<sup>687</sup> al Cementerio del Este.

<sup>688</sup> La *alopatía*: forma de curar basada en la oposición de principios, es decir, en medicamentos que producen, en un organismo sano, resultados opuestos a los que caracterizan las enfermedades en que se emplean. Por ejemplo, una inflamación se trata con un anti-inflamatorio. La *homeopatía* consiste en tratar la enfermedad mediante la semejanza de principios, es decir, con medicamentos que provoquen (suministrados en micro-dosis) los mismo síntomas de la enfermedad que padece el paciente. ¶¶ Todo esta explicación de Andrés se corresponde con la "teoría" de la que habla el título del capítulo.

—De manera que yo, que soy morena y algo chata... —No; usted no es chata.

—¿Algo tampoco?

—No.

—Muchas gracias, don Andrés. Pues bien; yo, que soy morena y creo que algo chata, aunque usted diga que no, si fuera petulante, me gustaría ese mozo de la peluquería de la esquina, que es más moreno y más chato que yo, y si fuera completamente humilde, me gustaría el farmacéutico que tiene unas buenas nupias.

—Usted no es un caso normal.

—¿No?

—No.

—¿Pues qué soy?

—Un caso de estudio.

—Yo seré un caso de estudio; pero nadie me quiere estudiar.

—¿Quiere usted que la estudie yo, Lulú?

Ella contempló durante un momento a Andrés con una mirada enigmática, y luego se echó a reír.

—Y usted, don Andrés, que es un sabio, que ha encontrado esas teorías sobre el amor, ¿qué es eso del amor?

—¿El amor?

—Sí.

—Pues el amor, y le voy a parecer a usted un pedante, es la confluencia del instinto fetichista y del instinto sexual.

—No comprendo.

—Ahora viene la explicación. El instinto sexual empuja el hombre a la mujer y la mujer al hombre, indistintamente; pero el hombre, que tiene un poder de fantasear, dice: “esa mujer”, y la mujer dice: “ese hombre”. Aquí empieza el instinto fetichista; sobre el cuerpo de la persona elegida porque sí, se forja otro más hermoso y se le adorna y se le embellece, y se convence uno de que el ídolo forjado por la imaginación es la misma verdad. Un hombre que ama a una mujer la ve en su interior deformada, y la mujer que quiere al hombre le pasa lo mismo, lo deforma. A través de una nube brillante y falsa, se ven los amantes el uno al otro, y en la oscuridad ríe el antiguo diablo, que no es más que la especie<sup>689</sup>.

—¡La especie! ¿Y qué tiene que ver ahí la especie?

—El instinto de la especie es la voluntad de tener hijos, de tener una descendencia. La principal idea de la mujer es el hijo. La mujer, instintivamente, quiere primero al hijo; pero la naturaleza necesita vestir ese deseo con otra forma más poética, más sugestiva, y crea esas mentiras, esos velos que constituyen el amor<sup>690</sup>.

—¿De manera que el amor en el fondo es un engaño?

---

<sup>689</sup> ff La especie es el instinto sexual o de procreación, que es velado (ocultado) y falseado por el instinto fetichista, que sería la capacidad idealizadora del individuo.

<sup>690</sup> ff Lo que él piensa aquí del amor femenino, la sublimación o transformación del instinto maternal en sentimiento amoroso hacia un hombre, es exactamente lo que le va a ocurrir a Lulú en cuento se case. Es como si Baroja quisiera dejar claro que Andrés ve con perfecta lucidez cuál es el futuro que le espera si se casa.

—Sí; es un engaño como la misma vida; por eso alguno ha dicho, con razón: una mujer es tan buena como otra y a veces más; lo mismo se puede decir del hombre: un hombre es tan bueno como otro, y a veces más.

—Eso será para la persona que no quiere.

—Claro, para el que no está ilusionado, engañado... Por eso sucede que los matrimonios de amor producen más dolores y desilusiones que los de conveniencia.

—De verdad cree usted eso?

—Sí.

—Y a usted, ¿qué le parece que vale más: engañarse y sufrir o no engañarse nunca?

—No sé. Es difícil saberlo. Creo que no puede haber una regla general.

Estas conversaciones les entretenían.

Una mañana, Andrés se encontró en la tienda con un militar joven hablando con Lulú. Durante varios días lo siguió viendo. No quiso preguntar quién era, y sólo cuando lo dejó de ver se enteró de que era primo de Lulú.

En este tiempo Andrés empezó a creer que Lulú estaba displicente con él. Quizá pensaba en el militar.

Andrés quiso perder la costumbre de ir a la tienda de confecciones, pero no pudo. Era el único sitio agradable donde se encontraba bien...

Un día de otoño por la mañana fue a pasear por la Moncloa. Sentía esa melancolía, un poco ridícula, del solterón. Un vago sentimentalismo anegaba su espíritu al contemplar el campo, el cielo puro y sin nubes, el Guadarrama azul como una turquesa.

Pensó en Lulú y decidió ir a verla. Era su única amiga. Volvió hacia Madrid, hasta la calle del Pez, y entró en la tiendecita<sup>691</sup>.

Estaba Lulú sola, limpiando con el plumero los armarios. Andrés se sentó en su sitio.

—Está usted muy bien hoy, muy guapa —dijo de pronto Andrés.

—¿Qué hierba ha pisado usted, don Andrés, para estar tan amable?

—Verdad. Está usted muy bien. Desde que está usted aquí se va usted humanizando. Antes tenía usted una expresión muy satírica, muy burlona, pero ahora no; se le va poniendo a usted una cara más dulce. Yo creo que de tratar así con las madres que vienen a comprar gorritos para sus hijos se le va poniendo a usted una cara maternal.

—Y, ya ve usted, es triste hacer siempre gorritos para los hijos de los demás.

—¿Qué querría usted más, que fueran para sus hijos?

—Si pudiera ser, ¿por qué no? Pero yo no tendré hijos nunca. ¿Quién me va a querer a mí?

—El farmacéutico del café, el teniente...; puede usted echárselas de modesta, y anda usted haciendo conquistas...

—¿Yo?

---

<sup>691</sup> Y aquí empieza la parte del capítulo que se corresponde con la "práctica" del amor, como indica el título. Es evidente que se trata de un título que encierra un fuerte ironía. El tipo solterón que dice (teóricamente) no creer en el amor porque es una invención o fantasía humana termina (prácticamente) por declararse a una mujer.

—Usted, sí.

Lulú siguió limpiando los estantes con el plumero.

—¿Me tiene usted odio, Lulú? —dijo Hurtado.

—Sí, porque me dice usted tonterías.

—Deme usted la mano.

—¿La mano?

—Sí.

—Ahora siéntese usted a mi lado.

—¿A su lado de usted?

—Sí.

—Ahora míreme usted a los ojos. Lealmente.

—Ya le miro a los ojos. ¿Hay más que hacer?

—¿Usted cree que no la quiero a usted, Lulú?

—Sí..., un poco...; ve usted que no soy una mala muchacha, pero nada más.

—¿Y si hubiera algo más? Si yo la quisiera a usted con cariño, con amor, ¿qué me contestaría usted?

—No; no es verdad. Usted no me quiere. No me diga usted eso.

—Sí, sí; es verdad —y acercando la cabeza de Lulú a él, la besó en la boca.

Lulú enrojeció violentamente, luego palideció y se tapó la cara con las manos.

—Lulú, Lulú —dijo Andrés— ¿Es que la he ofendido a usted?

Lulú se levantó y paseó un momento por la tienda, sonriendo.

—Ya ve usted, Andrés; esa locura, ese engaño que dice usted que es el amor, lo he sentido yo por usted desde que le vi.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y yo ciego?

—Sí; ciego, completamente ciego.

Andrés tomó la mano de Lulú entre las suyas y la llevó a sus labios. Hablaron los dos largo rato, hasta que se oyó la voz de doña Leonarda.

—Me voy —dijo Andrés, levantándose.

—Adiós —exclamó ella, estrechándose contra él—. Y ya no me dejes más, Andrés. Donde tú vayas, llévame<sup>692</sup>.

---

<sup>692</sup> ¶ Se ha dicho en algunas biografías que el matrimonio de AHurtado con Lulú fue una especie de venganza literaria (inventada) de Baroja contra sus padres, quienes lo obligaron a renunciar a casarse con una trabajadora humilde, una repartidora de la panadería familiar que regentaba el novelista en Madrid. ¶¶ En el amor de Andrés por Lulú no hay pasión, esto es, ni deseo ni atracción física. Ver nota 134. Primero, se ve que Andrés —desde que la conoció— nunca la encontró hermosa ni apetecible (compárese la presente actitud de Andrés hacia Lulú con la que en el pasado demostró hacia la hermosa Dorotea), si bien, siempre le agradó su compañía, muy especialmente, hablar con ella, cosa que le entretenía y proporcionaba enorme serenidad de ánimo. En segundo lugar, también se ve (cap. anterior, “Amor: teoría y práctica”) que en todo lo tocante al enamoramiento y a la vida de pareja Andrés es un profundo escéptico y pesimista: el amor y el matrimonio, por un lado, hacen perder la independencia al varón, que tiene que “someterse” a los convencionalismos sociales; y, por otra parte, el sentimiento amoroso es finalmente una gran mentira, un engaño. En tercer lugar, la aparición de pretendientes que revolotean cerca de Lulú le produce una especie de melancolía de “solterón”, algo así como un sentimiento de soledad ante la posibilidad de perder a la única persona auténticamente amiga que tiene, la única en cuya compañía se siente a gusto. Y esto es finalmente lo que lo decide a ir a la tienda y declararse a la muchacha. La escena es muy reveladora porque mientras Andrés se declara con mucha palabrería y teatralidad: las miradas, los gestos, el aparatoso y repentino beso en la boca, Lulú —que sí está enamorada de verdad— reacciona con la pasión que Andrés no ha sido capaz de mostrar, porque no la tiene. Ella, en cambio, se expresa con frases mucho más simples y directas, pero, sobre todo, se expresa con el silencio, es decir, con el cuerpo: se ruboriza, palidece, se tapa la cara con las manos, pasea por la tienda con una sonrisa tonta en el rostro, y al cabo le dice lo obvio, lo que el lector ya sospecha desde hace tiempo y que Hurtado va a saber ahora mismo: que ella siempre lo ha querido y que no desea separarse de él nunca más.

## 1. El derecho a la prole

Unos días más tarde Andrés se presentaba en casa de su tío. Gradualmente llevó la conversación a tratar de cuestiones matrimoniales, y después dijo:

—Tengo un caso de conciencia.

— ¡Hombre!

—Sí. Figúrese usted que un señor a quien visito, todavía joven, pero hombre artrítico, nervioso, tiene una novia, antigua amiga suya, débil y algo histérica. Y este señor me pregunta: “¿Usted cree que me puedo casar?” Y yo no sé qué contestarle.

—Yo le diría que no —contestó Iturriz— Ahora, que él hiciera después lo que quisiera.

—Pero hay que darle una razón.

—¡Qué más razón! Él es casi un enfermo, ella también; él vacila.... basta; que no se case.

—No, eso no basta.

—Para mí sí; yo pienso en el hijo; yo no creo, como Calderón, que el delito mayor del hombre sea el haber nacido<sup>693</sup>. Esto me parece una tontería poética. El delito mayor del hombre es hacer nacer.

—¿Siempre? ¿Sin excepción?

—No. Para mí el criterio es éste: se tienen hijos sanos a quienes se les da un hogar, protección, educación, cuidados.... podemos otorgar la absolución a los padres; se tienen hijos enfermos, tuberculosos, sífilíticos, neurasténicos, consideramos criminales a los padres.

—¿Pero eso se puede saber con anterioridad?

—Sí, yo creo que sí.

—No lo veo tan fácil.

—Fácil no es; pero sólo el peligro, sólo la posibilidad de engendrar una prole enfermiza debía bastar al hombre para no tenerla. El perpetuar el dolor en el mundo me parece un crimen.

—¿Pero puede saber nadie cómo será su descendencia? Ahí tengo yo un amigo enfermo, estropeado, que ha tenido hace poco una niña sana, fortísima.

—Eso es muy posible. Es frecuente que un hombre robusto tenga hijos raquíticos y al contrario; pero no importa. La única garantía de la prole es la robustez de los padres.

—Me choca en un antiintelectualista como usted esa actitud tan de intelectual —dijo Andrés.

—A mí también me choca en un intelectual como tú esa actitud de hombre de mundo. Yo te confieso, para mí nada tan repugnante como esa bestia prolífica<sup>694</sup>, que entre vapores de alcohol va engendrando hijos que hay

---

<sup>693</sup> El verso pertenece a la obra teatral *La vida es sueño* (s. XVII), donde se dice literalmente: ¡Ay mísero de mí, y ay, infelice! / Apurar, cielos, pretendo, / ya que me tratáis así / qué delito cometí / contra vosotros naciendo; / aunque si nací, ya entiendo / qué delito he cometido. / Bastante causa ha tenido / vuestra justicia y rigor; / pues el delito mayor / del hombre es haber nacido.

<sup>694</sup> ¶ Se refiere al hombre bestializado que “fabrica” (engendra) hijos sin parar; a continuación lo llama *bruto prolífico* y también *animal odioso*.

que llevar al cementerio o que, si no, van a engrosar los ejércitos del presidio y de la prostitución. Yo tengo verdadero odio a esa gente sin conciencia, que llena de carne enferma y podrida la tierra. Recuerdo una criada de mi casa: se casó con un idiota borracho, que no podía sostenerse a sí mismo porque no sabía trabajar. Ella y él eran cómplices de chiquillos enfermizos y tristes, que vivían entre harapos, y aquel idiota venía a pedirme dinero creyendo que era un mérito ser padre de su abundante y repulsiva prole. La mujer, sin dientes, con el vientre constantemente abultado, tenía una indiferencia animal para los embarazos, los partos y las muertes de los niños. “¿Se ha muerto uno? Pues se hace otro”, decía cínicamente. No, no debe ser lícito engendrar seres que vivan en el dolor.

—Yo creo lo mismo.

—La fecundidad no puede ser un ideal social. No se necesita cantidad, sino calidad. Que los patriotas y los revolucionarios<sup>695</sup> canten al bruto prolífico, para mí siempre será un animal odioso.

—Todo eso está bien —murmuró Andrés—; pero no resuelve mi problema. ¿Qué le digo yo a ese hombre?

—Yo le diría: cácese usted si quiere, pero no tenga usted hijos. Esterilice usted su matrimonio<sup>696</sup>.

—Es decir, que nuestra moral acaba por ser inmoral. Si Tolstoi le oyera, le diría: “Es usted un canalla de la facultad<sup>697</sup>”.

—¡Bah! Tolstoi es un apóstol y los apóstoles dicen las verdades suyas, que generalmente son tonterías para los demás. Yo a ese amigo tuyo le hablaría claramente; le diría: ¿Es usted un hombre egoísta, un poco cruel, fuerte, sano, resistente para el dolor propio e incomprensivo para los padecimientos ajenos? ¿Sí? Pues cácese usted, tenga usted hijos, será usted un buen padre de familia... Pero si es usted un hombre impresionable, nervioso, que siente demasiado el dolor, entonces no se case usted, y si se casa, no tenga hijos.

Andrés salió de la azotea aturdido. Por la tarde escribió a Iturriz una carta diciéndole que el artrítico que se casaba era él.

## 2. La vida nueva<sup>698</sup>

---

<sup>695</sup> ¶¶ Lo de “patriotas” hace referencia muy probablemente a los políticos liberales y conservadores que, desde el poder, animaban a los españoles a engendrar muchos hijos y a sacar adelante familias muy numerosas como deber “patriótico” para contrarrestar la altísima mortandad infantil de finales del s. XIX. Lo mismo hacían los “revolucionarios” (socialistas y anarquistas), quienes veían en el aumento exponencial del proletariado un arma decisiva para luchar contra las clases dominantes, o sea, para hacer la revolución. Unos y otros, pues, defendían la fecundidad y rechazaban la eugenesia, aunque la fecundidad sin control trajera los males que intenta evitar Iturriz. Lo que ocurre es que, como dice un poco más adelante, la moralidad (el bien) que anima a actuar a Iturriz (mejorar la sociedad —la especie— mediante la eugenesia) se convierte en inmoralidad e injusticia cuando el médico interviene en la vida de las parejas prohibiéndoles tener hijos (ante la probabilidad de que desarrollen enfermedades). Ver nota siguiente.

<sup>696</sup> ¶¶ Llama la atención que un vitalista como Iturriz (un defensor de la lucha por la vida, de la acción y de la fuerza de la naturaleza) haga un planteamiento tan intelectual y antinaturalista. Esto es, para Iturriz la obligación moral de una persona es plantearse seriamente (fría y preventivamente) si sus hijos van a tener buenas condiciones de vida o no. Y para ello, el principio debe ser la salud y las adecuadas condiciones económicas de los padres. Si no se cumple esto, hay que abstenerse de tener hijos. El planteamiento de Iturriz es una defensa de la eugenesia (es decir, del perfeccionamiento de la especie humana mediante la depuración biológica de la herencia o descendencia), absolutamente reforzada por la idea científica del determinismo genético según la cual una saludable herencia genética mejora la raza, y una enferma la echa a perder. Las teorías eugenésicas estaban muy de moda en la España de 1900. Un científico como Ramón y Cajal creía absolutamente en ellas. ¶¶¶ Pero, sobre todo, la opinión de Iturriz adelanta exactamente lo que va a suceder. Recordemos que Andrés siempre se ha visto a sí mismo como un enfermo, en lo espiritual y en lo físico (de hecho, en Alcolea llega, por ejemplo, a autodiagnosticarse una artritis producida por la castidad). El sentimiento de que tanto él como Lulú son personas débiles, enfermizas, sin salud, va a convertirse en el conflicto de esta última parte de la historia porque es perfectamente consciente de que la enfermedad es hereditaria y puede reproducirse en la descendencia. Por eso, la visita de Andrés a Iturriz parece hecha para pedirle, más que consejo, permiso, y lo que se encuentra es un no rotundo del tío, un no que él va a desobedecer, y que va a desencadenar la tragedia de la obra.

<sup>697</sup> ...de la facultad: por el contexto, de gran categoría, de mucho saber. ¶¶ Leon Tolstoi es un gran novelista ruso del s. XIX, muy admirado por Baroja.

<sup>698</sup> ¶¶ Mientras el capítulo anterior es una transición de la parte 6ª a la 7ª (mediante otra conversación intelectual con Iturriz), la parte 7ª empieza propiamente aquí. *La vida nueva* es una obra de Dante (autor italiano, s. XIII) en la que este expresaba la renovación vital que experimentó desde el momento en que se enamoró de su dama ideal, Beatriz. Este es el sentido que le da aquí Baroja para subrayar el cambio completo que trae el matrimonio a la vida de AHurtado. ¶¶¶ El ritmo narrativo de la 7ª parte está dividido en dos momentos: el inicial, tras el matrimonio, dominado por la felicidad, y que abarca un año más o menos; y el final,

A Hurtado no le preocupaban gran cosa las cuestiones de forma<sup>699</sup>, y no tuvo ningún inconveniente en casarse en la iglesia, como quería doña Leonarda. Antes de casarse llevó a Lulú a ver a su tío Iturrioz y simpatizaron.

Ella le dijo a Iturrioz:

—A ver si encuentra usted para Andrés algún trabajo en que tenga que salir poco de casa, porque haciendo visitas está siempre de un humor malísimo<sup>700</sup>.

Iturrioz encontró el trabajo, que consistía en traducir artículos y libros para una revista médica que publicaba obras nuevas de especialidades<sup>701</sup>.

—Ahora te darán dos o tres libros en francés para traducir —le dijo Iturrioz—; pero vete aprendiendo el inglés, porque dentro de unos meses te encargarán alguna traducción en este idioma, y entonces si necesitas te ayudaré yo.

—Muy bien. Se lo agradezco a usted mucho.

Andrés dejó su cargo en la sociedad *La Esperanza*. Estaba deseándolo; tomó una casa en el barrio de Pozas, no muy lejos de la tienda de Lulú.

Andrés pidió al casero que de los tres cuartos que daban a la calle le hiciera uno, y que no le empapelara el local que quedase después, sino que lo pintara de un color cualquiera.

Este cuarto sería la alcoba, el despacho, el comedor para el matrimonio. La vida en común la harían constantemente allí.

—La gente hubiera puesto aquí la sala y el gabinete y después se hubieran ido a dormir al sitio peor de la casa —decía Andrés.

Lulú miraba estas disposiciones higiénicas como fantasías, chifladuras; tenía una palabra especial para designar las extravagancias de su marido.

—¡Qué hombre más ideático! —decía.

Andrés pidió prestado a Iturrioz algún dinero para comprar muebles.

—¿Cuánto necesitas? —le dijo el tío.

—Poco; quiero muebles que indiquen pobreza; no pienso recibir a nadie.

Al principio doña Leonarda quiso ir a vivir con Lulú y con Andrés; pero éste se opuso.

—No, no —dijo Andrés—; que vaya con tu hermana y con don Prudencio. Estará mejor.

---

desde el momento en que Lulú impone su necesidad de ser madre, dominado por la angustia, y que cubre los meses de un embarazo. El ritmo del primer momento es lento (tenemos la sensación de que no pasan cosas) puesto que Baroja prefiere contar (exponer) las costumbres o hábitos de la pareja empleando para ello el pretérito imperfecto (*daban, miraba...*) y las escenas de diálogo en estilo directo. Sin embargo, desde el instante en que Lulú se deprime y fuerza a Andrés a tener descendencia (*Un año, próximamente después de casados, Lulú se puso algo enferma; estaba distraída, melancólica, preocupada*) el ritmo narrativo se acelera. Vemos que los hechos cubren casi el mismo número de meses, pero ahora la acción se precipita mediante el uso del pretérito perfecto simple como verbo de narración y mediante constantes resúmenes de hechos y anécdotas.

<sup>699</sup> JJ En efecto, la conducta de Andrés es antisocial y está fuera de todo convencionalismo. Por ejemplo, vemos que ha roto por completo con su familia. Se va a casar y ni se le ocurre ponerse en contacto con nadie de ella. También evitará que la suegra se vaya a vivir con Lulú y él. Quiere un matrimonio sin familiares, sin visitas que recibir ni hacer.

<sup>700</sup> JJ Una vez más, Iturrioz le va a buscar trabajo a Andrés, y a continuación le va a prestar dinero, o sea, le resuelve problemas prácticos de la vida que este, con su independencia, es incapaz de resolver.

<sup>701</sup> especialidades médicas, se entiende: fisiología, traumatología, anatomía, pediatría, terapéutica, etc

— ¡Qué hipócrita! Lo que sucede es que no la quieres a mamá.

— ¡Ah, claro! Nuestra casa ha de tener una temperatura distinta a la de la calle. La suegra sería una corriente de aire frío. Que no entre nadie, ni de tu familia ni de la mía.

— ¡Pobre mamá! ¡Qué idea tienes de ella! —decía, riendo, Lulú.

— No; es que no tenemos el mismo concepto de las cosas; ella cree que se debe vivir para fuera y yo no.

Lulú, después de vacilar un poco, se entendió con su antigua amiga y vecina la Venancia y la llevó a su casa. Era una vieja muy fiel, que tenía cariño a Andrés y a Lulú.

— Si le preguntan por mí —le decía Andrés—, diga usted siempre que no estoy.

— Bueno, señorito.

Andrés estaba dispuesto a cumplir bien en su nueva ocupación de traductor.

Aquel cuarto aireado, claro, donde entraba el sol, en donde tenía sus libros, sus papeles, le daba ganas de trabajar.

Ya no sentía la impresión de animal acosado, que había sido en él habitual. Por la mañana tomaba un baño y luego se ponía a traducir.

Lulú volvía de la tienda y la Venancia les servía la comida.

— Coma usted con nosotros —le decía Andrés.

— No, no.

Hubiera sido imposible convencer a la vieja de que se podía sentar a la mesa con sus amos.

Después de comer, Andrés acompañaba a Lulú a la tienda y luego volvía a trabajar en su cuarto.

Varias veces le dijo a Lulú que ya tenían bastante para vivir con lo que ganaba él, que podían dejar la tienda; pero ella no quería.

— ¿Quién sabe lo que puede ocurrir? —decía Lulú—; hay que ahorrar, hay que estar prevenidos por si acaso.

De noche aún quería Lulú trabajar algo en la máquina; pero Andrés no se lo permitía.

Andrés estaba cada vez más encantado de su mujer, de su vida y de su casa. Ahora le asombraba cómo no había notado antes aquellas condiciones de arreglo, de orden y de economía de Lulú.

Cada vez trabajaba con más gusto. Aquel cuarto grande le daba la impresión de no estar en una casa con vecinos y gente fastidiosa, sino en el campo, en algún sitio lejano<sup>702</sup>.

Andrés hacía sus trabajos con gran cuidado y calma. En la redacción de la revista le habían prestado varios diccionarios científicos modernos e Iturriz le dejó dos o tres de idiomas que le servían mucho.

---

<sup>702</sup> ¶¶ Entramos en una fase de serena felicidad de Andrés. Aislamiento de los problemas del mundo, convivencia agradable y trabajo intelectual. Parece hacerse realidad el consejo antiguo de Iturriz de actuar en la vida en un círculo pequeño, sin abarcar más de lo que sea sensato abarcar. Encerrado en su pequeño mundo familiar (Lulú, su despacho, el trabajo de traductor), puede vivir al margen del medio social.

Al cabo de algún tiempo no sólo tenía que hacer traducciones, sino estudios originales, casi siempre sobre datos y experiencias obtenidos por investigadores extranjeros.

Muchas veces se acordaba de lo que decía Fermín Ibarra; de los descubrimientos fáciles que se desprenden de los hechos anteriores sin esfuerzo. ¿Por qué no había experimentadores en España cuando la experimentación para dar fruto no exigía más que dedicarse a ella?

Sin duda faltaban laboratorios, talleres para seguir el proceso evolutivo de una rama de la ciencia; sobraba también un poco de sol, un poco de ignorancia y bastante de la protección del Santo Padre<sup>703</sup>, que generalmente es muy útil para el alma, pero muy perjudicial para la ciencia y para la industria.

Estas ideas, que hacía tiempo le hubieran producido indignación y cólera, ya no le exasperaban<sup>704</sup>.

Andrés se encontraba tan bien, que sentía temores. ¿Podía durar esta vida tranquila? ¿Habría llegado a fuerza de ensayos a una existencia no sólo soportable, sino agradable y sensata?

Su pesimismo le hacía pensar que la calma no iba a ser duradera.

—Algo va a venir el mejor día —pensaba— que va a descomponer este bello equilibrio.

Muchas veces se le figuraba que en su vida había una ventana abierta a un abismo. Asomándose a ella el vértigo y el horror se apoderaban de su alma.

Por cualquier cosa, con cualquier motivo, temía que este abismo se abriera de nuevo a sus pies<sup>705</sup>.

Para Andrés todos los allegados eran enemigos; realmente la suegra, Niní, su marido, los vecinos, la portera, miraban el estado feliz del matrimonio como algo ofensivo para ellos.

—No hagas caso de lo que te digan —recomendaba Andrés a su mujer—. Un estado de tranquilidad como el nuestro es una injuria para toda esa gente, que vive en una perpetua tragedia de celos, de envidias, de tonterías. Ten en cuenta que han de querer envenenarnos.

—Lo tendré en cuenta —replicaba Lulú, que se burlaba de la grave recomendación de su marido.

Niní algunos domingos, por la tarde, invitaba a su hermana a ir al teatro.

—¿Andrés no quiere venir? —preguntaba Niní.

—No. Está trabajando.

—Tu marido es un erizo.

—Bueno; dejadle.

---

<sup>703</sup> El papa de Roma.

<sup>704</sup> ¶ Se retoma el diagnóstico acerca del atraso científico y técnico de España. En nuestro país se desprecia la experimentación: no hay laboratorios para experimentar y hacer descubrimientos, ni talleres donde aplicar técnicamente lo descubierto; y no los hay porque estamos en un país muy condicionado (determinado) por el clima (demasiado sol, que invita poco a encerrarse a investigar en laboratorios y talleres), por la ignorancia (sin formación ni tradición científica de ninguna clase) y por la Iglesia (esa *protección del Santo Padre*), institución que representa una mentalidad antimoderna, contraria a las ciencias experimentales y al desarrollo industrial. Sin embargo, este tipo de pensamientos ya no producen cólera ni nerviosismo en el alma de Andrés, como antes ocurría (pensemos en sus reacciones en el Hospital de San Carlos siendo estudiante, o en sus palabras de desprecio a las prostitutas y a los pobres siendo médico, etc).

<sup>705</sup> ¶ Pero en medio de la paz aparece siempre el pesimismo del personaje en forma de miedos y aprensiones que lo llevan a desconfiar del futuro.

Al volver Lulú por la noche contaba a su marido lo que había visto. Andrés hacía alguna reflexión filosófica que a Lulú le parecía muy cómica, cenaban y después de cenar paseaban los dos un momento.

En verano salían casi todos los días al anochecer. Al concluir su trabajo. Andrés iba a buscar a Lulú a la tienda, dejaban en el mostrador a la muchacha y se marchaban a corretear por el Canalillo o la Dehesa de Amanuel.

Otras noches entraban en los cinematógrafos<sup>706</sup> de Chamberí, y Andrés oía entretenido los comentarios de Lulú, que tenían esa gracia madrileña ingenua y despierta que no se parece en nada a las groserías estúpidas y amaneradas de los especialistas en madrileñismo<sup>707</sup>.

Lulú le producía a Andrés grandes sorpresas; jamás hubiera supuesto que aquella muchacha, tan atrevida al parecer, fuera íntimamente de una timidez tan completa.

Lulú tenía una idea absurda de su marido, lo consideraba como un portentoso.

Una noche que se les hizo tarde, al volver del Canalillo, se encontraron en un callejón sombrío, que hay cerca del abandonado cementerio de la Patriarcal<sup>708</sup>, con dos hombres de mal aspecto. Estaba ya oscuro; un farol medio caído, sujeto en la tapia del camposanto, iluminaba el camino, negro por el polvo del carbón y abierto entre dos tapias. Uno de los hombres se les acercó a pedirles limosna de una manera un tanto sospechosa. Andrés contestó que no tenía un cuarto y sacó la llave de casa del bolsillo, que brilló como si fuera el cañón de un revólver.

Los dos hombres no se atrevieron a atacarles, y Lulú y Andrés pudieron llegar a la calle de San Bernardo sin el menor tropiezo.

—¿Has tenido miedo, Lulú? —le preguntó Andrés.

—Sí, pero no mucho. Como iba contigo...

—Qué espejismo<sup>709</sup> —pensó él—; mi mujer cree que soy un Hércules.

Todos los conocidos de Lulú y de Andrés se maravillaban de la armonía del matrimonio.

—Hemos llegado a querernos de verdad —decía Andrés—, porque no teníamos interés en mentir<sup>710</sup>.

### 3. En paz

Pasaron muchos meses y la paz del matrimonio no se turbó.

Andrés estaba desconocido. El método de vida, el no tener que sufrir el sol, ni subir escaleras, ni ver miserias, le daba una impresión de tranquilidad, de paz.

Explicándose como un filósofo, hubiera dicho que la sensación de conjunto de su cuerpo, la *cenesthesia*<sup>711</sup>, era en aquel momento pasiva, tranquila, dulce. Su bienestar físico le preparaba para ese estado de perfección y de equilibrio intelectual que los epicúreos y los estoicos griegos llamaron *ataraxia*, el paraíso del que no cree<sup>712</sup>.

---

<sup>706</sup> El cine comienza a ser espectáculo y negocio popular a comienzos del s. XX.

<sup>707</sup> ...los especialistas en madrileñismo serían los chovinistas madrileños; aquellos que, como los chulos y chulapas, creen que hay un alma castiza de Madrid y que todo el mundo debe comportarse y pensar según esta.

<sup>708</sup> Una iglesia de Madrid así llamada.

<sup>709</sup> Qué mentira, qué fascinación de Lulú.

<sup>710</sup> De nuevo, la verdad de Andrés sobre el amor matrimonial: el verdadero cariño consiste en que los cónyuges sean sinceros entre sí.

<sup>711</sup> Cultismo científico: conjunto de sensaciones que dan al individuo datos acerca de la posición y actividad del organismo.

Aquel estado de serenidad le daba una gran lucidez y mucho método en sus trabajos. Los estudios de síntesis que hizo para la revista médica tuvieron gran éxito. El director le alentó para que siguiera por aquel camino. No quería ya que tradujera, sino que hiciera trabajos originales para todos los números.

Andrés y Lulú no tenían nunca la menor riña; se entendían muy bien. Sólo en cuestiones de higiene y alimentación, ella no le hacía mucho caso a su marido.

—Mira, no comas tanta ensalada —le decía él.

—¿Por qué? Si me gusta.

—Sí; pero no te conviene ese ácido. Eres artrítica como yo.

— ¡Ah, tonterías!

—No son tonterías.

Andrés daba todo el dinero que ganaba a su mujer.

—A mí no me compres nada —le decía.

—Pero necesitas...

—Yo no. Si quieres comprar, compra algo para la casa o para ti.

Lulú seguía con la tiendecita; iba y venía del obrador a su casa, unas veces de mantilla, otras con un sombrero pequeño.

Desde que se había casado estaba de mejor aspecto; como andaba más al aire libre tenía un color sano. Además, su aire satírico se había suavizado, y su expresión era más dulce.

Varias veces desde el balcón vio Hurtado que algún pollo o algún viejo habían venido hasta casa, siguiendo a su mujer.

—Mira Lulú —le decía—, ten cuidado; te siguen.

—¿Sí?

—Sí; la verdad es que te estás poniendo muy guapa. Vas a hacerme celoso.

—Sí, mucho. Tú ya sabes demasiado cómo yo te quiero —replicaba ella—. Cuando estoy en la tienda, siempre estoy pensando: ¿Qué hará aquél?

—Deja la tienda.

—No, no. ¿Y si tuviéramos un hijo? Hay que ahorrar<sup>713</sup>.

---

<sup>712</sup> ¶ De inmediato, volvemos a los pocos momentos del alma de Andrés en los que esa sensación física e intelectual se ha hecho presente: el primer pueblo donde brevemente estuvo de médico; el plan de vida ascética que puso en marcha en Alcolea, y ahora, este asombrosamente largo periodo matrimonial (*Pasaron muchos meses...*).

<sup>713</sup> ¶ Ya antes lo había manifestado Lulú: no podía dejar de trabajar porque hacía falta dinero para contratiempos. Pero ahora lo verbaliza con toda claridad, el posible contratiempo es la expectativa de tener un hijo, que ella no abandona y que a él le horroriza. Lo que la novela sugiere es, por lo tanto, que el matrimonio no mantiene relaciones sexuales porque se niega Andrés; y esta situación, prolongada indefinidamente en el tiempo, va a producir en Lulú —como enseguida veremos— un sentimiento de frustración y una depresión melancólica.

¡El hijo! Andrés no quería hablar ni hacer la menor alusión a este punto, verdaderamente delicado; le producía una gran inquietud.

La religión y la moral vieja gravitan todavía sobre uno —se decía—; no puede uno echar fuera completamente el hombre supersticioso que lleva en la sangre la idea del pecado<sup>714</sup>.

Muchas veces, al pensar en el porvenir, le entraba un gran terror; sentía que aquella ventana sobre el abismo podía entreabrirse.

Con frecuencia, marido y mujer iban a visitar a Iturrioz, y éste también a menudo pasaba un rato en el despacho de Andrés.

Un año, próximamente después de casados, Lulú se puso algo enferma; estaba distraída, melancólica, preocupada.

—¿Qué le pasa? ¿Qué tiene? —se preguntaba Andrés con inquietud.

Pasó aquella racha de tristeza, pero al poco tiempo volvió de nuevo con más fuerza; los ojos de Lulú estaban velados, en su rostro se notaban señales de haber llorado.

Andrés, preocupado, hacía esfuerzos para parecer distraído; pero llegó un momento en que le fue imposible fingir que no se daba cuenta del estado de su mujer.

Una noche le preguntó lo que le ocurría, y ella, abrazándose a su cuello, le hizo tímidamente la confesión de lo que le pasaba.

Era lo que temía Andrés. La tristeza de no tener el hijo, la sospecha de que su marido no quería tenerlo hacía llorar a Lulú a lágrima viva, con el corazón hinchado por la pena.

¿Qué actitud tomar ante un dolor semejante? ¿Cómo decir a aquella mujer que él se consideraba como un producto envenenado y podrido, que no debía tener descendencia?

Andrés intentó consolarla, explicarse... Era imposible. Lulú lloraba, le abrazaba, le besaba con la cara llena de lágrimas.

—¡Sea lo que sea!<sup>715</sup> —murmuró Andrés.

Al levantarse Andrés al día siguiente, ya no tenía la serenidad de costumbre.

Dos meses más tarde, Lulú, con la mirada brillante, le confesó a Andrés que debía estar embarazada.

El hecho no tenía duda. Ya Andrés vivía en una angustia continua. La ventana que en su vida se abría a aquel abismo que le producía el vértigo, estaba de nuevo de par en par.

El embarazo produjo en Lulú un cambio completo; de burlona y alegre, la hizo triste y sentimental.

Andrés notaba que ya le quería de otra manera; tenía por él un cariño celoso e irritado; ya no era aquella simpatía afectuosa y burlona tan dulce; ahora era un amor animal. La naturaleza recobraba sus derechos. Andrés, de ser un hombre lleno de talento y un poco *ideático*, había pasado a ser su hombre. Ya en esto, Andrés veía el principio de la tragedia. Ella quería que le acompañara, le diera el brazo, se sentía celosa, suponía que miraba a las demás mujeres.

---

<sup>714</sup> JJ Se refiere a sí mismo. Andrés ve que su temor ante la eventualidad de tener un hijo se parece al temor que producen los pecados: el hecho de negarse a ser padre actúa dentro de él como un incumplimiento de un deber sagrado, por eso dice que *la educación religiosa y la vieja moral* condicionan por completo su forma de sentir, aunque racionalmente él no crea en dios ni tenga fe alguna.

<sup>715</sup> JJ El estado depresivo de Lulú termina por convencer a Andrés de tener ese hijo tan temido.

Cuando adelantó el embarazo, Andrés comprobó que el histerismo de su mujer se acentuaba:

Ella sabía que estos desórdenes nerviosos tenían<sup>716</sup> las mujeres embarazadas, y no le daba importancia; pero él temblaba.

La madre de Lulú comenzó a frecuentar la casa, y como tenía mala voluntad para Andrés, envenenaba todas las cuestiones.

Uno de los médicos que colaboraba en la revista, un hombre joven, fue varias veces a ver a Lulú.

Según decía, se encontraba bien; sus manifestaciones histéricas no tenían importancia; eran frecuentes en las embarazadas. El que se encontraba cada vez peor era Andrés.

Su cerebro estaba en una tensión demasiado grande, y las emociones que cualquiera podía sentir en la vida normal, a él le desequilibraban.

—Ande usted, salga usted —le decía el médico.

Pero fuera de casa ya no sabía qué hacer.

No podía dormir, y después de ensayar varios hipnóticos se decidió a tomar morfina. La angustia le mataba.

Los únicos momentos agradables de su vida eran cuando se ponía a trabajar. Estaba haciendo un estudio sintético de las aminas, y trabajaba con toda su fuerza para olvidarse de sus preocupaciones y llegar a dar claridad a sus ideas.

## 7. Tenía algo de precursor

Cuando llegó el embarazo a su término, Lulú quedó con el vientre excesivamente aumentado.

—A ver sí tengo dos —decía ella riendo.

—No digas esas cosas —murmuraba Andrés, exasperado y entristecido.

Cuando Lulú creyó que el momento se acercaba, Hurtado fue a llamar a un médico joven amigo suyo y de Iturrioz, que se dedicaba a partos<sup>717</sup>.

Lulú estaba muy animada y muy valiente. El médico le había aconsejado que anduviese, y a pesar de que los dolores le hacían encogerse y apoyarse en los muebles, no cesaba de andar por la habitación.

Todo el día lo pasó así. El médico dijo que los primeros partos eran siempre difíciles, pero Andrés comenzaba a sospechar que aquello no tenía el aspecto de un parto normal.

Por la noche, las fuerzas de Lulú comenzaron a ceder. Andrés la contemplaba con lágrimas en los ojos.

—Mi pobre Lulú, lo que estás sufriendo —la decía.

—No me importa el dolor —contestaba ella—. ¡Si el niño viviera!

—Ya vivirá, ¡no tenga usted cuidado! —decía el médico.

—No, no; me da el corazón que no.

---

<sup>716</sup> *Ella sabía que estos desórdenes nerviosos tenían las mujeres embarazadas.* La frase suena extraña porque falta la duplicación pronominal *los* ["los tenían"], muy probablemente se trate de un rasgo dialectal del español de Baroja producido por influencia del sustrato vasco.

<sup>717</sup> La acción narrativa se acelera muchísimo desde este párrafo: en apenas página y media se cuentan los tres últimos días de toda la historia.

La noche fue terrible. Lulú estaba extenuada. Andrés, sentado en una silla, la contemplaba estúpidamente. Ella, a veces se acercaba a él.

—Tú también estás sufriendo. ¡Pobre! —y le acariciaba la frente y la pasaba la mano por la cara.

Andrés, presa de una impaciencia mortal, consultaba al médico a cada momento; no podía ser aquello un parto normal; debía de existir alguna dificultad; la estrechez de la pelvis, algo.

—Si para la madrugada esto no marcha —dijo el médico—, veremos qué se hace.

De pronto, el médico llamó a Hurtado.

—¿Qué pasa? —preguntó éste.

—Prepare usted los fórceps inmediatamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—La procedencia del cordón umbilical. El cordón está comprimido<sup>718</sup>.

Por muy rápidamente que el médico introdujo las dos láminas del fórceps e hizo la extracción, el niño salió muerto.

Acababa de morir en aquel instante.

—¿Vive? —preguntó Lulú con ansiedad.

Al ver que no le respondían, comprendió que estaba muerto y cayó desmayada. Recobró pronto el sentido. No se había verificado aún el alumbramiento. La situación de Lulú era grave; la matriz había quedado sin tonicidad y no arrojaba la placenta.

El médico dijo a Lulú que descansara. La madre quiso ver el niño muerto. Andrés, al tomar el cuerpecito sobre una sábana doblada, sintió una impresión de dolor agudísimo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Lulú comenzó a llorar amargamente.

—Bueno, bueno —dijo el médico—, basta; ahora hay que tener energía.

Intentó provocar la expulsión de la placenta por la compresión<sup>719</sup>, pero no lo pudo conseguir. Sin duda estaba adherida. Tuvo que extraerla con la mano. Inmediatamente después dio a la parturienta una inyección de ergotina<sup>720</sup>, pero no pudo evitar que Lulú tuviera una hemorragia abundante.

Lulú quedó en un estado de debilidad grande; su organismo no reaccionaba con la necesaria fuerza.

Durante dos días estuvo en este estado de depresión. Tenía la seguridad de que se iba a morir.

—Si siento morirme —le decía a Andrés— es por ti. ¿Qué vas a hacer tú, pobrecito, sin mí? —y le acariciaba la cara.

Otras veces era el niño lo que la preocupaba, y decía:

—Mi pobre hijo. Tan fuerte como era. ¿Por qué se habrá muerto, Dios mío?

---

<sup>718</sup> Es esta una complicación muy rara en los partos. Si el cordón umbilical sale primero, puede ocurrir que el feto, al atravesar el canal del parto, comprima el cordón hasta el punto de que el propio feto deja de recibir sangre.

<sup>719</sup> Masaje para estimular la expulsión natural de la placenta.

<sup>720</sup> Principio activo de origen vegetal, empleado en medicina para provocar contracciones del útero y detener sus hemorragias.

Andrés la miraba con los ojos secos.

En la mañana del tercer día, Lulú murió, Andrés salió de la alcoba extenuado. Estaban en la casa doña Leonarda y Niní con su marido. Ella parecía ya una jamona; él, un chulo viejo lleno de alhajas. Andrés entró en el cuartucho donde dormía, se puso una inyección de morfina y quedó sumido en un sueño profundo.

Se despertó a medianoche y saltó de la cama. Se acercó al cadáver de Lulú, estuvo contemplando a la muerta largo rato y la besó en la frente varias veces.

Había quedado blanca, como si fuera de mármol, con un aspecto de serenidad y de indiferencia que a Andrés le sorprendió.

Estaba absorto en su contemplación cuando oyó que en el gabinete hablaban. Reconoció la voz de Iturrioz, y la del médico; había otra voz, pero para él era desconocida.

Hablaban los tres confidencialmente.

—Para mí —decía la voz desconocida— esos reconocimientos continuos que se hacen en los partos son perjudiciales. Yo no conozco este caso; pero, ¿quién sabe?, quizá esta mujer, en el campo, sin asistencia ninguna, se hubiera salvado. La naturaleza tiene recursos que nosotros no conocemos<sup>721</sup>.

—Yo no digo que no —contestó el médico que había asistido a Lulú—; es muy posible.

—¡Es lástima! —exclamó Iturrioz— ¡Este muchacho ahora, marchaba tan bien!

Andrés, al oír lo que decían, sintió que se le traspasaba el alma<sup>722</sup>. Rápidamente volvió a su cuarto y se encerró en él.

----- // -----

Por la mañana, a la hora del entierro, los que estaban en la casa comenzaron a preguntarse qué hacía Andrés.

—No me choca nada que no se levante —dijo el médico—, porque toma morfina.

—¿De veras?

—Sí.

—Vamos a despertarle entonces —dijo Iturrioz.

Entraron en el cuarto. Tendido en la cama, muy pálido, con los labios blancos, estaba Andrés.

—¡Está muerto! —exclamó Iturrioz.

Sobre la mesilla de noche se veía una copa y un frasco de aconitina cristalizada de Duquesnel<sup>723</sup>.

Andrés se había envenenado. Sin duda, la rapidez de la intoxicación no le produjo convulsiones ni vómitos<sup>724</sup>.

---

<sup>721</sup> ¶¶ Lo que el médico da a entender es que el ser humano se fortalece en su lucha dentro de la naturaleza, siendo esa fuerza superior a la ciencia. La idea que maneja el médico es la de adaptación al medio, o sea, una idea darwinista, ya aparecida en otros momentos de la obra.

<sup>722</sup> ¶¶ Al dolor por la pérdida de las personas queridas se suma, tras oír la conversación, la sospecha de haberse equivocado, de haber cometido un error irreparable. Aunque Baroja silencia los pensamientos de AHurtado, es fácil deducir la angustia y los remordimientos insoportables que dominan su alma. Quizá se equivocó al llamar al médico para atender a Lulú, es decir, al recurrir a la ciencia (en la que siempre confió) para ayudarla, quizá esa confianza excesiva en la ciencia (e indiferencia ante la naturaleza) condenó a Lulú y al hijo, quienes aún vivirían, tal vez, si el parto hubiera sido natural.

<sup>723</sup> Se trata de una medicina cuyo compuesto activo es el nitrato de aconitina, droga muy tóxica, empleada contra las neuralgias y el reumatismo. Una sobredosis la convierte en veneno mortal.

<sup>724</sup> Obsérvese el tipo de salida que encuentra Hurtado a través de la muerte. Primeramente, él elige la muerte, no espera a que ésta lo elija a él, como ocurrió con Luisito, Lulú y el hijo malogrado. Segundo, no sólo Hurtado elige el momento de su muerte, sino

La muerte había sobrevenido por parálisis inmediata del corazón.

—Ha muerto sin dolor —murmuró Iturrioz— Este muchacho no tenía fuerza para vivir. Era un epicúreo, un aristócrata, aunque él no lo creía.

—Pero había en él algo de precursor<sup>725</sup> —murmuró el otro médico.

FIN

---

también la manera en qué ha de morir: una muerte epicúrea, es decir, sin dolor, en cierto sentido placentera, una especie de liberación de la angustia que encadena la voluntad de vivir. Este modo de actuar es como poner en práctica las reflexiones de Schopenhauer sobre la muerte. El dolor y el sufrimiento provocados por la energía vital o voluntad solo encuentran dos soluciones posibles: o la anulación (el sometimiento) de las pasiones y los deseos, o la muerte. Durante toda su vida AHurtado lucha por llegar a un equilibrio entre serenidad y acción, unas veces intenta que la razón lo convenza de que no merece la pena intervenir o actuar inútilmente en un mundo injusto y cruel que no se deja transformar; otras veces recurre a la lectura, al estudio o a la contemplación de la naturaleza como maneras de aislarse del mundo, de encerrarse en su mundo intelectual, mucho más sereno y agradable que la dura vida cotidiana. Pero ninguno de estos dos caminos de anulación de la voluntad surten efecto. Y entonces opta por el definitivo y extremo, la muerte, el suicidio. Ante la imposibilidad de alcanzar la ataraxia vital (imperturbabilidad, indiferencia, serenidad), algo que sí ha logrado Iturrioz, Andrés ‘se ve obligado’ a vencer la angustia y el sufrimiento mediante el suicidio.

<sup>725</sup> ¶ Iturrioz, que lo conocía bien, hace el primer epitafio del difunto: a pesar de que no tenía fuerzas para vivir, era un epicúreo y un aristócrata. Epicúreo porque su ideal de vida siempre fue la serenidad espiritual, y aristócrata porque su sentido moral y su sensibilidad siempre fueron muy superiores a los de la gente que lo rodeaba. Pero le faltaba el “instinto de vida”, el de adaptación y supervivencia, era incapaz de luchar contra los obstáculos de la vida. El otro médico añade el segundo epitafio: Andrés era un precursor. La crítica ha debatido muchísimo acerca del significado de este adjetivo. En general, se está de acuerdo en ver a Hurtado como una especie de adelantado de su época, una persona que soñaba con otra España, más moderna y más virtuosa, más culta y más próspera, en definitiva, más sana. Y en esa visión de futuro este personaje no solo señala cómo se han derrumbado las ideas viejas de la España oficial (la corrupción política de la Restauración, el lastre oscurantista de la religión, la inercia social que genera la miseria y el analfabetismo, etc) sino que defiende unas pocas convicciones que han de servir para limpiar y revitalizar el país (la confianza en la ciencia y el progreso técnico, en el cumplimiento del deber guiado por la verdad y el rigor de conducta, etc). Solo que esa visión renovadora era imposible que triunfara a finales del s. XIX, y Hurtado muere víctima de su propia debilidad de carácter y de la sociedad cruel y despiadada donde le ha tocado vivir. Ortega y Gasset, refiriéndose a esta novela, explicó que AHurtado era un precursor porque “siente su incompatibilidad con la vida que le rodea, se siente otro que esa España circundante. No entiende los ruidos de la realidad que le envuelve y soporta. En torno a él España, un inmenso absurdo... Este mozo es un precursor, porque siente germinar en los senos de su espíritu un nuevo idioma ideológico...”.



## GLOSARIO

...a *todo pasto*. Frase hecha: en gran cantidad, en abundancia.

...a *punto fijo*: con seguridad

ABANDONO ["...con una mezcla de chinchorrería y de abandono..."]: desinterés.

ABATIMIENTO: falta o pérdida de ánimo, fuerza o energía. [Otros términos de la familia léxica en la novela: "abatido", decaído, desalentado, desanimado].

ABIGARRADO: heterogéneo, sin orden ni conexión.

ABSOLUCIÓN: perdón.

ABTRUSO: difícil de comprender, oscuro.

ABYECTO: despreciable, vil, ruin.

ACCIONAR ["...y accionaba al hablar de una manera un tanto afeminada"]: se movía, gesticulaba.

ACCIONISTA: poseedor de acciones de una empresa (generalmente es quien invierte dinero para después sacar un porcentaje de los beneficios de tal empresa)

ACEROLA: fruto del acerolo. Son redondos, encarnados o amarillos, carnosos y agrídulces, y tienen dentro tres huesos juntos muy duros.

ACHULADO ["contestó ella de una manera achulada"]: que habla o se comporta con chulería, es decir, con afectación y fanfarronería, propias de los chulos o chulapas (ver *chulo*).

ACOGIDO ["...aquellas desdichadas acogidas allí..."]: recluidas, internadas, ingresadas.

ACOTADO: limitado, delimitado.

ACRE: áspero y picante al gusto y al olfato [otros términos de la familia léxica en la novela: "acritud", aspereza (brusquedad, agresividad) de carácter].

ACROMÁTICO: sin colores. o sea, no daba la imagen en blanco y negro sino con todos sus colores.

... *actitudes gallardas*: poses, gestos corporales distinguidos, presumidos, seductores.

ACTUARIO: persona que interviene dando fe pública en la tramitación de los autos de carácter jurídico.

ADEMÁN: gesto, movimiento corporal, actitud con que se expresan emociones y sentimientos.

ADOBE: masa de barro y paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al sol, utilizada en la construcción.

ADOBO: salsa (especialmente la de vinagre, ajos, pimentón etc, y distintas hierbas y especias) que sirve para condimentar, macerar y conservar carnes y otros alimentos.

ADÚLTERO: que comete adulterio (relación sexual de una persona casada con otra que no sea el cónyuge).

AFABLE: agradables, apacibles y cordiales en el trato.

AFILIGRANADA ["...y su reja, afiligranada"]: reja delicada y pulida, cuyo hierro aparece trabajado con mucho cuidado y habilidad.

AGNÓSTICO: propio del agnosticismo, forma de pensar que niega que la razón humana pueda llegar a comprender lo absoluto y sobrenatural, el porqué último de las cosas [Otros términos de la familia léxica en la novela: "agnosticismo"].

...*al amor de la lumbre*: cerca de ella, para calentarse sin quemarse.

ALAMBICAMIENTO: dificultad o complejidad retórica. exquisita, artificiosa [Otros términos de la familia léxica en la novela: "alambicado", exquisito, artificioso].

ALARDE: comentario, acto o actitud con que se intenta presumir o fanfarronear acerca de algo; exhibición vanidosa, fanfarronería.

ALBAHACA: planta muy común en España, muy olorosa, que se utiliza como condimento.

ALDABA: pieza de hierro o bronce que se pone a las puertas para llamar golpeando con ella.

ALENTAR: animar, estimular.

ALERO: parte inferior del tejado que sale fuera de la pared.

ALETARGADO: adormilado, amodorrado, soñoliento.

ALGARABÍA: griterío confuso de varias personas que hablan a un tiempo.

ALHAJA: joya.

ALQUITARA o alambique: aparato para extraer, aplicándole fuego y mediante destilación, la esencia de cualquier sustancia líquida. Típico instrumento para fabricar bebidas alcohólicas de alta graduación.

ALLEGADO: persona cercana o próxima a otra en parentesco, amistad, trato o confianza.

ALMAZARA molino en que se extrae el aceite de las aceitunas.

ALTERCADO: disputa, discusión, enfrentamiento, fuerte o violento.

ALTISONANTE: ver...*enfático* y *altisonante*.

ALUCINADO: trastornado, que ha perdido la razón.

ALVÉOLO: cavidad, celda

AMINA: Sustancia química derivada del amoníaco (de aplicación clínica, suponemos).

AMBAGES: sin rodeos, sin darles vueltas a las cosas.

AMORTAJAR: poner la mortaja a un difunto. Mortaja: vestidura con que se envuelve un cadáver para enterrarlo.

ANCA: cada una de las dos mitades laterales de la parte posterior de algunos animales.

ANCHURÓN: espacio con una abertura muy ancha.

ANÉMICO: floja, lánguida, debilucha, sin fuerza.

ÁNFORA: cántaro alto y estrecho, de cuello largo, con dos asas.

ANOMALÍA: alteración, cosa extraña o rara, que se sale de lo común o normal.

ANODINO: aburrido, sin interés.

ANTAGONISMO: rivalidad, enfrentamiento.

ANTICLERICAL: Actitud contraria a todo lo que se relaciona con el clero y con la Iglesia como institución religiosa.

ANTÍDOTO: contraveneno, antitóxico que combate específicamente una sustancia tóxica.

ANTIPATÍA: rechazo, aversión.

ANTRO: caverna, cueva, gruta

ANTROPOMÓRFICO: propio del hombre o ser humano ('anthropos' es hombre en griego).

...*añadidos* y *composturas*: partes o elementos de un edificio que no son los originales, y arreglos de otras partes o elementos descompuestos, rotos o maltratados.

APÁTICO: que muestra desinterés y falta de motivación o entusiasmo y que trae consigo indiferencia ante cualquier estímulo externo.

APOQUINAR: poner el dinero que le corresponde a uno. (Coloquialismo).

APORTE: la aportación, la recogida

APOSTOL ["Tolstoi es un apóstol y los apóstoles dicen las verdades suyas..."]: persona que difunde y propaga una doctrina

ARBITRARIEDAD: forma de actuar caprichosa y movida por simples antojos u ocurrencias.

APARATOSO: complicado, espectacular || excesivo, exagerado, sin naturalidad ni sencillez.

APEGO: estimación, consideración

APOSTOLADO: propagación y divulgación de una causa o doctrina. Se refiere a dar charlas, como médico, acerca de normas de higiene y vida saludables.

APREHENDER: captar intelectualmente, comprender.

APRENSIVO: el que ve en todo peligros para su salud o para su integridad.

...*arco rebajado*: aquel cuya altura es menor que la del semicírculo

ARRECHUCHO: término coloquial: arranque, momento crítico o difícil.

ARRIERO: persona que trajina con bestias de carga (burros y mulas fundamentalmente).

ARSENAL: depósito o almacén general donde se guardaba el instrumental quirúrgico

...*arte de granujería*: negocio u ocupación propia de granujas, de gente malvada y sin escrúpulos

ARTRITIS: inflamación (-itis) de las articulaciones (artr-). Cultismo.

Palabra derivada [otros términos de la familia léxica en la novela: "artrítico"]

ASCENDIENTE: antepasado.

ATÁVICO: propio de las conductas más primitivas y animales del ser humano.

ATENUANTE ["una serie de circunstancias atenuantes"]: que aminoran o disminuyen el valor criminal de la conducta delictiva.

ATÓNITO: estupefacto, sorprendido.

ATORNILLAR ["esos que se atornillan en una mesa..."]: expresión figurada. Que se sientan y permanecen horas y horas pegadas a la silla sin levantarse, como si las hubieran atornillado a ella.

ATROPELLAR: agraviar o insultar a alguien o algo, bien por abuso de poder o bien tratándolo sin miramiento o respeto.

AUSCULTAR: aplicar el oído al tórax o abdomen, con instrumentos adecuados o sin ellos, a fin de explorar los sonidos o ruidos normales o patológicos producidos en los órganos que las cavidades del pecho o vientre contienen.

AUSTERO: sobrio, equilibrado, templado.

AUTOPSIA: examen anatómico de un cadáver.

AVATAR: cambios, alternativas, formas cambiantes

AVERSIÓN: rechazo, repulsión.

AXIOMA: principio fundamental e indemostrable sobre el que se sostiene una teoría.

AZABACHE: símil. Variedad de carbón mineral duro y compacto, de color negro brillante, que se pule para hacer adornos.

AZORADO: sobresaltado y sumamente inquieto.

BÁCULO: cayado, bastón grande en que apoyarse

BADILA o badil: paleta de metal para mover la lumbre en las chimeneas y braseros.

BALADRONADA: fanfarronada.

BALANDRÁN: Vestidura hasta los pies, ancha, que suelen usar los eclesiásticos. Se refiere aquí a la “túnica amarillenta” que se ha echado encima para dormir.

BANAL: superficial, simplón.

BARANDADO: baranda larga que rodea un espacio.

BARDAL o bardas: cubierta de ramaje en corrales y huertas.

BARÍTONO: Cantante que tiene la voz de registro intermedio entre la de tenor y la de bajo.

BARQUINAZO: tumbo o vaivén recio de un carruaje.

BARRACA: casa típica agrícola de Valencia: hechas de adobes y con tejado de cañas a dos vertientes muy inclinadas.

BARREÑO: recipiente más ancho por la boca que por la base, que se utiliza en tareas domésticas.

BARRICA: especie de tonel mediano.

BASTIDOR: armazón de de madera, redondo, en la cual se fija la tela para bordar.

...*bigote engomado*. Para dar forma ondulada y puntiaguda a los bigotes se impregnaban los pelos con una especie de gomina grasa (goma).

BLASFEMO: persona injuriosa (insultante e irrespetuosa) contra Dios, la Virgen o los santos.

BOCERAS: Bocaza, hablador, jactancioso, fanfarrón (Expresión coloquial).

BOCHORNOSO: que ofende o provoca vergüenza.

BOSCAJE: bosque pequeño con árboles y matas espesas.

BOTARATE: hombre poco equilibrado y de poco juicio. Coloquialismo.

BOTICA: farmacia.

BÓVEDA: cripta o lugar subterráneo con los techos arqueados.

BRAVATA: amenaza que se lanza con arrogancia, con fanfarronería.

BRAVÍO: indomable, un tanto bruto, asalvajado, sin demasiada educación y urbanidad. [Otros términos de la familia léxica en la novela: “bravucónada”, fanfarronada].

...*buena pasta*: ‘tener buena pasta o ser de buena pasta’ es ser bondadoso.

BUFO [“La escena bufa...”]: cómica, cercana a lo grotesco.

BUHARDILLA: ver “guardilla”.

BURDEL: casa de prostitución

BURRERO: hombre que tenía o conducía burras para vender la leche de ellas.

BUSCONA: prostituta.

CACHUPINADA: reunión de gente, en que se baila y se hacen juegos. (Expresión coloquial).

CALAVERA: hombre juerguista e irresponsable (coloquialismo) [Otros términos de la familia léxica en la novela: “calaverada”]

CALINA: o calima. Bruma, neblina por evaporación de agua que se produce en verano.

CAMARANCHÓN: expresión figurada para referirse al cuarto donde vive. Un camaranchón es un cuartucho donde se suelen guardar cosas inservibles o viejas.

CAMARILLA: grupo, pandilla.

CAMBRONERA: arbusto habitual en los vallados que separan propiedades rurales.

CAMPANUDO [“...añadió con voz campanuda”]: voz fuerte y afectada, que pretende transmitir seguridad y dominio sobre aquello que se cuenta.

CAMPOSANTO: cementerio.

CANALÓN: conducto abierto o cerrado que recibe y vierte el agua de los tejados.

CANALLERÍA: Comportamiento propio de personas que merecen desprecio, ruines y miserables.

CANCELA: en algunas casas andaluzas, verja de hierro forjado que sustituye a la del portal, impidiendo el paso al patio, pero permitiendo que se vea

CÁNDIDO: ingenuo, inocente.

CANTUESO: plantas silvestres pequeñas, olorosas y con florecillas de colores vivos, típicas de la meseta norte.

CAPELLÁN: sacerdote de una capilla (aquí se refiere a la del hospital).

CARACTERÍSTICA: actor o actriz que representa papeles de personas de edad.

primeras palabras que deben decir.

CARGADOR: hombre que tiene por oficio conducir cargas. Encargado de embarcar las mercancías para que sean transportadas. Es decir, un hombre cuyo oficio está basado en la fuerza física pura.

CARIACONTECIDO: que muestra en el rostro pena, confusión o sorpresa.

CARIZ: aspecto, apariencia.

CARNERO: macho de la oveja.

CARTERISTA: ladrón de carteras.

CASTA: parte de los habitantes de una sociedad que forma clase especial, que no se mezcla con los demás. Generalmente se usa para referirse a las clases altas, privilegiadas.

CATACUMBA: cripta subterránea, de techos bajos y muy estrecha, que los primeros cristianos, especialmente en Roma, utilizaban como lugar de culto y cementerio.

CAVERNOSO: se suele emplear referido a sonidos o a la voz humana sorda y bronca, grave y oscura.

CELESTINA: ama, alcahueta del negocio.

CENADOR: en los jardines, pabellón, generalmente redondo, cercado y cubierto de plantas trepadoras.

CEÑUDO: que tiene ceño o sobrecejo, y especialmente que lo arruga. Por extensión, persona con un mirar malhumorado, enfadado.

CERRILLO: cerro (diminutivo). Colina, elevación aislada del terreno.

CETRINA: de color amarillo verdoso

CHILLERÍA: una regañina llena de chillidos o voces alteradas.

CHINCHORRERÍA: que se comporta con insolencia y descaro, con aires de superioridad que caen en lo irrespetuoso (coloquialismo).

CHIRLATA: lugar donde se juega (ver “timba”), pero de ínfima especie, donde solo se juegan pequeñas cantidades de dinero.

CHULO: como sustantivo 1) tipo que trafica (comercia) con prostitutas y vive de ellas [“Para la gente baja, a quien se podía hablar de tú, chulos, mozas de partido, jugadores...”]; 2) tipo castizo (popular), madrileño. Vestían siempre igual: chaleco ceñido, camisa blanca, gorra, pañuelo al cuello, bigotito; y se distinguían también por una manera peculiar de hablar, andar y gesticular. [“Don Prudencio era un chulo grueso, de abdomen abultado. Gastaba levita negra, chaleco blanco, del que colgaba la cadena del reloj...”]. || como adjetivo: fanfarrones, creídos, engreídos, vanidosos [“Los médicos, entre los que había algunos muy chulos...”]. [Otros términos de la familia léxica en la novela: “chulapo” (idéntico significado de chulo) y “chulapa”. Chulapa: variante femenina del chulo: se identificaba por el vestido largo casi hasta los zapatos, con volantes al final, ajustado, con pañuelo blanco y flor roja en la cabeza].

CIMBORRIO: cuerpo cilíndrico construido como base de la cúpula de un edificio y que descansa inmediatamente sobre los arcos torales o de apoyo.

CÍNICO: desvergonzado o descarado. [otros términos de la familia léxica en la novela: “cínicamente”].

CLERICAL: muy religioso, muy amigo de la Iglesia.

CÓLICO: ataque de dolor, generalmente pasajero, localizado en los intestinos, provocado por alguna indigestión, y caracterizado por violentos retortijones, ansiedad, sudores y vómitos.

COMADRE: vecina con quien más trato se tiene. Aquí, con la acepción de cualquier mujer, por rústica que sea.

CÓMICO, como sustantivo [“...relacionado con periodistas y cómicos”]: actores y actrices en general.

COMPROMETER: poner en riesgo, amenazar.

CONCHABADO: puestos de acuerdo con los jugadores (y con el dueño). Quiere decir que se llevaban una parte de lo estafado o robado al resto de jugadores.

CONFORT: comodidad.

CONJURAR: Conspirar y unirse para hacer alguna maldad, especialmente en contra de alguien.

CONTRIBUCIÓN: impuesto.

CONVERGER: dirigirse todas juntas.

CORNUCOPIA: vaso o vasija decorativa con forma de cuerno lleno de frutas y flores que representaba la abundancia en la antigüedad clásica.

CLANDESTINAMENTE: Secretamente, con ocultación, por temor a la ley o para eludirla.

CLAUDICACIÓN: consentimiento para ser sobornado o comprado, es decir, la facilidad para ser corrompidos.

COCOTTE: galicismo coloquial para una prostituta sofisticada, para clientes de mucho dinero.

COMADRE. Expresión coloquial. Vecina y amiga con quien tiene otra mujer más trato y confianza que con las demás.

CONCIENZUDO: con mucha atención, cuidado y aplicación, meticulosamente.

CONO o cuba troncocónica, más ancha en la base que en la parte de arriba, generalmente usada para vino.

CONSTERNADO: profundamente abatido y apenado.

CONTINGENTE: lo material, su constitución material y tridimensional.

CONTRASTADO: comparado, puesto en relación.

CONVALECIENTE: enfermo encamado, que convalece de una enfermedad.

COROLARIO: deducción sencilla, conclusión lógica e inmediata de algo razonado antes.

CORRERÍA: aventura, travesura (se refiere a los diferentes ambientes que frecuentaba).

CORVO: ["la nariz corva"] curva, en forma de gancho.

CRÁPULA ["andar de crápula"]: ir de diversión licenciosa, inmoral. Se refiere específicamente a recurrir a la prostitución.

CREPÚSCULO: atardeceres, puestas de sol.

CRISÁLIDA: larva de la mariposa dentro del capullo, justo antes de su metamorfosis para hacerse adulta.

CUARTOS: como sustantivo, dinero (expresión coloquial).

CUBIL: sitio donde los animales se recogen para dormir. Por extensión, cuarto pequeño.

CUCHITRIL: habitación pequeña y sucia.

CURANDERO: persona que realiza curas y ofrece tratamientos sin título oficial de médico.

CURSILERÍA: condición de una persona cursi: que presume de fina y elegante sin serlo.

CURTIDO: endurecido, con aspecto de pellejo.  
*...darse tono*: darse importancia.  
*...de plano*: completamente, del todo, para siempre.  
*...de todo algo*: completamente.

DECORO: pureza, honradez, probidad.

DEGENERADO: persona con graves anomalías mentales y morales.

DEHESA: propiedades rurales muy grandes dedicadas a pastos (ganadería y caza).

DELICIA: agrado, gozo, placer.

DEMACRADO: escuálido, pálido, cadavérico

DEPRAVACIÓN: perversión de la conducta.

DEPRESIÓN: tristeza y desánimo profundos.

DESARRAPADO: andrajoso, harapiento.

DESCOCADA: que muestra demasiada libertad y desenvoltura, demasiado atrevimiento (en los modales, en el hablar, en el vestir, etc). Expresión coloquial.

DESCONCHADO ["... sus paredes se hallaban desconchadas"]: pared u otra superficie que ha perdido parte de su enlucido (pintura o enlucido exteriores) o revestimiento.

DESDÉN: menosprecio, desprecio, indiferencia hacia alguien o algo [otros términos de la familia léxica en la novela: "desdeñosamente"].

DESDICHADO: triste, desafortunado.

DESECHO ["Su biblioteca aumentaba con desechos"]: cosas (aquí se refiere a libros) que, por usadas o por cualquier otra razón, ya no sirven a la persona que las ha disfrutado.

DESENFRENO: falta de control o de moderación.

DESESPERACIÓN ["...las desesperaciones de Larra y de Espronceda"]: angustias íntimas, sufrimientos, desconciertos.

DESHEREDADO: pobre, que carece de medios de subsistencia.

DESLAVAZADO: sin fuerza, sin sustancia.

DESMANDAR: exaltarse hasta perder la compostura.

DESMEDRADO: que no alcanza su desarrollo normal (pequeñajo, flacucho para su edad).

DESPABILAR: despertar, madurar aprisa.

DESPÓTICAMENTE: que actúa o habla abusando de su poder o autoridad [otros términos de la familia léxica en la novela: "despotismo, despótica"].

DESVARIAR: deliraba, decía locuras o incoherencias.

DETESTABLE: pésimo, aborrecible, para detestarlo.

DEVANEO: distracciones o pasatiempos superficiales y censurables.

DICTAMEN: resultado, veredicto (opinión y juicio que se forma o emite sobre algo).

DIJE: joyita pequeña de adorno (bolitas, figuritas, etc.)

DIQUE: muro artificial hecho para contener la fuerza de las aguas o del oleaje.

DILETANTE: aquella persona que se dedica a algo como aficionado, no como profesional [otros términos de la familia léxica en la novela: "diletantismo"].

DÍSCOLO: poco obediente.

DISECCIÓN: división en partes del cuerpo humano sin vida para examinarlo y estudiar sus órganos.

DIVAGACIÓN: hablar o escribir sin propósito fijo y determinado.

DIVÁN: asiento alargado y tapizado propio de cafés o, como aquí, de un vagón de tren.

DIVERGIR, "divergía": se separaba, se alejaba.

DOBLEZ: simulación, actuar o hablar con mentira.

DOCTRINA: teoría, idea.

DOMPEDRO: o dondiego. Planta de jardín, con flores blancas, encarnadas, amarillas o jaspeadas de estos colores. Es originaria del Perú y sus flores se abren al anochecer y se cierran al salir el Sol.

DROGUERO: que tenía una droguería.

DURO, como sustantivo: moneda antigua de 5 pesetas.

EBANISTA: carpintero especializado en trabajos finos (muebles, objetos decorativos, etc).

EFUSIVAMENTE: con efusión, demostrando la alegría con viveza e intensidad.

ELEMENTO ["...los elementos todos..."]: las circunstancias de la vida.

ELOCUENTE: muy expresiva, que habla de forma amena, que conmueve a quien escucha y logra convencerlo.

EMBOCAR: entrar a una calle por su comienzo (por su boca. Palabra parasintética).

EMBOZAR ["...se embozó en la capa..."]: escondió, tapó el rostro o parte de él con la capa.

EMBROMAR ["...había embromado a un amigo..."]: le había hecho una broma.

EMPAQUE: seriedad, solemnidad, con algo de afectación o de tiesura.

EMPAQUETADO: muy arreglado. Perfectamente trajeado (coloquialismo).

EMPARRADO: parra trepadora que cubre algún espacio.

EMPÍRICO: experimental, demostrable.  
*...en el fondo marcha* (coloquialismo): a pesar de todo, al final, le va bien.

ENCEFÁLICO: que está contenido en la cavidad interna del cráneo.

ENFÁTICO: ver *...enfático y altisonante*.  
*...enfático y altisonante*: El profesor hablaba con volumen fuerte, remarcando mucho las palabras y la entonación, para subrayar las ideas que decía (enfático, adjetivo derivado del sust. énfasis). Además abusaba de términos y expresiones muy cultos y formales, lejos de la sencillez y la naturalidad (altisonante, adjetivo compuesto de alto y sonante).

*...enfermedades venéreas*: se dice de la enfermedad contagiosa que generalmente se contrae a través de relaciones sexuales (la palabra 'venéreo/a deriva de Venus, la diosa del amor). Obviamente, se refiere a enfermedades muy extendidas en el mundo de la prostitución.

ENFRENAR: frenar, sujetar.

ENLOSADO ["un patio enlosado"]: suelo formado por losetas de barro.

ENORMIDAD [“...legitimar las mayores enormidades”]: disparates, aberraciones, exageraciones, crueldades o falsedades.

ENSIMISMADA: que se mete, se introduce o recoge en su propia intimidad.

ENTALLADO: ceñido al cuerpo [“levita entallada”].

ENTERITIS: inflamación intestinal. Cultismo médico, palabra derivada, formada de una raíz griega entero- (intestino) y el sufijo griego -itis (inflamación).

ENTIBIAR: poner tibio algo, calentarlo ligeramente.

...entre burlas y veras: medio en serio y en broma

ENTRONIZAR: ensalzar, elevar a alguien o algo dándole más dignidad y trascendencia de la que tiene.

ESCABROSO: que se acerca a lo inconveniente o inmoral (asuntos matrimoniales, sexuales...) y que resulta por lo mismo muy embarazoso de ser comentado en público.

ESCALA: nivel, categoría, clase.

ESCALPELO: instrumento en forma de cuchillo, de hoja fina y puntiaguda de uno o dos filos que se usa en las intervenciones quirúrgicas.

ESCAMADO: con desconfianza y recelo.

ESCARNECER: humillar, refirse, vejar a alguien.

ESCEPTICISMO: desconfianza o duda de la verdad o eficacia de algo.

ESCOCIA: curvatura que rellena la arista de unión entre una pared y el techo.

ESCUÁLIDO: muy delgado, seco.

ESPARTO: hojas de la planta del esparto, que se emplean para hacer sogas, zapatillas, esteras, pasta para fabricar papel, etc.

...espíritu de clase: una actitud común de todos los alumnos de la clase.

ESTAMEÑA: tejido de lana muy sencillo que se utiliza para confeccionar sobre todo hábitos eclesiásticos.

ESTERA: tejido grueso y basto (de esparto por ejemplo) que sirve para cubrir el suelo de las habitaciones y para otros usos.

ESTETOSCOPIO: aparato destinado a auscultar los sonidos del pecho y otras partes del cuerpo, ampliándolos con la menor deformación posible.

ESTIGMA: señal, síntoma.

ESTOICO: 1. Que sigue la filosofía estoica o estoicismo. 2. que soporta las desgracias con serenidad y resignación [Otros términos de la familia léxica en la novela: “estoicismo”]

ESTOLA: banda de tela que forma parte de la vestimenta de sacerdotes que llevan colgada del cuello cuando hacen misa.

ESTÓLIDO: estúpido.

ESTRAGAR: destrozar, destruir.

ESTUPEFACTO: pasmado, boquiabierto, muy sorprendido.

ESTUPOR: mezcla de sorpresa y e incapacidad de reaccionar.

EXACERBAR: agravar, avivar.

EXCITADO: por la busca constante de ‘algo’ que lo distrajera, que le sacara del aislamiento y la inactividad, y *aplanado*, o sea, decaído, deprimido por el aislamiento en que vivía, por el cansancio de no encontrar ninguna satisfacción en su vida corriente.

EXALTADO: lo que excita o aviva los sentimientos.

EXASPERANTE: irritante, desesperante.

EXCITADO [“...un hombre excitado e inquieto...”]: animado, con ganas y entusiasmo por aprender

EXORBITANTE: descomunal, exagerado

EXPANSIÓN: manifestación

ÉXTASIS: estado emocional o espiritual de intenso sentimiento de admiración y alegría hacia alguien o algo

EXTRAVAGANCIA: rarezas, ideas o comportamientos muy fuera de lo normal o natural

FACCIÓN [“facciones enérgicas”]: rasgos del rostro, en este caso, rasgos faciales muy marcados.

FAMÉLICO: desnutrido

FARMACOPEA: libro que recoge las medicinas más frecuentes y el modo de prepararlas y administrarlas. Antiguamente muchos de los remedios que mandaban los médicos (jarabes, sustancias químicas, pomadas, etc) los preparaban directamente los farmacéuticos.

FAUSTO: lujo.

FATUO: engreído, petulante, vanidoso.

FECHORÍA: mala acción, con mala intención.

FETICHE: ídolo, cualquier objeto por el que se siente respeto o veneración de forma supersticiosa.

FILARMÓNICO: amante (filo) de la música (armonía).

FILFA: engaño, falsedad, mentira (coloquialismo)

FILTRAR [“averiguar por dónde se filtraba el dinero”]: marcharse, perderse, irse.

FISIOLOGÍA: disciplina que estudia, dentro de la medicina, las funciones naturales del ser humano (o sea, el funcionamiento de células, tejidos, órganos, etc).

FLECO: borde deshilachado por el uso en una tela vieja.

FOGÓN: antiguamente, sitio en las cocinas donde se hacía el fuego para guisar.

FOLLAJE: conjunto de hojas de los árboles y otras plantas.

FONDA: hostel pequeño, habitual en los pueblos.

FÓRCEPS: instrumento médico que se usa para la extracción del niño en los partos difíciles.

FOSFORESCENCIA: luminosidad, brillo, fulgor.

FRANCO: sincero, abierto y comunicativo

FRENÉTICO: completamente exagerado, furioso, rabioso.

FRENO [“Estos vaivenes en las ideas, esta falta de plan y de freno”]: control, dominio sobre sí mismo.

FRONTÓN: remate triangular de una fachada o de un pórtico. Se coloca también encima de puertas y ventanas.

FRUICIÓN: gozo, placer.

FUROR: vehemencia, fuerza sin control.

FUSTA: vara delgada y flexible con que se castiga al caballo para estimularlo o darle órdenes.

GABÁN: especie de abrigo muy amplio.

GABELA: impuesto, tributo.

GABINETE: habitación más reducida que la sala, donde se recibe a las personas de confianza.

GALERA: carro para transportar personas, grande, de cuatro ruedas, ordinariamente con cubierta o toldo de lienzo fuerte. Es lo equivalente a la tartana valenciana.

GALERÍA: una galería es un pasillo descubierto o con vidrieras destinado a iluminar los espacios interiores de una casa u otro edificio.

GALLINERO: parte más alta y barata de un cine o un teatro.

GARDUÑA: pequeño animal del bosque (mamífero, carnívoro, nocturno). Esto es, un depredador, pero menos fiero que los grandes animales salvajes (lobo, águila).

GARROTA: palo grueso y fuerte que puede manejarse a modo de bastón.

GAVILÁN: pequeña ave rapaz.

GAVILLA: Haz (montón) de sarmientos o mieses. Sarmientos: ramas tiernas de la vid, largos, flexibles, de donde brotan hojas y racimos de uva. Mieses: cereales maduros. Son indicios de la economía campesina del pueblo, las tareas relacionadas con el vino y las cosechas de secano.

GENDARME: policía, encargado de guardar el orden público. Expresión figurada para mecanismo de control y represión.

GENERALATO: al grado de general en el ejército

GERIFALTE: expresión coloquial. Tipo que manda mucho.

GERMEN [“hay unos gérmenes (...) que producen las enfermedades”]: microorganismos que puede causar o propagar enfermedades.

GIBOSO: con giba o joroba.

GOMOSO: hombre que cuida excesivamente su aspecto, por lo que resulta ridículo.

GOZNE: hierro articulado sobre el que giran las hojas de las puertas y ventanas.

GLORIETA: ver ‘cenador’.

GOTA [“...estaba enfermo de gota”]: enfermedad muy dolorosa de las articulaciones producida por una gran concentración de ácido úrico (de la orina) en la sangre.

GRACEJO: gracia, humor, desenfadado.

GRATO: agradable.

GROTESCO: ridículo, extravagante o de mal gusto.

GUARDAPOLVO: prenda de vestir a modo de bata o blusón de tela ligera que se usa para preservar la ropa de polvo y manchas.

GUARDILLA (ver buhardilla): los cuartos más altos de un edificio con techos inclinados que aprovechan el hueco del tejado.

GUÍA [“...guías de los bigotes”]: cada uno de los extremos del bigote cuando están retorcido. Era moda masculina de la época.

GUIRNALDA corona o tira de flores, hierbas, ramos y otros materiales entretejidos.

**HÁBITOS:** los hábitos son las ropas por las que se distingue el clero. Aquí, dejar los hábitos es una metonimia para referirse a abandonar el sacerdocio, el oficio de cura.

*...hacia mil cábalas:* le daba mil vueltas, se imaginaba mil cosas diferentes.

**HAMPA** conjunto de delincuentes, pícaros y maleantes que viven al margen de la ley.

**HENDIDURA:** grieta más o menos profunda en una superficie.

**HETEROGÉNEO:** compuesto de partes de diversa naturaleza o procedencia.

**HIPNÓTICO:** medicamento que se da para producir el sueño.

**HIPOCONDRIACO:** aquel que tiende a preocuparse exageradamente por el estado de salud en la creencia de que padece una enfermedad.

**HIPOCRESÍA:** fingimiento de sentimientos, ideas y cualidades, generalmente positivos, contrarios a los que se experimentan.

**HIPÓTESIS:** 1. idea que sirve para explicar algo. 2. Explicación científica. Toda explicación científica de un fenómeno es siempre una hipótesis, y toda hipótesis es necesariamente provisional, o sea, puede ser superada (descartada) por otra explicación mejor (que tiene en cuenta más y mejores observaciones o datos de la realidad y/o que describe con más exactitud racional tal fenómeno).

**HISTÉRICO:** persona que padece de excitación nerviosa, llegando a estados agudos de ansiedad.

**HISTRIÓN:** actor cómico. Por extensión: persona que da risa, personaje exageradamente cómico, payaso, fanteche.

**HOLOCAUSTO:** sacrificio.

*...hombre de gran partido entre las mujeres:* hombre de mucho éxito entre las mujeres.

*...hombre de mundo:* el que trata con todo tipo de gentes y tiene gran experiencia y práctica de negocios, relaciones humanas, etc.

**HONDONADA:** espacio de terreno hondo en medio del paisaje.

**HOSCO:** seco, huraño, arisco, con cara de pocos amigos.

**HOSTERÍA:** casa donde se ofrece alojamiento y comida mediante pago.

**HOSTILIDAD:** enfrentamiento, enemistad.

**HULE:** Tela resistente y flexible, barnizada por uno de sus lados o plastificada para impermeabilizarla.

**HURAÑO** ["Andrés sentía por Luisito un cariño exclusivo y huraño"]: que rehúye el trato y la conversación con la gente, poco sociable (o sea, un cariño que no compartía con nadie de la familia).

**ÍDOLO:** figura de un dios al que se adora. Ser o cosa excesivamente amada o admirada.

**IMPOSTURA:** falsedad, mentira, patraña.

**IMPUNEMENTE:** con impunidad. Cuando alguien actúa sin que nadie lo vigile y castigue.

**INANIDAD:** falta de sentido (vacuidad) e intrascendencia (futilidad).

**INCANDESCENCIA:** combustión; efecto sobre un cuerpo que ejerce un calor muy intenso.

**INCITAR:** estimular, animar a uno para que haga algo.

**INCLEMENCIA:** dureza, aspereza, circunstancias adversas.

**INCURIA:** dejadez, desidia, pereza, desgana.

**ÍNDOLE:** tipo, carácter.

**INDUCIR** ["...le inducían a aceptar las ideas..."]: incitaban, animaban.

**INEPTO:** que carece de aptitud e inteligencia para hacer las cosas.

**INERCI**A: falta de energía física o moral. Incapacidad de una cosa de alterar su estado (de quietud o movimiento).

**ÍNFULA** ["manifestaba unas ínfulas aristocráticas grotescas"]: actitudes de superioridad, de aparentar más de lo que uno es.

**INGENIO:** 1. capacidad de pensar o inventar con prontitud y facilidad. 2. máquina y aparatos para moler la caña y obtener el azúcar. Por extensión, finca donde se encuentra la plantación de cañas de azúcar. Cuba era y es un país que produce mucho azúcar.

**INHIBICIÓN:** acción de retirarse de algo o alguien, de evitarlo, abstenerse de tratar algo o a alguien.

**INICUO:** injusto, cruel, malvado.

**INIQUIDAD:** perversidad, maldad, degeneración, corrupción.

**INJURIA:** ofensa, insulto, agravio, ultraje.

**INQUILINO:** persona que vive de alquiler.

**INQUISICIÓN** ["...instinto de inquisición..."]: impulso espontáneo de averiguación.

**INMUNDO:** sucio, asqueroso.

**INSÓLITO:** desacostumbrado, extraño, sin venir a cuento.

**INSTINTO:** impulso espontáneo, fuerza vital inherente a la naturaleza de animales y seres humanos. Fuerza que impulsa a la perpetuación de la especie (alimentación y reproducción).

**INSTITUCIÓN** ["...la ciencia (...) no es una institución con un fin humano"]: , una forma de saber tradicional y con prestigio.

**INSULSO:** falta de sabor, de gracia y de expresividad.

**INTELECTUALIDAD** ["llegados a un estado de intelectualidad"]: conseguido un alto nivel intelectual, de conocimientos y sensibilidad.

**INTERFECTO:** persona muerta violentamente.

**INTRIGA:** actuación realizada con astucia y ocultamiento para lograr algún objetivo

**INVECTIVA** ataque, agresión verbal o por escrito contra personas o cosas

**INVERTIDO** ["invertido sexual"]: homosexual. La expresión tiene fuerte sentido despectivo.

**INVETERADO:** arraigado, que venía de antiguo, de mucho antes.

**IRACUNDO:** que manifiesta ira y enfado extremo.

**IRISACIÓN:** reflejo de luz, con colores semejantes a los del arco iris.

**IRRESOLUCIÓN:** incapacidad de decidir.

**JAQUECA:** intenso dolor de cabeza que ataca solamente en una parte de ella o en uno de sus lados.

**JAMONA:** se dice de la mujer que ha pasado de la juventud, especialmente cuando es gruesa (expresión coloquial).

**JICARAZO:** golpe dado con una jícara (se supone que en la cabeza).

**Jícara:** vasija pequeña, generalmente de loza, que suele emplearse para tomar chocolate.

**JARAMAGO:** hierbecillas salvajes con flores amarillas que salen entre los escombros.

**JIPÍO:** grito, quejido, lamento, etc., que se introduce en el cante flamenco (expresión coloquial).

**JOVIALIDAD:** alegría y desenfado.

**librerías de lance:** de libros de segunda mano, viejos o descatalogados, o sea, más baratos que los de las librerías habituales.

**JUANETUDO** ["cara juanetuda"]: con los pómulos muy abultados o que sobresalen mucho.

**LACÓNICO:** de muy pocas palabras

**LACRA:** mal, vicio, imperfección.

**LACRIMOSA:** llorona

**LAGAR** lugar donde se pisa la uva, se prensa la aceituna o se machaca la manzana para obtener el mosto, el aceite o la sidra.

**LÁNGUIDO:** mortecino, débil, triston [Otros términos de la familia léxica en la novela: "languidecer", que se marchita, se hace débil, muere].

**LARVA:** animal en estado de desarrollo, cuando ha abandonado las cubiertas del huevo y es capaz de nutrirse por sí mismo, pero aún no ha adquirido la forma y la organización propia de los adultos de su especie.

**LENOCINIO:** alcahuetería y prostitución. Casad de lenocinio: prostíbulo, burdel.

**LEVITA:** chaqueta generalmente oscura, pero larga hasta las rodillas.

*...librería de lance:* librería de libros viejos y de segunda mano

**LIBERTINAJE:** desenfreno, descontrol en el modo de obrar o de hablar. Actitud irrespetuosa ante la ley, la ética o la moral de quien abusa de su propia libertad.

**LICENCIOSO:** atrevido, inmoral.

**LÍCITO:** permitido, legal, justo, admitido.

**LINAJE:** origen, nacimiento aristocrático

**LINTERNA:** construcción, con ventanas laterales, con que se remata la cúpula o parte alta de algunos edificios para iluminar el interior mediante la luz solar.

**LITERATO:** escritor

*...lógica un poco rectilínea:* expresión figurada. Lógica un poco sectaria: las cosas o son blancas o son negras, no hay matices en ellas, no hay grises.

**LOMA:** colina.

**LUBRICIDAD:** obscenidad, lujuria, vicio.

**LUCERO:** abertura (postigo o cuarterón) de las ventanas por donde entra la luz.

**LUGARÓN:** pueblo o ciudad pequeña (especialmente referido a la España rural).

**MACACO:** mono.

**MAGNIFICENCIA:** grandeza, lujo, suntuosidad.

**MAJADERO:** torpe, grosero, estúpido.

**MALEANTE:** persona que vive al margen de la ley, y que se dedica al robo, contrabando, etc.

**MAMARRACHADA:** acción ridícula y muy desacertada (expresión coloquial).

**MANIDO** ["chistes viejos y manidos "]: gastados, con el sentido de

**NIGROMÁNTICO** o nigromante. Persona que se dedica a la nigromancia

contados mil veces.

**MANTILLITA:** prenda de seda, blonda, lana u otro tejido, a veces con adornos, que usan las mujeres para cubrirse la cabeza y los hombros en fiestas o actos solemnes. A finales del XIX era prenda común de la mujer para salir de casa.

**MANZANILLO:** árbol suramericano cuyos frutos así como una sustancia que desprende la corteza son venenosos.

**MACIZO:** agrupación de plantas de adorno con que se decoran los cuadros de los jardines.

**MARCIAL (adjetivo):** militar.

**MAUSOLEO:** sepulcro magnífico y suntuoso.

**MECÁNICA** ["...conocer la mecánica del universo"]: Leyes que rigen el funcionamiento del universo.

**MELANCOLÍA:** tristeza indeterminada, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que no encuentre quien la padece gusto ni diversión en nada.

**MELIFLUA:** excesivamente dulce, suave o delicada.

**MELINDROSO:** caprichoso.

**MELLA:** impresión, daño, efecto en la sensibilidad.

**MELOSO:** excesivamente suave o delicada

**MEMBRUDO:** fornido y robusto.

**MENESTER:** tarea, oficio, actividad.

**MERODEADOR:** que vagan por el campo viviendo de lo que cogen o roban.

**METAFÍSICA:** filosófica, racional, intelectual.

**MEZQUINO:** miserable, moralmente despreciable.

**MILICIA:** ejército.

**MINISTRANTE:** ver "practicante".

**MINUÉ:** composición musical clásica.

**MIRTO:** o arrayán. Arbusto de ramas flexibles, hojas de color verde vivo, duras y persistentes, flores olorosas pequeñas y blancas y fruto en bayas de color negro. Es muy característica de los setos de jardinería.

**MÍSTICO** ["no eran criaturas idealistas, místicas"]: entregadas por completo al amor de Dios y a la fe religiosa.

**MITIGAR:** moderar, aplacar, suavizar.

**MIXTIFICADO:** lo falseado o falsificado... La bisutería, por ejemplo, dentro de la joyería. [otros términos de la familia léxica en la novela: "mixtificador"].

**MNEMOTÉCNICA:** de memorización o técnica memorística.

**MOCHUELO:** Ave nocturna, carnívora, se alimenta de ratoncillos, gusanos, etc

**MOHÍN:** mueca o gesto de disgusto.

**MOJICÓN:** golpe que se da en la cara con la mano.

**MOJIGATA:** que finge timidez y humildad, que se escandaliza con facilidad.

**MONTARAZ:** que anda o se ha criado en los montes.

**MONTE:** popular juego de cartas en que se apostaba.

**MORBOSO:** que provoca reacciones mentales moralmente insanas o enfermizas.

**MORDACIDAD:** ironía y crueldad en las palabras o ideas.

**MORFINA:** potente droga derivada del opio que se suele emplear en medicina como analgésico, para combatir dolores extremos.

**MORRALLA:** gente despreciable y de muy poco valor.

*...mozas de partido:* prostitutas.

**MOZO:** camarero.

*...muchachas de aire equívoco:* eufemismo para referirse a muchachas que podrían ser tenidas por "busconas", por prostitutas.

*...mujeres caídas:* prostitutas.

*... mujeres de vida airada:* mujeres públicas, prostitutas

**MULATO:** hijo de negra y blanco, o viceversa. De piel morena. Por extensión: los naturales de Cuba.

**MUSGOSO:** con capa de musgo (planta con aspecto de pelito verde que crece abundantemente sobre las piedras, cortezas de árboles, el suelo y otras superficies sombrías)

**NEFANDO:** indigno, repugnante.

**NEGOCIADO,** como sustantivo: cada uno de los despachos que se ocupan de aspectos concretos y diferentes de los de los demás.

**NEURASTÉNICO:** persona que sufre graves trastornos nerviosos.

**NEURÓTICO,** como sustantivo o adjetivo: de nervios desequilibrados, sin orden.

(conjunto de ritos y conjuros con los que se pretende desvelar el futuro invocando a los muertos, o con los que se pretende hacer magia negra o diabólica).

**NUMISMÁTICA:** coleccionismo de monedas y medallas antiguas.

**OBRADOR:** taller artesanal, se refiere al taller de costura donde realizaba o encargaba los arreglos de la ropa de niño que luego vendía en la tienda.

**OPACIDAD:** sonoridad oscura, extraña.

**ORILLO:** tejido formado con recortes de orillos (bordes de tela, esto es, las partes de peor calidad) o con otros tejidos análogos.

**ORUJO:** aguardiente de alta graduación que se obtiene del residuo de la uva por destilación.

*...padre severo de drama:* sería un personaje de obra teatral que hace el papel de un padre severo, o sea, duro, inclemente, seco de trato.

*...pagado de sí mismo:* vanidoso, creído de que era un tipo especial o superior a los demás.

**PALPITANTE:** que palpitan, que parecen vivir, o sea, todavía frescas, crudas (como las que comen los animales salvajes)

**PALURDO:** dicho por lo común de la gente del campo y de las aldeas: tosca, grosera.

**PAMPLINA:** tontería, 'pego'. Dicho o cosa de poco fundamento o utilidad. Coloquialismo.

**PANOLIS:** expresión vulgar: persona simplona y sin voluntad.

**PAPANATERÍA:** ingenuidad y simpleza que hacen fácil el engaño (Coloquialismo).

**PARADOJA:** dicho o hecho que parece contrario a la lógica.

**PARAPETO:** barrera hecha con piedras, sacos de arena, etc. para protegerse detrás de ella en un combate.

**PARDO:** gris, entre gris y marrón.

**PARTIQUINO:** cantante que ejecuta en las óperas o zarzuelas partes muy breves o de muy escasa importancia.

**PASIONARIA:** o flor de la pasión. Flor exótica (de diversos colores) también habitual en jardines.

**PATENTE:** documento que recoge la propiedad (técnica o intelectual) de un invento por el que lo inventado queda protegido legalmente ante cualquier copia y por el que se obliga a que se pague un porcentaje al inventor para reproducirlo industrial o comercialmente.

**PATOLÓGICO** ["El chico le preocupaba de una manera patológica"]: enfermedad. *Patológica* es una palabra derivada a partir del compuesto culto griego 'patología'. Etimología: pathos (enfermedad) + logos (ciencia, estudio) + sufijo culto griego -ico (con el significado de 'referente a')

**PEDANTE:** Presumido, que hace alarde de sus conocimientos sin venir a cuento.

**PEDESTAL:** piedra u obra que sirve de base a esculturas o estatuas.

**PEDRIZA:** o pedregal ["...había cerca del pueblo un monte (...) formado por pedrizas"]: Sitio o terreno cubierto casi todo él de piedras sueltas.

**PELLEJO:** odre, recipiente hecho de piel de cabra que se usaba para contener líquidos.

**PERCUTIR:** dar golpes repetidos, golpear. En medicina, técnica de exploración física que, mediante pequeños golpes con los dedos de las manos sobre la superficie corporal del paciente, sirve para delimitar zonas de distinta sonoridad.

**PERDIDO** ["...ir con los perdidos del pueblo a casa de la Fulana..."]: hombres sin moral.

**PERFILADO:** delgada y larga.

*...perra gorda:* moneda antigua de 10 céntimos.

**PETULANTE:** arrogante, que se cree superior a los demás.

**PILTRAFRA:** parte de carne flaca, que casi no tiene más que el pellejo (se refiere a carne de los cadáveres de disección).

**PIRANTÓN** o pira: coloquialismo. "Ir de pira" es ir de parranda, juerga o jarana. Y un pirante o pirantón (con sufijo -ón, apreciativo aumentativo peyorativo) es el que va mucho de parranda o juerga.

**PISCOLABIS:** tentempié (un poco de alimento y bebida) que se toma para pasar el rato o por invitación.

**PITERA:** maceteros o tiestos donde se cultivan pitas.

**PLATA:** dinero. Es un término usual en el español de América.

**PLEBEYO:** grosero e innoble, vulgar, propio de personas sin distinción.

**POBRETERÍA:** conjunto de personas muy pobres.

**PODREDUMBRE:** descomposición, putrefacción.  
*...polvos de arroz:* obtenidos de la semilla del arroz, y se usaban mucho en el tocador femenino.  
**POMPOSO:** ostentoso, presuntuoso, que pretende aparentar que es muy importante.  
**PORTENTO** [Lulú a Andrés "lo consideraba como un portento"]: una persona admirable, un ser superior.  
**POSTIGO:** puerta chica abierta en otra mayor.  
**POSTRACIÓN:** estado de humillación, abatimiento, desesperanza, de miseria, en definitiva.  
**POSTRIMERÍAS** ["las postrimerías del siglo XIX"]: los últimos momentos o instantes de un acontecimiento o periodo de tiempo. Aquí los últimos años del s. XIX.  
**POSTULADO:** principio, base, fundamento.  
**POSTURA** ["...funcionaba casi constantemente una timba en la que la postura menor era..."]: cantidad que apuesta cada jugador.  
**PRACTICANTE:** hoy sería el enfermero o enfermera que ayuda en la cirugía al médico; o que hace las curas o administra a los enfermos las medicinas ordenadas por el médico; o el que en la farmacia está encargado de preparar y despachar los medicamentos.  
**PRENDER:** acción de detener a alguien realizada por la autoridad competente.  
**PRENDERO:** persona que tiene una prendería, tienda o negocio donde comercia con muebles, alhajas o prendas.  
**PRESTAMISTA:** o usurero, que presta dinero a un interés altísimo a personas en dificultades.  
**PRESTIDIGITADOR:** el que se dedica al ilusionismo, los juegos de manos y los trucos de magia [otros términos de la familia léxica en la novela: "prestidigitación"].  
**PREUNTUOSO:** orgulloso, vanidoso, lleno de presunción. Que finge una elegancia o lujo que no tiene.  
**PRIMO:** Coloquialismo. Persona ingenua o sin experiencia que se deja engañar o explotar fácilmente.  
**PROBO:** honrado, íntegro, recto [Otros términos de la familia léxica en la novela: "probidad", "rectitud, honradez"].  
**PROCAZ:** desvergonzada, atrevida o insolente.  
**PROGNATO** ["la mandíbula prognata"]: dicho de la persona que tiene salientes las mandíbulas, o dicho de las propias mandíbulas.  
**PROLETARIO:** trabajador, obrero. Persona que debe vender a otro su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Individuo perteneciente a la clase social del proletariado. [otros términos de la familia léxica en la novela: "prole" (hijos, descendencia, sobre todo, cuando esta es numerosa)].  
**PROMISCUIDAD:** convivencia y relaciones sexuales desordenadas de una persona con muchas otras.  
**PROPOSICIÓN:** presentación de una verdad demostrada o que se trata de demostrar.  
**PROSELITISMO:** convencer a los demás de aquello de lo que uno ya está convencido.  
*...psicopatías sexuales:* enfermedades o trastornos de la conducta sexual.  
**PUDRIDERO:** depósito de cadáveres.  
**PUERIL:** infantil, propio de niños (en latín 'niño' se dice 'puer').  
**PULCRO:** limpio.  
**PUNTAL:** fundamento, apoyo.  
**PURITANO:** persona que sigue con rigor ciertas normas virtuosas, sean públicas o privadas, y presume de ello. Julio se refiere a que Andrés es un individuo muy íntegro y honrado.  
**QUININA:** sustancia de color blanco y sabor muy amargo, obtenida de la corteza del quino (árbol tropical), que sirve para reducir la fiebre, para el tratamiento de procesos infecciosos y como tónico muscular.  
**QUINQUÉ:** lámpara alargada de petróleo, especialmente para mesa.  
**RAÍDO:** muy gastado por el uso.  
**RAPAZ:** ["tendencias rapaces"]: con inclinación al robo y al hurto.  
**RAPÉ** o "tabaco rapé" es el tabaco de polvo, más grueso y más oscuro que el ordinario y elaborado con hoja cortada algún tiempo después de madurar. El rapé, que se inhalaba, se convirtió en moda en el s. XVIII.  
**RAQUÍTICO:** muy delgado y endeble, debilucho.  
**RASO** ["Andrés apareció en el raso de la plaza..."]: se refiere a 'campo raso', o sea, delante de la estación a la que ha llegado hay una plaza llana, sin árboles ni casas.  
**REACCIONARIO:** idea o persona conservadora, que es contraria a las innovaciones, especialmente en política.  
**RECHIFLA:** burla, pitorreo (coloquialismo).  
**RECABAR:** conseguir algo con ruegos y súplicas.  
**RECAPITULACIÓN:** resumen, síntesis.  
**RECONCENTRADO:** ["...aspecto reconcentrado de Andrés..."]: ensimismado, abstraído, como metido en sí mismo.  
**RECLUTA:** un soldado inexperto, recién llegado al cuartel.  
**RECOVECO:** Vuelta, entrante, rincón.  
**RECRIMINAR:** reprochar, censurar.  
**REDICHO:** que habla pronunciando las palabras con una perfección afectada, empleando términos muy cultos o impropios de la situación o contexto, y mostrando superioridad hacia los demás.  
**RÉDITO:** rentas o beneficios.  
**RELIQUIA:** Objeto o prenda con valor sentimental o religioso, generalmente por haber pertenecido a una persona querida o a un santo o santa.  
**REMEDAR:** imitar.  
**REMILGADO:** a quien ciertas cosas (alimentos, costumbres, etc) le producen muchos escrúpulos y repugnancia  
**RENCOROSO:** con un resentimiento profundo y duradero.  
**RENEGANAR** decir o proferir insultos, juramentos o maldiciones contra algo.  
**REPELENTE:** de repulsión o rechazo.  
**REPERTORIO** ["No tenía ese repertorio vulgar de chistes oídos en el teatro..."]: conjunto de obras (en este caso, chistes) preparadas para ser interpretadas por un artista o compañía.  
**RESARCIRSE:** reparar un daño o perjuicio ya sufrido.  
**RESIDUO:** resto, desecho.  
**RESTRINGIR:** reducir a menores límites.  
**RETAHÍLA:** serie de muchas cosas que se mencionan por su orden.  
**RETINTÍN:** Tonillo y modo de hablar irónico y malicioso con el que se pretende molestar a alguien.  
**RETÓRICO:** conseguido con un uso artificioso pero vacío del lenguaje.  
**REVERBERAR:** reflejaban la luz (en la superficie de las paredes)  
**REZONGAR** ["las abejas rezongaban..."]: emitían un sonido peculiar al volar  
**REZUMAR:** dejaba pasar gotitas de agua a través de sus poros  
**ROÑOSO:** agarrado, tacaño, mezquino, avaro. (Coloquialismo).  
**ROSARIO:** extenso rezo católico para conmemoran los 15 misterios de la naturaleza divina de Jesucristo y la Virgen. Después de recitar cada misterio hay que recitar tres tipos de oraciones más: un padrenuestro, diez avemarías y un gloria. En la España católica tradicional (como lo es Alcolea) era habitual reunirse para rezarlo para ayudar al alma de un fallecido.  
**RUIN:** bajo, despreciable, humillante.  
**SABIHONDO:** que presume de saber más de lo que sabe.  
**SALEDIZO:** parte que sobresale de la fachada de un edificio o de un muro.  
*...salir mal:* suspender (expresión coloquial).  
**SALUDADOR:** curandero que se dedica a sanar o proteger de la rabia u otros males, y que lo hace con el aliento, la saliva y ciertas frases y expresiones de ruego y súplica.  
**SALUTACIÓN:** saludo, bienvenida.  
**SANCIONAR:** ["ella no podía sancionar amistades de cierto género"]: consentir, dar por buenas.  
**SANGRÍA:** punción para la extracción de cierta cantidad de sangre.  
**SANGUIJUELERO:** que practica sangrías como parte de sus métodos curativos. Sangría: extracción de cierta cantidad de sangre (generalmente del brazo) como solución de algún síntoma o enfermedad. Para mantener abierta la herida y para anestesiarla se usaban las sanguijuelas, que chupaban una parte de la sangre que se extraía y con su saliva anestesiaban el dolor que producía esta técnica.  
*...se jugaban las pestañas:* expresión figurada. Apostaban todo lo que tenían.  
**SARMENTERA** lugar donde se guardan los sarmientos.  
**SÁTIRO:** hombre lascivo, incapaz de frenar su apetito sexual que suele perseguir y aprovecharse de mujeres muy jóvenes  
**SAZONAR:** salar o salpimentar una comida.  
**SENSIBLERÍA:** sentimentalismo exagerado, trivial o fingido.  
**SERENO:** guardia municipal nocturno de barrio. Rondaba de noche por las calles para velar por la seguridad del vecindario, de la propiedad, etc

SEVERO: ver *...padre severo de drama*.

SIFILÍTICO: persona que padece sífilis, enfermedad venérea.

SINIESTRO: malintencionado, tenebroso, que da miedo

SÍNTESES: resumen.

SISTEMA ["...las líneas generales de los sistemas que iba desentrañando..."]: aquí se refiere a sistema filosófico, es decir, al conjunto perfectamente organizado de conceptos e ideas que permite pasar de unos a otros mediante un razonamiento lógico siempre coherente y que sirve para formular (racional y/o experimentalmente) una serie de hipótesis o explicaciones sobre el mundo o realidad.

SOBRECOGIDO: que siente una mezcla de inquietud y temor, de estremecimiento y asombro.

SOFISMA: razonamiento o argumento aparente con que se quiere defender algo que en realidad es falso.

SOLEMNIDAD: hablar o comportarse dando mucha seriedad e importancia a los que se dice o hace.

*...sombbrero de copa*: Chistera. Sombrero alto, de forma cilíndrica, negro, de cima plana y alas anchas, más o menos onduladas.

SOLÍCITO: servicial y que hace en trabajo sin tardarse, diligentemente.

SOLILOQUIO: discurso o reflexión en voz alta y sin interlocutor. En este caso, el soliloquio es una conversación silenciosa de Andrés consigo mismo

SOLUCIÓN: ["Se iba inclinando a un anarquismo espiritual, basado en la simpatía y en la piedad, sin solución práctica ninguna"]: aplicación, consecuencia.

SOPONCIO: desmayo, pena violenta y por sorpresa. (Expresión coloquial)

SÓRDIDO: inmoral, miserable, indecente.

*SPOLIARIUM*: Latinismo (palabra latina original). Lugar del circo romano donde se desnudaba a los gladiadores muertos, o en su defecto, donde se desnudaba y remataba a los heridos, para su posterior incineración.

SUAVE ["cacique de formas suaves"]: de trato afable, amistoso.

SUBREPTICIAMENTE: en secreto, ocultamente.

SUBTERFUGIO: escapatoria, excusa artificiosa.

SUBVENIR: cubrir, satisfacer.

SUBVERSIVO: de rebeldía, de insurrección.

SUPERCHERÍA: Término despectivo. Creencia falsa, superstición, engaño.

SURCADO ["...calabazas surcadas y ventrudas"]: con surcos pronunciados

TABÚ: condición de las personas, instituciones y cosas a las que no es lícito censurar o mencionar.

TABUCO: cuarto pequeño, estrecho y oscuro.

TAHONA molino de harina movido mediante animales de tiro.

TANGO: tonadilla o canción popular flamenca (o aflamencada). Los tangos sonaban a comparsa de carnaval.

TARTANERO: conductor de una tartana. Tartana: carruaje tirado por caballos o mulos con cubierta abovedada y asientos laterales, por lo común de dos ruedas; era transporte habitual de viajeros (cabían hasta 10 o 15) dentro de una ciudad o a cercanías. Era medio de transporte típico de Valencia.

TARTRATO: sal del ácido tartárico; producto químico para tratamiento y conservación del vino.

TEJAVANA: Tejado que cae directamente sobre la casa, sin que esta tenga techos. Palabra compuesta.

*Tener mala sangre*: mala intención, carácter vengativo.

TEOREMA: proposición demostrable lógicamente partiendo de axiomas o de otros teoremas ya demostrados, mediante reglas de inferencia aceptadas.

TEARAPÉUTICA: Disciplina médica que estudia los tratamientos adecuados a las diversas enfermedades: *terapeia* es una raíz griega que significa 'tratamiento'

TELEGRAMA: Papel oficial expedido por el servicio de correos en que se escribe un mensaje telegráfico (mandado al destinatario mediante el telégrafo).

TENDUCHO: tienda pequeña y, acaso, de mal aspecto (tenducho lleva sufijo -ucho, apreciativo diminutivo peyorativo).

TERCERÍA: oficio de celestino o alcahueta.

TERQUEDAD: obstinación.

TERMINANTE: forma de hablar o actuar que no admite discusión ninguna.

TERRADO: tejado o techo plano de una casa que se usa como azotea.

TEZ: cutis, piel de la cara.

TIMBA: mesa o lugar donde se juega y apuesta.

TIMBRE: sello, marca.

TONICIDAD: grado de tensión de un tejido orgánico.

TORMENTO: tortura.

TORVA ["de cara torva"]: con una mirada fiera, espantosa, terrible.

TRASBORDAR: hacer trasbordo, cambio de tren hacia un destino.

TRASLUCIR ["En la carta (...) se traslucía"]: se leía entre líneas, se dejaba ver [otros términos de la familia léxica en la novela: "translúcido", cuerpo a través del cual pasa la luz, pero que no deja ver sino confusamente lo que hay detrás de él].

TRASPUNTE: persona encargada en el teatro de avisar a los actores de cuándo han de salir a escena, apuntándoles además las primeras palabras que deben decir.

TRIFULCA: riña, alboroto.

TROCAR, como verbo: cambiar

TROGLODITA: habitante de las cuevas, quizá en sentido literal (viviera en una cueva) y, por supuesto, en sentido figurado: actuaba como un primitivo.

TUGURIO: habitación, establecimiento o vivienda pequeños y miserables.

TUPIDO: espeso.

TURBA: aglomeración, muchedumbre en desorden.

TURBADO: aturrido, atolondrado, sin capacidad de controlarse.

TURBIO: confuso, poco claro, oscuro.

TURQUESA: piedra turquesa, azul verdosa, muy apreciada.

ULTERIOR: de futuro, del presente en adelante.

UNCIÓN: devoción, seriedad y recogimiento con que se hace algo.

URNA: estuche de cristal.

USURA: práctica que consiste en cobrar un interés excesivamente alto por un préstamo.

UTOPIÁ: plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable (pero deseable) en el momento de su formulación. Se trata de un cultismo de origen griego formado por el adverbio negativo u- (no) y el sustantivo 'topos' (lugar): lugar que no existe.

VACANTE ["las vacantes de médicos rurales"]: puestos de trabajo sin ocupar por nadie.

VACILAR: dudar.

VACUIDAD: trivialidad, simpleza, tontería, insignificancia de las opiniones de estos personajes.

VAGUEDAD: imprecisión, ambigüedad.

VALORIZAR ["esas sensaciones e imágenes las ha ido usted valorizando desde niño con las sensaciones e imágenes de los demás "]: dando valor, confirmándolas, asegurándose de ellas.

VANAGLORIARSE: presumir, jactarse.

VANIDAD: arrogancia. Deseo de ser admirado por estar convencido de poseer méritos muy elevados. [otros términos de la familia léxica en la novela: "vanidosa"].

*...¡valiente primo!*: persona inocente o sin precaución que se deja engañar fácilmente.

VELAR: Hacer compañía, cuidar, atender a alguien.

VELADA ["...de luz velada"]: que no llega a los ojos con claridad, difusa, oculta.

VELO ["velo del paladar"]: es la parte de atrás, blanda, del paladar.

VENALIDAD: consentimiento para ser sobornado o comprado, es decir, la facilidad para ser corrompidos.

VENCEJO: avecillas de color negro con cierto parecido a las golondrinas.

VENÉREO: ver "enfermedades venéreas".

VENTRUDO ["...calabazas surcadas y ventrudas"]: abultadas como un vientre.

VERGAJO: látigo corto hecho de cualquier material flexible.

VISITAR: en el argot médico, atender domiciliariamente a los enfermos, ir a verlos a sus casas particulares.

VISTOSA: de buen ver, atractiva.

VENDIMIA: periodo de recolección de la uva.

VETUSTO: viejo, anticuado.

VITOREAR: aplaudir, aclamar con vítores (dar gritos y exclamaciones de admiración).

VÍVIDO: fuerte, vigoroso.

VIVO, como sustantivo ["una blusa negra con mangas de hule y vivos amarillos"]: borde de las mangas de la blusa.

VOLUBLE: de carácter inconstante, que cambia con facilidad de gustos, opiniones, etc.

...*una porción de*: mucho de algo, gran cantidad de algo

YERMO: terreno sin cultivar, improductivo, inhabitado, desolado.

ZAFRA: cosecha de la caña de azúcar. Ver 'ingenio'.

ZAGUÁN: espacio cubierto, situado dentro de una casa e inmediato a la puerta de la calle.

ZALEA: Expresión figurada. Una zalea es un cuero de oveja o carnero, curtido de modo que conserve la lana, empleado para preservar de la humedad y del frío. El sentido es que la barba de Lamela parecía un postizo de pelos negros parecidos a la lana.

ZÓCALO: friso o franja (pintada o cubierta de azulejo) que se coloca en la parte inferior de una pared

ZOZOBRA: inquietud grande

Esta guía comentada de *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja sigue las ediciones de Alianza Editorial (1976), Cátedra (2004, a cargo de Pío Caro Baroja) y Caro Raggio (2012).

Amigo mío, toda teoría es gris; sólo es verde el árbol dorado de la vida.

GOETHE

Andrés Hurtado siente su incompatibilidad con la vida que le rodea, con la vida nacional entera: se siente otro que esa España circundante. Él y sus conciudadanos normales se sienten irreductiblemente extraños, o como los griegos decían de aquellos, se sienten mutuamente bárbaros. Hablan en ellos dioses distintos.

ORTEGA Y GASSET

A la épica la despoja de todo heroísmo, al héroe de toda grandeza, al discurso de todo énfasis y todo brillo, a la prosa de toda figura compleja, a la dicción de toda ambigüedad y el párrafo queda casi reducido a la oración simple, el sustantivo no es acompañado más que por el adjetivo más directo. El resultado —llevado adelante año tras año sin una sola concesión al estilo «artístico» y a los ideales de la épica— es que Baroja se convierte en uno de los pocos narradores castellanos, y el primero en muchos decenios, tal vez siglos, que consigue exactamente lo que se propone.

JUAN BENET